

REVISTA FUENTES HUMANÍSTICAS

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES DE LA UAM- AZCAPOTZALCO • AÑO 6 • I SEMESTRE 1995 • ISSN 0188-8900

TRÉBOLES

Jorge López Medel

CINCO TEXTOS

Humberto Martínez

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL SIDA

Antonio Marquet

10

UNA MIRADA AL TIGRE

Joaquina Rodríguez


Azcapotzalco

NUEVAS PUBLICACIONES

Asesinato en la catedral

T. S. Eliot



Libros del Laberinto

De la División de Ciencias Sociales y Humanidades

R E V I S T A
FUENTES
HUMANÍSTICAS

REVISTA SEMESTRAL DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES UAM-AZCAPOTZALCO
AÑO 6, NUM. 10 I SEMESTRE DE 1995.

D I R E C T O R I O

Rector General
Dr. Julio Rubio Oca

Secretaria General
M. en C. Magdalena Fresán Orozco

Rector de la Unidad Azcapotzalco
Lic. Edmundo Jacobo Molina

Secretario de la Unidad
Mtro. Adrián de Garay Sánchez

Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
Mtra. Mónica de la Garza Malo

Jefa del Departamento de Humanidades
Mtra. Begoña Arteta

Consejo Editorial
Begoña Arteta
Margarita Alegría de la Colina
Marcela Suárez
Antonio Marquet

Coordinadora Editorial de la Revista
Alejandra Herrera

Asesor Técnico Editorial
Silvia Pappe

Distribución
Adriana Corona

Diseño
Israel Ayala
Julio Carrasco
Eugenia Herrera
Marco Xolio

Departamento de Humanidades
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
Av. San Pablo N° 180 Col. Reynosa Tamaulipas,
Azcapotzalco, CP 02200 México, D.F.

Certificado de licitud de título y contenido números 6926 y 8017
ISSN 0188-8900

Selección y collage de material gráfico, diseño e impresión
ZOMBIE. COMUNICACIÓN VISUAL
Antonio Narro Acuña N°133-2, Col. Industrial,
México, D.F. Tel. 7 39 00 96

ÍNDICE

Una mirada al tigre
LITERATURA
Joaquina Rodríguez
7

La receta del Coronel Sanders
CREACIÓN
Enrique López Aguilar
10

Dibujo de dos amaneceres
CREACIÓN
Margarita Villaseñor
15.35

El amor en tiempos del SIDA
LITERATURA
Antonio Marquet
16

La gloria del paria
CREACIÓN
Dominique Fernandez
23

El modernismo y la prosa de
Enrique González Martínez
LITERATURA
José Francisco Conde
28

Las vidas de Pierre Michon
LITERATURA
Frédéric-Yves Jeannet
36

Vuelo de ofrendas
Desnudos de luz
CREACIÓN
Vida Valero
43.73

Tréboles
CREACIÓN
Jorge López Medel
44

Aproximaciones a *Donde deben estar las catedrales*

LITERATURA

Alejandra Herrera

50

La visión de la rebelión de Espartaco en la historiografía de la República Federal de Alemania

HISTORIA

Joerg Mueller

88

Cinco textos

CREACIÓN

Humberto Martínez

60

Revolución, diplomacia y crisis. México en Montevideo

HISTORIA

Marcos Tonatiuh Águila

100

La terapia integral aplicada al habla patológica

LINGÜÍSTICA

Alejandro de la Mora
Angeles Vallejo Valle

66

Amanecer II

CREACIÓN

Miguel Ángel Flores

122

Pasajeros

CREACIÓN

Alvar Joel

74

Para despejar las incógnitas de "Los Ceros"

RESEÑA

Leticia Algaba

124

Simmel como intérprete de la cultura moderna

FILOSOFÍA

Rafael Farfán

80

Poesía de México y el mundo de Juan Cervera

RESEÑA

Arturo Trejo Villafuerte

126



Fotografía: Anibal Angulo

UNA MIRADA AL TIGRE

Joaquina Rodríguez

La lectura de un texto literario implica siempre un viaje por la imaginación, la fantasía y, desde luego, los conceptos o los juicios de otros. A éstos últimos nos adherimos a veces los lectores de manera integral y entonces empatizamos con el autor; en otras ocasiones, nuestra aquiescencia es parcial, pero entendemos y, por tanto, admitimos el *pathos* del escritor aun sin compartirlo totalmente. En cualquiera de los casos, sin embargo, reconocemos el valor estético del texto. Este reconocimiento es el que deseo verbalizar mediante el análisis de un poema de Eduardo Lizalde, aparecido en su poemario *¡Tigre, tigre!* y que a continuación transcribo.

Que tanto y tanto amor se pudra, oh dioses;
que se pierda
tanto increíble amor.

Que nada quede, amigos,
de estos mares de amor,
de estas verduras pobres de las eras
que las vacas devoran
lamiendo el otro lado del césped,
lanzando a nuestros pastos
las manadas de hidras y langostas
de sus lenguas calientes.

Como si el verde pasto celestial,
el mismo océano, salado como arenque,
hirvieran.

Que tanto y tanto amor
y tanto vuelo entre unos cuerpos
al abordaje apenas de su lecho, se desplome.

Que una sola munición de estaño luminoso,
una bala pequeña,
un perdigón inocuo para un pato,
derrumbe al mismo tiempo todas las bandadas
y desgarre el cielo con sus plumas.

Que el oro mismo estalle sin motivo.

Que un amor capaz de convertir al sapo en rosa
se destroce.

Que tanto y tanto, una vez más, y tanto,
tanto imposible amor inexpresable,
nos vuelva tontos, monos sin sentido.

Que tanto amor queme sus naves
antes de llegar a tierra.

Es esto, dioses, poderosos amigos, perros,
niños, animales domésticos, señores,
lo que duele.



Fotografía: Louis Greenfield

Siempre hay un placer en la interpretación y el análisis de un texto literario. El goce estético de un poema reside tanto en la interpretación que otorguemos al mismo como en el análisis de la realización técnica. Si bien es cierto que una sola imagen puede ahorrar mil palabras, también lo es que cada palabra de un poema puede desatar miles de imágenes. Porque un poema es como un *iceberg*: oculta significados y sentidos en la parte mayor que lo constituye. Descubrir lo subdicho forma parte del gozo estético. De ahí el acecho a las palabras del poema.

Alguien apunta,...acecha, me caza,... me destruye dice Eduardo Lizalde en

Caza mayor; sin embargo no es mi intención destruir al poema –aunque el resultado sea irremediablemente fatal, pues la popularidad que ya ha adquirido éste, quizás haya transformado el discurso metafórico individualizado en propiedad común y, por tanto, participe en la lengua y no en el habla de Eduardo Lizalde– es mi intención, en cambio, descifrar las pasiones tigras de un poeta que alberga en su casa a un felino peligroso.

El poema es la confesión personal de una pérdida –la cicatriz del amor– expresada con un rugido doloroso. Es la estupefacción del poeta ante el vacío, la nada que queda –ya no balbuciendo, sino rugiendo– cuando el

amor ya no es. En los versos iniciales se manifiesta el estupor y la incredulidad de que nada quede de la pasión amorosa con un recurso retórico tradicional: la reiteración.

Es una aceptación general que la repetición es una de las figuras más características del discurso poético, consistente en la iteración de dos o más unidades equivalentes en uno o más planos de la lengua; de ahí que adopte la propuesta de Todorov¹ para detectarla en cuatro niveles de funcionamiento: sonido-sentido, sintáctico, semántico y signo-referente, no obstante que no los separe aquí de esta manera dado que la inclusión de un fenómeno en un campo específico no excluye su participación en los otros niveles.

La repetición en la prosa es casi inaceptable. Por ello corregimos repeticiones fónicas por considerarlas cacofonías, y repeticiones de palabras como pobreza de léxico en general; en cambio, en poesía, la repetición de una palabra cualquiera siempre acarrea una intensificación de su significado. Este es el caso del primer verso del poema de Eduardo Lizalde cuando empieza con el adjetivo "tanto" repetido dos veces. La repetición responde a una tendencia muy humana: la lucha constante entre la renovación y lo conocido. En esta tendencia doble y contradictoria, lo nuevo no deja de serlo por expresarse mediante elementos fijos en la tradición; por eso, la reiteración de "Que tanto y tanto amor..." en varios versos del poema intensifica de tal modo el significado y el sentido de todo el poema, que sólo de leer el primer verso se nos corta el aliento.

Además del significado cuantitativo que tiene la palabra en sí misma, se añade la sonorización de las dos oclu-

sivas linguodentales sordas. Por una parte, el primer grupo fónico de *tanto* es un grupo de intensidad, pues se pronuncia con un solo acento expiratorio y es a la vez la sílaba tónica. Si nos apoyamos, no ya en argumentos de teoría fonética, sino en la simple y personal experiencia de pronunciar la frase, comprobaremos que no podemos decir en voz alta los dos adjetivos más que acentuando la primera sílaba con una a prolongada: taaan-to y taaan-to amor, dejando caer la segunda sílaba como si tocáramos el tam-tam: con retumbo de tambores.

Otro poeta podría haber dicho lo mismo quizá con un superlativo, incluso utilizando "tantísimo", pero esta forma es demasiado coloquial y familiar; pasaría a ser parte de un sociolecto y perdería su individualización.

Asimismo, la reiteración rítmica de las frases iniciadas con "Que" (Que tanto y tanto, Que nada quede, Que tanto y tanto, Que el oro mismo, Que tanto y tanto, una vez más, y tanto...) cumple con funciones tanto rítmicas como estructurales. La repetición sintáctica y semántica casi igual produce el ritmo por medio de esta figura que también llamamos paralelismo. Si los sintagmas fueran idénticos tendríamos la forma de estribillo, en cuyo caso un mediano lector de poesía no tendría más remedio que remontarse a la tradición popular española. Pero a Lizalde no le interesa tal cosa, quiere y logra que su poema sea percibido como algo que solamente él podría decir; así individualiza su poesía y así detectamos los lectores el estilo propio de un poeta.

Decía que también hay repetición estructural. En este caso, las frases

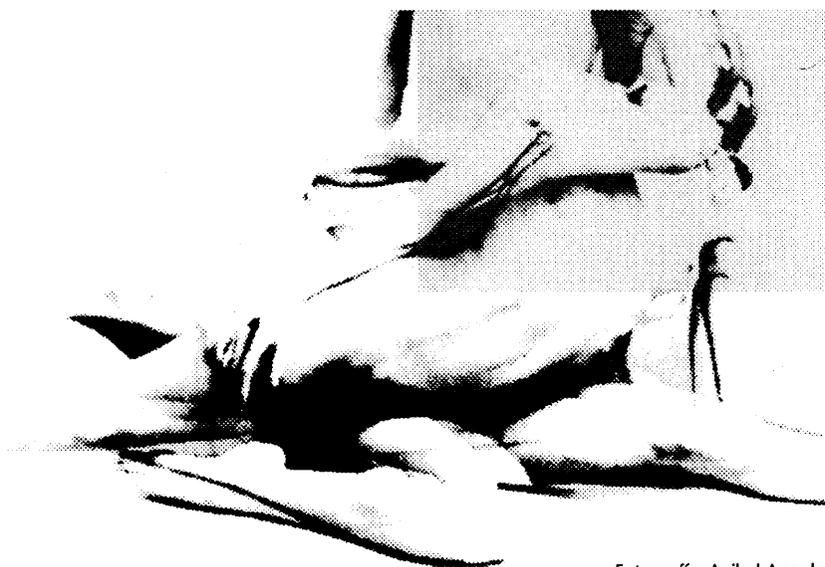
adjetivas ejercen una saturación y apuntalan con su letanía el suspenso mantenido hasta el final del poema, la repetición estructural domina y organiza la materia poética hasta la penúltima estrofa y el verso final, donde reside el verbo principal y definitorio del sentido general del poema. De esto hablaré más adelante. Mediante los procedimientos intrínsecos al poema, podemos encontrar a la vez los supuestos extrínsecos de todas clases: morales, psicológicos y cognitivos en general. Me remito de nuevo al primer verso: "Que tanto y tanto amor se pudra, oh dioses", y en esta exhortación a los dioses encuentro la visión cosmológica del poeta: la trascendencia no existe puesto que aquello que los dioses han creado –el sentimiento amoroso– no ha dejado huella alguna. Así pues, el amor vendría siendo como cualquier organismo vivo, que nace, crece y muere; pero tras esa muerte no hay un más allá, ni siquiera "polvo enamorado"; sólo queda la nada. Ante ello, me atrevo a decir que hasta un creyente monoteísta –siempre y cuando no sea un fanático– tran-

sige y se conmueve con el poeta, sin menoscabo de la valorización de la personalidad del autor.

Lizalde reitera su moral herética mediante verbos que contienen parecida carga semántica negativa: "se pudra, se pierda, se desplome, se destroz"; verbos que producen efectos expresivos y dan fuerza a la frase. Todos significan exterminio, ruina o muerte; y, por otro lado, todos están expresados en la forma reflexiva, de tal suerte que la repetición del acusativo proclítico acusa únicamente a una fuerza terriblemente devastadora, aunque anónima.

El poema no es un lamento de un nuevo Jeremías, ni, menos aún, un ruego a los dioses: es más bien una queja, un gruñido de tigre herido que protesta porque un sentimiento tan grande y poderoso como el del amor no deje residuo alguno.

Digo grande y poderoso porque el poeta utiliza la metáfora "mares de amor" que, por ser plurales, son aún mayores. Por oposición, el mar en singular nos hubiera remitido a otras imágenes y características del amor,



Fotografía: Anibal Angulo

pero el poeta elige "mares" para añadir, sumar variedad de colores y formas, del amor a las denotaciones de profundo, turbulento, cambiante, origen de la vida, etcétera, que el mar en singular tiene.

Metáfora y alusión juntas encontramos en el verso que dice: "Que el oro mismo estalle sin motivo". Metáfora que afecta al nivel léxico semántico de forma innovadora, pues el tropo lo habíamos detectado en la tradición poética identificado mayormente con los cabellos de una dama, pero que aquí se identifica con el amor. No obstante, las relaciones de semejanza entre los significados son los mismos: el amor es como el oro: luminoso, apreciado en todas las épocas y culturas, destella por su brillo, es de alto valor, etcétera; pero ¡ah! ahora ya no es incorruptible –y es en esta connotación del oro donde encuentro la alusión–. Pascual Buxó explicaba los sentidos de la palabra oro en el verso de Góngora –"Mientras por competir con tu cabello,/ oro bruñado, el Sol relumbra en vano;"– añadiendo a los

sencillamente reconocidos el de incorruptible. Se basaba para ello en que durante el siglo XVI, cuando Góngora compuso el soneto, los alquimistas buscaban la piedra filosofal en el oro por ser este metal incorruptible. Sin embargo, en el poema de Lizalde el oro no sólo estalla, es peor aún: se pudre. El dorado amor se pudre.

Asimismo, el verso que dice: "Amor capaz de convertir al sapo en rosa" contiene la alusión legendaria de *La bella y la bestia*. En el cuento, el amor convierte en un bellissimo príncipe al horroroso batracio, pero, a cambio, aquél entrega a su amada la rosa que salvaría a su padre y a su reino. No nos detendremos más en este cuento alegórico aunque contenga amplias interpretaciones. Basta notar que el sapo es otro de los animales que aparecen en el poema, y que todo el bestiario que en él aparece remite al mundo occidental. Es evidente que ha habido voluntad de ello por parte del poeta, pues no están personificados aquí ni el coyote ni la tortuga ni el conejo, mismos que nos remitirían a un

contexto prehispánico o al engarzado con él. En cambio, en otros poemas de *Caza mayor*, sí se nombra al jaguar.

A partir del sexto verso percibimos un contraste abrupto entre la inmensidad de los mares de amor y lo minúsculo de "las verduras pobres de las eras", esas plantitas renuentes a morir en el terreno ya limpio y firme donde se trillan las mieses en verano. La pequeñez no está únicamente enunciada en este verso, sino en los otros cinco siguientes donde a la vez se empieza el bestiario enumerativo con el más vil y desnudo de los animales, la lombriz de tierra (*in absentia*). Me explico:

Sólo una lombriz o bien un insecto minúsculo podrían ver "el otro lado del césped" que las vacas devoran; el lado opuesto al que lamen las vacas son las raicillas del césped, en donde se encuentran lombrices u otros insectos aún más pequeños y deleznable, ante los cuales la lengua de las vacas son hidras que siegan, cortan los pastos. Si nos remontamos al significado mitológico, la hidra es un monstruo marino con siete cabezas, de manera que la lengua de la vaca es para el insecto una serpe húmeda y venenosa septuplicada; de ahí que el poeta utilice el término "manadas de lenguas calientes".

A la devastación del territorio amoroso contribuyen también las langostas, esos insectos que se multiplican extraordinariamente y que pueden arrasarse en pocos minutos comarcas enteras. Es por antonomasia el insecto más destructor desde que en la *Biblia* se le dio un papel protagónico para actuar en Egipto.

El quebranto de amor hace hervir al cielo y al océano, "salado como arena", y Lizalde continúa su bestiario.

Fotografía: Louis Greenfield



El arenque cuando está vivo es como una serpiente –otro animal viscoso y de movimientos culebreantes–, pero el poeta no se refiere al pez vivo, sino al que está conservado en salmuera, por eso elige a esta bestezuela en su comparación con lo salobre del océano. Las formas del duelo por el vacío del no amor –incluidas las lágrimas– llegan hasta el sentido del gusto; es como si al hervir cielo y aguas juntos se concentrase una sal que, por excesiva, escuece el alma y deja su terreno estéril.

En la misma estrofa hay una antítesis entre los "cuerpos" de los amantes –cuerpos sólidos con peso y masa– y el "vuelo" del amor que les levanta cancelando toda ley física, desmintiendo a Newton. El encabalgamiento (el término conjuga forma y contenido del poema) de este verso con el siguiente –"unos cuerpos/ al abordaje apenas de su lécho,"– expresa otro juego retórico. De inmediato, nos aparecen imágenes de piratas y corsarios tomando por asalto barcos y fragatas; mas en el poema, "apenas" los cuerpos de los amantes han iniciado la embestida, apenas han llegado al costado externo, cuando ya la nave se hunde.

Una antítesis más encontramos en la tercera estrofa, donde los elementos destructores y muy pesados –"munición de estaño", "bala", "perdigón"– contrastan con las "plumas"; y éstas, a su vez "desgarran el cielo", como si la pluma de los cuerpos en vuelo amoroso se volvieran tigres que con sus garras hicieran del cielo harapos. Los elementos de ascenso, de elevación –dioses, cielo, bandadas de aves, amor– contrastan con sus oponentes –descenso a cuerpo y materia pútrida.

Para finalizar, tanto estas disertaciones como el poema, diré que la



Fotografía: Anibal Angulo

última estrofa, donde la enumeración de vocativos homologa a dioses y perros, poderosos amigos y animales domésticos, niños y señores, conlleva a su vez una inversión del discurso, puesto que normalmente la invocación se enuncia al inicio de una pieza oratoria para llamar la atención de los oyentes, empero el poema subvierte ese ordenamiento usual con la intención de prolongar el suspenso de las frases adjetivas y que, sólo al final, se enuncie el verbo principal: "Esto duele." Y aunque cada verso del poema nos ha dolido por su romántica ferocidad, es esta ferocidad, precisamente, la que cancela el tono fúnebre que podría tener cualquier otro poema con temática semejante. Sin embargo, el ritmo dinámico del

poema y los bramidos resonantes de estos versos descartan la posibilidad del tono fúnebre, producto de expresiones más atenuadas. Sólo al final, sobreviene en los lectores un estancamiento de ánimo con la palabra dolor. El dolor nos lleva a callar, al silencio. Con el silencio termina el poema; y nos percatamos que el placer estético ha aumentado en proporción directa a la disminución de su ferocidad.

NOTAS

1 *Literatura y significación*. Barcelona, Planeta, 1971, p. 205-236.



Fotografía: John Mc Williams

LA RECETA DEL CORONEL SANDERS*

Enrique López Aguilar

Winston MacDonald fue un hombre de libros más que de guerra y subordinó su talento a la pasión insumisa del positivismo: llegó a creer, por sus lecturas de Comte, que la ciencia era la madre de todos los conocimientos. Sin embargo, sostuvo una ambigua relación con el coronel Archibald Sanders: simultáneamente lo admiró y lo detestó por su lealtad hacia el general Lee y por el arrojo con el que se condujo durante la derrota final de Gettysburg. Más tarde, a través de las crónicas acerca de las hazañas militares del coronel, MacDonald se interesó en sus desafíos gastronómicos, pues el rumor de una receta que empleaba para sazonar el pollo frito (vendido en expendios cuyo nombre le parecía una provocación: *Kentucky Fried Chicken*), lo decidió a confrontar su destino: aplicar la sana teoría de la ciencia positiva al desentrañamiento de un sabor que, según él, se removía, insidioso, contra el orgullo aristocrático del Norte.

MacDonald nació en Boston: el expansionismo yankee se condensaba en su deseo de humillar al coronel en retiro por el solo hecho de proceder de la tierra donde los caballos y el bourbon imponían su ley de salvajes. Así, animado por los libros y el reto de Sanders (daré dos millones de dólares a quien descubre la combinación secreta de mi receta), MacDonald se aplicó a la tarea de entender los caminos de la cocina: entre ollas, cacerolas, peroles y marmitas, los fue vislumbrando a través de recetarios europeos.

Aprendió a distinguir los sabores y dialectos del cardamomo, orégano, albahaca, salvia, pimienta, aceite oliváceo, tomillo, estragón, salsifí, echalote y la

hoja santa; pero, sobre todo, a discernir entre los procesos deductivos y los inductivos, a entender las sutilezas que separaban al materialismo del idealismo, a un tal Marx de Schopenhauer y Bergson, y a no perderse entre los abismos de Bárbara, los engaños de Baroco y la perversidad conceptual de Ferio.

En 1869, MacDonald publicó un opúsculo que obtuvo mesurada publicidad en su ciudad natal, así como en Filadelfia y Nueva York: *On chicken troubles. A mirror of my mind*. En él apuntó hacia un problema crucial de su hipótesis para entender los componentes de la receta sanderiana:

¿lo que me sabe es mi sabor o es el sabor de todos?
¿es mi experiencia pura, ofrecida como acto de subjetividad, o es el hallazgo de un hecho positivo?
¿el sabor de la receta secreta está en mi paladar y, antes que en mi paladar, en mi memoria y, antes que en mi memoria, en mi esencia y, antes que en mi esencia, en mi existencia, o el sabor se encuentra simple y llanamente en ese objeto, en esa ajedad que es el pollo?

Antes de que MacDonald remitiera su primera carta al Coronel Sanders, ese mismo año, el científico norteño decidió que su percepción del sabor era un acontecimiento puro y objetivo: los sentidos conocen porque son sentidos y no engañan, pues son una extensión de la materia humana, por lo tanto, toda persona que pruebe el sabor de la receta secreta estará ingiriendo un mismo sabor. A esta premisa objetiva, MacDonald la llamó *T (tasting)*.



La primera carta decía así, en su parte medular:

de esta manera, querido coronel Sanders, he descubierto que, detrás del valor fenomenológico de su receta, los sabores que usted propone se dan como un mero hecho de otredad en el que se presuponen la confusión y el desorden: frente al vergonzante eclecticismo de su receta, ofrezco la contundencia del hecho *T*; frente a la estafa pragmática de un sabor que no lo es, le aseguro, por vía deductiva, que su receta contiene perejil, yerbabuena, cilantro, leche y achicoria y, por vía inductiva, que contiene muérdago, aceite de maíz y una pizca de sal. Le ruego que espere a mi segunda carta.

La segunda misiva se hizo esperar diez años, dos después de la publicación del segundo libro de MacDonald, en 1879: *A chicken in my kitchen: sense and no-sense in tongues*. En él, su autor sugería la revolucionaria idea de que el universo de los sabores es un acontecimiento histórico que depende no sólo de la experiencia sino, también, del conjunto de sabores que han precedido al ser a través de las múltiples generaciones que llegan hasta él: ¿por qué me gusta comer filete y no la raíz cruda del arce? —se preguntaba— porque he aprendido que la carne se come y la raíz de ese árbol, no. Es cierto que MacDonald pare-

ció dar un giro completamente subjetivista a su concepción del sabor, pero en Nueva York no pasó desapercibido su materialismo, expresado en la certeza de que los sabores son "ideológicos" y se heredan a través de un permanente proceso de superaciones. Sin embargo, su segunda obra terminaría con esta pregunta abrumadora: ¿el color de la naranja está en mis ojos o en su cáscara? ¿el sabor de la pimienta está en la especia o ya vivía, previamente, en mi lengua? La segunda carta remitida al coronel Sanders, en marzo de 1881, decía:

ahora sé que, a más de los sabores que enuncié hace diez años, usted agrega, con la idea de confundir el paladar de sus consumidores, un poco de pimentón (que endurece la carne y da un matiz antifibológico a las demás especias), ajo macerado, cebolla picada, hojas de laurel y cuatro gramos de chamoy por kilo.

En febrero de ese mismo año, MacDonald ya había concluido que a la percepción subjetiva del sabor le correspondía la equivalencia del descubrimiento azaroso (*serendipity*), aunque aún no había dado con la fórmula esclarecedora de tipo general, aquella que valiera como arquetipo para todos los accidentes culinarios.

Su obra capital, *A chicken is a chicken is a chicken is a chicken: flavour, hunger, diet and philosophy*, publicada en 1898, representó un salto cualitativo en su búsqueda de la combinación secreta. En ella, MacDonald definió el sentido completo de su fórmula agregando el valor de lo subterráneo, lo oscuro y secreto al mundo del sabor. Lo denominó *u* (*underground*) y lo combinó con los ya descubiertos de la siguiente manera: $T = s/u$ (es decir: el sabor es igual a sus matices descubiertos accidentalmente sobre el misterio de lo que aún se ignora). Sin saberlo, se acercó, tres años después de su difusión en Viena, a la noción de "ello" (*id*) desarrollada por Sigmund Freud en *Estudios sobre la histeria* (1895): el mundo oscuro, inconsciente, impulsivo, instintivo y libidinal; matiza la condición de los actos que consideramos racionales. Cuando MacDonald leyó la obra de Freud y, más adelante, la de Marx, cayó en la tentación de considerar que *T* equivalía al "yo" y a la "estructura", *s* al "superyó" y a la "superestructura" y *u* al "ello" y a la "infraestructura". No obstante este breve período de psicologismo materialista relacionado con la culinaria positiva, después apuntó hacia caminos novedosísimos que prepararon el advenimiento de su penúltima obra, publicada en Filadelfia en 1902, en la que vinculó el camino de la árida teoría con el de la práctica feliz y le valió una fama intensa pero breve, porque desentrañaba la receta secreta del coronel Sanders: *My legacy or my final taste: there are more things with Sanders than your eyes have seen in food*. A nadie le pasó desapercibida la alusión shakespeariana, pero nadie se lo tomó a mal en Boston: un pensador de tal envergadura tenía el derecho de jugar como quisiera, puesto que su objetivo final había sido alcanzado.

MacDonald estableció en *A chicken is a chicken...* el postulado de que los sabores son un hecho objetivo que radica en la cosa (*the thing*) ingerida, de manera que no sólo perseveran en saber siempre así, como una suerte de constancia del ser, sino que, de ocurrir lo contrario, si los sabores fueran variables y cambiantes, no habría teoría alguna que pudiera hablar de ellos (*to take flavours inside*). MacDonald no dudó en acudir a la metafísica de Spinoza para definir esta perseverancia cognoscitiva de los sabores: *more geometrico* (*geometrical behavior*). Así, un pollo siempre será un pollo y deberá saber a pollo: todo lo

contrario se convierte en un escándalo para la inteligencia positiva. Por esto, concluía, los sabores adicionales devienen en una confusión aberrante que pretende cubrir (*to cover up*) la esencia del sabor original. Fue a esta oscuridad que pervierte al valor absoluto del sabor a lo que llamó *u*.

MacDonald tuvo la visión de acertar con el conjunto de ingredientes que componían la receta de Sanders: diecisiete. Ya llevaba descubiertos once y agregó cinco más. Esa fue la esencia de su tercera carta dirigida al coronel:

Y por más que su desviada imaginación pretenda hacer pasar por secreta a su receta, debo decirle que los principios de mi teoría son infalibles, pues una vez descubierta la esencia del sabor del pollo, todo aquello que no sepa a pollo será, por implicación, una parte de las excrecencias de aquello que usted ha colocado en él, alevosamente, para desmentir su sabor, es decir, para desnaturalizar su esencia. Le ofrezco, a continuación, los cinco ingredientes que me dejan en el umbral del último: nuez moscada, huevo, pan molido, romero y canela.



Sin embargo, el coronel Sanders no había dicho nada hasta ese momento. Sólo durante una entrevista concedida al *Southern Star* para esclarecer su obstinado silencio, el 6 de marzo de 1899, admitió su asombro ante la constancia de MacDonald y su perspicacia para descubrir que la receta secreta constaba de diecisiete sabores; reconoció que los primeros dieciséis eran los mencionados en las cartas y declaró valerosamente que no iba a retirar su oferta: si MacDonald acertaba con el último sabor, le entregaría dos millones de dólares. Para garantizar la legalidad del procedimiento, hizo certificar los ingredientes por un grupo de químicos de la Universidad de Harvard y, después, entregó los resultados a Mr. MacNee, uno de los abogados más respetables de Kentucky.

Por fin, en 1902, en *My legacy...* Winston MacDonald razonó los dieciséis ingredientes descubiertos. Como un triunfo de la inteligencia especulativa, concluyó que el último de los sabores era el curry. La respuesta de Sanders no se hizo esperar: eso es falso y a las pruebas me remito. Invocó el dictamen de los químicos universitarios y la probidad de MacNee y, sin revelar el secreto, todos declararon públicamente que el último ingrediente no era curry. Esto provocó un revuelo considerable en los medios intelectuales de Estados Unidos. MacDonald denigró a Sanders, acusándolo de mentiroso y de sobornar a los químicos de Harvard y al abogado sureño, pero sólo obtuvo el silencio despreciativo de sus adversarios y, progresivamente, el no menos ominoso de los círculos filosóficos que frecuentaba. Dentro de esta desesperación de su espíritu fue que publicó, en 1905, la que sería su última obra, un cuadernillo de 24 páginas: *How do you taste?*

En ella afirmó que los procesos científicos no siempre pueden ser probados de inmediato pero que, a la larga, la realidad se rinde ante el pensamiento. Citó los nombres ilustres de Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon y Newton... construyó frases lapidarias y negó las afirmaciones de Sanders. Finalmente, dijo:

el hecho de que la receta no incluya al curry como ingrediente número diecisiete, sólo refleja el escaso rigor de Sanders: la receta, para ser perfecta, debería contener curry. En todo caso, peor para la receta.



MacDonald pereció durante el curso de una excursión científica a los Apalaches, en julio de 1906, a la edad de sesenta años. El coronel Sanders murió, rico y admirado, en su natal Kentucky, el 28 de diciembre de 1910, a sus avanzados ochenta y uno. No obstante esa propecta beatitud, alcanzó a vislumbrar los nubarrones que auguraban lo interminable de su polémica con el intelectual bostoniano: durante el mes de septiembre de 1908, la editorial neoyorquina Harper & Row publicó unas apostillas de Ulysses MacDonald, sobrino de Winston: *Great expectations: hamburguers or chicken?*

Se sabe que Sanders miró despreciativamente el libro, engulló una pierna de pollo sazonada con su receta y dijo: "peor para los MacDonald".

* En 1992, este cuento obtuvo el primer lugar en el II Concurso Nacional de Texto Breve, convocado por la revista *La Tarántula*, de Xalapa, Veracruz.

DIBUJO DE DOS AMANECERES

Margarita Villaseñor

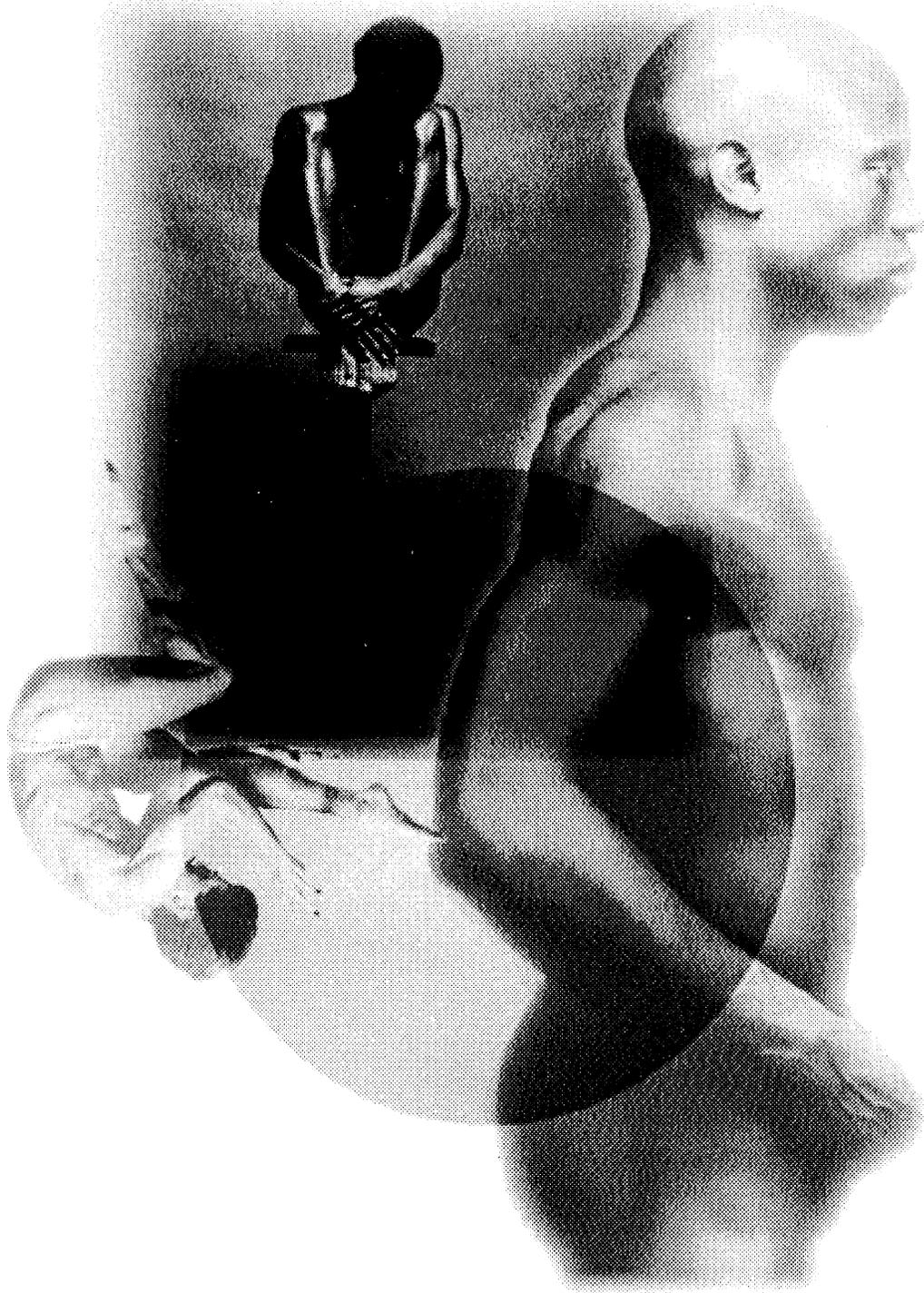
I

Despierto
y me estoy quieta constatando
tu presencia unívoca;
el brazo que al azar descansa en mi cadera
tu tibieza cercana
el calor intacto todavía.
Abro grande los ojos
al rayo que se filtra,
al ruido que me llega más allá de la alcoba,
al olor del paraíso
al fresco amanecer de la cocina
al contento interior
a la alegría,
al buenos días y al beso
paréntesis feliz que me hace ver
con buenos ojos la rutina.

II

Octubre frío
Un cielo azul helado
Un sol convaleciente
Un mar a la intemperie
Ilueve a mares adentro de la casa.
Arrimo la mesilla
la taza humeante de café
arreglo las almohadas y me miras
desde el fondo de una somnolencia matutina.
Enciendes un cigarro
para ver la cara de este lado del sueño,
dejo pasar la luz
me tomas de la mano
y ya está toda la alcoba tibia.

Fotografía: Robert Mapplethorpe y Louis Greenfield



EL AMOR EN TIEMPOS DEL SIDA¹

Antonio Marquet

Hasta ahora han predominado en México, dos actitudes frente a la escritura del Sida. Por un lado imponer al tema la ley del hielo. El síndrome de inmunodeficiencia humana no existe, o parece como si no existiera; en todo caso no es verbalizado, lo cual a su vez constituye un síndrome en sí mismo, el del silencio que no llega siquiera a negar un hecho mayor: pareciera más bien como si no hubiera "interés" o "capacidad" para abordarlo². Las temáticas de nuestra narrativa homosexual de la actualidad transitan otras vías más en consonancia con la literatura de una era anterior. Este es el caso de las novelas homosexuales que aparecieron el año pasado en México: por ejemplo, *Mátame y verás* de José Joaquín Blanco o de los cuentos que publicó Luis Zapata en el suplemento cultural de *El Nacional*³ donde la vida homosexual es descrita sin la amenazante nube del Sida⁴. Los personajes pueden fallecer (de un tumor, por ejemplo), pero no de la principal causa de morbilidad en la comunidad. Esta narrativa mexicana no habla de la epidemia como tema central, sino de estilos de relación: elabora un catálogo en el que entran homosexuales y heterosexuales, deteniéndose particularmente en la problemática de la imagen de la cultura Gay observada desde los parámetros extremistas de la heterosexualidad: desde la vitrina exhibicionista del machismo, específicamente.

Es sintomático que Blanco coloque la escena principal de su más reciente novela en la celebración de las fiestas de Navidad. Cualquiera que sea

la naturaleza de la problemática de la relación (pasajera, consolidada, calculadamente transitoria, o se elabore el duelo de lo que hubiera podido ser la auténtica relación ideal, impedida por la muerte), el momento de la narrativa es más bien para la celebración, para la congregación del grupo en el placentero clima inmortalmemente primaveral de Cuernavaca hasta donde, al parecer, no accedería aún el Sida. En efecto, es en una fiesta y en Cuernavaca donde la pregunta ontológica se cierne sobre los personajes de J. J. Blanco. Sólo que ese relato del íntimo "cómo soy" que se muestra sin velos y que sacudió en los sesenta el augusto árbol genealógico de la historia literaria heterosexual mexicana, trepidante mérito de Ceballos Maldonado, ha sido sustituido en *Mátame si puedes* por el catálogo de estilos de ser gay que ya supone un avance en el sentido de que implícitamente niega que "eso" —que en estos tiempos devueltos ya dice abiertamente su nombre— ya no se esclerotiza en una esencia, o en "perversa tara". Por lo tanto, la supuesta "extrañeza" homosexual, su flamboyante "exotismo", no es tan *sui generis* como se propala desde el rígido —y frágil— andamiaje heterosexual.

La segunda postura se ha desarrollado en el cine y en el teatro. En el terreno cinematográfico, se aborda el tema en el contexto de la comedia en *Solo con tu pareja*. La enfermedad cobra cartas de existencia, ronda por ahí, pero es una tragedia que sólo puede amenazar a los demás. Como producto de un chiste de mal gusto, por un momento, el protagonista se cree seropositivo, pierde su trabajo, casa, pareja; su vida sufre un giro de 180 grados. Pero eso es momentáneo; al final se da cuenta de que se trataba de una falsa alarma y el orden del protagonista, de la pareja, del mundo se restablece nuevamente. La condición de paria que adopta el falso sidoso no se evoca sino como un ritual de conjura: la tragedia sucede únicamente en la contingencia prestamente desmentida por el tranquilizador anuncio de "falsa alarma".

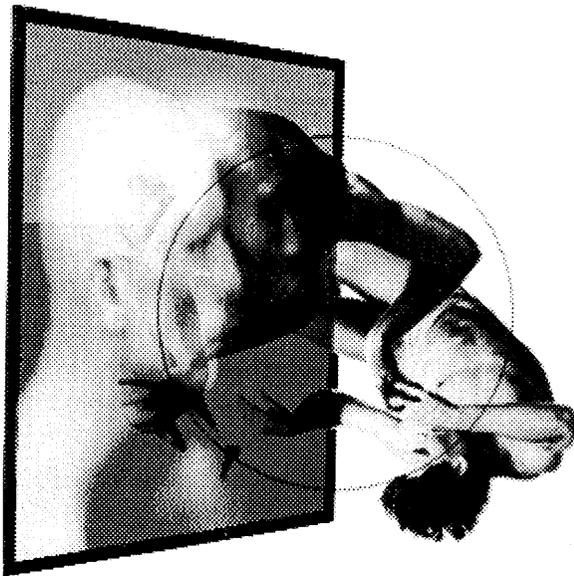
En el escenario mexicano el Sida ha sido tratado de una manera más sistemática. Las obras abundan: *Cabos sueltos*, *Naturaleza muerta* y *Marlon Brando* de Humberto Leyva, *A tu intocable persona* de Gonzalo Valdés Medellín, *A los cuatro vientos* de G. Rosas Suárez... Otro ejemplo es la pieza de Antonio Algarra, *Un día nublado en la casa del sol* presentada en Radio

obras de Paul Monette, de la poesía de Jaime Gil de Biedma escrita en el umbral de la *debâcle*, y en cierto sentido de las novelas de Hervé Guibert... En el terreno cinematográfico han circulado las famosas *Filadelfia*, *Amigos para siempre*, *Noches salvajes*... La pantalla chica se ha ampliado proyectando por el canal 22 "¿Por qué soy gay?" de Keneth Paul Rosenberg (1993).

lucha por la libertad y la democracia. En este contexto, el Sida de alguna manera posibilita esa lucha —a muerte— por la defensa de los valores de la comunidad. En el desfiladero de la muerte aparece un homosexual triunfando legalmente, insólita *grande première*, que puede ser completada por el testimonio de un policía neoyorquino, homosexual confeso, integrado al cuerpo de policía de la Gran Manzana en el documental *¿Por qué soy gay?*.

Pero ¿cómo decir el Sida? ¿Cómo expresar la experiencia tan compleja que ello significa? ¿Cómo confrontar el fin? ¿Cómo decir el miedo? Angustia, miedo, dolor, duelo parecen palabras demasiado opacas, demasiado débiles, insuficientes. Hechas para otras experiencias. El Sida es algo inédito, algo mutante, algo que no puede catalogarse dentro de parámetros pre-existentes. Una alta dosis de «no saber» se extiende en las inmediaciones de este mal para que deje en pie alguna certidumbre. Por otro lado, el Sida ha burlado la arrogante confianza de la ciencia moderna arrojando al sujeto a una «deficiencia» masiva. Las prótesis del balbuciente mundo moderno han cedido para dejar al sujeto postmoderno en una dimensión nueva en que las amenazantes nubes de un pasado ya conjurado, reaparecen ahora fortalecidas en forma de peste, guerra, hambre, intolerancia, fundamentalismos, nacionalismos. Ruanda, Waco, Argelia, Grosny, Yugoslavia, así como los sidatorios, la fragilidad del sistema financiero mundializado, son contemporáneos de la propagación de la epidemia a nivel mundial y del fracaso de la ciencia por encontrar tanto el tratamiento como la vacuna. Las amenazas para la comunidad homosexual se fortalecen

Fotografía: Robert Mapplethorpe y Louis Greenfield



UNAM a fines de 1994.⁵ No sería aventurado afirmar que el Sida puede abordarse desde las artes de la representación, cine y teatro, mientras que la literatura no ha podido aún decirlo. ¿Se trata acaso de un problema más profundo que podría abordarse desde la clásica división del *showing* y del *telling*? En todo caso, se debe constatar que figurabilidad y puesta en relato son abiertas como dos dimensiones separadas por el Sida, por lo menos en la cultura mexicana.

No sucede lo mismo en otras culturas en las cuales se han explorado otras posibilidades como la autobiografía que se escribe en el umbral de la muerte. Tal es el caso de *Antes que anochezca* del cubano Reynaldo Arenas; de las

Amigos para siempre es un relato crónica de cómo el HIV vino a irrumpir en una comunidad que cobraba cada vez mayor fuerza. La solución ante ese embate se planteaba tan sólo en un reencuentro —ilusorio— de todos los caídos en una playa californiana. En *Filadelfia*, los riesgos de desintegración de la comunidad gay, de la pareja, se ven frenados por el estrepitoso triunfo de un sidoso que ese sí es auténtico seropositivo, sí pierde trabajo y sí decide demandar. Lograr la protección legal y asestar un golpe a la arrogancia puritana protegida con las armas del prestigio, el éxito, el dinero y la autoridad moral, da a la película una dimensión simbólica: la trama sucede en la ciudad donde se inició la

desde un intolerante Vaticano, desde los diversos fundamentalismos tanto como desde la impotencia de la ciencia. ¿Cómo articular una historia más o menos fidedigna de una enfermedad que se caracteriza por desarticular, disolver los núcleos sociales, familiares, de pareja, los estilos de vida? Creo que éste es uno de los más complejos retos que confronta la literatura actual, si es que ésta pretende ser el espacio privilegiado que alberga a la subjetividad.

En Zaire, cuya lengua oficial es el francés y donde la epidemia ha adquirido grandes proporciones, se llama al Sida, "Síndrome imaginario para desalentar el amor"⁶. Sea como sea, la experiencia del Sida no puede tomarse como si éste no fuera más que unas siglas. Del humor a los laberintos del duelo hay una amplia gama de abordaje de esta problemática en la que ocupa un especial lugar *La gloria del paria*⁷.

Un triple propósito me ha llevado a elegir a Dominique Fernandez. En primer lugar porque el Sida se presenta sin ambages como el tema central de *La gloria del paria*. En segundo lugar, por la originalidad con que el escritor francés nacido en París en 1929, aborda el tema, novedad que no dejó de causar desacuerdo, inconformidad, polémica, e incluso indignación. El tercero es contribuir a la difusión de un escritor francés que pronto estará en México.

Novelista, crítico, traductor, Dominique Fernandez es nieto de Ramón Fernandez, diplomático mexicano en la época de Porfirio Díaz⁸. Es autor de trece novelas entre las que figuran *Porporino o los misterios de Nápoles*, (1974), *La estrella rosa*, (1978) *En la mano del ángel*, (1982) *El amor*,



Fotografía: Robert Mapplethorpe

(1986), *Una flor de jazmín en la oreja*, (1980); y de ensayos entre los que se encuentran *El árbol hasta las raíces: psicoanálisis y creación*⁹, *Eisenstein: el hombre y su obra*¹⁰, y de *El rapto de Ganímedes* (1989). Dominique Fernandez también tradujo a Sandro Penna y a Goldoni, y en Francia es el conocedor por antonomasia de la literatura y las cosas de Italia.

Las líneas argumentales de *La gloria del paria* son varias. Por un lado aparece el juego narrativo de la obra que se hace dentro de la obra misma¹¹. Juego de espejos que apuntan sin duda a una relación narcisista y a una especie de plenitud autofecundante. La trama de la novela se desarrolla al ritmo del avance de la pieza teatral: Bernard Morin, escritor de cierta fama en el París elegante ha buscado sin éxito un tema para una obra de teatro, hasta que en un momento dado su amigo Marc le cuenta la discriminación de que ha sido objeto en la carnicería debido a que el día anterior transmitieron por la televisión una película sobre los avances del Sida en Estados Unidos. El carnicero habitualmente cortés le deja la mano en el aire para evitar cualquier tipo de contacto, lo cual es estúpidamente considerado como riesgo de contagio.

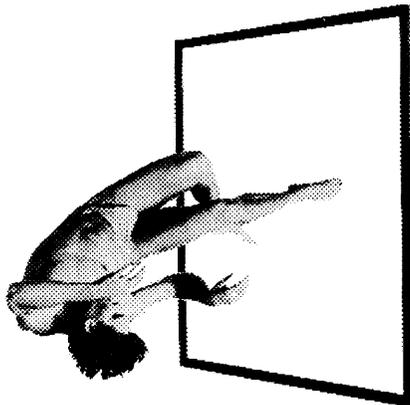
Bernard va a casa de su amigo Xavier Laronde para consultar qué le parece el tema y éste lo censura porque ello significaría ganar dinero, el éxito inmediato, exhibiendo el sufrimiento de los demás. Por otro lado, piensa que los trapos sucios se lavan en casa. Bernard le dice a su frívolo amigo que hay momentos en que hay que saber quitarse los guantes y ensuciarse las manos. Y en efecto, se pone a escribir su pieza sobre el Sida, sin buscar más aprobación. La sola elección del tema de la pieza exigió en términos de espacio, dos tercios de la novela.

En la concepción de la pieza teatral, así como en su escritura el aguijón principal es la censura. La obra de arte en opinión de Bernard Morin, debe ir en contra de los valores admitidos, debe desafiarlos. El escritor confronta las certidumbres sociales y se construye en la misma lucha contra ellas. La literatura y el teatro tendrían no la función de reflejar sino la de arrojar un mentís a la realidad. Esta postura podría definir ese neo-romanticismo del que se reclama el escritor Bernard Morin a lo largo de la novela retomando el adjetivo que utilizó un crítico para caracterizar una de sus novelas. Hecho muy significativo en sí mismo.

La ambición de Bernard Morin es reunir en su obra de teatro todas las actitudes posibles en torno al Sida.



Fotografía: Robert Mapplethorpe



Fotografía: Louis Greenfield

Que aparezca desde la gente que renuncia al sexo por temor, los que adoptan una actitud de exagerada precaución, hasta la persona que no modifica en nada su forma de vida, y que incluso busca más o menos inconscientemente el contagio, pasando claro está por quien lo ve como una enfermedad contagiosa de la que es posible protegerse y evitarlo sin necesidad de hacer un cambio radical y dramático en la vida personal. Lo cual logra efectivamente Dominique Fernandez en *La gloria del paria*.

La gloria del paria es también una novela sobre la manera en que la sociedad recibe el Sida: la preocupación de los padres de gente gay que no pueden expresar su inquietud; aparecen quienes ahora tienen una justificación para no dar la mano, para alejar a sus esposas de la gente "rara"; los dependientes de carnicería para quienes no existe expediente suficiente para protegerse de un posible contagio. La actitud de alarma, de precaución contra el gay, aparece como una actitud de justificar las tendencias homofóbicas a través de la maravillosa excusa que brinda el Sida para perseguir.

La novela comienza una tarde placentera, tranquila. Bernard —de derecha— y Marc —de izquierda— leen el periódico. Lo que retiene la atención

del primero es una nota de la sección policiaca: un antiguo guerrillero de la resistencia, ministro gaullista por unos meses, había sido sorprendido robando en un supermercado. A Marc, en cambio, le conmueve la muerte de Genet. Para éste ha llegado el fin de toda una época puesto que Genet es el último representante de un mundo que ya no existe. Estas noticias de alguna manera prefiguran el final mismo de la novela que termina con el suicidio de ambos personajes. Deciden hacerlo para morir juntos, en el acto mismo del amor aunque sólo Bernard sea seropositivo. La muerte viene a dar a la relación homosexual contemporánea, simbolizada por Marc y Bernard, una dimensión legendaria de los personajes que se confrontan con el ostracismo social, la decadencia física, la muerte. Esto redime a los personajes y los transforma en un nuevo mito, aunque éste sólo pertenezca a la comunidad homosexual.

Dominique Fernandez reivindica la experiencia de la homosexualidad como anormalidad, como una tara. Evoca el odio, el asco por sí mismo, el hecho de sentirse condenado, obligado a ocultarse, a reprimirse, a vivir como catecúmeno; elogia la experiencia esquizofrénica que nace de ello y obliga al protagonista a vivir su vida auténtica donde no se hable su lengua, fuera de su ámbito. Todo ello no es sino una preparación para el escritor: De esa experiencia sacará tanto la tensión de sus tramas como la materia misma de las novelas. Desde su perspectiva, las libertades sexuales de la actualidad no permiten que los jóvenes "conozcan ni el estremecimiento de la espera, ni las delicias de la ansiedad, ni la intensificación del deseo que únicamente procura la privación." (p. 70).

Bernard además necesita poner en peligro su relación con Marc:

Después de una hora o dos, Bernard regresaría calmado, con la ilusión de haber puesto en peligro, en el curso de su paseo sin objetivo, el equilibrio y la armonía de su pareja. (p. 29)

Un paseo, a la deriva, sin objetivo, es necesario para el equilibrio de la pareja. Pero es preciso, además, contar con la ilusión de haber logrado romper la seguridad de una pareja constituida, el equilibrio cotidiano, la estabilidad de la relación. Marc y Bernard necesitan una fantasía contraria a la consolidación de la pareja. Vivir en "la vía difícil y precaria" en función de rendir culto a una costumbre de clandestinidad. En su relación nada será seguro, se podrán dejar de un día al otro. La pareja sólo puede sostenerse si hay libertad total. Nada hay que los obligue o aliente a mantenerse unidos: ni intereses financieros, ni patrimonio común, ni familia, son libres como el aire. El neo-romanticismo predica de esta forma una libertad total.

"El deseo no produce nada, Marc. Nuestro deseo, nuestro amor, no producirá nada" afirma Bernard equivocadamente, ya que ese deseo produjo un espacio novelesco. En todo caso, lo que produce es la contradicción constante. El contrato tal como lo expresa Bernard es el siguiente:

Nuestro proyecto no consistirá en llenarnos de garantías, sino en vivir en la belleza de un sentimiento intenso, provisorio, perecedero, cada día relanzado por el fasto de un nuevo milagro. Tan sólo lo que es inestable y sujeto a revocación inmediata vale la pena de ser intentado. Cada hora, cada minuto crearemos lo que queremos ser. Nos escogeremos todos los

días. El matrimonio es un negocio, nuestra pareja será una obra de arte. Incluso antes de comenzar ya nos habremos cuestionado. ¡Ves la diferencia, la enorme diferencia con los demás? Nunca habrá tranquilidad para nosotros, nunca habrá certidumbre. Nunca seremos una posesión del otro. "Tu eres mío", "Te pertenezco", nunca habrá tal entre nosotros. Nacimos con esa herida en el costado... (p. 35)

La fecunda diferencia de generaciones, de experiencias, de puntos de vista, junto con ese sentimiento de libertad es lo único que puede consolidar cotidianamente su relación, aunque esa unión gusta de la contradicción: viven como si todo pendiera de un hilo, y al mismo tiempo viven juntos como si fuera para siempre.

Bernard, para rendir tributo a la fantasía, frecuenta los "blackrooms" parisinos porque supone que en ellos hay una zona negra, un sitio donde se puede realizar una liturgia pagana, sitio en el cual se puede expiar un pecado colectivamente. Cuando se entera de que el nombre no es *blackroom* sino *backroom* Bernard queda decepcionado porque ve el sitio concebido como un simple anexo construido con fines lucrativos.

...el sufrimiento es la garantía de la autenticidad de las pasiones: al rechazar el dolor, el mundo moderno se ha privado del medio para vivirlas en profundidad y en belleza. (p. 70)

La necesidad de ser diferente conlleva a la búsqueda irracional de la originalidad, a evitar a toda costa los clichés, los estereotipos. Hay que negarse a estar a la moda; es preciso denunciar la globalización si ello trae como consecuencia patrones impues-

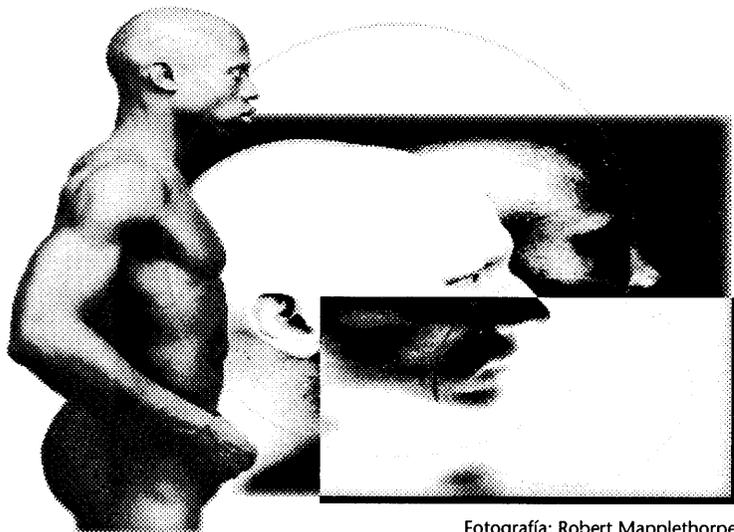
tos en cadena, maneras de ser, de decir. De la modernidad, le molesta a Morin-Fernandez la facilidad de encontrar lo mismo en cualquier parte del mundo, y se indigna contra una idea de democracia que desconoce la creatividad del sujeto, la individualidad; él denuncia a la democracia como un medio escalafonario en el que todos tienen derechos "impuestos" como si se tratara de un mecanismo frío que no distingue ni reconoce al genio, al artista, al creador, al ser humano que tiene más humor o chispa. Por ello, un creador debe poner en tela de juicio cualquier modelo igualitario que a la postre no sea un rasero para igualar a todos en una gris mediocridad.

De los bares, a Bernard le indigna la idea que estén pensados para gente de la misma categoría, que ellos mismos estén clasificados. Ello impide la sorpresa; ya no hay estremecimiento al entrar a esos lugares secretos, de catecúmenos.

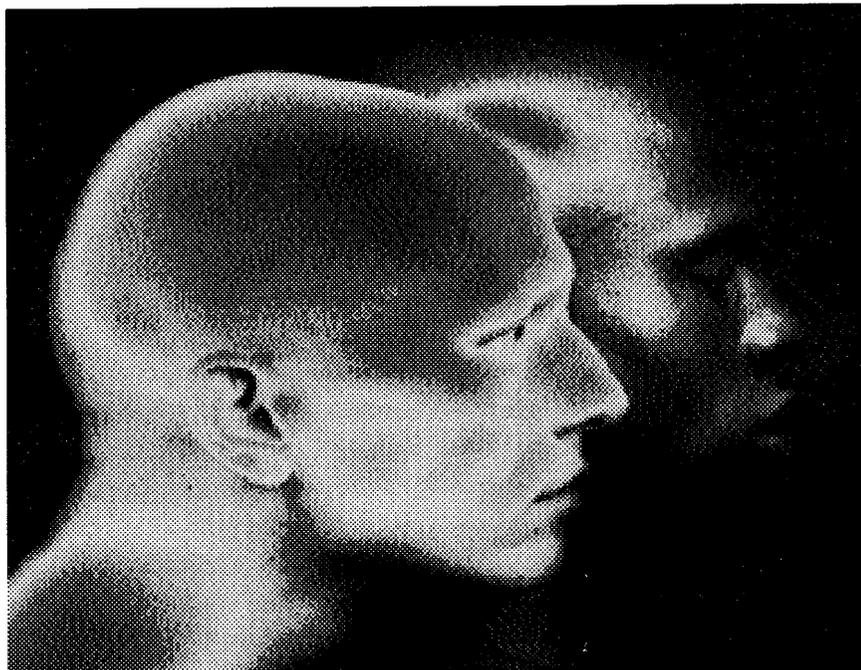
Si bien es cierto que idealiza la diferencia, la vida difícil, la vida de las sociedades cerradas, es preciso reconocer que Dominique Fernandez tiene cierta razón al denunciar una modernidad globalizante en que ya todo está per-

mitido, y todo está igualizado, banalizado, seriado.

El lector no puede negar las cualidades de *La gloria del paria*, el estilo de Dominique Fernandez, su ingenio. Y, sin embargo, su teoría sobre la clandestinidad, sobre el vivir aparte, sobre el orgullo y la necesidad de ser diferente de sus personajes, no dejan de parecer una locura. ¿Por qué habría que buscar la vía difícil? ¿Por qué preferir siempre el peligro, la marginalidad? ¿Por qué ese constante desprecio-rechazo casi paranoico a la sociedad? ¿Por qué la necesidad permanente de estar siempre en otro sitio para permanecer libre? No deja de irritar un poco el partido tan definido y quizá un poco exagerado que toma Dominique Fernandez. ¿Es verdaderamente un placer el ser diferente, original, el no parecerse a nadie sobre la tierra? ¿Esa búsqueda no es una locura un poco megalómana, un poco narcisista, simple y llanamente una preocupación aristocratizante de ociosos? ¿No hay más nada en la vida como ser diferente, único? ¿Es un signo de libertad completa la promiscuidad o la fantasía de promiscuidad? Los mismos términos que se utilizan para describir una



Fotografía: Robert Mapplethorpe



Fotografía: Robert Mapplethorpe

conducta sexual están negativamente cargados: pesan sobre ellos sombras de censura, de persecución, de juicios morales sumarios, seguidos por un castigo como el ostracismo, el señalamiento. Sirva de ejemplo el caso de Iraq. Ahora horroriza que el régimen de Sadam Hussein marque con una cruz en la frente a los transgresores, a los ladrones. La cruz en la frente es ahora el peor estigma en Iraq. La cruz es politizada, asimilada como símbolo al país que bombardeó Bagdad. Por su parte, Estados Unidos se erige ahora como el pueblo que lanza una cruzada contra el mítico imperio de la decadencia, del pecado, de la depravación. Eso mueve a la gente, y sin embargo, los equívocos de un uso político de los símbolos se pueden multiplicar hasta volverse irreconocibles.

La nostalgia de la clandestinidad ¿no es acaso el deseo de arrellanarse en el sitio que una sociedad represiva colocó a la condición homosexual? Afirmar que la persecución resulta dolorosa pero a la postre es estimulante

¿no equivale a asumir una actitud abiertamente masoquista?¹² Por otro lado, la idea de que el dolor estimula, está dentro de una corriente tradicionalmente católica: vivimos en un valle de lágrimas. ¿Para seguir a Dominique Fernandez, lanzará la comunidad gay un llamado a la represión, a la estigmatización tan sólo para sentirse estimulada? ¿Esperarán las parejas contraer el Sida para realizar la unión perfecta, para demostrar que incluso en la enfermedad y en los reveses están unidas? ¿Es necesario la prueba de la infelicidad, de las dificultades para que la relación se consolide?

Las tesis de Dominique Fernandez están en abierta contradicción con el epicureísmo adoptado por la comunidad gay, por los estilos de vida inventados y difundidos por las comunidades de San Francisco. Bien es cierto que se trata de ideas originales, expresadas abiertamente, son ideas inéditas que el autor ha expresado consciente de que iban a provocar polémica, disgusto. No obstante, además de estar claramente

expuestas, fascinan por expresar una posición única, por la falta de miedo para decir lo que se piensa, más que la elegancia del estilo de Dominique Fernandez lo que atrae es su estilo directo. Su falta de timidez. En ello reencontramos una actitud de la comunidad homosexual que ha salido del closet para expresar sus puntos de vista.

No me queda sino ceder la palabra a Dominique Fernandez para que defienda su polémica novela.

NOTAS

1 Ponencia leída en el marco de la Quinta Jornada Cultural de lucha contra el Sida. Mesa redonda sobre Sida y Cultura, el 24 de enero de 1995 en el Museo del Chopo.

2 No sucede lo mismo en el teatro, terreno que ha producido varias obras sobre el tema. Por ejemplo la obra de Antonio Algarra, *Un día nublado en la casa del sol* presentada en Radio UNAM a fines de 1994. C.f. también Armando Partida, «Alto riesgo» en *Plural*, 227 (ago., 1993); «La corte dirá: el príncipe tiene sida, obra teatral didáctica», en *La Jornada*, 15 de marzo de 1995, p. 24.

3 Por ejemplo, «Mi prima Cinthia», en *Dominical* de *El Nacional*, 209 (22 de mayo de 1994), p. 9; «Lo que dicen los demás», en *Dominical* de *El Nacional*, 225 (11 de sep., 1994) pp. 24-26...

4 A excepción de la novela *La muerte alquilo un cuarto* de Gabriela Rábago (México, Planeta, 1994).

5 Cf. también Armando Partida, "Alto riesgo" en *Plural*, 227 (ago., 1993); "La corte dirá: el príncipe tiene sida, obra teatral didáctica", en *La Jornada*, 15 de marzo de 1995, p. 24.

6 En francés, «Syndrome imaginaire pour décourager les amoureux».

7 Aunque existe una versión castellana publicada en Argentina, todas las referencias están tomadas de *La gloire du paria*, Le livre de Poche, Paris, 1988.

8 El primer número de 1995 de la revista *Biblioteca México* está dedicada a la familia Fernandez.

9 *L'arbre jusqu'aux racines. Psychanalyse et création*, ed. corregida y aumentada, París, Livre de Poche.

10 Publicado por Aymá, Barcelona, 1979. 226 pp. (col. Voz e imagen, 2) 1ª ed., Grassel, 1972.

11 En este caso de la pieza teatral que se hace dentro de la novela.

12 Formular estas preguntas no quiere decir que se condene el masoquismo. Se pone un adjetiva una actitud, sólo para tener conciencia de qué se trata.

LA GLORIA DEL PARIA'

Dominique Fernandez

Tal es el título que di a una novela publicada en 1987. Dos amigos, el escritor Bernard y el estudiante Marc, viven juntos. El primero tiene cuarenta y cinco años; el segundo, veinticinco: capital diferencia de edad, que justifica dos mentalidades, dos comportamientos diferentes. Marc pertenece a la generación liberada por los sucesos de mayo del 68 y sus consecuencias psicológicas. Muy joven pudo abrirse con toda franqueza a sus padres y éstos no tuvieron mayores dificultades que él para aceptar una realidad que ya era considerada por una gran parte de la población como natural. Bernard por el contrario, creció en la edad de la vergüenza y la clandestinidad; y, aunque haya militado con los homosexuales y contribuido a la liberación sexual como clamaba su razón, conserva una nostalgia totalmente romántica por las situaciones prohibidas y peligrosas que proviene de una juventud condenada al secreto y a la sombra. Si ahora tiene la suerte de vivir abiertamente con el amigo que eligió –sueño que antes era quimérico–, una parte de él echa de menos la excitación que provenía del peligro, del estremecimiento que experimentaba al sentirse al margen y culpable y de toda esa riqueza que brotaba del fondo del infortunio.

Frente a la epidemia del SIDA, cada uno de los dos amigos reacciona según la educación que recibió. El más joven se rehusa a ver el problema desde un ángulo que no sea estrictamente científico. Para él la enfermedad no concierne más que a la medicina, y se dispone a combatirla con todas sus fuerzas, como valiente caballero irreprochable. Bernard, por el contrario se ve perturbado por el obstáculo inesperado que al parecer la naturaleza erige contra la proliferación sin freno del instinto sexual. No es que evoque cierto castigo de Dios o un castigo moral que se hayan merecido los gays por sus excesos: sería necesario tener una insigne mala fé para encontrar en el libro la menor indicación en este sentido. Bernard se contenta con señalar que: 1. los homosexuales han vuelto a ser un grupo con riesgo, fórmula que en él despierta agradablemente el orgullo de pertenecer a una casta amenazada; el SIDA, o por lo menos su propagación relámpago en los Estados Unidos y en Europa ¿acaso no se debe a la ilimitada permisividad que favoreció a los backrooms, saunas y otros lugares de ligue frecuentados por los adeptos de un placer presuroso, anónimo y casi mecánico? Eso querría decir que la época en la que el sexo se volvió un objeto banal de consumo, lejos de ser el paraíso prometido por el «progreso» de las costumbres, marca la quiebra del optimismo anunciado triunfalmente por los gays. Una vez más no se trata de un juicio moral. Cada quien es libre de atiborrarse y de embriagarse según le plazca: pero si come mucho, se enferma, y si rebasa cierta dosis de alcohol, el exceso puede ser mortal. "La misma naturaleza no soporta la libertad completa", dice Bernard. "Quizá cualquier plenitud porta en ella misma el fermento de su destrucción. Todo lo que se realiza con demasiada perfección atrae al germen exterminador", le explica él a un Marc indignado.

Estas reflexiones –y la conciencia de que al aceptar ser un homosexual feliz, sin tener que esconderse, traicionó la esencia profunda de su destino– preparan a Bernard para acoger al SIDA cuando la enfermedad le ataca a su vez, con menos horror que alivio. Durante mucho tiempo había tenido la impresión, dolorosa pero estimulante, de estar fuera de la ley, de ser víctima de una maldición que lo atormentaba pero que al mismo tiempo le procura



Fotografía: Ferrante Ferranti

ba la ventaja inapreciable de distinguirse de los otros y escapar al destino común. Después de un breve intervalo de algunos años en los que tuvo la ocasión de aprovechar apaciblemente los beneficios de la tolerancia, súbitamente se ve confrontado con el clima dramático de su adolescencia. Sus conocidos lo abandonan paulatinamente; se crea el vacío en torno a él; excluido de la comunidad, aislado, con el halo negro de la abyección, ha regresado a su gloriosa condición de paria. Lo cual le permite morir en armonía consigo mismo, fiel a lo que siempre creyó que debía ser su destino, no sin haber convertido a Marc a la idea de que el amor más elevado no es el que se sacude como un animal en el sol.

Nada sería más impertinente que reprochar a este libro el aprovecharse de un tema a la moda. La gloria del paria, es decir, la aureola de tinieblas que magnifica al proscrito, es el tema de todas mis novelas desde hace treinta años y todas hubieran podido llevar ese título. Primero pensé en llamar "Prestigio e infamia" a la novela que luego bauticé como *Porporino o los misterios de Nápoles* (1974), crónica de la vida de un cantante castrado del siglo XVIII, Porporino evoca su carrera. Expone cómo, con excesos de vergüenza y de orgullo, se dejó llevar a la exaltación y a la depresión dependiendo del aplauso del público de los teatros por su arte o de la burla por su mutilación. En *El amor* (1986), el fracaso artístico del pintor alemán Friedrich Overbeck es atribuido a su arrepentimiento, por no decir a su cobardía: después de su malograda huida a Italia y de su amor por Franz, regresa a Lübeck a elegir mujer y a ingresar en los negocios de su padre, negociante

de vinos en la rica ciudad hanseática. Al eludir la maldición del marginal, Friedrich pierde también la gloria.

Un lector de *La gloria del paria* me señaló que también había encontrado en *La estrella rosa*, publicada en 1978, mucho antes de la aparición del SIDA, las palabras exactas que aplicaría ocho años después a un enfermo de SIDA. Esa novela en la que se describen treinta años de la vida de un homosexual francés, relata las etapas de su progresiva liberación, entre 1945 y 1975. Se llama David, habla en primera persona y busca en su infancia los signos de su destino. Durante la guerra, cuando tiene 14 años, aunque escucha la radio de Londres y desea ardientemente la victoria de los Aliados, una simpatía equívoca, que por otro lado él mismo se reprocha, lo atrae hacia los alemanes sitiados y vencidos en Stalingrado. En sus ensoñaciones de adolescente, escucha el eco de su derrota como un rumor voluptuoso con el que se deja embriagar. ("Livre de Poche", p. 30)

Ante mis ojos que se cierran, los valientes de von Paulus flotan sobre su espalda, a la deriva, arrastrados junto con los hielos del Volga. Llenan el universo con un clamor de fiesta, inexplicable en los agonizantes. ¿Gracias a qué misterio esos hombres que la civilización unánimemente condena y la derrota justamente castiga, esos *parias*, resplandecen para mí con la *gloria* jubilosa de los elegidos?

(El subrayado es posterior).

David sabe que la razón, el derecho, la justicia y las alabanzas que implican todo ello están del lado de los vencedores pero no puede evitar el sentirse solidario con un pueblo que será mal-

dito, que todo el mundo y su misma conciencia reprueban. El desastre de los ejércitos alemanes, aunque haya sido ampliamente merecido, lo inicia en el culto más atractivo para él que el de la luz. Sin poder nombrarla, su corazón pertenece a una religión cuyos fastos se desarrollan en el fondo de un subterráneo.

"Gloria del paria" hubiera convenido igualmente como título a la novela *En la mano del ángel* (1982), prefigurada por un relato corto, *Signor Giovanni* (1981), en la que evoco la muerte violenta del alemán Joachim Winkelmann, apuñalado en Trieste en 1768 por un granuja que conoció en el hotel. También hubiera podido tomar como modelo al pintor Caravaggio cuya existencia turbulenta terminó trágicamente en una playa de Toscana, pero, prefiriendo un tema contemporáneo, mi elección cayó en el poeta y cineasta Pier Paolo Pasolini, héroe y víctima de una aventura análoga. Sin embargo, creer que me retuvo el mismo Pasolini, "su vida y su obra", sería exhibir una gran miopía. Él sólo me interesó como el ejemplo mejor logrado hasta este día de ese tipo muy difundido de homosexuales culpabilizados que teniendo necesidad de vivir peligrosamente y de atraer el castigo sobre su cabeza, lo aceptan de buena gana cuando se les presenta. Con la forma de un tribunal y de una condena legal, como en el caso de Oscar Wilde; o adoptando la forma de un rufián, a la vez ídolo y verdugo, como en el caso del autor de *Mamma Roma*.

Cuando aún no sabía nada de Pasolini, y estaba escribiendo *Carta a Dora* (1969), se me escapó una página cuyos términos hubieran podido servir para describir el asesinato, a garrotazos, del poeta italiano, acaecido más

de seis años después. John se pasea cada noche en una ciudad: se imagina que lo acechan maleantes en la oscuridad, pero se dice que en lugar de huir, se abandonaría dócilmente a su sevicia.

¿No se dejaría derribar, golpear y patear? semiinconsciente escucharía a sus agresores cómo murmuraban insultos porque el oficio ya no era lo de antes. E incluso cuando se deslizó una mano bajo su camisa para arrancar la cadena de oro, permanecería inmóvil sin intentar el menor movimiento de defensa. Ellos empujarían su cuerpo con el pie y lo abandonarían como un despojo en la más sombría esquina de la calle. En el mes de octubre se había descubierto el cadáver de un marino, un joven recluta de la base vecina, con los brazos extendidos y las piernas separadas, con un cuchillo en el corazón. Los investigadores habían notado con sorpresa que el rostro no mostraba el feroz aspecto de alguien que acaba de pelearse con la energía de la desesperación; sonreía, por el contrario, con la expresión apacible de un niño dormido. p. 152

En la mano del ángel, "Livre de Poche", p. 598: Pier Paolo describe en estos términos la última peripecia del combate con su asesino.

Agarrarlo por las piernas y derribarlo no hubiera sido más que un juego para mí, campeón de karate. Me abandoné boca arriba y recibí la primera patada en el vientre. El sostenía su arma como si fuera garrote y me golpeó con ella por la parte gruesa. Se apoderó de él un especie de furor. Su rostro se iluminó con una terrible belleza. Arrojó la estaca, recogió una losa y la rompió sobre mi cabeza. Luego se incorporó y me cosió el tórax a patadas. Instintiva-

mente extendí los brazos en cruz. Lo miraba, con los ojos muy abiertos. Esa mirada callada y aduladora incrementó su exasperación. Sí, pienso que se encarnizó en mí para obligarme a cerrar los ojos; me hubiera abandonado si hubiera logrado dejar de sentir el peso del fardo opresor de mi adoración silenciosa. Bien podía golpear y volver a golpear: incluso muerto hubiera continuado reverenciando a mi liberador. Y cuando, ya muerto, aparecí ante él con todo el horror de un cadáver desfigurado y sucio, el brillo de mi pupila iluminada permaneció fija en medio de esa mancha. ¿Escuchó el canto de alabanza cómo salía de mis labios entreabiertos y se elevó hacia el cielo? Mi más secreto deseo se acababa de realizar.

La comparación de estos textos prueba que la muerte del héroe de *En la mano del ángel* no fue sino la realización de la fantasía de John, héroe de *Carta a Dora*. Lo que sólo era en éste un vago delirio de inmolación se convirtió en aquél en el sacrificio ritual que abre las puertas de la inmoralidad. "Con los brazos y piernas separadas" para John; "Con los brazos en cruz" para Pier Paolo: el modelo de Cristo tiene influencia sobre ambos, siendo Eros un medio de acceso a Dios.

El cadáver de Pasolini fue descubierto en la madrugada del 2 de noviembre de 1975 en la playa de Ostia, la más sórdida. Las circunstancias del crimen no han sido dilucidadas y probablemente no lo sean jamás. Se oponen dos tesis. Los amigos del muerto afirman que el poeta cayó en una emboscada fascista, y que sólo pudo ser asesinado por varios facinerosos que habían seguido su coche. El joven Giuseppe Pelosi, prostituto, recogido

en la estación de Roma, y que confesó el asesinato, tan sólo les sirvió para encubrirlos. Él solo, enclenque de diecisiete años, no hubiera podido nunca abatir a un atleta como Pasolini. Tal es la piadosa versión que propaga el clan de las "viudas". Piadosa porque implícitamente atribuir la muerte del "gran hombre" a un crimen pasional, significa "ensuciar" su memoria. Alberto Moravia se coloca en una posición más inteligente.

Pasolini, me dijo, amaba demasiado la vida para haber dejado abatirse por el primero que llegara. ¿La prueba de esa vitalidad? El hecho de que desde su llegada a Roma en 1950, es decir hacía veinticinco años, iba a ligar todas las noches a la estación de Roma, lugar de reunión de los prostitutas "duros". Me contó también que, durante sus viajes por África o al Oriente, vio como regresaba en la madrugada cubierto de moretones. El no se daba cuenta de que su defensa del poeta, como paladín de la vitalidad, no contradecía de ninguna manera la versión de su muerte como aceptación de un castigo largamente esperado.

¿Por qué ligar todas las noches en el medio más peligroso de Roma? ¿Por qué cuando se tienen los medios para pagarse hotel, hacer el amor, una noche del primero de noviembre, que es fría y sin comodidad incluso en Roma, en un terreno baldío, particularmente desolado y siniestro, entre tendajones y cascajo? Yo no pretendo que Pasolini haya corrido por su propio pie hacia el suplicio. Digo que cuando la ocasión se presentó a él para alcanzar el castigo que buscaba obscuramente desde hace tantos años, no huyó. Uno puede tener una gran fortaleza vital y al mismo tiempo un pacto secreto con la muerte. Pier

Paolo, como Bernard y aún más que Bernard, nació paria. Escandalizó a sus amigos armando una polémica (él, hombre de izquierda) contra la liberación sexual. En efecto no hay mayor inconveniente, peor mortificación, para quien ha crecido en la excitación de la clandestinidad, como encontrarse en un mundo en donde todo está permitido. De la misma manera que el SIDA aparece a Bernard (aunque evidentemente hubiera deseado una modalidad menos atroz) como el retorno inesperado de la dimensión trágica en la homosexualidad, Pier Paolo (al que nunca llamo "Pasolini": signo suplementario que denota mi poco interés por la historia "real" de Pasolini) saluda en su asesino al ángel liberador, aquél que lo salva de las asquerosas facilidades de la época posterior al 68.

Cuando Eros ofrece con demasiada impudicia sus servicios, no se puede recurrir sino a Thanatos. Más aún, mi personaje –y poco me importa que los sentimientos que le atribuyo estén conformes a los hechos– da oído al deseo supremo que alienta todo amante: morir de la mano del amado, morir en y durante el acto mismo del amor. Y realiza la obra maestra, que no lograron un Oscar Wilde, un Jean Genet, organizando en la playa una ceremonia fastuosa y fúnebre que solamente fue igualada por la muerte de Bernard y de Marc en su lecho rodeado de cirios.

Pier Paolo y Bernard son escritores; Friedrich Overbeck pintor; Porporino, cantante de ópera; Winckelmann, historiador de arte. Para entrar en mi mitología personal es preciso que el individuo pertenezca a una categoría social marginal. La calidad del creador o del artista redobla, de alguna manera, la condición del homosexual. Además, es muy evidente que sólo los creado-

res, sobre todo los escritores tienen algo que perder en una sociedad permisiva: el estremecimiento de una obra depende de la cantidad de prohibición, de inefable que vehicula, de sus relaciones con las zonas de oscuridad y los ríos invisibles.

Creo que tenía doce años cuando me forjé mi mitología personal: mucho antes de que comenzara cualquier práctica sexual, antes de sospechar que los primeros gérmenes depositados en mi imaginación por mis lecturas y visitas al museo del Louvre determinarían mi orientación sexual. Contemplando las estatuas griegas de la pequeña sala del "Caballero Campin", el *Endymion* de Girodet o el *Joven desnudo sentado a la orilla del mar* de Flandrin, aprendiendo de memoria los versos de Racine en los que Fedra tiembla de los pies a la cabeza y sucumbe ante el horror de un amor imposible, adivinaba que: 1. crecería apartado de los otros, interesado por cosas de las que no podría hablar a mi alrededor; 2. esa situación sería fuente de tormentos infinitos; 3. pero también el signo de una secreta y maravillosa elección. Es evidente que tal conciencia aún era muy vaga: pero el orgullo y el horror, íntimamente mezclados por entrar en una logia expuesta a la reprobación pública, sostuvieron mis años de adolescencia y me prepararon para escribir mis libros. Mucho tiempo antes de narrar su historia, yo mismo fui Porporino, Winckelmann, Pier Paolo, Friedrich, Bernard: todos estos personajes desgarrados entre la aspiración "legítima" por la felicidad humana, por la seguridad, por la "normalidad" tal como la viven millones de individuos y la certidumbre de que no hay ni salvación ni alegría más que para aquél que se atreve a descender en el infierno de los parias. Friedrich,

quien conjura la tentación del riesgo, a fin de cuentas no es más que un traidor. Los verdaderos elegidos son los otros, aquéllos que aceptan tender su cuello al ejecutor de las altas obras, que ese verdugo tenga el nombre de oprobio público, cárcel de Reading, rufián de puerto, gigolo de la estación –o SIDA–. Asistir al llamado de un destino de excepción no es índice de debilidad, sino de fuerza.

La estrella rosa evoca las peripecias de esta lucha entre el deseo y el rechazo de salir del ghetto, entre el deseo y el rechazo de encontrar el confort y la tranquilidad moral, precio que se debe pagar por la pérdida del prestigio, todo ello ligado a la marginalidad. Mis primeras novelas, *La corteza de las piedras* (1959), *Carta a Dora* (1969) y *Los chicos de Gogol* (1971), pertenecen a la época en la que yo no creía posible hablar francamente de la homosexualidad. Este tema sólo aparece en ellas con la forma, tan torpe y cobarde, de noviazgos interminables y que finalmente se rompen, o de disociación entre el capricho heterosexual y la adoración silenciosa de los chicos inaccesibles. Los "maleantes" que acechan las errancias nocturnas de John y con los cuales él sueña que lo asaltan evidentemente no son más que una figura de la caricia erótica que lo libraría de su cobardía sexual.

Estas tres novelas, de una escritura brumosa y temblorosa que refleja la falta de valor de su autor, pertenecen a lo que he llamado el "estilo del malestar". Con más crudeza, digamos que ilustran la "cultura del clóset" en la que no soy el único que se haya complacido. Había encontrado un derivativo al escribir sobre Italia, "el encanto de Italia es padre del encanto

de amar", ya decía Stendhal. Celebrar Italia, sus ríos, sus colinas, su música, sus óperas, sus estatuas de ángeles y de santas, era para mí evocar lo indecible a través de los objetos de deseo socialmente admitidos. Medio que yo no hubiera podido utilizar durante mucho tiempo sin sentirme degradado al rango de esteta o de cobarde.

Porporino me sirvió de transición. La herida sexual infligida al castrado, la infamia de tales estigmas, cuya amarga recompensa son las ovaciones del teatro, simboliza el destino del homosexual en un medio hostil. *La estrella rosa* tuvo la apariencia de un alegato y de una confesión aunque este libro no sea más autobiográfico que los otros. Las siguientes novelas pusieron en escena a héroes "históricos": para evitar el triunfalismo gay de moda actualmente era preciso para mí remontar a aquellas épocas (la Alemania de 1809, la Italia de los años 1950, e incluso, con Signor Giovanni, al siglo XVIII) en las que la sociedad elegía a los herejes para excluirlos. Solamente dos novelas están situadas después de mayo de 1968: *Una flor de jazmín en la oreja* (1980), *Crónica de una ruptura*, porque el final de una pareja reintroduce, en un tono menor, el tema de la desgracia personal en aquéllos que han dejado de sufrir por el ostracismo social; y *La gloria del paria*, celebración del retorno, triunfal y horrible, de la antigua maldición.

Con este último libro me parece que mi contribución novelesca a la cultura homosexual se ha agotado. Me sería imposible relatar historias de homosexuales felices en armonía con su medio. El sexo no es lo que más me interesa en la homosexualidad: la condición de marginal, de excluido, éste es el fantasma que siempre ha puesto

en movimiento a mi imaginación. Incluso yo diría que en mi vida privada, el sexo quizás no haya sido lo que primero me atrajo hacia los hombres. Miraba con placer las estatuas griegas por su belleza pero el sentimiento de cometer una acción prohibida admirándolas, me procuraba un entusiasmo sin medida con el placer estético. Los efebos de Praxíteles y de Policleteo habrían sucedido sin transición a los filibusteros de Gustave Aimard, a los corsarios de Fenimore Cooper, a los piratas de Stevenson, a los Han de Islandia, y a los Hernani de Víctor Hugo en mi imaginación. Para mí se trataba de la misma familia de héroes a los que sólo se podía frecuentar a escondidas, incluso si en lugar de golpear el suelo con un bastón de ciego, y de portar un parche negro en el ojo o de beber la sangre en el cráneo de sus enemigos, me ofrecían ahora la sonriente apariencia de una carne pulposa y dorada. Admirar a esos *kouroi* y a esos áurigas desnudos equivalía a colocarme fuera de la ley: en ellos encontraba para mí el resorte esencial de mi emoción. Cuando mi madre entraba a mi habitación, metía apresuradamente a mi cajón el pequeño fascículo de reproducciones que había comprado en la rue Louis le Grand, en Braun: *Sculpture grecque*, de Jean Charbonneaux, en la "Collection des maîtres". Obra que no podía comprometerme y que ahora, al abrirla, sorprendido me doy cuenta de que contiene tan alta proporción de estatus de mujeres.

Quizá un día logre desenterrar las raíces lejanas de esta fascinación que se remonta a mi infancia; en lo que concierne al mito del ángel de las tinieblas, me parece que se hunden en un pasado arcaico que no tiene relación alguna con el sexo. Ser homosexual

sin duda me hubiera interesado menos si hubiera tenido que enarbolar un estandarte simbólico al pasar de mi infancia a la pubertad. En todo caso, si llegamos al punto en que la sociedad ya no establezca ninguna diferencia entre homo y heterosexualidad (como ser humano es inútil decir que tal es el objetivo al que aspiro); si la homosexualidad desaparece como signo de elección, si deja de ser la contraseña de una minoría clandestina, ésta deja de ser un estimulante literario. Una ley que hay que establecer es que toda desdramatización en un terreno moral suprime temas de novelas y hace que se hunda todo un aspecto de la cultura. Lo que es deseable desde un punto de vista cívico, es desastroso desde el punto de vista literario. Como ciudadano me alegro de que el adulterio ya no ocasione tragedias; pero como lector deploro que ya no sea posible ninguna *Madame Bovary*. Ningún Mozart estará a la altura para componer un *Don Giovanni*, en el mundo en el que no acostarse con el máximo número de gente es considerado como un índice de retraso mental.

Ahora que todo está permitido, el repertorio de los héroes novelescos –si es cierto que el héroe novelesco se define por la confrontación del individuo con su medio– está como agotado. Ser declarado inocente –e incluso ser felicitado por el tribunal– cuando uno ha creído ser un rebelde, es una aventura que deja estupefacto y paralizado. Tal es la situación que actualmente enfrentan los homosexuales.

Traducción de Antonio Marquet.

* El presente texto fue tomado de *Le rapt de Ganimède*, Bernard Grasset, París, 1989.



EL MODERNISMO Y LA PROSA DE

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

José Francisco Conde Ortega

¡Y yo que pretendía llegar
hasta la hoguera del sol en
un biplano con las alas de
cera!...

Enrique González Martínez.

Con la instauración de la República, en 1867, se inicia una nueva etapa en la historia política de México; y, desde luego, las letras ofrecerán, a partir de entonces, un nuevo aspecto. Juárez comienza su gobierno sin demasiada crueldad. Después de los acontecimientos del Cerro de las Campanas, los personajes que intervinieron en el sueño imperial son condenados a prisión o al destierro. Poco después se decretó la amnistía. Muerto Juárez en 1872, lo sucedió en la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada, quien fue derrocado y se desterró voluntariamente. El vicepresidente, José María Iglesias, pretendió, con tal carácter, asumir el poder; pero cayó, a su vez, al triunfar la facción que encabezaba Porfirio Díaz. Durante el largo tiempo comprendido entre 1867 y 1910, México sufrió hondas transformaciones en lo político, económico y social. En lo que a las letras se refiere, la situación las

afectó, primordialmente, en un aspecto: la vida pública deja de absorber al escritor, por lo que la labor intelectual se desarrolla aparte de la acción política que, por otro lado, casi no existe. En la circunstancia de una paz prolongada, la literatura mexicana alcanza un florecimiento singular aunque —escribe Carlos Pereyra— la verdadera amnistía se dio en las páginas de *El Renacimiento*, donde escribieron todos, o casi todos los escritores que muy poco antes habían sido enemigos. Se inician proyectos culturales, como la fundación de la Academia Mexicana de la Lengua, y se sientan las bases para que surja la etapa más rica del modernismo, con sus dos importantes órganos de difusión: la *Revista Azul* (1894-1896) y, en su apogeo, la *Revista Moderna* (1898-1911). Veinte años después de la publicación de *El Renacimiento*, cuando comenzaba a agotarse la vigencia del programa nacionalista y se iban madurando los signos del cambio de orientación estética, Altamirano fue nombrado cónsul general en España. Para despedir al maestro, los miembros del Liceo Mexicano organizan una velada literaria la noche del 5 de agosto de 1889, y Gutiérrez Nájera, "el soldado raso (que) presenta armas a su general en jefe", reconoce el magisterio de Altamirano. Pero, además, el *Duque Job* estaba consciente de que él mismo era uno de los iniciadores "más sensibles y persuasivos" de la siguiente etapa que, una vez reafirmada la intención nacionalista, buscaría conquistar la libertad y la universalidad de la expresión artística.² Al mismo tiempo que el nacionalismo se volvía color local y pintoresquismo, de una manera sutil se iba iniciando y adquiriendo coherencia una nueva estética. Desde 1876, José Martí, quien residía en México y tenía 23 años, y Gutiérrez Nájera, quien tenía 17, habían comenzado a manifestar en sus versos y, sobre todo, en su prosa —crónicas y artículos— nuevos recursos de estilo y, antes que todo,

una nueva sensibilidad. Gutiérrez Nájera expone con lucidez los principios de una nueva estética en la serie de artículos "El arte y el materialismo"; y José Martí, en *El presidio político en Cuba*, publicado en 1871, da las primeras notas de ese "nuevo estremecimiento". Con el modernismo surgió una nueva literatura. Y sus causas son tantas o más que aquellas que registran los manuales literarios. Muy pocas veces se ha tenido en cuenta la historia de la misma literatura hispanoamericana; quizás el rastreo tan minucioso de influencias haya hecho perder de vista un aspecto simple y claro: también la historia literaria de Hispanoamérica explica mucho del nacimiento y carácter del modernismo. Junto a las influencias extranjeras existieron otras que la propia literatura hispanoamericana ofreció, haciendo posible, por causas históricas y locales, la aparición del modernismo. En primer lugar, la segunda generación romántica en América tuvo características muy especiales: fue desapareciendo el repentismo y la idea de inspiración para ser paulatinamente reemplazados por el oficio y una mayor conciencia del hacer literario. Es así como en esta época comienzan a adquirir más importancia los estudios filológicos y gramaticales (Bello, Cuervo, Caro, Nervo); y resurge también la traducción como género. Comienza, así, a traducirse mucha literatura extranjera; y a estudiarse con un criterio distinto la lengua y las literaturas nacionales. A todo esto debe agregarse la aparición de un género que instaura una verdadera tradición en América: el ensayo de interpretación. La búsqueda de la individualidad y su realidad histórica dio ejemplos tan válidos por su contenido como por su valor literario.³ Po-

dría afirmarse que la influencia más certera del modernismo fue la literatura misma. Los modernistas afirmaron abiertamente que en el gusto por la literatura, por el placer estético y en el goce sin prejuicios está su verdadero programa. Ese gusto sin ataduras, sin temores, por lo propio y por lo ajeno es también la raíz del tan insistido cosmopolitismo, amén de la participación de los países de América en un espíritu de renovación espiritual que se daba en el mundo. La intención, tan de moda en estos días, por la literatura como lenguaje la tuvieron ya los modernistas. Si el modernismo significó un cambio, lo fue —ante todo— a través del lenguaje. También aquí la crítica tradicional ha perdido de vista el objeto, ya que ésta se ha detenido en subrayar galicismos, neologismos, indigenismos y arcaísmos, identificando lenguaje con vocabulario. Los modernistas fueron más allá. Entendieron que cambiar la literatura era cambiar la lengua, como posición, como actitud y con una nueva sensibilidad.⁴

Debe rechazarse el concepto del modernismo como una literatura de estetas dedicados al cultivo del arte a espaldas de la realidad. El modernis-



mo, en sus dimensiones ideológicas, se ha ensanchado; actualmente debe entenderse como un arte epocal, como manifestación literaria de una época regeneradora de la cultura decimonónica. El modernismo supone un espíritu revisor en lo lingüístico, estilístico y metafísico, como producto de una época. Por lo tanto, rebasa los límites generacionales. Al modo del Barroco, que tan larga y fértil vida tuvo, el modernismo se prolonga y se traduce en una preocupación y una actitud perenne, visibles en el arte inventivo y en la esmerada expresión literaria.⁵

Reconociendo diferencias, y pensando más bien en las semejanzas, parece lícito decir que el modernismo, como arte epocal y como legado ideológico, sobrevive en la literatura de hoy, y se patentiza en obras del momento porque los artistas actuales son, como llamó Ricardo Gullón a los modernistas, "Edipos sin esfinge" frente a la "misma tiniebla". Ahora bien, toda la utilería de la cultura humanista que hoy nos parece exótica y ajena al medio americano, en tiempos de los modernistas formaba el sostén de instrucción de las clases media y alta, y resultaba tan familiar como ahora pueden ser los personajes de televisión y los cómics.⁷

La búsqueda de la forma política perfecta era una manera que tenían los modernistas de constreñir la certidumbre de saberse fugaces. El cuidar la forma era un acto moral.⁸ El modernismo es, en última instancia, la apropiación de un lenguaje. Los poetas modernistas —y desde luego los mexicanos— hicieron suyo el español. Lo sometieron a la prueba de los estilos universales para hablar de su experiencia vivida y de la naturaleza y la sociedad de su país.⁹

Aspectos de primordial importancia para la mentalidad modernista fueron la búsqueda de la individualidad en la expresión, la imagen del escritor como artista, la noción de la correspondencia de las artes y las letras, el concepto del idioma como territorio de conquista. Elevado así a categoría estética el ejercicio de la prosa, se amplían sus manifestaciones para incluir el poema en prosa propiamente dicho; el miniaturismo, verdadero trabajo de orfebrería que puede ser relato, cuadro descriptivo o semblanza; la crónica periodística, elevada al rango de literatura por su elegancia y ligereza, y la relación de viaje, dedicada no a describir países extraños, sino a captar las sensaciones del viajero. Entre los géneros tradicionales, la novela parece preferir, ya recreaciones históricas de edades pretéritas o mundos exóticos, ya conflictos de personalidades artísticas o hipersensibles, y siempre en ambientes refinados o morbosos por enrarecidos. El cuento, más inclinado al lirismo, reincide con frecuencia en los temas anteriores, explorando mundos fantásticos, raros, anormales. Por su parte, el ensayo y la crítica se acicalan también con los recursos artísticos del momento; pero, como el cuento, frecuentemente se cargan de emoción lírica y entonces dejan una representación del mundo: una visión impresionista del arte. La prosa hispanoamericana del siglo pasado posee, ya con la segunda generación romántica, características individualizadoras. Domingo F. Sarmiento, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos e Ignacio Manuel Altamirano son escritores en cuya prosa se muestra claramente una personalidad original y distinta, en la que el ideal artístico hace posible un pensamiento comprometido con su realidad históri-



ca.¹⁰ Estos antecedentes anuncian el cambio que se operará a partir del último tercio del siglo XIX. En 1871 José Martí publica *El presidio político en Cuba*, obra en la que ya aparecen las cualidades que luego serán los rasgos estilísticos más relevantes de la prosa modernista: intensidad, ritmo, color, innovación sintáctica. Desde sus primeros escritos en prosa, Martí señala las cualidades que serán, más tarde, las de toda una manera de concebir el oficio de escribir. La prosa de Manuel Gutiérrez Nájera representa un aporte y un complemento necesario para la consolidación de la prosa modernista. La gracia y deliberada frivolidad que se advierten en muchos de sus poemas, tienen en su prosa la virtud de crear un equilibrio constante entre imaginación y naturalidad, subjetividad y gracia. La renovación no se limitó a la frase y su prosodia; hay en sus relatos, y sobre todo en sus crónicas, una nueva manera de componer, en la que la espontaneidad y la sorpresa alternan con una artística elaboración. La crónica es más el resultado de las circunstancias que de una deliberada preceptiva. El auge del periodismo de finales del siglo crea una nueva necesidad; y esa necesidad, un nuevo género. La mayoría de esas crónicas fueron escritas en las mismas redacciones de los periódicos, según era costumbre; de lo que se deduce que, como género, la crónica obedeció a las leyes de la improvisación, de ahí sus principales cualidades: la varie-

dad y la riqueza imaginativa. El punto de partida fue, en la mayoría de los casos, la realidad, pero nada más como un pretexto para hacer literatura. La crónica fue adquiriendo, de este modo, el carácter de una variación cuyo tema pudo o no haber existido, pero que el temperamento del artista convierte en otra realidad: la literaria. El poema en prosa permitió a los escritores modernistas materializar el ideal de unir el verso a la prosa. El modernismo, verdadera estética de la armonía, vio al mundo como un sistema regido por las leyes del ritmo. Por otro lado, el ensayo modernista tiene, también, características propias. Deja atrás la combatividad y el apasionamiento ideológico del ensayo romántico para ofrecer un equilibrio que conjuga con el ensayo características de otros géneros. El ensayo deja el puro planteamiento de ideas y se va expresando con una rara flexibilidad que lo sitúa armónicamente equidistante entre arte y pensamiento. El modernismo ha sido el primer gran intento de América por expresar su individualidad. Una individualidad que también artísticamente fue el resultado de una problemática diversidad, la misma que integra su compleja realidad histórica. El modernismo se propuso la difícil empresa de crear un estilo; y que ese estilo sirviera, a su vez, de cohesión. Puede decirse que, hoy, la literatura hispanoamericana mucho le debe a la aventura estética del modernismo.¹¹

Enrique González Martínez, por su edad, pertenece al grupo formado por Nervo, Urbina, Tablada, Lugones, Valencia y Jaimes Fryere. Sin embargo, es después de 1910 cuando logra sus mejores libros y se convierte en uno de los poetas mayores de los cenáculos literarios. Como Lugones y Urbina, fue admirado y seguido por los jóvenes que, un poco después de 1920, aparecieron "rompiendo a pedradas las lámparas modernistas".¹² Luis G. Urbina se dolía, en España, porque sus versos



ya nada decían a los jóvenes y "casi a nadie" importaban.

Los dos primeros libros de González Martínez —*Preludios*, 1903; *Lirismos*, 1909— eran ya nobles, serios, sinceros. Aunque el autor, retirado en la provincia, desconfiaba de la "secta mo-

dernista" que reinaba en la ciudad de México, sus poemas respondían al deseo modernista de castigar la forma hasta someterla a los modelos artísticos que los parnasianos franceses recomendaban. Pero fue en los dos libros siguientes —*Silénter*, 1909 y *Los senderos ocultos*, 1911— donde González Martínez fue capaz de causar admiración por la límpida serenidad con que interrogaba los misterios de la existencia en una poesía lírica, personal, sin contar los accidentes de la vida, sino su autobiografía sumamente decantada con la esencia de sus emociones y sus pensamientos. González Martínez se vuelve hacia esa parte de la poesía que está muy cerca del silencio: la exquisitez verbal. No la exquisitez estéril y ornamental, sino la del recogimiento y la reflexión.

En todos los libros de Enrique González Martínez se conserva su inicial tono de nobleza, de austeridad, de fidelidad a su estética. No fue de los poetas que hacen piruetas cuando envejecen para atraerse a los jóvenes. No hay en sus libros saltos en el vacío de una estética a otra, sino ascensión de su espíritu hacia un arte cada vez más preocupado por los problemas últimos. La desesperanza, el sollozo, la duda y la sonrisa, el angustioso sentimiento del oficio de vivir, de la muerte y el tiempo se depuran en una admirable serenidad. Él, como pocos, supo envejecer sin menoscabo de su poesía. Supo señalar a la poesía un nuevo camino cuando el modernismo estaba en su apogeo. La autobiografía lírica de González Martínez es la historia de una ascensión perpetua. Hacia mayor serenidad, pero también hacia mayor sinceridad; hacia un más severo y hondo concepto de la vida. Espejo de nuestras luchas, voz de nuestros anhe-

los, esta poesía es plenamente de nuestro siglo y de nuestro mundo.¹³

La obra en prosa de Enrique González Martínez es breve: su autobiografía en dos volúmenes —*El hombre del Búho*, 1944 y *La apacible locura*, 1951—; *Algunos aspectos de la lírica mexicana*, discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, de 1932; tres cuentos —*Una hembra*, 1895; *La chiquilla*, 1907; *A vuelo*, 1908—; discursos, traducciones y prólogos. Aquí nos interesan la autobiografía, el ensayo crítico y los cuentos.

Dejemos que el poeta nos hable:

Enrique González Martínez nació en Guadalajara, donde transcurrieron los primeros 25 años de su vida. Cuando a los 22 años obtuvo su título de médico ya había publicado en los periódicos algunos cuentos, artículos de crítica, poemas originales y traducciones de Shakespeare y de Poe, pues desde los bancos de la escuela se había aficionado a escribir. Todavía la literatura no era para él más que un pasatiempo aristocrático, según su propia confesión. "Me gustaba afectar cierto desdén por mis trabajos poéticos." Fue a ejercer su profesión a la ciudad de Sinaloa, donde contrajo matrimonio con Luisa Rojo. Pasó después a la pequeña ciudad de Mocorito, y su posición profesional fue allí más ventajosa. Su vida era típica de un médico de provincia que solía escribir versos para las revistas literarias.

Un día circuló en Guadalajara la falsa noticia de su muerte. Abundaron los artículos necrológicos, no sólo en su ciudad natal, sino también en Tepic, Monterrey, Aguascalientes y otras ciudades, con franco elogio a su personalidad como poeta. "Aquella hora de notoriedad que me había depurado la suerte —dice— creó en mi



espíritu un deseo de merecer, a fuerza de trabajo y fervor, en el largo curso de mis años, algo de lo que entonces se me daba como ofrenda gratuita." Seleccionó entre sus poemas los que le parecieron mejores y formó con ellos su primer libro, *Preludios*. El libro fue bien acogido por la crítica. Poco después fue a la ciudad de México, y los más importantes hombres de letras lo acogieron con reiteradas muestras de simpatía intelectual. La enfermedad de uno de sus hijos lo obligó a posponer el triunfo en la capital y sus cenáculos. Desde su rincón de provincia publicó otros dos libros: *Lirismos* y *Silénter*. Con un cuarto volumen bajo el brazo, *Los senderos ocultos*, volvió, en 1911, a la capital con el propósito de dedicarse preferentemente a las letras. Lo recibieron con demostraciones de admiración. La Academia Mexicana de la Lengua lo eligió como miembro de número. La nueva generación lo llamó para presidir el Ateneo. Más tarde fue llamado a dictar cátedras en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Altos estudios.

Ingresó a *El Imparcial*, donde se hizo cargo, con Luis G. Urbina y Francisco

M. de Olaguíbel, de la sección editorial. La situación política del país había cambiado: derribado Porfirio Díaz, imperaba el gobierno de Madero. *El Imparcial*, viejo palenque del porfirismo, era ahora vocero de la oposición.

Vinieron días aciagos. Madero y Pino Suárez fueron asesinados. Victoriano Huerta se adueño del poder; y muy pronto se organizó un formidable movimiento revolucionario contra un régimen nefando que finalmente fue derribado. González Martínez había desempeñado cargos en el ramo de instrucción pública durante el régimen caído. Fue cesado de sus cátedras y volvió a trabajar en la prensa. Publicó nuevos libros y se acrecentó su fama literaria. En 1920 fue nombrado ministro plenipotenciario en Chile; con igual cargo pasó después a Argentina y, por último, en 1924, a España. Permaneció en Madrid hasta 1931, año en el que, con el retiro diplomático, terminó su carrera. Vivió desde entonces en México, querido, admirado y respetado. Al cumplir los 80 años se le tributaron múltiples homenajes que parecían no tener fin, pues abarcarían casi todo el año de 1951. Estaba fuer-

te y ágil: parecía tener veinte años menos. La muerte lo sorprendió poco después, en febrero de 1952. Son intensas las páginas en las que sobresale la figura del poeta, como en el mito platónico del carro del sol, atemperada por la inteligencia reflexiva del padre y la energía impetuosa de la madre. Con cuánto amor y agradecimiento se refiere a sus mayores con el afán de explicar —o explicarse a sí mismo— el misterio de la vocación.

La prosa de Enrique González Martínez se adecua perfectamente a la conversación. Sin embargo, no es desaliñada. Sobre todo en *El hombre del búho* existe una gran exigencia formal; un ritmo y un color que en nada contrarían la gracia de la mejor prosa modernista, aunque todo esto matizado con la sabia austeridad y la modestia del autor de *Vilano al viento*. Con esta prosa, severa y rítmica a un tiempo, González Martínez hace coexistir las dudas personales con los recuerdos (maestros, amigos, familiares) y, siempre atento a identificarse con la inteligencia y la distinción espiritual, es implacable con la mediocridad y la vulgaridad. El poeta es el más severo crítico de su obra y, también, certero en los juicios de la obra ajena. Se distingue por su cortesía, aunque es incapaz de hacer concesiones. Ávido lector, escribe su biografía como una aventura por los vericuetos de la educación de las clases media y alta de fines de siglo. Por eso no sorprende que un médico de provincia llegue a la ciudad de México y busque trabajar en su profesión o dando clases de "castellano" o de literatura. El lector puede detenerse en los retratos o semblanzas de la gente que conoció —principalmente los de los poetas— o en las descripciones, y no extrañar la "sonrisa



del alma" de Gutiérrez Nájera, pero fortalecida por la melancolía de Urbina, sabiamente templadas por una natural austeridad. Libro autobiográfico, sí, pero también de memorias de sus tiempos. *La apacible locura* tiene un tono un poco distinto. La prosa se vuelve más impaciente. El retrato se da con unas cuantas pinceladas —aunque sigue siendo incisivo y penetrante—. También los motivos son otros: la lucha en la capital por labrarse un nombre, sus conflictos políticos, la muerte de sus seres queridos, su labor diplomática —durante la cual escribió muy poco—, cierto desencanto. Con esto, sin el estorbo didáctico y sin la pedantesca moralina, cualidades que debemos agradecerle a González Martínez, enseña su alma, templada en el arte más difícil: vivir. En *Aspectos de la lírica mexicana* se refuerza el aserto de que González Martínez era un lector exigente y, en consecuencia, un crítico severo. Poco salva del romanticismo mexicano. A Altamirano, por supuesto, pero se lamenta de que, en demérito de su obra, el autor de *El Zarco* se dedicara a impulsar a los jóvenes; aunque reconoce que fue necesario su magisterio. Traza, además,

una perspicaz y certera semblanza del Modernismo y de sus contemporáneos. Crítico comprensivo y culto, lector de penetrante sensibilidad, no escatimó elogios a quien lo merecía, pero fue implacable con los mediocres. Sus cuentos se resienten de la influencia de Zola, Flaubert y, posiblemente, Galdós. Los ambientes están muy cerca de los creados por Micrós en *la Rumba*; acaso también los personajes. *A vuelo* recuerda mucho "Un paseo de Gutiérrez Nájera". Es decir, respira el ambiente de la época, aunque está más cerca de Gamboa y de Micrós que del Duque Job, Urbina o Nervo. De un erotismo solapado pero intenso, sus cuentos hacen pensar en que, de haber seguido explotando esta veta, el poeta hubiera conseguido buenos resultados. González Martínez completa el modernismo. De otro modo: como Hugo en Francia, o Sor Juana en la Colonia, González Martínez significa el contrapeso y el equilibrio de una época que fue intensamente fértil. Romanticismo, barroco y modernismo son momentos que suponen el estremecimiento de la vida. Estremecimiento que, en sus autores más sig-

nificativos, supone que se puede evitar que todo se devalúe o se enmohezca: apuesta mayor por la necesaria palpitación de la vida.

NOTAS

- 1 José Luis Martínez, *La expresión nacional*, p. 56.
- 2 *Loc. cit.*
- 3 *Prosa modernista de Hispanoamérica*, pról. de Roberto Yahni.
- 4 *Ibid.* p.10.
- 5 Iván A. Schulman, *Génesis del modernismo*, pp. 14-15.
- 6 *Ibid.* p. 17.
- 7 José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo*, p. XLI y XLII.
- 8 *Ibid.* p. XLIII.
- 9 *Ibid.* p. 51.
- 10 Roberto Yahni, *op. cit.*, p. 11.
- 11 *Ibid.* p. 14.
- 12 Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 429.
- 13 Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, p. 282.

BIBLIOGRAFÍA

- 1 Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo Y. FCE, México, 1977. 520 pp. (Breviarios, 89)
- 2 González Martínez, Enrique. *Misterio de una vocación*. Prólogo de Enrique González Rojo. Eosa, México, 1985. 154 pp. (Col. Biografía, 34)
- 3 Henríquez Ureña, Pedro, *Estudios mexicanos*. FCE, México, 1960. 200 pp.
- 4 Schulman, Iván A. *Génesis del modernismo*. El Colegio de México/Washington University Press, 1968. 216 pp.

ESCRITURA

Margarita Villaseñor

Cada objeto hablará
después,
en el recuerdo.
Cada día registrará los datos.
Estaré ahí –en la memoria, o en la memoria del olvido–
tejiendo ya no sé si un pulóver o el destino.
Estarás aquí, escribiendo
–te miro a contraluz y a contrapunto del tiempo–
reincidente en la sorpresa y en el gesto.
Sólo el aullar del viento se prolonga
hilando los minutos.
Un reflejo en el cristal
como un espejo roto por el velado sol,
tras la cortina.
Y más allá de ti y de mí,
del amor circunscrito por la tarde,
el azul Mediterráneo de las aguas
con venas de oro en sus tersas carnes
y un caserío de cal y canto y teja
llenándonos los ojos de rocas y gaviotas,
de pinos y de arenas.
Hemos construido juntos
–sol, suspiro y mar, mirada viento y queja–
un continente de aristas infinitas
en la alcoba pequeña
para la inmesidad de la pareja.



Pierre Michon. Fotografías: Mathieu Jeannet

LAS VIDAS DE PIERRE MICHON¹

Frédéric-Vves Jeannet

para Vicente Gandía y Alexis Fabry

Pierre Michon afirmó alguna vez que se escribe sin saber a ciencia cierta de qué se habla, pero a sabiendas que al decirlo de cierta manera, se produce una emoción que alcanza al lector, haciéndolo vibrar de la misma manera que el escritor en el momento de la creación:

On écrit en ne sachant pas tout à fait de quoi on parle, mais en sachant qu'en le disant de cette façon-là, ça vous émeut considérablement. Et que celui qui va le lire, puisqu'il est usager du même langage, va vibrer de la même façon sans savoir pourquoi non plus. Tous les grands textes que je lis me font cet effet. J'ai l'impression que leur auteur en maîtrise totalement la formulation mais ne maîtrise pas le savoir qui serait au coeur de cette formulation: comme si certaines phrases avaient le don d'enclorre à la fois une extrême force émotionnelle et un mystère total...²

De esta afirmación de Pierre Michon, de este misterio que menciona (en una luminosa entrevista con la escritora Marianne Alphant), se desprende también la extrema dificultad que subyace en el intento de explicar cómo y por qué nos conmueve su escritura, por qué y cómo está hecha.

Sabemos, en todo caso –y de ese dato partiremos– que su obra nació de una doble –o triple– imposibilidad: la Novela, la poesía y la literatura misma, que durante su juventud le parecía vetada, como lo expresó en la misma entrevista:

J'avais l'intention de commencer par du roman mais je m'en sentais -et j'en étais- totalement incapable. J'ai vécu dans cette impossibilité jusqu'à 35 ans.³

A la pregunta "¿por qué la novela y no la poesía? ¿No soñaba usted con ser Rimbaud?", contestó Michon que le parecía "demasiado fácil" escribir poesía:

Et puis, comment dire? dans ma façon d'être et de me tenir, c'était trop facile de faire de la poésie.⁴

Escogió pues la vía más difícil, los vericuetos de la literatura sin adjetivos ni géneros prefigurados, la misma que siempre le había parecido vetada:

J'ai toujours pensé que la seule chose qui était complètement hors de ma portée et de mes possibilités, c'était la littérature. Et j'ai besoin de le croire encore pour y avoir un peu de goût.⁵

Todavía en esta misma entrevista afirmarí que pertenece a la categoría de aquellos "retoños pobres de la escuela pública que estudiaban en la clase a Racine y Hugo como una lengua extranjera. Esa literatura, esa cosa bella que no nos pertenecía, quisimos violentamente apropiarnos de ella". Fue "una irrupción violenta [...] en el texto, en la realidad del mundo, y sin duda en la mía propia".



Pierre Michon

De esa triple imposibilidad nace pues la tonalidad única de la obra de Pierre Michon, su afición por algunas figuras tutelares del arte y de la literatura, como Van Gogh y Rimbaud; de ahí nace también el deseo de escribir sobre la pintura y traspasar así las fronteras que le impedían acceder a ese otro mundo. Pero primero vieron la luz las prosas biográficas de *Vies minuscules* [*Vidas minúsculas*], fruto de un largo proceso de maduración, de una meditación en torno a los géneros literarios, que en su juventud detuvieron su mano a la hora de enfrentar la hoja en blanco. Quizás *Vies minuscules* haya representado el sustituto de la Novela inaccesible. Este primer libro, el que le permitió "tomar por asalto" el dominio cerrado de la literatura, representó para el autor una

"operación de razón y al mismo tiempo de violenta emoción, al ver que lo que buscaba tan lejos estaba tan próximo a lo que había visto y vivido".

Intentaré analizar, describir a grandes rasgos algunos motivos —en todos los sentidos, incluso el pictórico, de esta palabra—, algunos parámetros constitutivos de la obra de Pierre Michon, que hacen posible esta empresa. Estos elementos o rasgos comunes de su escritura traspasan los libros individuales, aparecen en su obra con una frecuencia que rebasa o descarta cualquier intención aislada, cualquier visión crítica localizada (de un autor o de un tema) y ponen de manifiesto obsesiones más duraderas, trascendentes, aquéllas que mueven a un individuo a dedicar la totalidad de su vida a la tarea humilde y sin embargo

desmesurada de plasmar en una forma nunca antes vislumbrada, algunas ideas, sensaciones o fantasmas, sobre el lienzo o la hoja en blanco.

Los cinco títulos publicados por Pierre Michon: *Vies minuscules* (1984), *Vie de Joseph Roulin* (1988), *L'empereur d'occident* (1989), *Maîtres et serviteurs* (1990) y *Rimbaud le fils* (1991), conforman un mundo coherente, amplio en sus propósitos si bien no lo es en su extensión. Los parámetros mencionados, los que destacan en esta obra, son el tono, la factura y la temática

De esta última podemos decir que tanto "Rimbaud" como "Van Gogh" se han convertido en tópicos, lugares comunes obligados, constantemente recorridos por la crítica moderna. Pierre Michon logra sin embargo regenerar estos temas, pues no se acer-

ca a ellos como crítico, en un afán de exégesis, sino como creador en voz propia. Ya sea que se refiera al poeta o al pintor, es indirectamente, mediante un intercesor, un personaje (Joseph Roulin en el caso de Van Gogh; Izambard, Théodore de Banville y otros en el caso de Rimbaud) y siempre se trata de un intento de proyección en la época, en los ambientes y preocupaciones que rodearon a estos creadores. Se trata asimismo de atar los cabos sueltos de una narración fragmentaria [*lacunaire*] e interminable que todos conocemos, que todos hemos oído circular, pues pertenece al dominio público. En efecto, el tema "Rimbaud" se ha convertido en un género literario *per se*, como señaló Alain Borer. Ha dado lugar a alguna de la mejor prosa francesa, pero también a muchos textos prescindibles. No existe tema más trillado por la crítica literaria. En lugar de perjudicarlo, este factor beneficia al ensayo de Michon que se vale, para regenerar el tema, de la conjunción de esos lugares comunes a los que él llama "la vulgate" para analizar esta pequeña mezcla explosiva de aspectos dentro de la personalidad del poeta: la siniestra madre, el padre ausente, los mentores, los amigos y la sexualidad del joven poeta se conjugan en un texto que logra embrujarnos, aun diciendo "de otro modo lo mismo", como quiere Rubén Bonifaz Nuño. Y es precisamente en ese "otro modo" de referirse a Rimbaud donde reside para nosotros la clave del libro y de la escritura de Michon:

Tous ces livres écrits sur Rimbaud, ce livre unique en somme tant ils sont le même, interchangeables quoique burlesquement affrontés

comme au Moyen Age les successives interprétations du filioque, tous ces livres sont sortis de la main du Gilles. Le Gilles est mieux documenté que Banville; un siècle de travaux l'informe; il en sait bien plus long sur la vie de Rimbaud que Rimbaud n'en sut jamais, on l'a dit avec raison...⁶

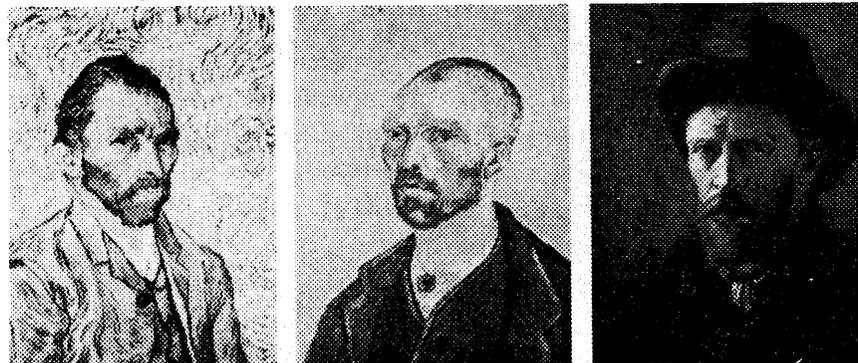
Subyace en los diversos textos de Pierre Michon que podemos designar como *monográficos*, una misma reflexión, persistente, sobre la *posteridad* de los artistas estudiados, interrogación que abarca la incompreensión que padecieron en su vida, víctimas de un desfase temporal que los vuelve cercanos a nosotros si bien nunca lo fueron de sus propios contemporáneos.

La obra de Pierre Michon destaca también por su tono. Tuve la suerte de descubrir *Vies minuscules*, su primer libro, en el momento en que vio la luz en los estantes de las librerías francesas, hace diez años. Estas breves prosas cinceladas, abocadas a narrar "vidas minúsculas", cuyo entramado puede leerse como el relato autobiográfico de la ascendencia del escritor, ya contienen todas las preocupaciones y características de las obras posteriores. Aparecen desde esa *opera prima*,

como en un telón de fondo, personajes de la vida de Pierre Michon; entre ellos sus abuelos, tíos y compañeros de colegio. El "tratamiento" narrativo de sus vidas es semejante al que reciben las de Vincent Van Gogh y Arthur Rimbaud en los ensayos posteriores. La conjunción de estas vidas reales –ya sea que pertenezcan a la biografía de Pierre Michon o al dominio público, a la historia del arte– produce sin embargo un efecto "novelesco", que se debe en primer lugar al lenguaje, a la fusión y compenetración rítmica de un tono y un lenguaje; se debe por otro lado, en cierta medida, a los rasgos regionalistas, pintorescos, de estas historias interrelacionadas, que pueden funcionar en forma autónoma pero cobran mayor sentido al ser reunidas.

Pierre Michon encontró en la forma biográfica, en su peculiar enfoque hacia la vida de los seres de carne y hueso –aunque se hayan convertido en leyendas–, el tono que le da unidad y sentido a su escritura, el color inconfundible que distingue toda su obra y cada una de sus páginas. Fue lento y largo el proceso que lo llevó a la revelación de su propia voz, del género biográfico, ya que durante años la obsesión por la No-

Vincent Van Gogh. Autorretratos





Van Gogh/Michon

vela y la categoría que Roland Barthes ha designado como "lo Novelesco" le impidió escribir estos textos que ahora constituyen su búsqueda personal.

Ya como en sus ensayos posteriores sobre Van Gogh y Rimbaud, el tono de Pierre Michon en su primer libro es el de una cercanía lejana, de una íntima distancia. No se deja rebasar por sus personajes, nunca lo ciega ni lo domina el deslumbramiento, la admiración por las figuras emblemáticas o anónimas, sino que busca aproximarse a ellas, adentrarse en su espíritu mediante los rasgos más terrenales de su humanidad. En ambos casos busca un equivalente verbal a la pintura de Van Gogh, a la poesía de Rimbaud, una aproximación sensible, humana, a ellos. Esa proximidad candente crea el tono sumamente original de estas

prosas. Se podría decir, de algún modo, que Michon logra *competir* con la pintura de Van Gogh y la obra-vida de Rimbaud.

La pintura aparece como un puente, una pasarela tendida entre la Novela imposible y la autobiografía realizada en *Vies minuscules*. No se trata de escribir sobre la pintura, desde afuera, como crítico de arte, sino de proyectarse en ella, incorporándose en el cuadro, adoptando sus colores, "pas les couleurs en tant que moyen de description – mais en tant que moyen d'expression intime" como quería Henri Matisse⁷. Se trata de un afán literario que podríamos llamar animista: éste es el caso de Joseph Roulin, personaje pintado en cuatro o cinco ocasiones por Van Gogh que cobra vida –como hombre de carne y hueso– en

el texto *Vie de Joseph Roulin*, donde ocupa el primer plano, delante del propio Van Gogh, y se vuelve el principal mediador para acceder a la creación de Van Gogh, procedimiento que permite "hacer visible lo invisible", según la frase de Paul Klee. Pierre Michon afirmó en la multitudada entrevista con Marianne Alphant que el recurso a la pintura se debió a la sensación de vacío experimentada después de acabar *Vies minuscules*, a la impresión de "haber quemado todas sus municiones" y agotado en las 200 páginas de su primer libro todo el material biográfico del que disponía. Próxima a la de Paul Klee es esta afirmación de Michon:

Les peintres m'ont permis de transposer dans le registre du visible, donc de façon infiniment plus immédiate pour le lecteur, plus romanesque, ce qui était simplement du registre du dicible. [...] C'est peut-être que la peinture à la fois redouble les apparences et fait douter d'elles, les fait vaciller.⁸

Vie de Joseph Roulin propone, detrás de la historia del modelo y amigo de Van Gogh, una interrogación y una reflexión sobre los vínculos entre escritura y pintura:

Que faire de lui? Je regarde ses portraits, contradictoires, et sur tous cependant je reconnais ses bras bleus, son oeil noyé, sa sainte casquette. [...] Derrière sa tolérance ou son doute, on en sait pas ce qu'il y a. C'est un personnage de bien peu de profit quand on se mêle d'écrire sur la peinture. Il me convient. Il est exténué et peut-être gai comme la forme. Il est vide comme un rythme.

La scansion vaine, despotique et sourde qui soutient ce qu'on écrit, l'alimente et l'épuise, je veux ici qu'elle porte son nom; je veux qu'elle endosse à l'instant la grande vareuse et la casquette des Postes; qu'elle vieillisse à Marseille et se souvienne d'Arles; qu'une barbe lui pousse; elle apparaîtra en bleu de Prusse, alcoolique et républicaine; elle n'entendra goutte aux tableaux, mais par chance, par rapt, elle deviendra peut-être, une fois encore tableau.⁹

Clara es, en esta última frase, la equivalencia casi alquímica que busca el escritor: se trata de competir con la pintura, creando con palabras un equivalente rítmico al cuadro, un cuadro más en el que las palabras desempeñen el mismo papel que los colores. Se trata de alcanzar una fusión rítmica, una compenetración entre el tema y la poesía de los colores y formas, para volverlos ritmos. Se rebasa así mismo el debate actual de la crítica de arte sobre la oposición entre tradición y modernidad, vanguardia y academia o restauración, sintetizado por Marc Fumaroli en un reciente ensayo:

¿Acaso Manet y sus amigos Cézanne y Van Gogh (que murieron solos), o Picasso y Braque a bordo de su Barco-Lavadero, pintaron obras maestras para desafiar la opresión de la academia y de su academismo? [...] La poesía de las artes –su razón de ser, su condición de nacimiento y de recepción– ¿no es por definición ajena a los litigios político-administrativos, a los resentimientos, a las maniobras sociológicas que constituyen el único contenido plausible de la dicotomía academismo-vanguardia?¹⁰

Los textos de Pierre Michon sobre pintura se sitúan al margen, ajenos a este debate, ligeramente desenfocados. Se aproximan al "sentimiento" baudelairiano –pues Baudelaire acudía al léxico de las emociones al escribir sobre arte. El punto de vista sobre la obra de Van Gogh, mediante el personaje-intercesor Joseph Roulin, es hacia la íntima lucha humana que libró el artista por expresarse fuera de cualquier encasillamiento o cualquier –ismo. Como escribió de manera contundente Fumaroli:

Reminiscencia de lo olvidado, hija de la memoria, la poesía restituye al *homo politicus* el sentimiento que perdió al convertirse en pieza del Estado. La poesía es el fundamento en que debe basarse cualquier análisis serio sobre las academias de artistas y sobre toda obra de arte. La inclinación poética triunfa sobre pasiones e intereses mercenarios, costumbres y convenciones perezosas. Este sentimiento poético –que fue el principio de las primeras academias– sigue impulsando la formación de nuevas asociaciones de artistas. Poetas, letrados y artistas siempre han querido reunirse entre ellos, siempre han sido su primer y más sensible público.¹¹

Pierre Michon es un ejemplo de esa sensibilidad. Estilo, frase y forma son las unidades de medida de su prosa.

Próxima en su ritmo y factura el aliento alterno del verso –endecasílabo, alejandrino o versículo, ocasionalmente oracular–, la escritura de Pierre Michon alcanza desde su *opera prima* niveles de intensidad poco comunes en la actual narrativa francesa. Estos niveles se han confirmado y han tomado un mayor cauce en los textos re-

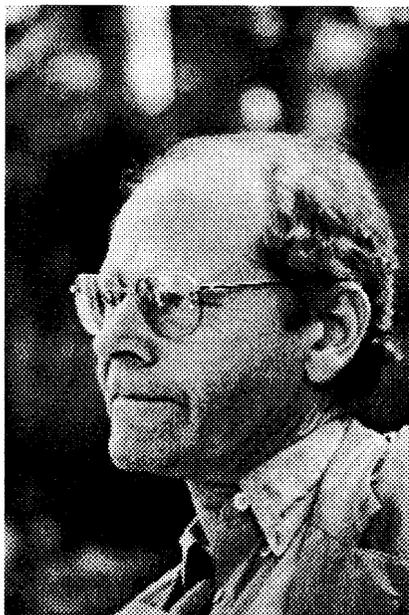
cientes. Al referirse a su primer libro, el que le abrió la puerta de su reino, declaraba:

Du côté du coeur quelque chose s'est laissé aller et a tout de suite trouvé une forme dont maintenant moi, écrivain, je me souviens. Ma délivrance a cette forme et c'est pourquoi je l'aime tant. [...] C'est une sorte de fil, de voix: l'idéal serait pratiquement de dire tout dans le même souffle, dans la même tonalité et la même intensité.¹²

Es una prosa a la vez épica y salvaje, clásica, litúrgica, religiosa y pasional, para retomar aquí de su entrevista con Marianne Alphant, una aguda distinción que establece el autor, dentro de la actual narrativa francesa, entre los escritores "clásicos" y "salvajes".

Michon alcanza a tocar, porque ha conocido esos estados límites, la luz oscura de la pasión y el sol negro del desastre que subyacen tanto en la

Pierre Michon



obra-vida de Rimbaud como en la búsqueda desenfadada de una tonalidad inaudita de amarillo —el mismo sol— que persiguió Van Gogh.

De este encuentro inusitado de un punto de vista en perspectiva, de una aproximación sensible y del fraseo musical y rítmico de la prosa nace el milagro, el estado de gracia que encontramos en la obra de Pierre Michon.

Rimbaud que el propio Rimbaud jamás supo, se ha dicho con razón:..." (Pierre Michon, *Rimbaud le fils*, Gallimard, 1991, p. 56.)

7 "No los colores como medios de descripción, sino como medio de expresión íntima." Carta a Henry Clifford, Vence, 14 de Febrero de 1948.

8 "Los pintores me han permitido transferir en el registro de lo visible, es decir de una manera infinitamente más inmediata para el lector, más novelesca, lo que simplemente pertenecía al registro de lo decible. [...] Quizás esto se deba a que la pintura a la vez que redobla las apariencias, también hace dudar de ellas, las hace vacilar." (*Entrevista con Marianne Alphant*).

9 "¿Qué hacer con él? Miro sus retratos, contradictorios, y en todos ellos sin embargo reconozco sus brazos azules, sus ojos nebulosos, su santa gorra. [...] Detrás de su tolerancia o de su duda, no se sabe lo que hay. Es un personaje de escaso beneficio cuando se atreve uno a escribir sobre la pintura. Me conviene. Está agotado y alegre quizás como la forma. Está vacío como un ritmo. La vana san-

sión, despótica y sorda, que sostiene lo que uno escribe, lo alimenta y lo agota, quiero que aquí lleve su nombre; quiero que vista al instante la gran marinera y la gorra de los Correos; que envejezca en Marsella y se acuerde de Arles; que le crezca una barba; aparecerá en azul de Prusia, alcohólica y republicana; no comprenderá ni remotamente los cuadros, pero por suerte, por raptó, quizás se convierta nuevamente en cuadro." (*Vie de Joseph Roulin*, pp.12-13).

10 Marc Fumaroli, "De la academia al academismo: las paradojas de la vanguardia", trad. Rubén Gallo, *Vuelta*, No. 217, México, diciembre de 1994.

11 *Loc. cit.*

12 "Por el lado del corazón algo se soltó y encontró de inmediato una forma de la cual me acuerdo al escribir. Mi liberación tiene esa forma y ése es el motivo por el que tanto la quiero. [...] Es una especie de hilo, de voz: lo ideal sería prácticamente decirlo todo en el mismo soplo, en la misma tonalidad y la misma intensidad." (*Entrevista con Marianne Alphant, loc. cit.*)

NOTAS

1 Presentación de la obra de Pierre Michon, leída con motivo de la visita a México del narrador galo, en la Casa de la Primera Imprenta de la U.A.M el 13 de diciembre de 1994.

2 Opté por proporcionar en estas notas una traducción literal de los fragmentos citados de Pierre Michon, sin pretender rendir su peculiar estilo. El fragmento citado reza: "Se escribe sin saber cabalmente de qué se habla, pero a sabiendas que al decirlo de tal manera, esto lo conmueve a uno considerablemente. Y que aquél que va a leerlo, puesto que es usuario del mismo lenguaje, también va a vibrar de la misma manera sin saber tampoco por qué. Todos los grandes textos que leo me producen este efecto. Tengo la impresión que su autor domina totalmente la formulación, pero no domina el saber que estaría en el corazón de tal formulación: es como si algunas frases tuvieran el don de incluir al mismo tiempo una fuerza emocional extrema y un misterio total." (*Entrevista con Marianne Alphant*).

3 "Tenía yo la intención de empezar por la novela pero me sentía —y era— totalmente incapaz de ello. Viví hasta los 35 años dentro de esa imposibilidad." (*Op. cit., loc. cit.*)

4 "Y luego, ¿Cómo decirlo? En mi manera de ser y de actuar, era demasiado fácil hacer poesía." (*Op. cit., loc. cit.*)

5 "Siempre pensé que lo único que estaba totalmente fuera de mi alcance y de mis posibilidades era la literatura. Y necesito creerlo todavía para seguir teniendo algún gusto por ella." (*Op. cit., loc. cit.*)

6 "Todos estos libros que se han escrito sobre Rimbaud, este único libro al fin pues son el mismo, intercambiables aunque burlescamente enfrentados como en la Edad Media las sucesivas interpretaciones del filioque, todos estos libros han salido de la mano del Gilles [de Watteau]. El Gilles está mejor documentado que Banville; un siglo de investigaciones lo informa; sabe mucho más acerca de la vida de

Pierre Michon



VUELO DE OFRENDAS

Vida Valero

Soy negada a gustarme de mi nada, espacio de asfixia que se posa entre tus manos y las mías, allí donde te encuentras, inconformada presencia de mi sangre que, gota a gota, se derrama iluminando aquel mirarnos dulcemente.

Mi raíz es profunda en este fango y quiere retenerme fijamente por medio de estas piernas que arborizan la memoria olvidada de mis sueños.

Las orillas del camino me seducen pero no quiero retoñar talada.

Entonces, el vuelo extraordinario de los pájaros me invita a recorrer extensiones de cantos y mañanas donde veo los sepulcros, intuiciones de una muerte inexistente, que se cierran poco a poco sin decirme nada.

Este movimiento vaporoso se convierte en un espasmo gigantesco donde embalsamo mis cadenas para acariciarte suavemente. Siento entre mis dedos tu extensión inaccesible, te introduzco como anillos, como arena, como guantes y tú, viril, me inundas y me absorbes.

La espontánea conciencia en las caídas deja atrás sembradíos de heridas y palabras.

Me reconozco menos angustiada pues te encuentro en este vuelo, te respiro y te lleno de ofrendas ya antes predicadas.

Es indecible decir te amo y sólo te pregunto: ¿quieres volar conmigo sobre el mar?

Tratemos de alcanzar su fondo. Tengo un par de alas que te quiero convidar...



TREBOLES

Jorge López Medel

Fue curiosa la ocasión en que conocí a la mamá de Katherine, beata dama obcecada en sus convicciones de fe cristiana pero a quien le resulta imposible creer en la existencia de tréboles de cuatro hojas. Durante toda su vida ha sido tan extremadamente religiosa que sus ocho hijos, seis varones y dos mujeres, se dividieron en sus creencias de acuerdo al tipo de influencia, positiva o negativa, que Ethel ejerció sobre ellos: los seis varones son muy devotos mientras que las otras dos, que por cierto son las menores, se volvieron ateas como protesta ante tanto misticismo que ellas consideraron gazmoñería represiva. Pues bien, Ethel vive sola en unos condominios con alberca en Connecticut y yo viajé con Katherine en su carro desde Nueva York, donde ambos residíamos, para pasar el fin de semana con ella. Esto sucedió hace unos siete años. Katherine me puso sobreaviso que su madre era una evangelista de hueso colorado, bastante agresiva en su proselitismo:

—Ya le advertí —me dijo—, que no intente hablarte de sus dogmas si se queda a solas contigo; puede llegar a ser terrible, ella es la primera razón de que me haya hecho tan radical con respeto a todas las instituciones del mundo. Si llega a mencionarte algo de eso, por favor dímelo. En ese aspecto no soy nada tolerante con ella aunque esté próxima a cumplir sus ochenta años.

Katherine y yo comimos ensalada, hamburguesas al carbón con papas asadas y bebimos cerveza, y su mamá probó un pedacito de carne y media copita de vino tinto, diluido en agua por su dieta, en la te-

rraza adoquinada, bordeada de macetas con geranios rojos, blancos, rosas y lilas, cuatro colores como estandartes de las cuatro versiones del evangelio alrededor de las cuales tejió su vida. Fue una muy agradable tarde soleada durante la cual sopló un aire fresco de principios de otoño. Muy a mi pesar, me di cuenta que no podía dejar de sentir simpatía y afiliarme con Ethel en todas sus opiniones, ya que Katherine estuvo totalmente en desacuerdo con cualquiera de sus juicios. Como ejemplos puedo recordarla desdiciendo a su progenitora en que: Las hamburguesas no estaban crudas ni sabían a Keroseno, las papas no se podían comer sin mantequilla, la cadena de la lámpara del desayunador tenía la longitud correcta por lo que no era necesario recortarla, y se negó a tocar el piano para ella cuando pasamos a la sala hasta que yo se lo pedí.

Comprendí en ese maldito instante que los hijos somos crueles con nuestros padres y los tratamos como a niños cuando envejecen; lo comprobé al ver cómo Katherine trataba a su madre: igual que yo a la mía. Alguna vez mamá, al yo tratar de obligarla a comer una sopa que no quería, protestó interpellándome si me estaba vengando de cuando ella me imponía su disciplina. Muy molesto, intenté hacerle ver que una sopa de pollo con verduras era lo que debía de comer por su salud aunque los fideos, deshechos por haberla hecho en olla express, le dieran ese lechoso aspecto desagradable. Le mencioné que por nadar y llevar una dieta sana, la mamá de Katherine viviría muchos años.



Jorge López Medel

—A mí no me pongas a una gringa de modelo porque ellos son de un modo y nosotros de otro —me dijo airada retirándose el tazón de sopa y enseguida, mientras jalaba el sartén de los bisteces para servirse, preguntar con sorna— ¿Y qué come la mamá de tu amiga, tú?

—Su dieta básica es gerber de jamón, zanahorias y espinacas— respondí en serio. Ahogándose entre risas comentó, mientras añadía a su plato una porción de papas: —¿Y quién quiere vivir para comer papilla de espinacas? A mí déjame con mi salsa de huevos, la de chicharrones, frijolitos, café con leche con conchas recién horneadas, tortillas y aguacates. Prefiero vivir menos pero comer lo que me gusta.

—¡Pues así te vas a morir!

—Todos nos vamos a morir, pero unos después de vivir más la vida que otros. Y a pesar de que, según tú, todo lo que como no es sano, ya ves los años que tengo y, aparte de mi problema cardíaco, estoy bastante bien. Espérate y verás, porque yo ya no estaré aquí para comprobarlo, cómo vas a estar tú, a pesar de todo lo que te cuidas, cuando llegues a mi edad. Si llegas...

En un momento en que Katherine entró a darse un duchazo y Ethel y yo nos quedamos solos en la cocina, mientras ella guardaba los trastes y yo estaba sentado a la mesa del desayunador, me preguntó:

—¿Y tú Martín, crees en Jesús?

Jesús es un nombre que en inglés sólo se refiere a Jesucristo. No existe varón en lengua inglesa que se llame así. La cultura anglosajona es así, una vez que se establece una norma, todos la respetan, nadie la cuestiona. Muy diferente a nuestra actitud mexicana de siempre buscar el modo de violar reglas por el simple placer de hacerlo. Así, de la misma manera que Jesús es nombre exclusivo de Jesucristo, tampoco existe familia que se apellide Windsor, ese es privilegio de la familia real británica. Ese apellido está protegido por ley, nadie puede apellidarse Windsor, esto me lo dijo un inglés. Como siempre, tratando de encontrarle fisuras a sistemas tan estrictos que no entienden de flexibilidades, fantaseé un rato con la idea de violar esa ley. Tal vez mediante un cambio de nombre en un juzgado mexicano; pero quién, siendo mexicano, querría apellidarse así. También pensé ponerle Windsor a un perro, ni modo que la corona inglesa me procesara por apropiarme de algo que considerara exclusivamente de ella. Actualmente, en mi sala tengo una silla Windsor que compré por siete dólares (estaba a cincuenta por ciento de descuento) en una tienda del Salvation Army de la calle 125 en Harlem. Obviamente, los diseños del mobiliario Windsor los popularizó esta familia, y mi silla no rompe ninguna regla de la cultura inglesa por llamarse así.

—Sí, claro, creo en Dios —le respondí— creyendo que con esto se terminaría la conversación ya que no tendría entonces que convencerme de nada.

Pero insistió, inquiriendo si yo le rezaba a Jesús. Le contesté que no, que yo hablaba directamente con Dios. Se mostró estupefacta y molesta por mi falta de respeto. Me dijo que los cristianos, y tanto católicos como protestantes lo somos, debíamos rezarle a Dios a través de su hijo Jesús, quien para eso había venido al mundo a redimirnos, y no podíamos ser tan soberbios como para atrevernos a rezarle directamente a su Padre. Sin embargo, su plática no pasó de ahí, y cambiamos el tema sin que Katherine se enterara cuando ésta, envuelta en una gruesa bata de toalla, salió del baño escarmenándose el pelo mojado con un enorme peine de dientes separados. No fue sino hasta después de una semana, ya estando yo en Nueva York donde radiqué cuatro años haciendo mi doctorado, que Ethel empezó su asedio por

correo en bellas tarjetas con citas de la Biblia, y telefónicamente con argumentos irrefutables para convencerme de que *su verdad* salvaría mi alma de condenarse en los infiernos. Al principio no me di cuenta de sus intenciones, y también yo le mandaba tarjetitas y la llamaba por teléfono. Se me hacía una buena acción de mi parte dedicarle un poco de mi tiempo a una anciana solitaria. Pero cuando me llegó una pequeña biblia evangelista por correo me puse al alba; y al recibir un segundo libro con la tesis de que la única vía de salvación de las almas es pertenecer a Jesús dentro de la iglesia fundamentalista, sentí la necesidad de poner un alto a tal proceso de adoctrinamiento. En una de nuestras conversaciones telefónicas le hice ver que yo, al igual que ella, fui criado por mi madre dentro de una religión y llegué a mi actual postura de fe a través de mis propias conclusiones, de acuerdo a las cuales actuaba; y de la misma manera que yo respetaba sus creencias y no intentaba convertirla a las mías, le pedí esa actitud en reciprocidad. Le comenté que a mi madre, siempre celosa de todo lo que consideraba suyo, no le gustaría que una mujer igual que ella tratara de cambiar en uno de sus hijos, en un dos por tres, sus enseñanzas católicas de toda la vida. De la misma



manera que a ella, a Ethel, no le agradaría que alguien extraño tratara de destruir su evangelización en los suyos. Le apostillé que todos los humanos somos soberbios y cada quien cree tener la verdad. Aparentemente, recibió mi mensaje y dejó de insistir; y sin embargo seguimos escribiéndonos aunque cada vez más espaciadamente, incluso le envié algunas tarjetas postales ya viviendo yo nuevamente en México.

Lo que se me hace más interesante es que siendo Ethel una mujer con tanta fe religiosa tenga dudas acerca de la existencia de cosas tangibles. Hará un año Katherine me platicó que, como si fuera una niña, un día le preguntó:

—Dime Kathy, ¿realmente existen los tréboles de cuatro hojas, o son una fantasía como el Olimpo, las hadas, los dragones y los vampiros?

Los tréboles son fascinantes. Entre otras cosas, son el símbolo del día de San Patricio, patrono de los católicos irlandeses. Yo tengo mis propias experiencias con respecto a esas plantas y su imputado sortilegio. Recuerdo cuando siendo adolescente vi el primero en manos de Víctor, un amigo que me visitaba, después de haberlo encontrado en mi propio jardín, y cómo me moría de envidia por no haber sido yo el afortunado. Por muchos años, en diversas ocasiones los busqué infructuosamente. Pero un domingo por la tarde, caminando con mi amigo Andrew a lo largo de un canal inglés bordeado de árboles umbrosos por un lado y un amplio espacio soleado cubierto de césped por el otro, me percaté de que nacían tréboles entre el pasto. No sé por qué, tal vez sólo para impresionarlo o quizá debido a una inconsciente intuición esotérica, hincándome y extendiendo mis brazos en actitud teatral, le anuncié:

—¡Voy a encontrar un trébol de cuatro hojas!

Y en el momento de recargar mi rodilla en el suelo, lo vi. Lo arranqué con sumo cuidado tratando de dejarle el tallo lo más largo posible.

—Esto sí que es a lo que llamamos suerte —comenté, más incrédulo por la coincidencia de lo que demostraba.

Con su altivo carácter inglés, alimentado en la Universidad de Oxford, en tono dogmático como si yo hubiera cometido un insolencia, me regañó:



—¡Esas son patrañas! ¡La suerte no existe! ¡Debe haber cientos de ellos entre toda esa hierba!

—Pues encuentra cuando menos uno —dije—, reprimiendo una sonrisa y deseando fervientemente que ya no hubiera más o, cuando menos, que no fuera él quien los hallara.

Pasamos la siguiente media hora caminando a gatas sobre el prado buscando en vano los verdes amuletos de la fortuna. En momentos gritábamos, uno u otro, al creer encontrar alguno. Fuimos presas del muy humano fenómeno psicológico de llegar a ver lo que fervientemente se desea que exista y no lo que en realidad es. Las orillas de cada hoja en ese tipo de tréboles termina en dos semicírculos, y por ilusión óptica llegábamos a confundirnos y tener la visión de ocho curvas en lugar de seis, y por ende a percibir cuatro en lugar de tres hojas. Pero no, ya no encontramos ningún otro de esos fetiches. Aquel trébol de cuatro hojas encontrado en la campiña inglesa se lo envié a mi hermana Estefanía por correo como un emblema de mis mejores deseos por su felicidad, ya que me fue imposible asistir a su boda. Y, sin tener la seguridad de que se le pueda atribuir al poder de ese talismán, ya lleva trece años en un matrimonio de lo más venturoso.

Algún tiempo después, en el bazar de la Lagunilla, encontré en venta un trébol con cuatro enormes hojas aún verdes enmarcado en latón dorado entre dos cristales. Lo compré y lo colgué en medio de todos los amuletos que tengo, mis herraduras, una de mula que hallé en un polvoriento sendero de una montaña colombiana y otra rota que se encontró

mamá a la salida de una boda en el empedrado de una hacienda en Huatusco y que gustosamente me dio apenas se la pedí; una llave vieja que, según los psicólogos, simboliza inconscientemente la cultura porque abre puertas; un billete de dos dólares que, según yo, abre más; una pata de conejo, y un pedazo de rosario con su cruz que Estefanía me trajo de Roma para que me protegiera; talismanes que, aunque digo no ser supersticioso, me agrada poseer porque me tranquilizan. Cuando Katherine me contó la duda de su mamá sobre algo real, se me ocurrió obsequiarle mi trébol de la suerte para que como Santo Tomás creyera en la existencia de ellos al ver uno. Entré al desafiante juego competitivo de convencer a tan fervorosa dama de una verdad cuando ella no pudo persuadirme de la suya. Así es que la siguiente vez que vino Katherine a México, le avisé que se lo iba a mandar con ella, pero por angas o mangas la promesa se nos olvidó a ambos y partió sin él. Durante su más reciente visita, hará unos cuatro meses, al encontrarnos para cenar en un restaurante, lo primero que me dijo fue:

—Esta vez no voy a dejar que se te olvide darme el trébol para mamá.

Como respuesta saqué del bolsillo de mi saco el marco que lo contenía y se lo entregué. Lo tomé, admirándolo con un sonriente rostro fascinado y, sin dejar de verlo, expresó más para sí misma que para mí teniéndome enfrente: —¡Wow! ¡Le va a encantar!

Sin embargo, algo que se puede considerar extraordinario de todo lo que me ha pasado con respecto a los tréboles sucedió hará apenas un par de meses. Tuve que ir a Córdoba, el paraíso semitropical de Veracruz, para sacar unas copias de mi acta de nacimiento y como me quedé en casa de mamá, me puse a fisgonear en algunas de las decenas de cajas que atesoraba en todos los cajones de su cómoda. Como acuerdo general, después de su muerte hace más de un año, mis hermanos y yo decidimos que para conservar su casa como la dejó, nadie podía saquearla de fotografías ni recuerdos de nuestra niñez principalmente, ya que el mobiliario, por obvio, estaba descartado de antemano. Al abrir un estuche de jabones finos, encontré un sobre pequeño en papel de lino, amarillento por el paso del tiempo, en el que

con tinta café escribió con su elegante letra Palmer: "En este sobre guardo semillas de trébol de cuatro hojas que me dio Eva". Comprendí que esas simientes no eran de una variedad distinta de plantas en las que todos los tréboles que brotaran tuvieran cuatro hojas, sino que eran semillas mutantes cuyas probabilidades de que nacieran tréboles con una cuarta hoja eran mayores.

Clandestinamente lo aparté para guardarlo después en mi bolsa de viaje. Ya de regreso en mi casa del D.F., abrí el sobre de donde saqué una serie de pequeñísimos tubérculos aplastados con unos largos tallos secos. Llevé estas semillas al patio y las diseminé al pie de un ficus donde han nacido varios tréboles de tres hojas, pensando que por ser un lugar propicio para ellos, tal vez nacieran los de cuatro. No estaba seguro de ello, pues aunque mamá murió hace menos de dos años, es posible que hubiera guardado ese sobre durante varios más y los tubérculos ya no germinaran.

Apenas, el dos de noviembre, Día de Muertos, recibí una tarjeta de Ethel agradeciéndome el "significativo" regalo que le envié, en la cual me pide pensar que las hojas del trébol pueden simbolizar cuatro hermosas cosas que Jesús les da a quienes "Lo aman y Le pertenecen: amor, perdón, paz y alegría." Coincidentemente, el sobre de la tarjeta que me envió es similar al que contenía las semillas de trébol de mamá, lo cual me recordó mi reciente siembra. Por tal motivo, salí enseguida al patio a buscar bajo el ficus y, sin tener la seguridad de que sea o no el resultado de las semillas recién sembradas, descubrí un pequeño trébol de cuatro hojas que me pareció llamativo por ser de un terso verde tierno y distinto a todos los demás. Quise pensar que mi nuevo talismán es un regalo hecho por mamá desde el más allá, que continúa dándome cosas a más de un año de su muerte, y en ese día precisamente.

Anoche me habló por teléfono Katherine de Nueva York para saludarme y entre otras cosas, por parecerme una buena anécdota, le conté que el día que llegó la tarjeta de su mamá, descubrí el trébol de las semillas de la mía, a lo que me comentó agradablemente asombrada:

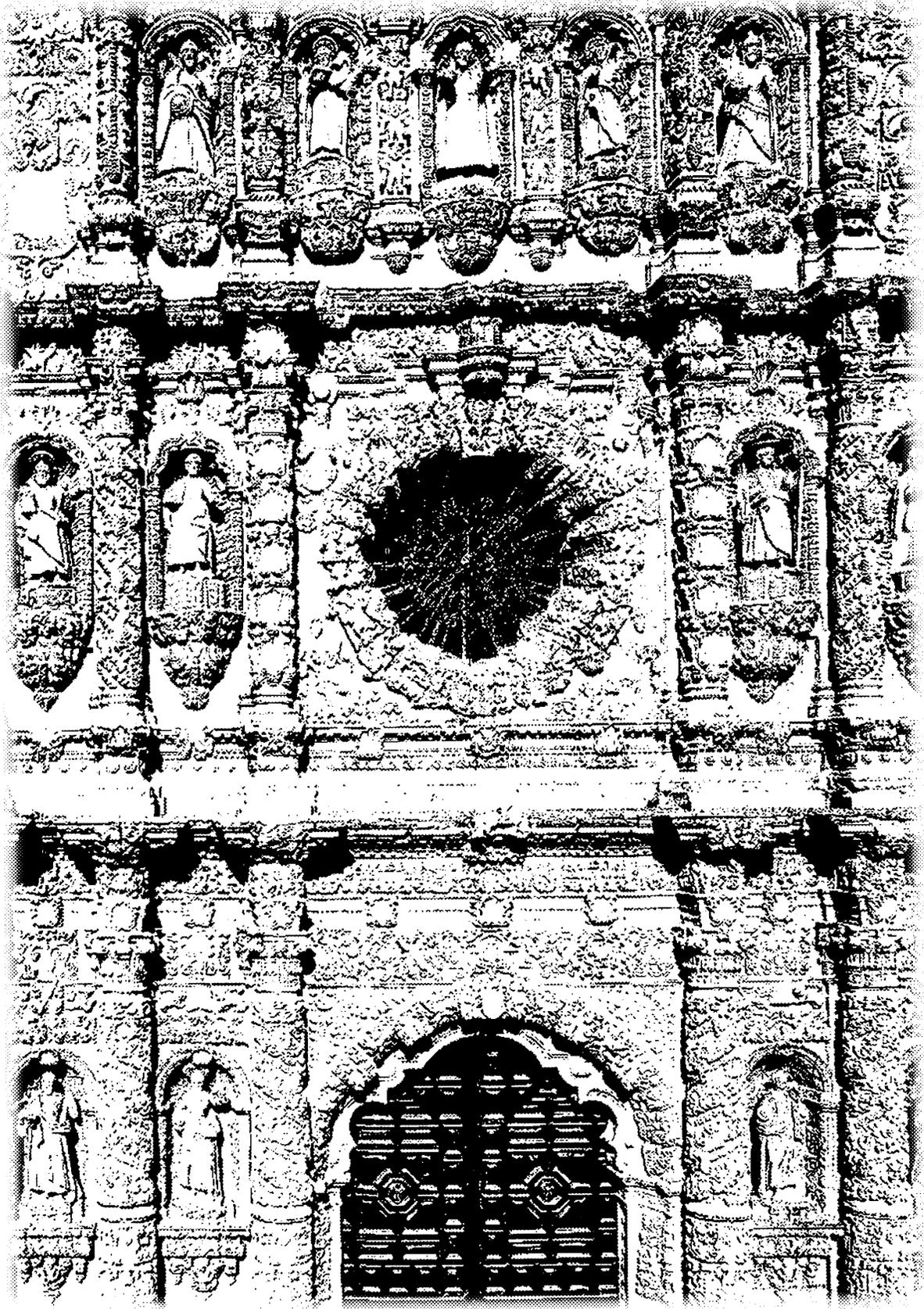
—¡Qué gusto que mamá te haya agradecido tu trébol con una tarjeta, Martín—. No me pareció muy convencida que lo creyera de verdad. Cuando se lo entregué, se le quedó viendo por largo rato con sus lentes bifocales, le daba vueltas para apreciar todas sus perspectivas, lo ponía contra la luz, analizándolo, para finalmente preguntarme: "Kathy, ¿estás segura que esto es real? ¿No te parecen las hojas demasiado grandes para ser de trébol, o que hábilmente le hayan añadido la cuarta hoja?"

Mañana martes, que por cierto es día trece, le mandaré por correo a Ethel el trébol de cuatro hojas de las semillas de mamá que el mismo Día de Muertos en que lo hallé puse a disecar entre las páginas de su Biblia que también sustraje de su casa. Quizás siendo pequeño como la mayoría de las variedades de tréboles que todos conocemos y al no estar enmarcado entre cristales que impidan tocarlo y puedan mantener pegada una cuarta hoja falsa, esta vez la señora sí crea en su verdad. Estoy seguro que mamá aprueba ese envío y que estará sonriendo en el lugar donde se encuentre cuando la mamá de mi amiga lo reciba.

Sta. Ma. de la Ribera de San Cosme, lunes 12 de diciembre de 1994.

Fotografía: Walter Philips y Joe de Maio





APROXIMACIONES A

DONDE DEBEN ESTAR LAS CATEDRALES

Alejandra Herrera

Donde deben estar las catedrales de Severino Salazar seduce por la capacidad del autor para penetrar hondamente en las situaciones vitales en las que el hombre a menudo se pierde y no encuentra el camino de regreso ni el hilo conductor que ligue su vida a un sentido.

Al mismo tiempo, esta novela permite al lector disfrutar de un lenguaje sintético, sugestivo, pleno de significados: "El aire huele a tierra abierta, a tierra que se hincha, a tierra que va a reventar en verdor y a semillas en germinación." (p. 17)

O de sus imágenes que muchas veces rayan en lo lírico:

En Zacatecas uno siente como el pesar irremediable de una mujer bella que, consciente de su hermosura se vio a sí misma explotar, deteriorar, envejecer, casi destruir. (p. 29)

Y sentía que pasaban rápidamente frente a mí los pilares cubiertos de ornato y los santos de piedra escurriendo por todas partes blanco excremento de paloma—como candelabros en cuaresma— que sostienen en sus manos libros, circunferencias, báculos, hojas de palma. (p. 68)

Donde deben estar las catedrales (1984) es la primera novela de Severino Salazar (Zacatecas, 1947), que le valió el premio Juan Rulfo, 1984. Este autor pertenece a la generación de narradores que, como Arturo Ramos, Daniel Sada, Gerardo Cornejo, dejan la ciudad para regresar a la provincia y contar desde allí, con las técnicas de la literatura contemporánea, los conflictos humanos que ocurren en esos pueblos muertos, inmóviles, abrumados, en este caso, por la aridez del ambiente. Lejos de ser la obra de este autor localista, la configuración de los personajes, situaciones vitales y la atmósfera emocional que los envuelve, elevan su obra literaria a los temas que han sido preocupación constante en el hombre, independientemente de sus limitaciones espacio temporales. Se trata de recrear y cuestionar la vida desde su lugar de origen.

Autor, además, de *Las aguas derramadas* (libro de cuentos, 1986); *El mundo es un lugar extraño* (novela, 1989); *Llorar frente al espejo* (novela corta, 1989); *Desiertos intactos* (novela, 1990) y *La arquera loca* (novela corta, 1992), Severino Salazar da cuenta en sus obras de preocupaciones literarias en cuanto al manejo de lenguaje y estructura, así como de plasmar al sujeto en un mundo hostil cuya única posibilidad es la soledad y el desamor.

La estructura de *Donde deben estar las catedrales* es compleja en lo referente a las voces narrativas, al tiempo y espacio en que se desarrollan los personajes y situaciones. Así, la estructura temporal parte de un presente (el del narrador que ahora cuenta); que va a un pasado cercano (la historia relatada por el narrador); para regresar al presente y luego irse a un pasado más remoto (la época colonial en que ocurre la segunda parte); y ahí mismo volver a un presente (el del restaurador de la parroquia de Tepetongo que afirma que ésa es la historia contenida en unos relieves); y que para el narrador es ya pasado.

La estructura del espacio también es compleja: comienza en Zacatecas, desde donde cuenta el narrador, y va a Tepetongo, en donde se desarrolla la historia contada, regresa a Zacatecas, en donde se lee lo que le está ocurriendo al narrador, y parte nuevamente a Tepetongo, lugar en el que se dan los acontecimientos de la segunda parte de la novela

Esta diversidad de tiempos y espacios, en una primera lectura, genera que el lector se pierda, que confunda, por ejemplo, la catedral de Zacatecas con la parroquia de Tepetongo; pero esto no resulta de la estructura, porque todo ahí está dado, sino de una gran cantidad de signos planteados en la novela; lo cual hace que el lector se centre en los conflictos humanos y desatienda la estructura espacio temporal de la novela.

Otro recurso literario digno de señalar es la tensión manifiesta en la novela, que se va generando por la enunciación de misterios que al final quedan sin respuesta: la revelación aludida por el narrador desde el inicio de su relato, la frase en latín que nunca es traducida, el momento excepcional evocado, pero no explicado, etcétera. Todo parece apuntar a que se va a mostrar una verdad fundamental, pero no llega nunca y esto deja al lector desarmado porque es claro que esa verdad finalmente no existe. Quizá lo que plantea el autor es que cada quien tiene que

descubrir su propio sentido de la vida, si éste en realidad existe.

Esta novela está dividida en dos partes: la primera titulada "La tierra" y la segunda, "La luna". En cada una de ellas se desarrollan historias diferentes, casi podría decirse que independientes. Los tiempos en que ocurren también son distintos: la primera corresponde a la década de los cincuenta, mientras que la segunda a la época colonial.

Aparentemente los títulos de estas partes no tienen relación, igual que las historias que contienen. Una posible interpretación podría ser que los problemas humanos son siempre los mismos independientemente del espacio y del tiempo en que se den; otra, siguiendo al narrador cuando afirma que:

Una de las noches de ese mismo otoño una luna llena, amarilla, cruzó el patio y se fue hasta arriba, muy lejos en el cielo. Había dejado a Chenchó sumido en la meditación de ese diálogo imposible que se da entre la tierra y la luna: se acercan, se retiran, se estimulan, se causan mutuos disturbios, pero jamás se tocan. Los dos astros en su órbita propia y regidos por sus propias leyes, impenetrables. Sin embargo, los dos cada vez más atraídos por su ignorancia, por el misterio que uno le plantea al otro. Pero el día que se acerquen más —se decía muy quedi-

to— que se toquen, será el fin, con el acercamiento llegará la destrucción. (p. 80)

podría ser que el individuo está condenado a la soledad y que el imposible acercamiento de la tierra y la luna son una metáfora de la imposibilidad de la realización amorosa.

En "La tierra" el narrador es una primera persona, un personaje testigo que desea contar una historia ocurrida en su niñez en Tepetongo, su ciudad natal. De esta manera "[...] el autor se asume y presenta como un "testigo de la historia" (y de la Historia). Advierte que, además de los sucesos que lo involucran directa y protagónicamente, existen otros que él nada más contempla y en los cuales es una figura secundaria." (Alberto Paredes, *Las voces del relato*, p. 63)

En esta primera parte, paralelamente suceden dos historias: la que el narrador quiere contar y su propia historia que acontece veinticinco años después en la ciudad de Zacatecas mientras evoca sus recuerdos. Así tenemos una historia principal y una secundaria. Necesariamente al relatar la historia de los otros, la primera persona habrá de tornarse una voz omnisciente, puesto que no se puede hablar más que de nosotros o de los otros. Así la novela de Salazar oscilará de una voz en primera persona a otra en tercera.

Además de las personas utilizadas por el narrador, el autor presenta otras voces, las de los propios personajes que asumen la primera voz para expresar sus ideas, dudas, temores y demás sentimientos; y en otras ocasiones, son las voces del pueblo, quienes intervienen a través de la tercera persona para narrar lo que ocurre a los personajes.



Fotografía: Juan Mendoza.

Esta diversidad de voces narrativas expresa, además, la intención del autor de mostrar que la verdad no es absoluta y que por lo mismo no existe la posibilidad de formular respuestas a los conflictos humanos que plantea en su novela. El relato en este sentido se convierte en una obra abierta que el lector asumirá con sus propias experiencias vitales para reconstruir los hechos de la historia y para interpretarlos, porque a fin de cuentas la verdad siempre está supeditada al punto de vista del sujeto que vive o ve el transcurrir de los sucesos. De este modo, el narrador invita al lector a Tepetongo para verificar la anécdota contada, pero: "Lo que no se podría evitar es que cada uno encuentre una historia diferente. Porque todo ya está dentro de nosotros. Esta, la mía, es sólo una variación de la misma historia y de las tres personas que llevamos adentro." (Salazar, *op. cit.* p.93)

En la estructura de la segunda parte de la novela, "La luna", el autor utiliza fundamentalmente el diálogo, a través de este recurso se va desentrañando la historia que corresponde a unos relieves de la parroquia de Tepetongo. La participación del narrador omnisciente es mínima, se reduce a señalar las circunstancias en que ocurre la conversación: "El joven se sirvió más vino. Su mandíbula colgaba como si ya no tuviera fuerza en la cara. Sus ojos estaban fijos en el viejo." (p. 107)

La primera parte, "La tierra", presenta como argumento un triángulo amoroso constituido por Crescencio Montes, Baldomero Berúmen y Máxima Benítez. El narrador y las voces de Tepetongo van armando el conflicto: Máxima y Baldomero son novios, todo indica que se casarán por encima, incluso, de las habladurías del pueblo, ya que según

afirman algunos Crescencio está enamorado de la novia de su amigo. El día de la boda Baldomero amanece muerto: se ha suicidado. La boda de este modo se convierte en funeral. Como Baldomero no deja ningún indicio que justifique su determinación, el hecho se vuelve terreno fértil para que los rumores se multipliquen en el pequeño pueblo. La belleza juvenil de Máxima se marchita en unas horas y finalmente emigra a los Estados Unidos. Por su parte Crescencio no volverá a encon-



Fotografía: Victoria Blasco

trar la paz, las dudas sobre la muerte de Baldomero y el significado de la vida no tendrán respuesta. Mientras se desarrollan estos acontecimientos, Mariano Rodríguez, restaurador de la parroquia de Tepetongo, desentraña la historia contenida en unos relieves, éste será el asunto de la segunda parte.

En "La luna", a través del diálogo que se da entre el gobernador de Zacatecas y un joven, se reconstruye la historia de este último. Sus padres llegan a la Nueva España en busca de un lugar donde su amor pudiera florecer olvidando el sacrilegio en que vivían: él era fraile; ella, monja. Así, se instalan

en Zacatecas y fundan una hacienda en lo que, transcurrido el tiempo, se convertiría en Tepetongo. Frente a la esterilidad de la madre se afirma la fertilidad de la tierra. Un sueño presagia a la madre el nacimiento de un hijo maldito. Nace, al fin, un niño extraño: no come, no llora, no habla, es un ser inexpresivo. Con gran temor de Dios los padres hacen llegar a su hacienda a un prelado para que eduque al hijo y para que la religión católica se observe con todo rigor. El niño crece y al morir su preceptor atraviesa por una crisis de destrucción: mata al amansador de caballos y provoca que el carro donde iban sus padres caiga a un precipicio. Posteriormente, siguiendo las enseñanzas del prelado, vende su hacienda y reparte sus bienes entre los menesterosos. Después de vagar por el amplio territorio, regresa a Zacatecas en donde trabaja como alarife de la catedral. Al poco tiempo se vende como esclavo al gobernador y es así como llega la noche de la conversación. Al término de ésta el viejo muere y el joven es quemado en Zacatecas.

Crescencio Montes es el personaje principal de la novela, a diferencia de otros, no sólo está tratado externamente, sino que también su subjetividad es ampliamente explorada por el narrador. Su vida transcurre en medio de hábitos y horarios, es un hombre rico, dueño de la tienda principal de Tepetongo. A pesar de ser profundamente religioso no está a salvo de contradicciones, es, en más de un sentido, un hombre cruel. Las habladurías de la gente lo ligan sentimentalmente a su empleada Máxima Benítez, pero éstos son sólo rumores que incluso lo benefician. El azar provocará que el equilibrio entre Crescencio y su mundo se fracture. En una situación inesperada

Crescencio descubre en las afueras de Tepetongo a Baldomero amansando un caballo, cuando éste termina su tarea, se desnuda y se mete a nadar al río, y lo que Crescencio no puede soportar es verlo masturbarse.

El efecto que produce este hecho en el ánimo de Crescencio es tan fuerte que constituye un punto sin retorno, el pánico se apodera de él: "Chencho no podía soportar tal visión, desvió la vista hacia el cielo: un nido de víboras de todos colores, como un arcoíris hecho nudo, pendía de las últimas ramas del saúz al que estaba abrazado; iba a caer al agua en cualquier momento." (p.40)

Después de este momento, nada en la vida de Crescencio volverá a ser igual, y esto se debe a que confirma un sentimiento largo tiempo negado: su amor por Baldomero, lo cual, en consecuencia, le da una clara conciencia de su homosexualidad y de la imposibilidad de que el amor se realice entre los dos; por eso le horroriza la masturbación de Baldomero: la única alternativa es la soledad. Esta revelación, esta nítida conciencia provoca que el mundo se convierta en un lugar extraño e inhabitable, que los valores se inviertan, por eso lo bello produce miedo, la puesta de sol se convierte en un infierno amenazante, el mundo ordenado de Crescencio se vuelve caótico y sin sentido, a tal punto que, cayendo en herejía, reclama al Dios que había justificado su existencia:

Quiero ahora toda la alegría, toda la paz, todo el amor. Quiero ahora un adelanto de toda esa eternidad prometida. Dame aquí, alienta un poco este tiempo miserable con un poco de esa alegría eterna. No quiero, no puedo esperar. Si no

nos hiciste perfectos, ¿por qué esperas de nosotros la perfección? Sé que estoy pecando de soberbia, pero no quiero tu reino. No me interesa. Hiciste más hermosos, más apetecibles y atractivos los caminos del ángel caído. (pp. 50, 51)

La vida trascendente prometida por la religión resulta de este modo insuficiente. Cancelada ésta, la existencia de Crescencio ya no tiene asideros, hay una ruptura que le impide reconocerse ahora en su mundo.

Cuando Baldomero amanece muerto el día de su boda porque se ha suicidado, y Crescencio se entera de la noticia, sus dudas crecen y las preguntas por el significado de la vida no tienen ya respuesta. Es en este momento cuando cobran especial sentido las catedrales, porque según Crescencio la vida tenía un objeto para los hombres que las construyeron:

Y se dijo una vez más que la vida era absurda y fútil, que la vida sólo tuvo sentido por estos rumbos cuando se construyó la catedral. [...] Qué crueldad, pensaba. ¿Por qué no estuve en la construcción de esa



Fotografía: Graciela Iturbide

catedral [...] La habían hecho hombres como él mismo, afanados en no dejar un espacio libre de ornatos, hombres que, como él, le tenían horror al vacío, a la nada, al desperdicio. (p.55)

Esta sensación de vacío, de no encontrarle a la vida razón de ser constituye el sentimiento del absurdo, la muerte de la esperanza, la ausencia de certezas porque el mundo no responde a las múltiples preguntas del sujeto y de allí la sensación de extrañamiento. De allí también la añoranza de aquella época en que se construían las catedrales, porque eran la materialización de un espíritu pleno de respuestas y esperanzas en una vida prometida, infinitamente mejor que la terrenal. La muerte de Baldomero agudiza en Crescencio el sentimiento absurdo: "Si todas las catedrales están fundadas en un absurdo, en una idea falsa, qué dolor, qué tristeza. Siento toda la tristeza de los hombres que las construyeron con sólo una idea en la mente y ésta resultó ser falsa." (p.51)

De este modo, la desesperanza, la nostalgia por un padre que nunca tuvo y que, por lo tanto, no pudo ayudarlo a resolver sus dudas sobre Dios y la existencia y la imposibilidad de escapar del absurdo son los sentimientos que acompañan a Crescencio hasta su muerte generada por el cáncer.

Baldomero Berúmen es el amansador de caballos en el pueblo. Son pocos los datos que perfilan el carácter de este personaje; se sabe que es joven y fuerte por su oficio, se infiere también su belleza. A lo largo de la historia se afirma que nunca se ríe y habla poco, lo único que dice en toda la novela es que "Un amansador no es lo mismo que un domador de fieras..."

(p. 42) a propósito de su visita a un circo en la ciudad de Jerez.

Si Baldomero sufre internamente, el lector no lo sabe porque el narrador no lo plantea. Pero se sabe que es un hombre que actúa y por eso mismo se suicida. El suicidio implica una confesión, es una evidencia de que la vida ha perdido, en términos racionales y afectivos, la razón que la sustenta. ¿Qué ocurrió con Baldomero? Parece que es un hecho que la boda con Máxima Benítez no le entusiasma, quizá tiene miedo de enfrentarse, ya casado, con ella; pero sólo son inferencias. Hay un proceso que se da en esa experiencia íntima y muy personal que consiste en perder el sentido de la vida y de renunciar a ella. Pero en el caso de Baldomero no lo conocemos. Una noche antes de su boda pasó enfrente de la casa de Crescencio, solo, montado en su caballo, no hubo más que un saludo lejano, parecería que se trataría de una despedida. El gesto generó en Crescencio una gran inquietud, en Baldomero no se sabe, pero puede inferirse que el amansador de caballos correspondía a los sentimientos de su amigo, y que la imposibilidad de realizar ese amor pudiera ser el detonador de una pérdida de los significados de la vida porque:

Tal vez el amor nos haga ver por un instante esa eternidad. Tal vez el amor sea como una catedral cuando en realidad se piensa que se está levantando sólo una simple iglesia. O tal vez el amor es la consolación a cambio de no ver nunca la eternidad, de no poder construir esa catedral. El puente sobre el horror. (p. 79)

Ante la imposibilidad de tender ese puente Baldomero se suicida porque la



vida ya no tiene qué ofrecerle. "Pobre hombre [dice una vieja del pueblo], no era tan buen amansador: no pudo amansar la bestia que traía adentro de él mismo." (p. 62) Esta podría ser otra causa del suicidio de Baldomero. La bestia que traía adentro no podía convivir con el mundo exterior regido por una norma que no admite alternativas. Veinticinco años después el narrador afirma que él es un hombre versado en los embrollos de la vida, pero ¿qué sucedería si le dieran a amansar una bestia de especie desconocida? (Cf. p. 48) Y eso es en este contexto la homosexualidad, una alternativa de vida imposible de salir al exterior, pero no por eso inexistente. El problema radica en el conflicto interno que genera la contradicción entre norma y emoción en un sujeto determinado. La desviación de la norma en la mayoría de los casos genera culpa, y este sentimiento es un buen propiciador del suicidio. La pregunta última que Crescencio pronunció fue ¿por qué lo hizo? Y si bien esta duda le provoca gran inquietud, mayor temor le generaba encontrar la respuesta.

A diferencia de Crescencio, Baldomero sólo asume la primera voz en la frase ya señalada, son las voces del pueblo las que opinan e interpretan las causas de su muerte.

Máxima Benítez es la empleada de la tienda de Crescencio, es una joven de discreta belleza y está ilusionada por su boda con Baldomero. Las habladurías del pueblo la rondan a menudo: la involucran en un triángulo amoroso. Cuando el amansador de caballos amanece muerto, la joven se ve envuelta en el escándalo. Las voces del pueblo suponen que Baldomero descubrió su relación con Crescencio, que si le dio una prueba de amor a su novio el día previo a la boda, que la noche anterior Baldomero se despidió de ella, que el padre la había llevado con un médico de Jerez para comprobar si aún era virgen, etcétera. Cuando sus amigas le preguntan cómo se sentía en aquellos días, ella responde:

¿Me creerán si les digo que ahora no me acuerdo de nada? Sólo me acuerdo del sonido de las gotas de agua sobre las anchas hojas de maíz en todas las parcelas que tuve que atravesar hasta que llegué a San Pascual aquella noche. Y luego el regreso como si estuviera loca, como si el mundo estuviera acabando para mí, como si Dios me hubiera abandonado en un mundo despoblado y extraño. (p. 66)

Si bien Máxima confiesa que el mundo pierde sentido para ella, tampoco se sabe cuál fue su proceso interior. Coherentemente con las costumbres de un pueblo aislado en la década de los cincuenta, en el que no se concebía que una mujer tomara sus propias determinaciones, el padre de Máxima decide llevar a su familia

a Los Angeles, en adelante se llamará Emma, y el narrador da cuenta de que ahora vive con un segundo marido y sus hijos. Máxima reinicia una nueva vida.

El narrador de "La tierra" es un arquitecto joven que según afirma ha estudiado en la ciudad de México y en Londres. Está de regreso en Zacatecas en donde se propone contar una historia de la que fue testigo cuando era niño en su pueblo natal, Tepetongo, porque según afirma: "De pronto sentí la necesidad de contármelo todo de nuevo, de escuchar en los hechos de aquel tiempo algo que mis ojos de diez o doce años no alcanzaron a ver bien, o lo que mis ojos de entonces vieron mejor que los de ahora." (p. 13)

Lo que el narrador pretende, entonces, es descubrir una verdad trascendente sobre la vida y sobre el hombre en el recuento de aquella historia, para lo cual reconstruye su pueblo natal en una maqueta en la que los personajes asumirán nuevamente sus destinos. En la primera página del texto afirma: "Presiento que estoy a punto de llegar a una revelación." (p. 12)

A medida que la historia avanza, el lector se da cuenta que el narrador pierde objetividad, pues a menudo interviene arbitrariamente en su relato. Lo que el lector tiene ante sí es una versión muy subjetiva de los hechos: "Ahora, no sé si así sucedió todo aquel otoño de hace veinticinco años o... ¿Cómo voy a saberlo si no soy Dios? Sin embargo, así lo quiero ahorita [...]" (p.76)

Puede verse, entonces, que el arquitecto se adueña de la historia, ahora él la reinventa, pero el precio que debe pagar por su versión es la locura. La respuesta existencial que quiere encon-

trar en sus recuerdos se le escapa y lo confunde:

[...] sin más me encontré colgado y amarrado de una gruesa reata que pendía de la corona de piedra en la cumbre de la fachada de la catedral. ¿Cómo llegué hasta ahí? ¿Dónde conseguí la cuerda y cómo se me ocurrió hacer tal cosa? Sólo recuerdo que yo, en péndulo oscilaba lentamente, como si fuera un Tarzán a través de la selva rosa labrada en cantera [...] (p. 68)

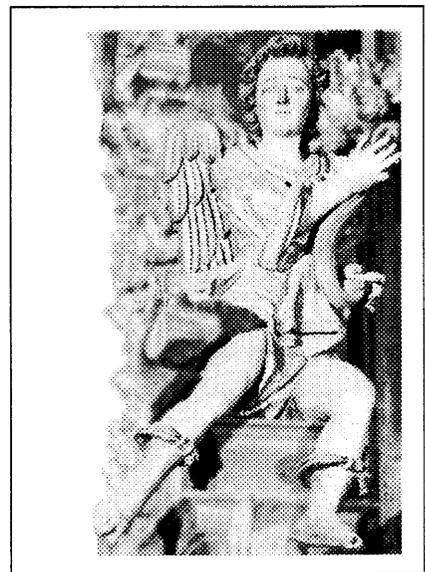
Cabe señalar que si Crescencio y Baldomero fracturan su relación con el mundo exterior y por eso les parece extraño y ajeno, la ruptura del narrador es interior, hay en él una interpretación de los objetos que no corresponde a su realidad, por ejemplo, Dámaso, el perro mascota, es humanizado a tal grado que se convierte en un ser consciente del sufrimiento del hombre y de la extrañeza del mundo.

Al terminar la historia el narrador prende fuego a su maqueta y desea morir asfixiado en el incendio. No lo consigue, como tampoco consigue la revelación que se había planteado al inicio del relato. Según lo contado no hay una respuesta que sustente el sentido de la vida; finalmente afirma: "[...] ahí enfrente –perdurable, inmutable– sigue la catedral, como acabada de construir, como otro inmenso caracol que se llena de zumbidos y quejas todos los días, de hombres y mujeres que naufragan." (p. 96)

El gobernador de Zacatecas es el viejo que ha comprado un joven esclavo, a quien invita a cenar a fin de desentrañar su historia. Cabe, entonces, pensar que tiene interés en descubrir una verdad que atañe a sus dudas, por eso, desea conversar con el joven

a fin de reconstruir esa historia de la que él ha tenido noticia, pero de la cual ignora ciertas piezas claves para completar el rompecabezas. Por ejemplo, él sabe que los padres del joven son transgresores de la religión católica y que han llegado a Zacatecas huyendo del castigo y de sus conciencias. Cuando llega a la hacienda el prelado para cumplir con todos los ritos católicos y educar al niño, el gobernador sabe también que es un perseguido, pero calla porque presiente que ese hombre es el depositario de una verdad absoluta, y aunque pudiera ser una herejía, quería conocerla. Ahora, en el momento en que se realiza la conversación declara que tiene menos interés, no obstante, y a pesar del esfuerzo que implica, desea seguir, llegar al fondo porque:

[...] y reconcí en él [se refiere al joven] al nuevo poseedor del secreto. Tus padres te lo confiaron. Y tú vas con él a cuestras, ya no lo puedes soportar con tus carnes y tus fuerzas. Esta noche al fin lo sabré. Me harás partícipe de él y con él moriré. (p. 126)



Fotografía: Armando Salas Portugal

Y en efecto el gobernador muere, según dicen algunos, habiéndose puesto en paz con Dios y con una sonrisa de beatitud, "Pero en realidad, era una sonrisa de burla." (p. 127) afirma el restaurador del relieve. Parece que lo que el autor quiere expresar es que las respuestas, las verdades absolutas no existen, y que el hombre está a la deriva en su vano afán de aclarar el misterio de la vida y su papel en ella.

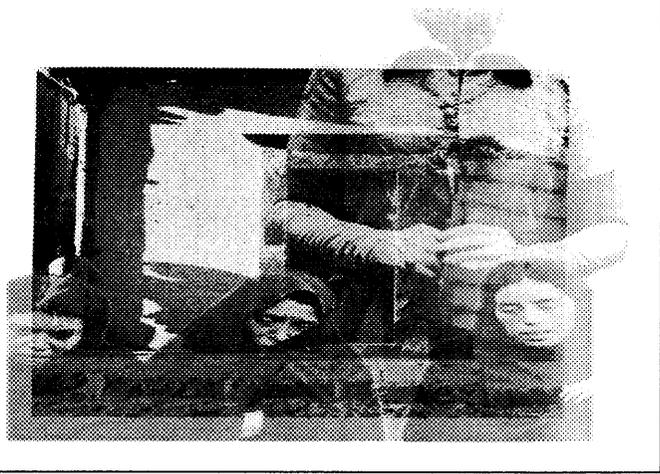
Después de recorrer mundo, el prelado, otro personaje de la segunda parte, llega a Zacatecas, sabe que su búsqueda no termina. A pesar de que no le gustan los niños acepta educar al hijo de los religiosos, basado en la doctrina de san Bernardo, un santo medieval, y en la vida de otros santos.

En verdad es un hombre misterioso, su concepción del hombre y de la vida no puede ser más desesperanzadora:

Me había enseñado a despreciar la vida y el mundo con toda el alma. El detestaba los bienes materiales y hacía todo lo posible para evitar la pobreza y el sufrimiento alrededor de él. De las lecciones de san Bernardo se le había grabado en el alma la certidumbre de que el hombre está rodeado de miseria al nacer, a lo largo de su existencia y al morir: su nacimiento era inmundo, su vida perversa y su muerte peligrosa. (pp. 112, 113)

Nada más opuesto a la cosmovisión de fe y esperanza de la religión católica. Se trata entonces de un predicador de herejías, no en vano era prófugo de la Inquisición.

Por otra parte, el amor, lejos de ser un asidero para el hombre y que le pudiera hacer más ligera la existencia, representa un peligro ya que: "[...] los



Fotografías: Graciela Iturbide Y Victoria blanco

seres humanos eran como planetas: cada uno tenía su vida y sus órbitas propias. Si uno se acercaba al otro se producía la explosión, la destrucción de los dos cuerpos." (p. 115)

Así las cosas, si el amor es una fuerza destructiva, no es extraño que el hombre esté condenado a la soledad, por eso el prelado prefiere la vida del anacoreta, para librarse del contacto con los otros.

El único sentido que tiene la vida, según el prelado, es el alivio de los menesterosos: "Ellos son nuestra salvación, ellos nos dan sentido, si faltan, naufragaremos." (p. 116) Esta es la verdad, no existe otra. La verdad religiosa o racional que sustenta la vida no es una teoría, sino una práctica solidaria con los otros: "Me repetía una y otra vez que nuestra misión era evitar que esa carne ambulante sufriera: que tuviera hambre o frío, que estuviera herida, enferma; que eso era lo único que nos había dejado el mundo." (*Loc. cit.*)

En este contexto, el alma no tiene valor, es el cuerpo lo que hay que librar, pareciera que esta es la verdad que el prelado ha descubierto después de leer las enseñanzas de los santos, recorrer el mundo y meditar largo tiempo. Por eso su despegue de los bienes

materiales: hay que obrar por los otros. Este anhelo de aliviar los males del cuerpo era visto en Zacatecas como una forma de locura, y ésta es una forma de salirse de la norma, porque el hombre en general quiere poseer.

El santo, protagonista del relieve de la parroquia de Tepetongo, es el joven esclavo que conversa con el gobernador. Una vez aprendidas las lecciones del maestro, y a su muerte, recorrerá el proceso de muchos santos, se perderá en los vicios, los instintos, para que las enseñanzas del prelado reencarnen en él. Pero tampoco hay nada que justifique su existencia. Cuando se construye la catedral de Zacatecas, empieza con grande ánimo a tallar piedras, podría pensarse que en este trabajo encuentra la posibilidad de hacer una obra trascendente, de materializar un espíritu prometedor, pero finalmente le gana el desaliento, el sinsentido:

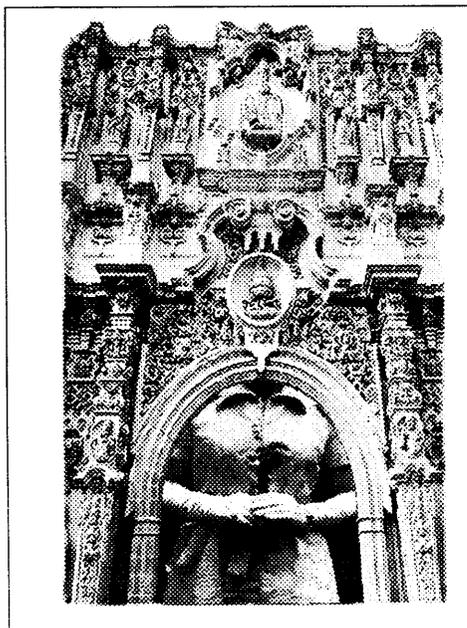
[...] cuando el hombre extraño casi veía terminada la fachada de la catedral le dijo a todos los alarifes: ese prodigio no significa nada, nos han engañado vilmente. Luego cambiaba su humor y se paraba a media calle para pedirle a todo el que por

ahí pasaba, que se reuniera con ellos a labrar piedras, para que en ellas hicieran sus nidos las palomas. (p. 124)

Parece, entonces, que la verdadera función de la catedral es anidar palomas entre la filigrana de sus ornatos, y que todo lo demás es mentira. El joven parece haber tenido una revelación: la vida es absurda y por eso se aferra a las enseñanzas del prelado:

Ya ha vagado bastante por esta tierra mi carne estorbosa, absurda, inútil, engreída. Esta carne que fue aventada al mundo para que recogiera plagas, mugre, enfermedades y delirios; que se llenó de necesidades, de urgencias, de pasiones y miserias. Que ya cansada se deteriora. ¿Todo para qué? ¿Por qué? (*Loc. cit.*)

Es contradictorio que el joven y su maestro conciban que el único sentido de la existencia es la de aliviar la miseria de los cuerpos ajenos, porque los propios deben ser considerados una carga, algo que debe ser tortura-



Fotografía: Armando Salas Portugal y Victoria Blanco

do, como en el caso de los mártires, pero en éstos está implícito que el cuerpo es la cárcel del espíritu, y aquí, en el contexto de la novela, no hay espíritu ni razón que justifique la vida.

Por otra parte, cuando el joven se plantea que si al dejar este cuerpo, igual que las víboras dejan su piel para continuar con una nueva estación, habrá otra posibilidad; implícitamente la niega y advierte: "El amor debió salvarnos." (*Loc. cit.*) Pero tampoco hay salida, el amor "debió", pero no lo hizo. Ocurrió lo mismo con Crescencio.

Finalmente, luego de torturar su cuerpo, de cancelar todos sus sentidos el joven fue quemado vivo, Zacatecas vivió con el remordimiento de haber inmolado a su santo. Y para demostrar que el hombre está hecho por y para la destrucción se da noticia de que ese día hubo un eclipse en el que se tocaron la tierra y la luna, sugiriendo metafóricamente que la destrucción del santo fue un acto de amor.

Donde deben estar las catedrales permite al lector diferentes aproximaciones:

—El mito de Sísifo, el absurdo y la rebeldeía de Camus se presentan en la extrañeza de un mundo que no responde a las preguntas del sujeto sobre el fundamento de la vida: éste es el caso de Crescencio, del joven, del gobernador de Zacatecas y del narrador, ninguno encuentra su propio sentido. El caso de Juana la loca, un personaje aparentemente secundario, es diferente porque encuentra el sentido de su vida en la propia sinrazón, en el absurdo de su tarea: Juana la loca, sin descanso, sube hasta una cima y tira desde allí su barril; en esta actividad construye un sentido sobre el propio absurdo.

—El existencialismo de Sartre en cuanto a que los personajes son seres

arrojados a un mundo hostil y sin un Dios que justifique su existencia. Son seres desamparados y condenados a ejercer la libertad con base en su capacidad de elegir o no elegir. Balamero elige la muerte, Crescencio opta por no asumir frente a los demás su homosexualidad, por mantener las apariencias; Máxima decide que su padre le resuelva la vida; el prelado y el joven eligen el camino de la santidad, no importa que no tenga sentido; el gobernador, intrigado por los secretos que guardan los otros personajes, elige no denunciarlos al Santo Tribunal, y también decide no comprometerse aunque le fueran afines las ideas heréticas, por eso no transgrede, a diferencia de los religiosos que no sólo violan la norma social, sino también la religiosa para seguir sus impulsos vitales, desde luego, pagando el precio.

—Las relaciones individuo-sociedad siempre provocan una contradicción generada por satisfacer el bienestar colectivo, lo cual implica una negación, un *amansamiento* de los impulsos y sentimientos del sujeto que actúa siempre en un aquí y un ahora, y que difícilmente se concilian con la legislación social, porque ésta se mueve en el campo de la abstracción, de los universales; mientras que el individuo, sobre todo a partir de la modernidad (s. XVIII) cobra fuerza y se manifiesta en lo concreto. Víctimas de esta contradicción son Crescencio, el prelado y los padres del santo.

—La cosmovisión del Barroco que se refiere fundamentalmente a la complejidad del espíritu humano expresada en las más artificiosas formas artísticas. Ese espíritu que sabiendo ya no ser el centro y sintiéndose perdido en la infinitud del universo saca provecho de su finitud y horror al vacío para cons-

truirse en toda suerte de manifestaciones que estallan por su aparente falta de lógica y de normas. Los personajes de esta novela en más de un sentido son barrocos, pero sobre todo por la complejidad de su naturaleza y su necesidad de movimiento en una sociedad inmóvil. Igual que cada pieza es clave para el efecto total de una obra, aquí cada personaje es clave para comprender la desencantada visión del mundo que Severino Salazar ofrece en su novela en la que destaca una estructura compleja y rebuscada como la del Barroco.

—El simbolismo contenido en la catedral de Zacatecas, un monumento barroco, es desde luego un símbolo muy sugestivo, pero difícil de interpretar en el contexto de la novela. Se sabe que las catedrales en sí mismas son un símbolo de la cosmovisión católica, desde su planta en cruz griega o latina, pasando por los tesoros y bellas artes que componen su interior; hasta las torres tienen un contenido religioso. Por otra parte, se advierte que nunca fueron terminadas conforme a su proyecto original, debido a su monumentalidad y al tiempo que implicaba construirlas, igual es el caso de los hombres que difícilmente se mantienen puros al contacto con el tiempo y con los otros hombres; se desvían siempre de su proyecto original. Siguiendo el epígrafe las catedrales deben estar en donde se concentran los transgresores del orden social, los que no amansan sus pasiones, en donde se reúnen los hombres que según el narrador "naufagan". En este sentido la catedral sería un enorme útero que acoge a las criaturas con todas sus contradicciones internas. No en vano la frase en latín, que genera en Crescencio una curiosidad nunca satis-

fecha y que sin conocer su significado la manda esculpir en el sepulcro de Baldomero, es tan importante. Además es la primera frase que pronuncia el hijo de los religiosos: "*Quare de vulva eduxisti me?*" (p. 95) (¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre?) La catedral, entonces, es ese vientre materno al que acuden los desamparados y los que no encuentran su lugar en el mundo, por más que su fundamento sea falso.

—La dialéctica como fundamento del ser humano aparece en la novela de Salazar porque a menudo las personas, cosas y situaciones se convierten en sus opuestos: el amor deviene en culpa, el espíritu religioso de los hombres contempla también lo carnavalesco, el amor materno se convierte en censura, falta de aceptación y culpa, el amansador doma a las bestias, pero es incapaz de domar a la que habita dentro de él; lo bello de la naturaleza se convierte en un infierno amenazante; el triángulo heterosexual se vuelve una frustrada relación homosexual; la boda se convierte en funeral; el hijo maldito termina siendo santo; el gobernador, considerado un hombre religioso, resulta un escéptico; la soledad individual de Crescencio de pronto se vuelve solidaridad con la soledad de todos los habitantes del pueblo; los religiosos sacrílegos, paradójicamente, hacen que en su hacienda se observe con todo rigor el cumplimiento de la regla católica; en fin... Todos estos opuestos encontrarían su síntesis en la naturaleza humana.

La novela de Severino Salazar es una serie de signos propuestos al lector para ser descifrados: la pregunta por el sentido de la vida, la finitud de la existencia, las interrogantes que plantea el mundo al sujeto incapaz de con-

seguir certezas, los límites de la libertad, la soledad, la imposibilidad del amor y la complejidad de la estructura de la propia novela. El texto es, también, un transitar entre caminos opuestos, un ir y venir entre lo admitido y lo marginal, un salto del orden al caos, de la razón a la locura porque sólo en ella el sujeto adquiere la energía y el coraje para vivir la vida, porque sólo en ella el absurdo se vuelve el sustento de la existencia, como en el caso de Juana la loca:

Y no había soledad o locura en esa mujer, o algún sentimiento desperdiciado. La soledad, la locura y el desperdicio estaban en el barril [que sin tregua subía y bajaba], en mí, en todo lo que nos rodeaba, en la naturaleza misma. En su cara se veía la seguridad de quien conoce su destino. (p. 64)

De este modo, las experiencias humanas, planteadas por Severino Salazar en su novela, adquieren una nueva significación, se amplían en el espacio y el tiempo ficticio de lo literario, cobrando fuerza a través de su textura estética.

BIBLIOGRAFÍA

DIRECTA

1 SALAZAR, Severino. *Donde deben estar las catedrales*. 2a. edición. México, INBA/Katún, 1985. 128 pp. (Premio Bellas Artes de Literatura Serie Narrativa, 1)

INDIRECTA

1 KAYSER, Wolfgang. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. 4a. edición. Trad. de María D. Mouton y V. García Yehra. Madrid, Gredos, 1965. 594 pp. (Biblioteca Románica Hispánica/Tratados y Monografías, 3)

2 PAREDES, Alberto. *Figuras de la letra*. México, UNAM, 1990. 204 pp. (Textos de Difusión Cultural, Serie Diagonal)

3 PAREDES, Alberto. *Las voces del relato*. México, INBA/Universidad Veracruzana, 1987. 100 pp.

4 TACCA, Oscar. *Las voces de la novela*. 3a. edición. Madrid, Gredos, 1985. 213 pp. (Biblioteca Románica Hispánica/Tratados y Monografías, 194)

Fotografía: Imogen Cunningham



CINCO TEXTOS

Humberto Martínez

BORGES Y EL ZEN

Tres *koanes* debe plantear el discípulo avanzado en un *dokusan* (entrevista privada con el maestro durante un periodo de varios días de meditación llamado *sesshin*). El maestro, el *Roshi*, deberá, en este intercambio de papeles, contestar o aprobar al discípulo. Fue en el templo zen de Sojiji, de linaje Soto, que Borges, durante su visita al Japón, y sin haber entrado a *sesshin*, fue considerado por los *roshis* Kodo Sawaki, Yamada Reirin y Taisen Deshimaru, como candidato apto para el *dokusan* del discípulo avanzado. Todos conocían esa obra de Borges en su traducción inglesa: *What is Buddhism?* (Shambala Publications, Inc., 1983).

Sawaki fue quien lo recibió. Borges formuló su primer *koan*, recordando uno de sus versos:

¿Cuál es el otro lado de la tarde?

Sawaki contestó: ha cesado de llover.

La memoria poética de Borges le proporcionó el segundo:

¿En qué sentido es "pobre" una araña?

Sawaki sólo sonrió. Borges, ciego, interpretó su silencio como aprobación, y lanzó su tercer *koan*:

¿Cómo puede un día ser ávido como el lazo en el aire?

Sawaki no dijo nada; tampoco sonrió. Se dio cuenta que Borges había pisado la otra orilla desde hacía tiempo, y pensó que si el Viento sopla donde quiere, en lo Vacío todo puede caber.

ROMPECABEZAS

Nada ocurre al azar. Estoy seguro de que todo lo que uno hace o deja de hacer, tiene un sentido. Sé que esto que escribo tiene también su vínculo secreto. La suma de nuestra vida sería como un rompecabezas ya terminado, el rostro original antes de haber nacido. Cada día, cada instante, de manera natural, absoluta, kármica, colocamos una pieza en dicho rompecabezas. Pero muy pronto advertimos que existe en él otra dimensión. Porque el sentido de cada acto, cometido o no cometido, ocurrido o no ocurrido, padecido o no, es también una pieza. A todo lo físico le sucede el significado, que no está en lo físico, pero lo contiene. En ese otro rompecabezas, sin duda paralelo, el acomodo de las piezas, como la vida misma, se va haciendo difícil; lo inexplicable de nuestros actos se nos va rezagando. La discontinuidad entre ambos rompecabezas, al igual que la infelicidad, va creciendo. Algunas veces, es cierto, nos es dado ver con claridad el misterioso lugar que le corresponde a una impremeditada acción o idea; pero la mayoría, de nosotros y de las veces, aceptémoslo, nos encontramos en la más completa oscuridad. ¿Cómo encajar los actos en una vida de la que ignoramos su significado global? ¿Y cómo podríamos tener la suma sin haber contado sus partes, sin haberlas nosotros mismos colocado? Si es cierto el refrán árabe de que *uno desconoce a su Señor porque se desconoce a sí mismo*, entonces estamos en peligro de morir sin haber alcanzado a nuestro dios, nuestro destino único. Ha habido quienes aseguran que ese conocimiento es posible aquí, si aprendemos a armar el rompecabezas; otros indican que el rompecabezas está armado desde la eternidad y sólo hay que reconocerlo. No obstante, ¿cómo saber lo que significa para mí que tal día, tal hora, tal minuto de julio de mil novecientos noventa y cuatro haya –¿accidentalmente?– roto, por un movimiento de mi brazo que lo lanzó al suelo, el Buda que estaba sobre mi escritorio? ¿Cómo situar el encuentro –¿por casualidad?– de una tumba con mi nombre, durante una visita a un cementerio? ¿Qué puede querer decir que haya, en circunstancias un poco extrañas, perdido aquel bonito talismán con la cara del Sol que Laura me dejó cuando ella me dejó a mí?

Vivimos a destiempo en el tiempo. El rompecabezas en la dimensión espiritual, del que con seguridad depende nuestra salvación, no puede armarse sin una *visión* correspondiente. Andamos tras la videncia, porque son nuestros corazones los ciegos, no nuestros

ojos, porque ahora sólo vemos, sin atrevernos a limpiar, lo empañado del espejo. No es improbable que terminemos sin haber terminado de armar ese rompecabezas. Nos resta pensar, desde esta orilla, que al concluir físicamente nuestra vida veremos la Totalidad, nuestro rostro, su Rostro. No entiendo de otra manera la sentencia del Profeta: *los humanos duermen; a su muerte, despiertan.*

Fotografía: Cunningham/Greenfield



ARQUEOLOGÍA

Pasar a mejor vida, o a peor, todo depende. Pero nuestra propia muerte no es asunto nuestro, es de los otros. Vivimos y sólo el pasado nos pertenece. He rastreado estas tierras arenosas por más de doce años. El ejército asirio nunca volvió a su patria. Hubo familias enteras y, durante el largo tiempo de lucha, mercaderes, administradores, médicos de cuerpos y almas, algunos griegos. Ameothep IV venció su insolencia. He recogido y descifrado innumerables tablillas de arcilla: datos, cuentas, contratos matrimoniales, horóscopos, medidas astronómicas. Sólo el significado de una tablilla me ha sido vedado: *he escapado de la rueda amarga y dolorosa.* ¿A qué rueda se refiere? ¿A qué dolor?

LA RENDIJA

¿Qué esperamos de nuestra vida? Un día llega para todos en que no hay respuestas. Entonces algunos nos embarcamos hacia la otra orilla. En las faldas del Iztaccíhuatl, con la luna llena, emprendemos ese corto e inmenso viaje hacia lo desconocido. Sí, en un primer *sesshin* (cuatro días de meditación continua) es como empezar a buscar una rendija en la gran barrera que tenemos ante nosotros, a buscar a tientas, palpando, porque no tenemos indicación alguna de lo que vendrá, al paso de las horas, día con día. Y luego, de pronto, en la inesperada espera, ocurre el milagro, tocamos el hueco, la abertura, el sitio exacto donde se equilibran mente y cuerpo, donde se encuentra nuestra mejor posición, nuestro mejor ritmo, nuestro mejor momento, y nos asomamos y *vemos* el otro lado, y nuestros ojos, sin saber que ven, se llenan de humedad, y en nuestro corazón se agita esa extraña y olvidada alegría. Alguien muy apegado a mí me pregunta: ¿había luz u oscuridad? ¿Plenitud o vacío? ¿Fue ilusión o realidad? No sé, contesto. Tal vez todos o ninguno, un sentir sin separación, sin diferencias, sin lenguaje, una rara seguridad, una certeza en medio del viento, en medio del río de todas las cosas que igual se van, como nosotros. Fue sólo un instante, como todo en esta vida. Algo nos mueve, cambiamos, porque todo cambia en el mundo de la forma, donde nada permanece, y así, en un segundo, perdemos la rendija. No sabemos a qué distancia ni cuánto tiempo ha pasado. Frente a nosotros se yergue la barrera que no tiene puerta.

Sentados, siempre sentados, seguimos buscando. La rendija debe estar en algún lugar de esa barrera, como lo puede estar, se nos figura, un pez en el océano. Inútiles esfuerzos, demasiadas distracciones, desvíos, un caballo la mente: sólo el dolor es fiel. El *sesshin* termina. No importa, el sol interno ha despertado. Más allá de toda posible fantasía, sé ahora que existe esa rendija. Pienso que en algún lugar debe haber un *paso*, que también deben presentarse otras ocasiones en que logremos nuestro *punto* exacto y, detenidos, permanezcamos más tiempo mirando, explorando. Algún día el camino se nos puede hacer familiar, y a lo mejor atravesamos el muro. Algún día tal vez podremos ir y venir, y finalmente hacer nuestra morada permanente de ese otro lado, como con el corazón de la amada, construir allí nuestra casa, habitar; venir cada vez menos a este lado, sólo por lo indispensable, sólo para ayudar a alguien a encontrar una rendija, aunque bien sabemos que todo lo logrado con ayuda de otro se disuelve y perece.

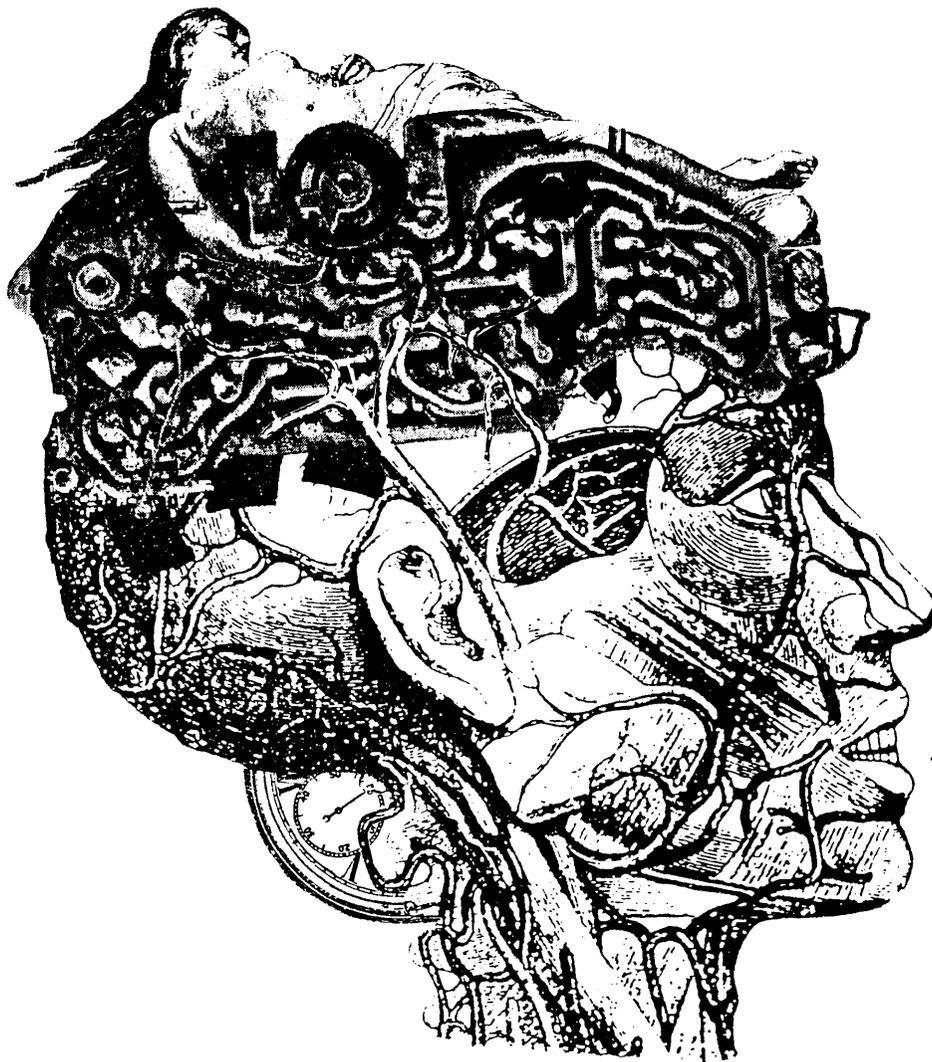
Un mal *karma*, sin embargo, nos acompaña desde los tiempos antiguos. La duda está anclada. Vivimos nuestra vida acá. Debemos confesar con el corazón abierto nuestra ignorancia. Pero no puedo, por incomprensibles que me sean aún, olvidar aquellas palabras del sexto Patriarca: *no tienes que abrir puertas para entrar, estás adentro.*



SOBREVIVENCIA

Todo parece irse rápidamente y, sin embargo, todo permanece. Este último *todo* está muy adentro en nosotros: nos permite la visión y nos regala esperanza. *Lo he visto tal y como yo tenía la capacidad de verlo*, nos dijo Pedro después de la Transfiguración en el Monte Tabor. Nadie preguntó por la existencia, que es inatrapable; sabíamos que todo puede de pronto volver a lo mismo, como si nada hubiese pasado. Esta sensación es vieja, me ocurre. Pablo dirá que *hemos sido hechos una cosa con él*. Y Felipe, Felipe nos aseguró que *nadie podía ver algo de las cosas sin transformarse en ellas*, que al ver la Verdad, el Espíritu, uno se ve a sí mismo, pues uno llega a ser lo que ve, no como sucede con el hombre que ve el Sol, ve el cielo, la tierra y todas las demás cosas sin ser ellas. Es tarde, la desolación se me ha colado al interior, soy sólo uno de los otros, y él supo que lo seguí porque quería caminar en novedad de vida.

Ahora sé que hay situaciones que limitan la ambición, que anidan en mi memoria, y vuelven, porque siempre vuelven. Ellas tienen con frecuencia un oscuro sinsabor, pero también ofrecen una grata sorpresa, una inesperada alegría. Basta regresar al huerto, escuchar el sonido de las cigarras al atardecer, ver escurrir el calor, luego de la jornada, por las sienes del hermano, oler de nuevo la tristeza de los días idos en ese mar de Galilea para sentir en la piel la caricia de aquella inmerecida entrega. Basta sólo un íntimo eco para que recuerde.



LA TERAPIA INTEGRAL

APLICADA AL HABLA PATOLÓGICA

Alejandro de la Mora O.
Ángeles Vallejo Valle

AGRADECIMIENTOS: este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración y el apoyo del Colegio Superior de Neurolingüística y Psicopedagogía, especialmente de la Licenciada Sara Burguete.

Alrededor del campo de la terapéutica del habla y del lenguaje suele hallarse, algunas veces, improvisación, fijaciones en el pasado, insustancialidad. En otras ocasiones se halla profesionalismo, dedicación y entrega. Elegir la técnica más adecuada, por supuesto, no es fácil.

Una de las vertientes del campo de la terapéutica del lenguaje es la denominada "terapia holística" —quizás sería mejor llamarla "terapia integral" (TI). En torno de ella se tejen leyendas negras o rosas, según se trate de los detractores o los defensores de ésta. Es probable que esta "actividad legendaria" no ayude a dilucidar el terreno y, por el contrario, lo torne mucho menos claro, propiciando así más confusiones.

En un intento por mirar de cerca la terapia integral (TI) y con ello contar con mejores herramientas para una evaluación objetiva, escribimos estas notas. Dividimos nuestro trabajo en dos partes: en la primera nos ocupamos de algunos de los fundamentos teóricos de la TI; en la segunda parte ilustramos con algunas experiencias lo manifestado en la primera parte.

1 Introducción

Mediante la observación participante y el método clínico modificado¹ propiciamos situaciones comunicativas en las que participaron cuatro informantes (Ma, Pm, Pa y Po) y dos observadores (AV y AM). Los datos lingüísticos fueron registrados en cinta magnetofónica y complementados con notas escritas elaboradas inmediatamente después de los hechos. Previamente a la recolección de los datos, delimitamos la problemática y adelantamos algunas suposiciones al respecto. Transcribimos fonética y fonológicamente los datos obtenidos y asimismo los analizamos morfosintáctica, semántica y pragmáticamente. Ello permitió reorientar nuestras hipótesis y fijar pautas para las recolecciones posteriores. Paulatinamente, diseñamos un perfil lingüístico de nuestros pacientes y con base en éste, seleccionamos estrategias dirigidas tanto al sujeto psicológico como al epistémico, que permitieran mejorar la actuación lingüística de nuestras unidades de observación. La meta general de esta parte de nuestro trabajo consiste en incorporar a nuestros pacientes, *en la medida de sus posibilidades*, al grupo familiar y social con los que debieran interactuar eficazmente en los ámbitos lingüístico y sociocultural.

2 Los sustentos de la terapia integral (TI)

La postura tradicional en la lingüística considera a la oración como la unidad de descripción máxima. Sin embargo, siendo ésta una postura respetable, no deja de ser sólo eso: *una* de las posiciones en la disciplina. Los lingüistas² interesados en la lingüística textual³ afirman que la relación entre una oración y el texto al que se adscribe, es tan pertinente, como lo es, la relación entre un fonema y el morfema del cual forma parte, o entre un morfema y la oración a la que pertenece éste.

En el terreno en el que nos desenvolvemos, consideramos al lenguaje como una capacidad comunicativa y organizadora de la realidad que se halla en íntima relación con habilidades cognoscitivas y de representación y, asimismo, está determinada por variables socioculturales y psicológicas como: la experiencia, la memoria, la

inteligencia, la motivación, la edad, el dialecto, el sexo, etcétera. Esta capacidad, no restringida a los humanos⁴, consta de un proceso comprensivo ("lenguaje impresivo") y de otro productivo ("lenguaje expresivo").

2.1 La filosofía del lenguaje

En la medida en que la lingüística se fijó como límite de su objeto de estudio el texto (lingüística del texto, lingüística metafrástica) sus horizontes, reducidos tradicionalmente a los límites de la oración simple, permitieron vislumbrar elementos de extraordinario interés que modificaron sustancialmente las concepciones de muchos lingüistas.

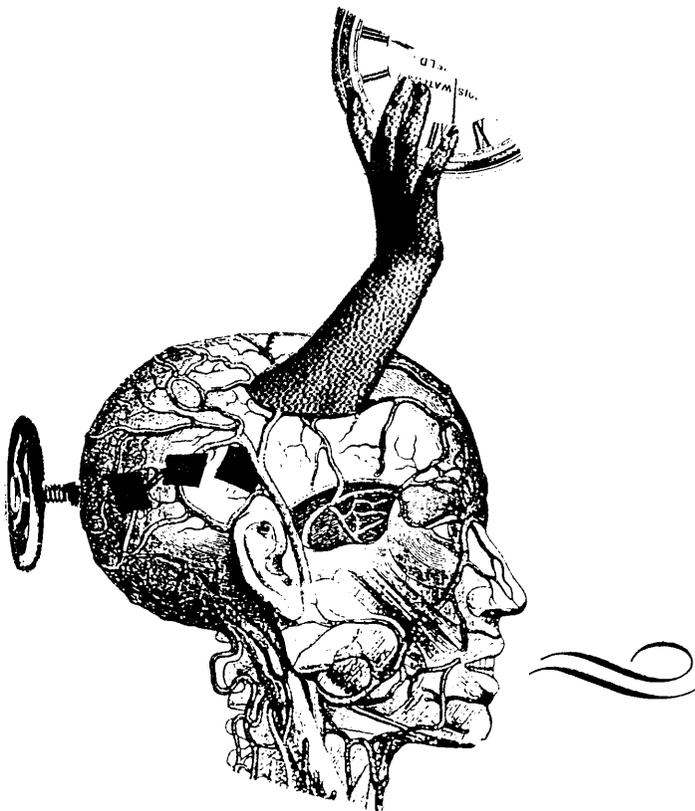
De todos es conocido que la filosofía del lenguaje modificó notablemente las concepciones en el terreno de la lingüística. En este ámbito destaca Ludwig Wittgenstein⁵, filósofo alemán, quien influyó notablen-

te los trabajos antropológicos de Malinovsky⁶ y de su colaborador Firth⁷, quien con el paso de los años se convertiría en el fundador de la escuela de Londres que ha sido la promotora de estas importantes innovaciones. Austin⁸, uno de los representantes de la escuela de Londres, coincide con Wittgenstein en el señalamiento según el cual, las funciones del lenguaje se hallan íntimamente relacionadas con los contextos sociales en los que se producen. Así las cosas, la producción de enunciados implica la interacción social. Este hecho, aparentemente obvio, era ignorado por lingüistas, filósofos del lenguaje y psicólogos anteriores a Austin.

J.L. Austin criticó la concepción agustiniana que considera que la función de las palabras es la denominación. El filósofo del lenguaje ordinario desafió, también, las concepciones positivistas, que insistían en señalar como enunciados significativos únicamente las aseveraciones empíricamente verificables, relegando a las demás, a ese "cajón de sastre" que denominaron "enunciados emotivos".

Austin distingue entre enunciados constatativos y enunciados ejecutivos⁹. Los primeros son aseveraciones que tienen como función la descripción de algún evento, proceso o circunstancia y tienen la propiedad de ser verdaderos o falsos (valor veritativo). Los ejecutivos no tienen valor veritativo y se emplean para hacer algo y no para decir que algo es o no adecuado.

Para el autor de *Acciones y palabras* formular una aseveración descriptiva de un estado de cosas o de una circunstancia, equivale a un compromiso con un tipo de actividad social,



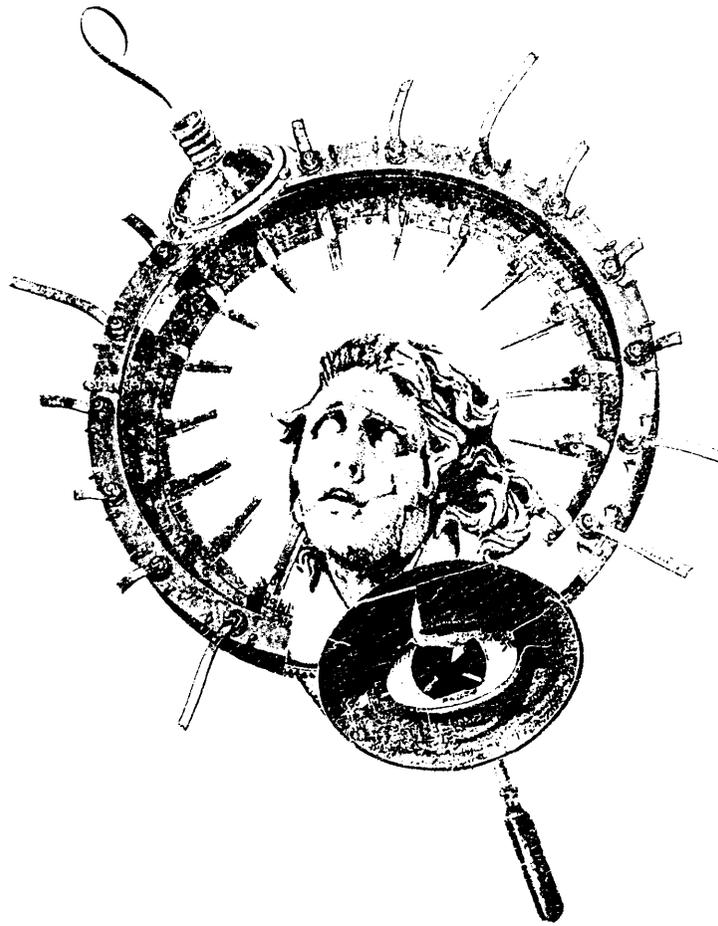
regulada por convenciones similares, y en parte idénticas, a las que regulan actos como hacer promesas, formular preguntas o emitir órdenes.

2.2 La psicolingüística

Otra disciplina que comparte con la filosofía del lenguaje la responsabilidad de las profundas transformaciones en el ámbito de la lingüística moderna, es la psicolingüística. En esta disciplina el papel de Noam A. Chomsky (1957, 1964...) ¹⁰ constituye el principal sostén de la concepción innatista del lenguaje. En el modelo chomskyano se postula la existencia de un oyente-hablante ideal, al que las variables socioeconómicas y psicológicas no afectan. El sujeto epistémico de Chomsky conoce y maneja el lenguaje tanto al nivel de *competencia*, como en el de *actuación*. Este hablante-oyente ideal modifica mediante reglas generativas y transformacionales la estructura profunda en estructura superficial. Aunque estas nociones chomskyanas no son las únicas que repercuten en el área de la psicolingüística, sí podemos afirmar que se trata de las fundamentales. A pesar de la obviedad, habría que señalar que, en el terreno de la psicolingüística, la corriente psicológica predominante es conocida con el nombre de psicología evolutiva. A ella se debe el que la psicolingüística incluya en muchos de sus estudios la metodología longitudinal y el método clínico modificado.

2.3 La pragmática

Para nadie es ajeno el hecho de que el habla es una actividad de la mente. Involucra múltiples procesos neuro y psicolingüísticos. Ello es evidente cuando



se observa que los miembros de una "comunidad lingüística" ¹¹ conocen implícitamente las reglas de su lengua y son capaces de usarlas con fines comunicativos, de reflexión lingüística o de ubicación con relación a determinados mundos posibles. Esto, sin embargo, no es la única característica del lenguaje. Existe una actividad básica, sin la cual las lenguas naturales no existirían, y que bien pudiéramos llamar: "interacción social". El sistema de la lengua, como sabemos, regula las interacciones entre hablantes y al mismo tiempo es un sistema convencional. Esto trae como corolario que su desarrollo es un producto histórico y social. Aceptar este postulado obliga a estudiar cualquier lengua natural, de tal manera

que la gramática de la misma, tenga como meta explicitar las reglas que los hablantes manejamos de manera implícita y determinar qué clase de expresiones son aceptables y cuáles no.

La gramática, asimismo, debe especificar la forma en que las estructuras morfosintácticas se vinculan con las estructuras semánticas. Con estas delimitaciones, la reconstrucción teórica de las expresiones lingüísticas queda salvaguardada para los ámbitos formal y del significado. A estos niveles, en concordancia con nuestro postulado, habrá que agregar uno más, que permita la explicitación del acto realizado en el momento de producir determinada expresión. Sostener que cuando hablamos hacemos algo, es una intere-

sante aportación de la filosofía del lenguaje, como se ha dicho líneas arriba.

Con relación al vínculo entre pragmática y terapia del lenguaje es imprescindible mencionar a Jerome Bruner¹². Bruner sostiene que los niños aprenden a vincularse con el medio que los rodea, aun antes de emplear el lenguaje impresivo. El papel del adulto en esta interacción consiste en proporcionarle

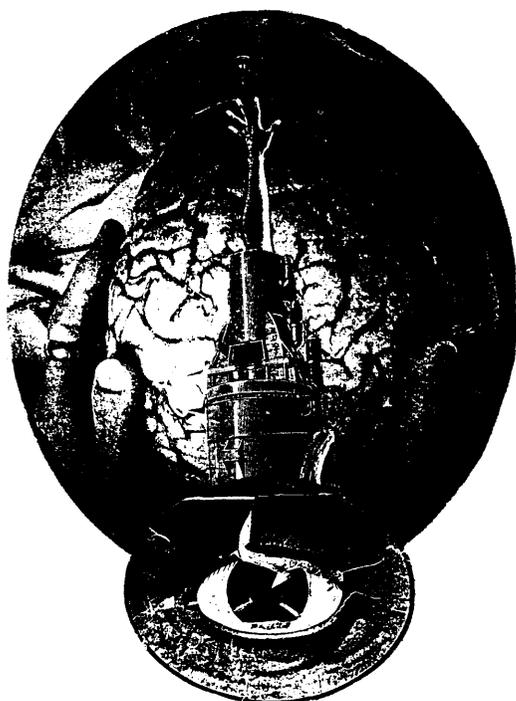
confianza y pericia en la interacción lingüística. Este ambiente propicia, asimismo, que el niño anticipe y repita acciones sin las exigencias y restricciones de los ambientes "magisteriales", acartonados, estériles y castrantes. Al fomentar la intención comunicativa por todos los medios –no únicamente a través del lenguaje expresivo–, estamos propiciando que los niños piensen y hablen por sí mismos, es decir, que sean ellos mismos y no deslavadas e imprecisas copias de los adultos.

Para Bruner¹³ este tipo de relaciones de los adultos con los niños, constituirá la matriz que permitirá en el momento oportuno, que el niño desarrolle su ca-

confianza y pericia en la interacción lingüística. Este ambiente propicia, asimismo, que el niño anticipe y repita acciones sin las exigencias y restricciones de los ambientes "magisteriales", acartonados, estériles y castrantes. Al fomentar la intención comunicativa por todos los medios –no únicamente a través del lenguaje expresivo–, estamos propiciando que los niños piensen y hablen por sí mismos, es decir, que sean ellos mismos y no deslavadas e imprecisas copias de los adultos.

Este tipo de actitudes está respaldado en una concepción del lenguaje que reúne además de las características que señalamos arriba, estas otras: el lenguaje existe para la formulación, comprensión y transmisión de significado. El significado aporta sentido y propósito y, como resultado de esto, aprender una lengua implica aprender algo que tenga sentido y que cumpla con un propósito. Usar el lenguaje conlleva la existencia de una situación y un contexto. Ambas son cruciales para el significado. Entre más repetitivo y predecible sea el contexto en las primeras etapas del desarrollo, existirán mayores facilidades para el aprendizaje. Finalmente, todo aprendizaje es un proceso constructivo y activo en el que los conocimientos se obtienen a partir de las interacciones con los medios físico y social. De esta manera, la pragmática permite el desarrollo de las estructuras fonológicas, morfosintácticas y semánticas, dicho de otra forma: *el dominio de la estructura lingüística es un subproducto de la estructura textual.*

Con la irrupción de la lingüística textual, el sistema lingüístico ya no se puede reducir al paradigma chomskyano consistente en la construcción de un conjunto de reglas que genere



intencionalidad a las acciones del niño. Por ello se entiende que el adulto corresponde y alienta, mediante sus comportamientos lingüísticos y extralingüísticos, la incipiente inteligibilidad de la intención comunicativa de los niños. Es indispensable para esto que los adultos asignen a los niños el papel de interlocutor y no únicamente el de receptores. El adulto entonces actuará como un experto interlocutor, identifi-

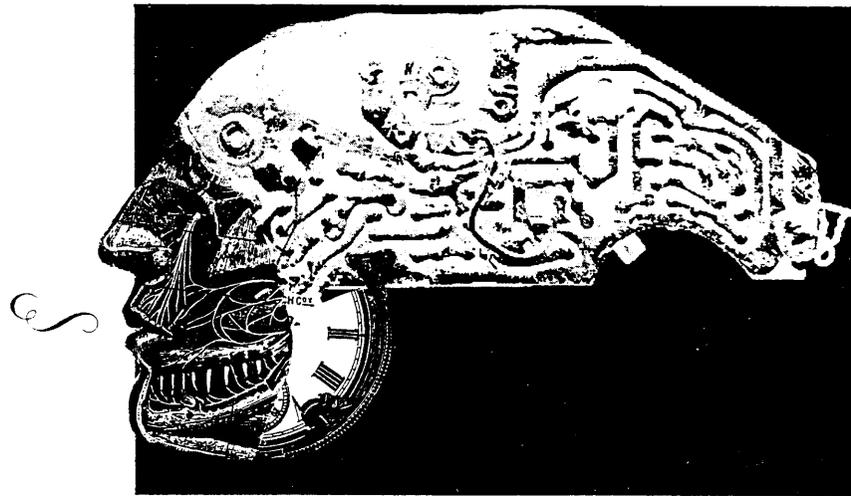
pacidad de comunicación significativa. El medio ideal para la interacción entre niños y adultos es el juego. La atmósfera cálida e íntima que aporta éste, constituye un elemento valioso para el éxito de la adquisición del lenguaje. El juego permite que el niño asuma papeles protagónicos que le posibilitan la experimentación de diversas estrategias comunicativas y, como consecuencia, la adquisición paulatina de

correlatos de todas las oraciones bien formadas del sistema y sólo de aquellas que sean consideradas como tales, lejos de ello, ahora se pretende identificar en todo sistema lingüístico, la existencia de fuentes de formación textual, que se caracterizan por relacionar los enunciados producidos por el hablante con el contexto en el que se producen.

Así las cosas, aunque de una manera excesivamente panorámica, queda señalado que las principales fuentes de la denominada "terapia integral" son cuatro: la filosofía del lenguaje, la psicolingüística, la psicología evolutiva y la pragmática.

2.4 Cuatro casos para ilustrar la terapia integral

Los casos que describiremos integran el grupo denominado "Aprendizaje y lenguaje I" del Anexo del Colegio Superior de Neurolingüística y Psicopedagogía, supervisado por la licenciada Sara Burguete. Con este grupo trabajamos por espacio de dos semestres escolares. Identificaremos a los integrantes del grupo de estudio por las siguientes siglas Ma, Pm, Pa y Po. Un niño y tres niñas de 6, 6, 4 y 4 años de edad, respectivamente. Los cuatro compartían el diagnóstico (poco descriptivo pero muy común en el medio) siguiente: "retraso en la adquisición del lenguaje". En el grupo existían diferencias sustanciales, que iban desde quien (Pm) se pasaba todo el tiempo sentada, con uno o dos dedos de la mano izquierda en contacto con el paladar y con la otra mano dando forma, obsesivamente, a un "cairel" en su cabello; hasta quien mediante señas, gestos y lenguaje corporal intentaba comunicarse (Po).



Los cuatro sólo de manera ocasional empleaban segregados vocales o pseudopalabras de dos o tres segmentos reconocibles.

El tratamiento experimental, de manera general, observaba esta particularidad: organizábamos un juego como "La tiendita", "El doctor", "El mercado", "La escuelita", "Papá y mamá", etcétera. El juego seleccionado (inicialmente por nosotros y a medida que el tiempo pasaba, por ellos) debería reunir estas características: tener un sentido y un propósito, un contexto claramente asociado a las actividades anteriores, papeles precisos para cada participante, situaciones muy estructuradas y repetitivas, empleo y aceptación de cualquier estrategia comunicativa, teníamos estrictamente prohibido obligar a los participantes a emplear determinados recursos lingüísticos o corregir las "pseudopalabras" usadas. Nos obligamos a privilegiar lo textual sobre lo lingüístico y, asimismo, lo pragmático sobre lo fonológico y/o morfosintáctico. Todas y cada una de las sesiones eran grabadas en cinta magnetofónica y en caso necesario se complementaban con notas que expli-

caban el contexto situacional de cada producción. Nosotros además de observar, realizábamos los papeles que teníamos asignados dentro del juego. En nuestras intervenciones, siempre procurábamos enfatizar los aspectos entonativos. Inmediatamente después de cada sesión, transcribíamos fonética y fonológicamente la cinta. El análisis de los materiales de cada sesión nos proveían de hipótesis, que deberían ser validadas o reformuladas, tan pronto como las circunstancias nos lo permitieran. Los sujetos del grupo experimental reunían las siguientes características.

Ma es un niño sobreprotegido y sobrealimentado. Es inseguro, requiere aprobación constante en lo que emprende, tranquilo, de fácil incentivación, concluye exitosamente las actividades propuestas. Maneja satisfactoriamente la selección y seriación. Conoce algunas grafías y tiene noción, incipiente, del número. Tiene otro hermano 18 años mayor que él.

Al iniciar el tratamiento, únicamente empleaba señas, gestos y lenguaje corporal. Sus nociones pragmáticas eran buenas. Como resultado del tra-

bajo, su habla, en el momento del postest se caracterizaba por el empleo de todos los fonemas oclusivos, fricativos y vocálicos del español de México, sintagmas nominales con núcleo y modificadores. No emplea verbos. En este momento recurre al lenguaje gestual cuando su construcción requiere de verbos. Con adultos comprensivos, su habilidad comunicativa es muy eficaz.

Pm tiene ya alrededor de tres años en la institución. Lesión cerebral profunda. Hija única. Ansiosa y, como resultado, agresiva con sus compañeros. Muy interesada en actividades en las que las características suprasegmentales del habla se hallen involucradas. Maneja nociones comparativas, selecciona de acuerdo a tres variables (color, forma y tamaño). En la última evaluación, su habla se caracterizaba por el empleo de todos los fonemas consonánticos del español de México en posición inicial e intervocálica. En sílaba cerrada no emplea ni coarticulaciones, ni laterales, ni vibrantes. Utiliza oraciones del tipo (SN + SV), emplea la concordancia de número y género.

Pa es la menor de tres hermanas. Una de ellas tiene retraso mental. Posee mucha iniciativa, dedicación y una enorme habilidad para comprender instrucciones. Hace seriaciones con dos variables y concuerda número con objeto. Emplea sintagmas nominales, en ellos el artículo está ausente. Se apoya en el lenguaje corporal cuando sus actos de habla requieren verbos, sin embargo, ocasionalmente produce sintagmas verbales. En el momento de escribir estas líneas, la producción de verbos era más regular, e iniciaba el manejo de flexiones de persona y tiempo.

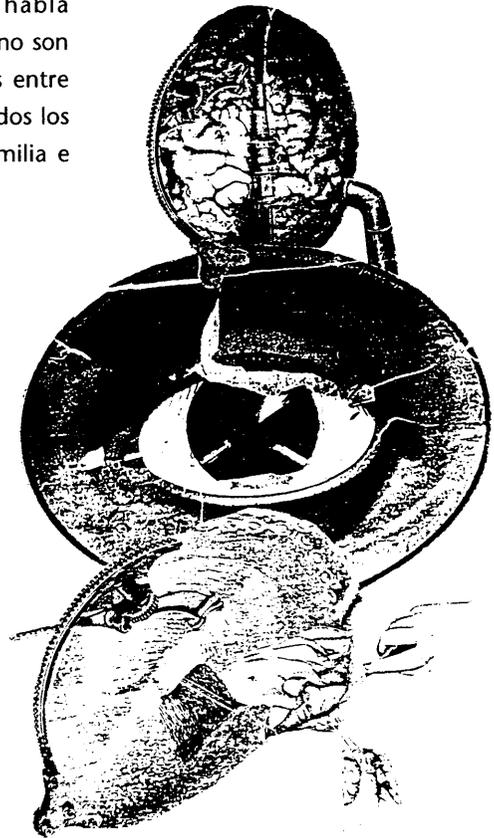
Po presenta retraso psicomotor severo. Se relaciona con facilidad y participa en algunos eventos a su alcance. Maneja la selección con base en el color y en la forma e inicia el manejo de nociones comparativas. Produce sintagmas nominales sin modificadores. Casi todos sus actos de habla son de una palabra mono o bisílaba. Su léxico se ensanchó cuantitativamente, en un mes ha aumentado más del 200%.

Como puede observarse en los cuatro casos, el avance en el habla ha sido muy significativo. Hay, como era de esperarse, diferencias notables entre los cuatro niños. Ello se explica por cuestiones de tipo neuro o sociolingüístico.

Si se considera que todas las observaciones que hemos hecho se refieren al lenguaje espontáneo, se comprenderá el amplio alcance que la terapia integral tiene como instrumento de incorporación social y asimismo de auxiliar en el tratamiento del habla patológica, ya que los avances no son solamente en las interacciones entre niños y terapeutas, sino con todos los miembros del grupo, de la familia e inclusive con extraños.

NOTAS

- 1 DOMAHIDY DAMI C. y Luci Bank Lite "El método clínico en psicología" /en/ Alvaro Marchesi.../comp./ *Psicología evolutiva 1. Teorías y métodos*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 401-420.
- 2 VAN DIJK, Teun *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso* México, REI, 1993.
- 3 Por 'texto' entendemos todo producto del comportamiento lingüístico cotidiano, fonológicamente transcribible.
- 4 PREMACK, David "Language in a chimpanzee?", *Science*, 172, 1970, pp. 808 - 822.
- 5 WITTGENSTEIN, L. *Philosophical investigations*, New York, Blackwell, Oxford & Macmillan, 1953.
- 6 MALINOVSKY, B. "El problema del significado de las lenguas primitivas" /en/ OGDEN Y RICHARDS *El significado del significado*, 2a. edición, Buenos Aires, Paidós, 1964.
- 7 FIRTH, J.R. "Ethnographic analysis and language with reference to Malinowski's views" /en/ R.FIRTH *Man and culture*, London, Routledge, 1975.
- 8 AUSTIN, J.L. *Acciones y palabras*, Buenos Aires, Paidós, 1973.
- 9 AUSTIN, *Op. cit*
- 10 CHOMSKY, N. *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Seix Barral, 1971.
- 11 FISHMAN, Joshua *Sociología del lenguaje*, segunda edición, Madrid, Cátedra, 1982.
- 12 BRUNER, J.S. "From communication to language", *Cognition*, 3, 1974-75, pp. 225 - 287.
- 13 *Op. cit.*



DESNUDOS DE LUZ

Vida Valero

Desciendo hasta tu centro para elevarme después alegremente, me acomodo a nuestro lado meciéndome en un velo prodigioso: marina espuma.

Nos acunamos erguidos caminando por el ancho yermo, haciendo en nuestro canto un alumbramiento de parejas aunque entren en los ojos círculos enormes y la boca gima de tanta tierra insepulta.

Seguimos mientras los otros velan a través de la noche.

Llevamos el paso, amantes al fin, sobre el horizonte del sol.

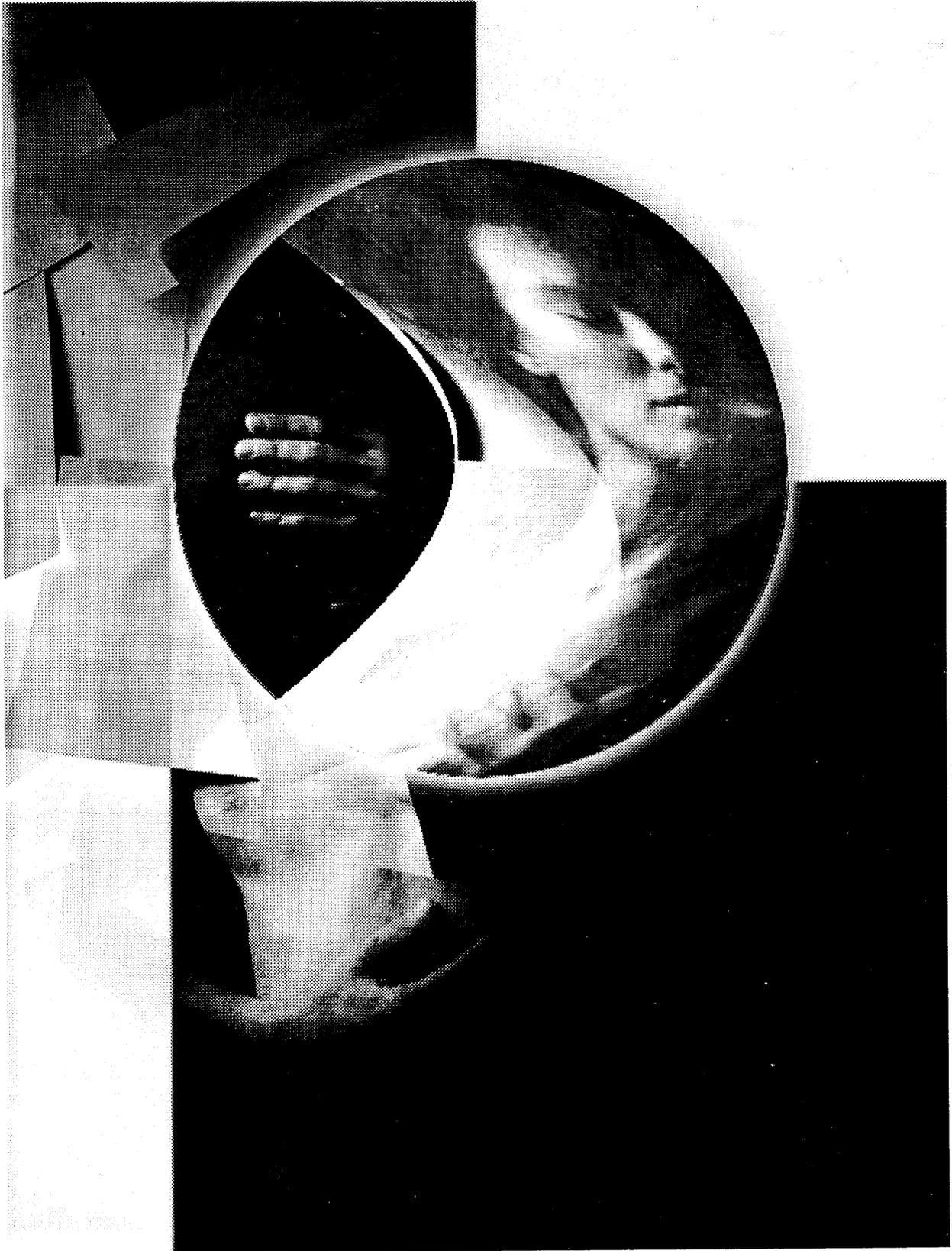
Vamos abrazados, abrasados también, atendiendo el llamado de terribles trompetas y el grito vehemente de la pobre tierra.

A veces, al caer, lloramos juntos.

Te abro mis entrañas al abrir las tuyas para beber, en grave comunión, este vino madurado en vivos y oscuros rincones de dos cuerpos, riberas de río, que se tocan con brazos de agua.

Desnudos de luz, raudamente, pisamos hacia el mar, nuestra morada.

Fotografías: Imogen Cunningham.



PASAJEROS

Alvar Joel

Y QUÉ ES EL TIEMPO

Malcolm Madigan sintió el frío alivio de la cachapa de su pistola. Sus pies ladeaban en el piso con aparente seguridad, pasado el mediodía en una calle copada por el sol y un polvo necio.

—Nada tan propicio para morir como el estar vivo, ¿no, Madigan? —Escuchó la voz sentenciosa del Kid que alejaba sus pasos nerviosos en dirección contraria a los suyos.

—A menos que uno ya esté muerto —le razonó Madigan con voz pausada, en tanto ajustaba el ala del sombrero para confundir en algo la resolana.

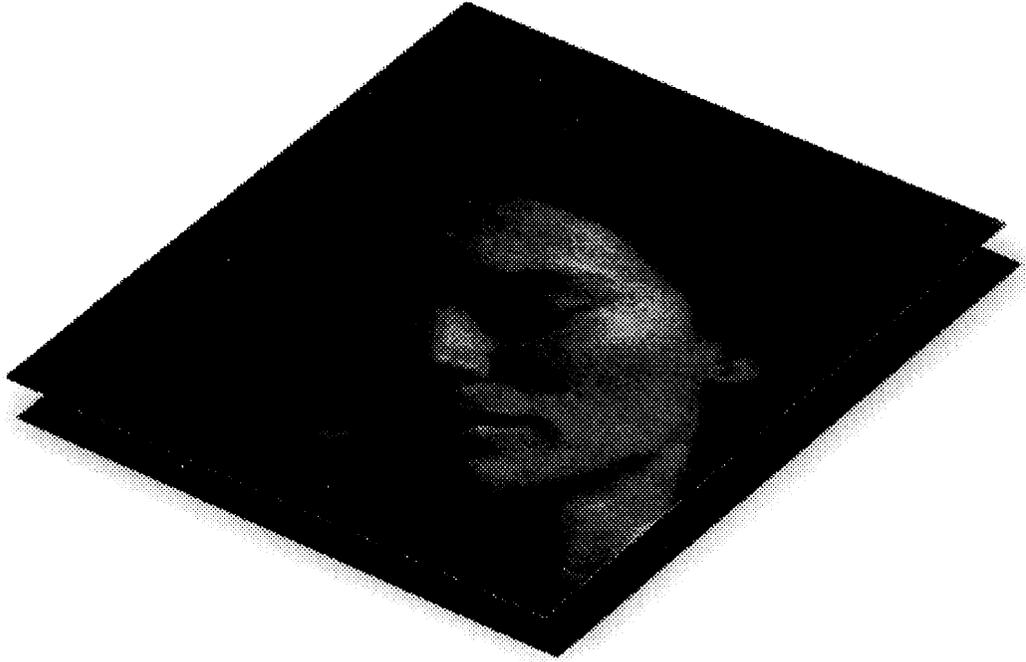
Cebarle un plomo al Kid le agenciaría la suficiente celebridad para el derroche. Katia, la linda y escurridiza Katia, quien acompañaba las letras del piano en el tablado del pueblo, no tendría otro remedio más que acomodarse a sus posibilidades. Sus hijos, su mujer, carajo, lo querrían por lo que es. Pero aque-

llo eran meras divagaciones, tan fugaces como los pasos que arrastraba. Demasiada amargura cargaba como para pensar en fertilizar sus sueños. Su parecer se empeñaba en apostar en un juego la humanidad en él acumulada.

Sintió el duro calor de un par de balas que no hicieron más que precipitar sus obsesiones. En tanto, el Kid ni siquiera habría movido las manos. De éste se rumoraban dos cualidades: su mediocridad como tirador y un sincero miedo a morir; su secreto —de esos secretos que todo mundo conoce— prescribía el empleo de dos gatilleros apostados en las azoteas cercanas o en alguna sombra conveniente a las espaldas de los rivales, para prepararlos antes de que el Kid los despidiera.

¿Cómo llegar con Katia tan fácil y acariciar el engarce de sus prendas, después de que ella le reiteró su desprecio en la última madrugada? Ya de entonces, e incluso antes, venía sangrando, aunque sólo él, en su soledad, lo padeciera. Esas dos balas calientes apenas para emular le supieron. Como un trago, dos, que se afinan de un sorbo para alardear de duro.

No podía quejarse, a su modo celebraba la oferta que el destino le ofrecía en una bravata de oportunista. En sus oídos se agolpaba el silencio y la realidad era un simple cuadro de costumbres. El fondo se le figuraba uno de esos daguerrotipos sepia con la imagen del Kid para siempre fija y difusa. Y qué es el tiempo, se preguntó extrañado en ese instante: el derrumbe de un costal de cosas viejas. Su mano tanteaba el ángulo preciso. Madigan acariciaba en el índice derecho su propia gloria.



LUZ VERDE

Estiras los músculos con un extraño movimiento que pareciera un juego de caricias con el forro del asiento. Quisieras despertar fuera de ahí.

Al verla venir presurosa, pensaste, querías hacerlo, que ella por algún motivo te buscaba. Pero si de lejos, en su modo de andar se parecen, no así la ligereza de movimientos. Su mirada aún sin esa perturbación convertida con los años en gesto.

Te miras tumbado boca abajo, sobre el tupido pasto, mientras el viento fresco sopla en el pelo de Isabel, cubierta por la sombra de un árbol. El declive te deja observar los edificios escolares. La torre de Rectoría, la biblioteca central, más allá la facultad de Ingeniería. Más acá, Humanidades; atrás, Ciencias Políticas.

–Desde aquí no puede verse.

–Depende de lo que quieras ver –te contesta ella, asomándose del libro para responderte.

–¿Tienes hambre?

–La tendré cuando termine de leer.

–¿No exageras un poco?

–Leer no es ninguna exageración.

–Es lo que te digo.

–Lo importante es leerlo a tiempo, justo cuando lo necesitamos.

–Prefiero hacerlo cuando me dé la gana.

Está nerviosa. En el movimiento casi imperceptible de tus ojos al espejo interior atrapas ese mismo movimiento inverso en ella. Un intento por encontrar algo, a alguien, aunque ese alguien seas tú, chofer de taxi. Se alisa el pelo y observa el interior de tu coche, a pesar de que quisiera tu charla, pero en esta ciudad de los muertos a la gente le gusta desear, nada más desear.

Observa la vestidura, menos vieja que el taxi, limpia, rojiza, con cinco ceniceros detrás de tu asiento, justo abajo de la leyenda "prohibido fumar". Los tapetes minuciosamente aseados, el vinyl del toldo apuntalado donde se nota vencido, las cabeceras correctamente adaptadas a un modelo que originalmente no las tenía, la "victoria alada" incrustada en el cofre como símbolo de tus aspiraciones, el largo espejo retrovisor con el que indagas lo que sucede a tus espaldas. Alzas la vista para compararla con su doble; en los espejos todos son dobles.

Ves el taxímetro. Ella estudiaba mientras tú conducías. Quería que también tú terminaras la carrera que habías comenzado muchos años antes que ella. Pero tú quisiste dar la impresión de que te sacrificabas y nunca pudiste terminar, te anquilosaste en los cursos que sabías nunca ibas a concluir. No obstante tu conocimiento de los ma-

nuales, de las verdades sabidas en clase. De los temas que a cada profesor le interesaban, de los pasajes de los libros más frecuentados y las citas ineludibles. Le creaste el interés por los libros, de eso podías estar orgulloso, aunque después no supieras cómo quitárselos.

Mentalmente contabilizabas el costo de los viajes, los minutos de retraso de Isabel al concluir las clases, las fotocopias, los libros de la biblioteca, las despedidas. Para colmo, el aventón a los amigos, gratis.

—¿Qué es lo que dices?

—Decía —contestó Isabel— que no tienes ya que sacrificar-te. Con lo que gano y las becas de estímulo que recibo alcanza para los dos, mientras tú terminas también.

—Muy sencillo.

—Si tú lo quieres.

—¿Y hacerme como tus amigos?

—Tú eras mi amigo.

—Se disfrazan. Los conocí cuando usaban chamarras de San Juan de Letrán. Para ellos soy un enfermo que no quiere curarse y del que deben alejarse con disimulo para evitar el contagio.

—Me aburres.

—¿A dónde va? —Lo dices en voz alta.

Titubeando, contesta. —Ya le había dicho. A Psicología, a la Facultad de Psicología, en Ciudad Universitaria.

—Sí, claro. Hacia allá vamos.

Con la luz verde avanzas la media tarde. Ciudad Universitaria aún está lejos, en otro tiempo, cuando le cerrabas los libros para que te siguiera en tus sueños de anarquista. Tus sueños de entonces, ese delirio al que ahora temes, pues te sabes pusilánime.

Miras la ciudad y escuchas sus reverberaciones, con sus eternos andamios. Sientes un breve alivio a tu sopor, proveniente de una brisa que te hace olvidar momentáneamente la sensación del aire inerte, vaciado de vigor. Pero ahora te encuentras dentro de la ciudad, del coche, de ti, en tus ojos dilatados que observan un edificio más inclinado que otros, como si su caída se hubiera detenido o el tiempo no transcurriera en esa parte del espacio, sólo para indicarte tu personal catástrofe.

—¿Tiene prisa?

—Voy a un examen.

—Entiendo.

—No lo crea.

—¿Por qué no? Con quién lo tiene.

—Con un profesor que se llama Horacio...

—Ruvalcaba.

—Sí, él. ¿Lo conoce?

—Cómo no. Mucho tiempo le ayudé a calificar exámenes, cuando intentaba hacer méritos. No se preocupe, conozco a quien ahora le ayuda. Si quiere le digo que la conozco, en fin. Que la califique con imparcialidad.

—Qué casualidad. Sí, es lo que quiero. Debe saber que muchos se quejan de que sus notas son un tanto arbitrarias.

—¿Que si lo sé? ¡Vaya que si lo sé! No se preocupe. Lo que son las coincidencias.

—Se lo voy a agradecer muchísimo.

—¿Cómo se llama?

—Perdón. Me llamo Claudia. ¿Y usted...?

Piensas en la venganza. No sabes cómo ni siquiera estás seguro de qué. ¿De que haya perdido el gusto por ti? ¿De que haya abandonado sus intentos por encontrar coincidencias contigo? Tus lecturas y tus gustos seguían siendo los mismos. Las mismas lecturas con que las primeras veces la impresionaste y después se convirtieron en una simple reiteración. Reiteración de salmista. Habías perdido las coincidencias y los temas de charla con ella y con sus conocidos.

Tú manejabas mientras ella estudiaba en la Universidad, la misma a donde ahora te diriges. Todo para que terminara por dejarte, fastidiada de tus reproches. La ves por el espejo. Ella sonrío, le has abierto una esperanza a su pasajera desesperanza. Qué coincidencia. Se enciende la luz verde, fijas tu atención en el ocioso tránsito de las cuatro de la tarde. La loma del Viaducto, el Hotel de México, Churubusco, el teatro de los Insurgentes.

Te sientes un mago que ante su público está a punto de sacar el conejo del sombrero. Te internas en el circuito universitario, hábilmente te metes en el estacionamiento. Le preguntas:

—¿A qué hora termina el examen, Claudia?

—Supongo que a las ocho —te responde, viendo por vez primera tu cara sin la mediación del espejo.

—¿Estará bien si paso por ti a esa hora, para que me cuentes cómo te fue?

—Sí, por qué no. Te cuento.

Sientes en su respuesta un gesto de agrado hacia ti, que en las siguientes horas te habrá de excitar sobremanera. Te regala una sonrisa y baja del coche con prisa. Olvida pagarte y tú olvidas cobrarle el pasaje.



LA MISMA OBRA

—¿Y de mí qué le interesa? Debo parecerle un miserable —agregó con desaliento el escritor. Se siente mal.

—El dolor, ¡claro! El dolor es lo único sincero —le replió Silesius, no sin un dejo de fastidio.

—¿Por qué yo? —volvió a recriminar Armando.

—Se lo reitero, amiguito, para el Señor todas las almas son iguales.

El escritor Armando Valtierra había leído en un viejo pasquín que para convocar un pacto demoníaco era indispensable la escenificación de un compulsivo acto de paroxismo blasfemo; se atendería con prontitud aun si el llamado careciera de sinceridad, y, para su sorpresa, había conseguido su propósito. "Estrepitosamente falso", le refirió Silesius —que así se presentaba el emisario del Demonio— acerca de su actuación, con algo de humor también fingido.

Armando Valtierra, escritor de once libros, todos desdeñados por la crítica, todos elogiados del mismo modo por

su pequeña cofradía de iniciados, cuya afición obsesiva consistía en increpar a los grandes santos del oficio. Clamaba un poco de indulgencia.

—¿Acaso mi obra, el trabajo de toda mi vida, carece de virtud? Cómo la juzga usted o su Señor. Dígame sinceramente, ¿merece tanto ninguneo?

—Mire jovencito —carraspeó Silesius la garganta, al tiempo que se acomodaba su sombrero de palma y atisbaba con desconfianza el ambiente—, le propongo el siguiente razonamiento: el ojo con el que usted la escribe es el mismo con el que El la lee. ¿Me explico? ¿No? Piénselo de este modo —atrayendo la atención a sus dedillos y agregando con sorna auténtica—, en sentido estricto y figurado, la disputa entre la Divinidad y mi Señor es una mera discusión literaria.

Pasan semanas, un par de meses y comienzan a surgir las primeras reseñas a las cuales se suceden otras. Se lee en sus libros lo que antes no se había leído y se encuentra

en ellos materia de sueños nunca antes concebidos. Vienen las presentaciones, las entrevistas, el milagro de las reediciones. También el alejamiento de la antigua tertulia de egoístas. No obstante, algo no encaja. Su obra sigue idéntica, pero él ya no puede leerse con la misma indulgencia. Encuentra en sus textos carencias que antes había soslayado, la reiteración de lugares comunes dentro de una misma miseria verbal; sobre todo, la evidente incapacidad para dotar con un alma a los cuerpos confusos de cada uno de los personajes descritos.

En la soledad, el escritor se siente mal.

EL MAESTRO

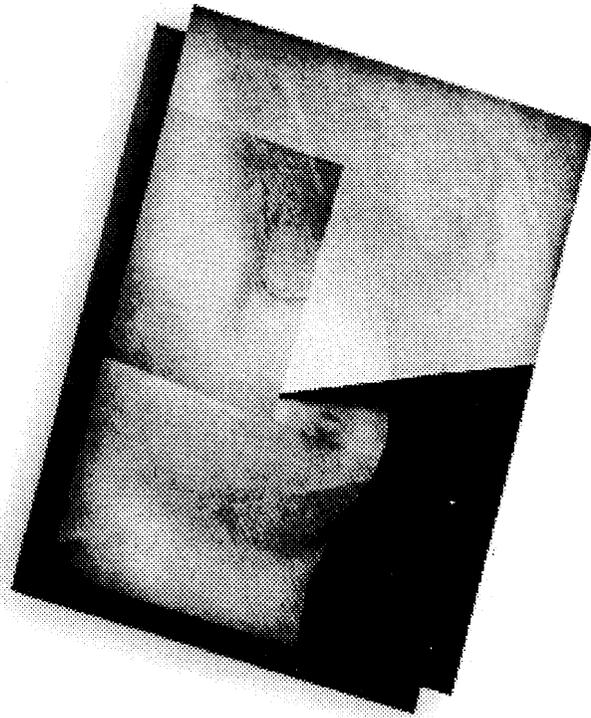
Molesto, el viejo brujo chasqueó la lengua: "Debes soñar tu mano". Y esa noche el perenne aprendiz de brujo soñó a su maestro decirle: "Debes soñar tu mano, esa será tu prueba". Supo entonces que soñaba y recordó que la realidad podía ser transgredida a condición de ser soñada exacta, minuciosamente. Vio cada uno de los surcos que la cruzan, midió lentamente la extensión de sus dedos; sus dedos que acumulaban tiempo y envejecían; sus dedos que comenzaban a no ser suyos, sino las garras de un ave de presa. Garras que apresaban, desgarraban su cuello, sin dejarlo respirar. En el último momento vio su rostro, el afilado rostro de su maestro ya más tranquilo decirle: "Estás reprobado".

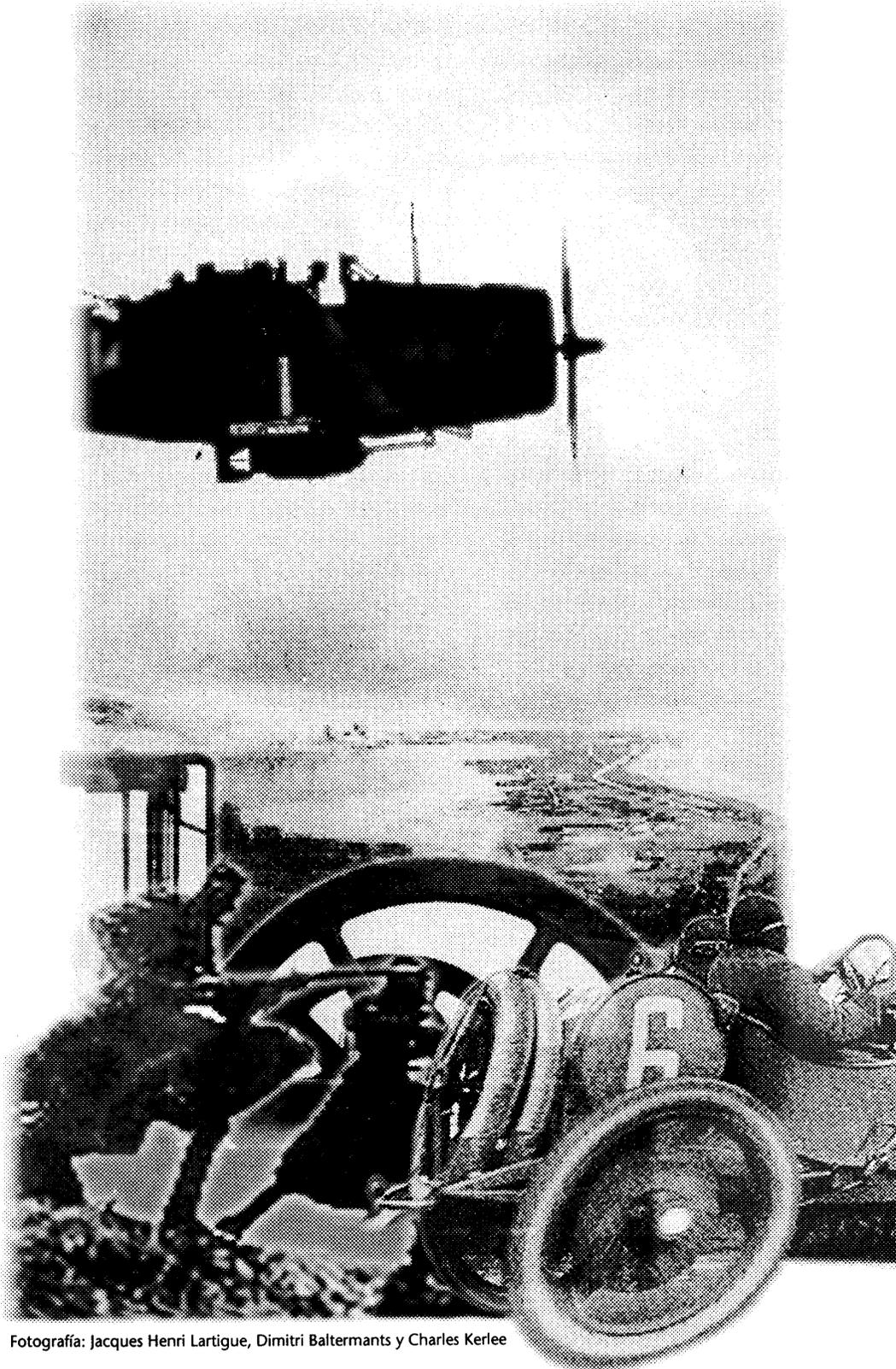
INTOLERANTES

El tren describía en la campiña inglesa su cómoda rutina. A las 60 millas se estrecharon las manos, se reconocieron las bocas. Subió su mano tibia por la seda de las medias negras provistas de una juiciosa abertura a la altura acostumbrada, las pantaletas terminaron en uno de los pasamanos, en tanto los tobillos de ella asomaban, encantadores y con los tacones en su sitio, sobre uno de los respaldos; se gozaron entre gemidos de terciopelo. Pasaron entre los demás asientos, con ella asomada a la ventana o al pasillo y sus campanas invertidas flotando acompasadas. El público asistente se desentendió hasta que los amantes

optaron por sendos cigarrillos que los hizo huéspedes repulsivos de la multitud presente.

Poco después viajaron a México. Encaramados en el tren de las 5 que sale a las 6 decidieron cruzar la sierra. Molestos por el retraso, el calor, el ruidoso bamboleo o por el gusto de existir, se dedicaron a increpar al vendedor de mezcal, quien sin decir nada se retiró a otro de los carros, patearon la jaula de los pájaros de una anciana a los que soltaron y desearon feliz viaje, se divertieron revolviendo el equipaje de los pasajeros y rasgando los asientos con el pretexto de una infructuosa búsqueda y una falsa representatividad policiaca, fumaron y mascullaron soezmente en tribunas improvisadas. Después de los 100 Km sintieron la calma de la incesante subida y se refugiaron, felices, en ellos mismos; él le sugirió algo impreciso al oído a lo que ella respondió sumergiendo su lengua en el cuello y la nariz en el pelo. La mano de él procedía a delinear gustosa, bárbaramente, la seda natural de sus piernas, hasta que al llegar a la altura más pronunciada de su anatomía los demás pasajeros, amotinados, los increparon multidinariamente: de ningún modo les permitirían faltas a la moral.





Fotografía: Jacques Henri Lartigue, Dimitri Baltermants y Charles Kerlee

SIMMEL COMO INTÉRPRETE DE

LA CULTURA MODERNA

Rafael Farfán

1. Una vida en una obra

De Georg Simmel (1858-1918) se ha dicho que es, al igual que Ferdinand Tönnies, el gran desconocido de la sociología moderna. Pero de él también se puede decir, *que sus premisas están muertas pero sus consecuencias conservan vigencia* (Habermas). Y es que a Simmel se le debe uno de los diagnósticos filosóficos de época que sigue presente en muchos de aquellos que discuten con gran intensidad el sentido y vigencia de la modernidad. Por ejemplo con claridad su huella se manifiesta en Adorno y Horkheimer, pero también en Ernest Gellner y Helmut Schlesky o bien en Niklas Luhmann y por supuesto en Habermas. Esta gama tan disímula de pensadores de ayer y hoy participan, lo sepan o no, del diagnóstico de época de Simmel, reproduciendo o negando sus términos. La presencia e influencia de tal diagnóstico es lo que puede autorizar hablar de Simmel como el primer intérprete de la cultura moderna. Sin embargo el diagnóstico de Simmel se funda en una heterogénea y heterodoxa obra que, a su vez, se funde y proyecta en su vida, con-

virtiéndose así en inseparables vida y obra. De ahí, pues, la necesidad de reconstruir algunos fragmentos de la biografía de Simmel.

Como se ha dicho la obra de ciertos escritores y poetas es indisociable de la ciudad en la que vivieron o nacieron: así es como se ligan, por ejemplo, Baudelaire a París, Joyce a Dublín, Musil a Viena o Pessoa a Lisboa. Sin embargo es raro o bien excepcional que tal cosa llegue a ocurrir en la filosofía, pues "ésta busca emanciparse de los lugares y de los nombres propios" (Rochlitz). A pesar de esto se han dado algunos casos en los que se han fundido obra filosófica y espacio urbano, como lo ilustran Walter Benjamin¹ y por supuesto Georg Simmel. Curiosamente en ambos es Berlín la ciudad que aparece como trasfondo de su pensamiento y como fuente nutricia de la experiencia de su existencia. Fue ciertamente en Berlín donde Simmel nació y pasó la mayor parte de su vida, lo que le permitió convertirse a la vez que en actor en expectador de los radicales cambios que ésta ciudad experimentó con el cambio de siglo. Precisamente estos cambios los convertirá Simmel en materia de reflexión a través de sus ensayos y de ahí nacerá su interpretación de la época moderna. Pero comencemos por el principio.

Simmel nació en 1858, en el centro de Berlín, y vivirá en esta ciudad hasta 1914. Durante los 56 años que ahí vivió será testigo de los radicales cambios que hicieron de Berlín una ciudad moderna. Pero sobre todo Simmel es parte de la generación de intelectuales alemanes que se encontró atrapada en medio de los dos períodos históricos más decisivos de la historia moderna de Alemania, cuyas grandezas

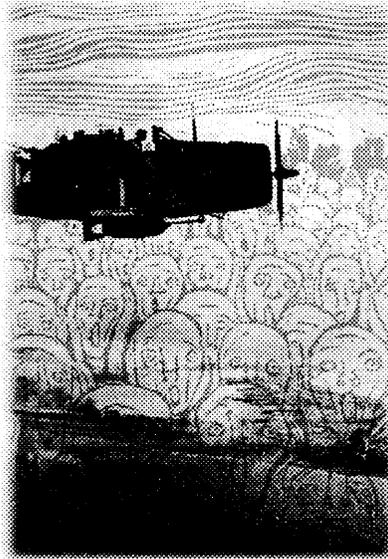
y miserias se concentraron particularmente en Berlín². Veamos brevemente cada uno de estos períodos.

El primer período es el que va de 1871 a 1888, durante este tiempo se funda el Imperio y se constituyen el Estado y la nación alemana. La unificación política va unida a una rápida modernización económica, que se expresa en un crecimiento de la industria del hierro y el acero. Esto a su vez conlleva la creación de los primeros grandes centros urbanos y la distribución espacial ligada a la diferenciación social en clases.

El proletariado hace entonces su aparición como una clase "en sí" pero no todavía "para sí", es decir, es largo el camino que tendrá que recorrer para organizarse y empezar a defender sus derechos bajo la forma de sindicatos. Pero si la clase obrera apenas está en ciernes, la burguesía alemana, por el contrario, nacerá muerta en tanto que sobrevive bajo el dominio que ejercen sobre ella la nobleza terrateniente, la alta jerarquía militar y la burocracia estatal, cuyos nexos consanguíneos tejen una apretada red de intereses comunes. Esto explica, a su vez, la permanencia de una estructura política tradicional en la que se mantienen intactas las esferas de poder que detentan los grupos y estamentos tradicionales. Todo este cuadro es el que hace posible hablar, para la Alemania de este período, de una modernización conservadora, en la que se funden en una coexistencia contradictoria procesos económicos de cambio con permanencia de estructuras de poder.

El segundo gran período es el que va de 1888 hasta los comienzos de la Primera Guerra mundial, es decir, 1914. Este tiempo histórico es el de Guillermo II y el que vivirá Simmel a

través de los cambios que experimentará Berlín. Durante este período se acentúa la gran contradicción que sintetiza la modernización conservadora bajo la que se formó el Estado nacional alemán. Es decir, una modernización económica acelerada coexistiendo con



Fotografía: Charles Kerlee y Frances Jeter

un gran atraso político y social y una enorme riqueza cultural. Ciudades como Berlín se convierten entonces en zonas urbanas en las que se manifiestan con agudeza las contradicciones que produce la modernización industrial y la miseria social conviviendo con inéditas manifestaciones culturales. Algunos datos ayudan a visualizar mejor este cuadro. Por ejemplo, hacia 1900 Berlín cuenta con 300 000 instalaciones industriales, tanto como Baden y Württemberg juntos. Y en comparación a Dresde la deja atrás en producción de cigarrillos y de cerveza. Para 1914 circulan en las calles asfaltadas de Berlín 7000 automóviles, y los múltiples accidentes que provocan obligan a crear los primeros semáforos que regulan el paso de los autos. Pero Berlín es también la ciudad de las primeras salas de cine, los

teatros, los restaurantes y los cafés en los que bulle una intensa vida nocturna. La otra cara de la moneda de esta modernización urbana impresionante es, sin embargo, el amontonamiento de barracas, tugurios e inmuebles insalubres en los que vive fundamentalmente la clase obrera o los desempleados. Sin duda un sitio en Berlín que sintetiza el microcosmos de miserias e insultantes contrastes sociales es la plaza Alexander o Alexanderplatz, inaugurada en 1805 por Federico Guillermo III con motivo de la visita del zar Alejandro I. Ahí es donde, con el comienzo del siglo XX, se reúnen la criminalidad, la miseria, la prostitución y el vandalismo, pero también se manifiesta la distinción de la riqueza y la posición social³. En esta ciudad de contrastes y contradicciones es que nació y se formó Simmel, y la materia de su obra se alimentará de los cuadros impresionistas que forman la rapidez de la agitada vida moderna urbana.

Aunque Simmel empezó sus estudios por la historia, la etnología y la psicología es hacia la filosofía que orientará de manera definitiva sus pasos. En esta disciplina obtiene su doctorado en 1881 con una singular tesis titulada, *Descripción y valoración de las diversas opiniones de Kant sobre la naturaleza de la materia*. Sin embargo a pesar de haber publicado en vida 25 libros, de haber colaborado en periódicos y revistas internacionales como la *American Journal of Sociology* o bien *L'Anne Sociologique* (revista fundada por Durkheim), y de haber contribuido a la fundación de la Asociación Sociológica Alemana (junto con Tönnies y Weber), todo esto no fue mérito suficiente como para haber logrado un reconocimiento a su trabajo académico. Múltiples obstáculos se

interpusieron en su carrera universitaria, en los que se reúnen la discriminación racial y la envidia, que unidos todos ellos nos permiten comprender por qué tardó tanto tiempo en obtener una cátedra universitaria (hasta el año de 1914) y no en Berlín sino en Estrasburgo, ciudad que hasta su muerte detestó. Luego es pertinente preguntarse ¿qué fue lo que obstaculizó tanto la carrera académica de Simmel como el reconocimiento a su trabajo publicado?

Sin duda su origen judío es un factor importante, que en un medio como el de la Universidad de Berlín se pagaba caro en tanto que era un centro del conservadurismo alemán⁴. Pero a esto es preciso añadir tanto el inclassificable trabajo de Simmel (que se desplaza entre la filosofía, la psicología y la sociología) como el estilo que escogió para expresarlo, esto es, por medio del ensayo, que para el conservador mundo académico alemán aparecía no tanto como incomprensible como inaceptable.

Así, para la comunidad filosófica sus trabajos publicados eran evaluados más que nada como contribuciones importantes a la fundación de una nueva ciencia social, la sociología, disciplina para la que existían fuertes rechazos. Por otro lado, la popularidad de su figura, resultado de las conferencias públicas que impartía así como de los copiosos artículos que escribía para diversos diarios berlineses, despertó la envidia y el recelo principalmente de sus colegas universitarios. Por último, sus ensayos sociológicos fueron duramente criticados por figuras de la talla de Tönnies y Weber, en tanto que ambos los consideraron como insuficientemente científicos⁵. Pero remitiéndonos exclusivamente a

la obra, es importante tratar de aclarar los motivos por los cuales Simmel eligió el ensayo como medio de comunicación de sus ideas, a pesar de que estaba consciente de las dificultades que le provocarían esta elección.

2. Estilo y pensamiento

Tanto la forma ensayística que Simmel eligió así como la diversidad temática que distingue a sus ensayos⁶ son el resultado de su concepción sobre la naturaleza de la sociedad, que para él imponía no sólo una manera de conocerla sino también de tratarla y expresarla. Aclaremos en qué consistía esta concepción.

Simmel asume que no se puede empezar por postular la existencia de la sociedad como una realidad sustancial previa al individuo, como algo ya dado y que después se empieza a conocer. De forma contraria al espíritu positivista con el que nació la sociología a través de Comte y Durkheim, Simmel sostiene una concepción atomista e interaccionista de la sociedad que hace de ella un todo complejo diferenciado, en el que se tejen múltiples interacciones a través de las acciones que llevan a cabo los individuos. La fundamentación filosófica de esta visión de la sociedad la elaboró en su

tesis de doctorado, en donde escribió lo siguiente:

Si la materia surge de energías o fuerzas [...] entonces no deberíamos considerarlas como sustancias puramente posibles sobre las cuales otras energías pueden ejercer su libre acción recíproca [...] sino como un proceso continuo [...] una entidad que surge.

Para Simmel la realidad social no es distinta a la realidad natural, por lo tanto es el resultado de esas diversas interacciones que entablan los individuos y de cuya acción concertada surgen grandes entidades sociales y políticas como la familia o el Estado.

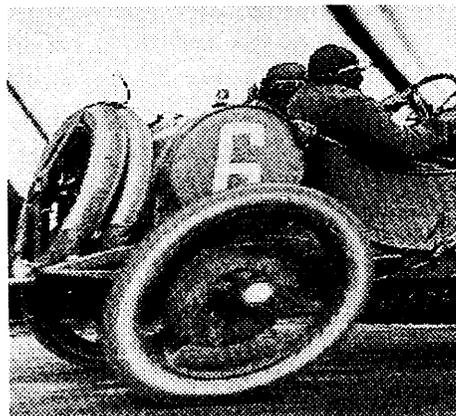
En síntesis, para Simmel sólo existen los individuos y sus acciones, no entidades sustanciales previas a ellos. Esto explica que haya escrito lo siguiente en *Sociología* (1908):

La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. Esta acción recíproca se produce siempre por determinados instintos o para determinados fines.

En conclusión, a la kantiana pregunta que Simmel se hace precisamente en *Sociología* sobre ¿cómo es posible la sociedad?, él mismo responde afir-



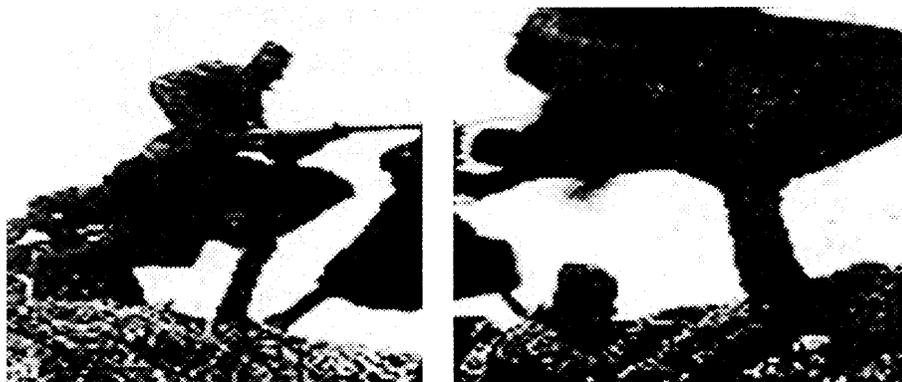
Fotografía: Jacques Henri Lartigue



mando que la sociedad sólo es posible por las diversas e intensas interacciones que entablan los sujetos en su tráfico cotidiano y que generalmente pasan desapercibidas para la mirada sociológica que fija su atención sólo en los grandes fenómenos. Si se acepta esta premisa de partida, entonces se está preparado para comprender la

Berlín de 1900, aunque se ignoraron mutuamente .

Si se ha entendido la visión que Simmel elaboró de la sociedad, y si a su vez esto logra explicar tanto el carácter inclasificable de su obra como el estilo que eligió para expresarla, entonces se puede ya entrar a la interpretación de la modernidad que nos



Fotografía: Dimitri Baltermants

heterogeneidad temática de los ensayos de Simmel. Pues la moda, la comida, la ciudad o el dinero no son para él más que cristalizaciones fenomenológicas de las muchas interacciones a través de las cuales se produce la sociedad. Son como pequeños espacios cuya constante reproducción determina la permanencia o extinción de una sociedad determinada. Y el ensayo es el mejor medio para expresar la existencia de estos micro-universos porque a través de su yo es como se puede provocar en el lector el efecto de una realidad al mismo tiempo que presente pasajera, como si fueran imágenes impresionistas que nos hablan de una realidad fugitiva, que sólo se actualiza en el instante en que aparece para después desaparecer.

Es como si Simmel fuera el equivalente en la sociología de lo que el impresionismo fue en la pintura, ambos por cierto contemporáneos en el

legó y que se puede leer como diagnóstico de una época, nuestra época todavía por cierto.

3. Diagnóstico de nuestro tiempo

Lo primero que es preciso establecer es que el diagnóstico de Simmel se encuentra atravesado por una gran ambigüedad, ya que al mismo tiempo que reconoce que la modernidad se impone al costo de la disolución de relaciones sociales tradicionales, que son ya irrecuperables, por otro lado asume que sólo de la misma modernidad pueden nacer los medios que reconstituyan el tejido social destruido, aunque no establece claramente cómo puede ser posible esto. Así, pues, no se trata para él de analizar las grandes contradicciones que la modernidad ha producido con la intención de proponer una superación de ella por vía de un regreso a un pasado tradicional. En tal sentido Simmel no

incurre, como Tönnies, en el extremo de idealizar un pasado (la "comunidad" frente a la "sociedad") que sabe está definitivamente cancelado. Sin embargo, en él no es suficientemente claro cómo se podrían superar las contradicciones que la modernidad produce con los propios medios de ésta (más adelante tendremos oportunidad de analizar esta paradoja examinando el caso del dinero). Ahora es importante detenerse a tratar con detalle su diagnóstico de época tematizado bajo lo que él llamó el *carácter trágico de la cultura moderna*.

Para Simmel nuestro tiempo está fundado en una herida que se manifiesta bajo la forma de una escisión: por un lado vivimos en una sociedad que guarda una gran capacidad de producción de bienes culturales, y que se manifiesta en lo que Hegel llamó espíritu objetivo (es decir arte, cultura y filosofía); pero por otro lado, y de aquí nace la tragedia de nuestro tiempo, la capacidad de apropiación espiritual del hombre de estos bienes es menor que su creación, es decir, el hombre es incapaz de asimilar espiritualmente en la misma medida lo que produce, lo cual da lugar a un conflicto: mientras más cultura crea el hombre más se le escapa de las manos lo que él ha creado, al extremo de que las cosas adquieren vida propia en tanto que la vida humana que les infundió un sentido queda atrapada en la fría forma de esos objetos. De ahí que Simmel haya escrito lo siguiente:

el carácter de fetiche que Marx adscribe a los objetos económicos en la época de la producción de mercancías es sólo un caso peculiarmente modificado de este destino general de nuestros contenidos culturales.

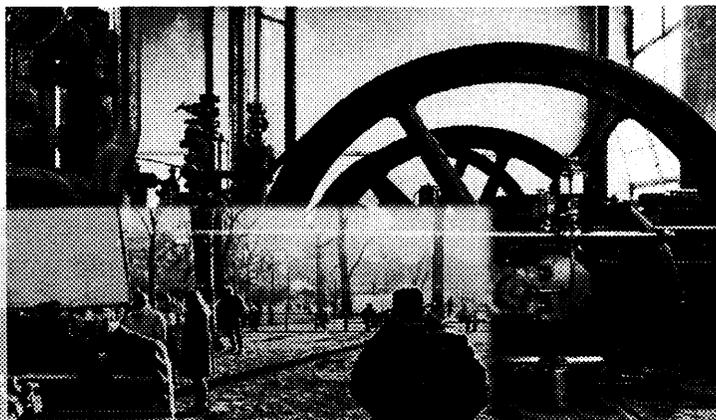
Esto lo escribió Simmel en un ensayo de 1899 ("El concepto y la tragedia de la cultura"), y mucho antes que Weber y la Escuela de Frankfurt, extiende ahí el análisis de Marx del fetichismo de la mercancía para comprender los fenómenos de la cultura como expresiones cosificadas de las acciones humanas. Para Simmel, pues, nada de lo que ahora se produce contribuye al cultivo del hombre, es decir, a la apropiación de un objeto cultural exterior para el crecimiento de su espíritu interior, pues los objetos se oponen a los hombres como seres animados de una vida propia. Sin embargo el carácter trágico de la cultura no se limita a esta separación que Simmel identificó como la escisión entre el "alma" y las "formas". Va más allá de esto, en tanto se produce una alienación del espíritu del hombre a través de su sometimiento al imperio de esas cosas dotadas de vida propia. Las relaciones humanas mediadas por objetos fundan su sentido a través de éstos, y en la medida en que el objeto desaparece, por medio de su consumo como mercancía, se extingue la interacción humana entablada por medio de ella. Así es como nacen relaciones tan transitorias, fugaces y egoístas como los

objetos que median en la constitución de una interacción. Tal es caso del mercado como espacio social generador de esta clase de interacciones y del dinero como objeto tópico de intermediación en el que se concentran la impersonalidad y fugacidad de las interacciones que se tejen en la sociedad moderna. Lo que Weber identificó con la imagen de la "jaula de hierro", como destino al que apunta la sociedad moderna, en Simmel aparece bajo la forma de un diagnóstico de nuestra época en la que las relaciones sociales se han cosificado debido a que se encuentran dominadas por objetos y por uno en especial, el dinero. Y es aquí donde el diagnóstico de Simmel proyecta su actualidad, en tanto que describe un mundo que hoy, más que nunca, es el nuestro, en el que las relaciones humanas tienden cada vez más a ser dominadas y orientadas por el mercado y en el que las acciones se encuentran orientadas por el frío cálculo utilitarista. Sin embargo y como ya se mencionó, Simmel no pudo encontrar respuesta a los dilemas producidos por la separación entre el "alma" y las "formas" salvo bajo los mismos medios que producen tales dilemas. Aquí es donde se concentran los límites que encierran

el diagnóstico de época de Simmel en la visión desencantada de un filósofo del siglo XIX.

4. Balance crítico de un legado intelectual

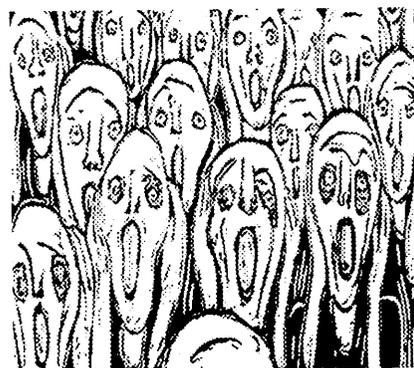
¿Cuál es el legado que dejó el diagnóstico de Simmel y a partir del cual se sitúan los que hoy han continuado el camino que él fue el primero en abrir?, ¿cómo superan los herederos de tal diagnóstico las paradojas en las que éste se hunde? Posiblemente el primer balance de la herencia que Simmel dejó consiste en leer sus múltiples ensayos como *una descripción fenomenológicamente exacta del estilo de vida moderno* (Habermas). Es decir, a través de sus ensayos Simmel nos legó una serie de cuadros impresionistas en los que se recogen la fugacidad de aquellas relaciones que cotidianamente sostenemos y que muchas veces hacen posible un encuentro "cara a cara", es decir, un encuentro a través del reconocimiento como personas con biografías y no simplemente como funciones o cargos que representar. Sin embargo, también hay que reconocer que en este legado intelectual no siempre aparece con claridad una evaluación crítica de lo que se describe, y aquí pienso en particular en una obra de Simmel tan importante como lo es su *Filosofía del dinero* (1900), obra en la que aparecen con claridad aquellas paradojas de las que antes se habló y que ahora quiero analizar. Para Simmel el dinero es el símbolo más claro del tipo de interacciones que se han constituido en la sociedad moderna: se trata de relaciones de intercambio en las que el dinero actúa como medio para alcanzar ciertos fines. Los sujetos en su acción se



Fotografía: Imogen Cunningham

guían por el poder que representa poseer este medio y por ello se esfuerzan en obtenerlo. Al quedar sujetas a este símbolo, las relaciones se liberan de las ataduras tradicionales que las sometían a un espacio y tiempo determinado para adquirir la universalidad y la impersonalidad que caracteriza al dinero como medio general de intercambio. Esto representa para Simmel una conquista de la modernidad que hace posible una libertad de acción que en ninguna sociedad anterior se conoció y que por lo tanto debe ser preservada. Sin embargo por otro lado reconoce que de medio el dinero se ha transformado ya en un fin en sí mismo, lo cual conlleva también un cambio en el sentido de la acción social: los sujetos ya no buscan poseer el dinero como un medio para obtener ciertos fines sino como un fin en sí mismo que les da poder, y en consecuencia las interacciones adquieren la forma de relaciones estratégicas en las que se lucha por dominar—controlar la conducta del otro. Cuando esto ocurre, las interacciones y las acciones se instrumentalizan y adquieren la forma de intercambios mercantiles, en consecuencia, la sociedad tiende a convertirse en un inmenso supermercado en donde intercambian oferentes y demandantes y las acciones colectivas concertadas son el resultado de la simple agregación de intereses utilitarios. Para Simmel es claro que cuando la sociedad moderna se acerca a este umbral está próxima a caer en lo que Durkheim llamó "anomia" y con lo cual se refería a la desintegración de las relaciones que la cohesionan y la mantienen unida. Desde esta perspectiva Simmel es el primero en haber identificado las causas que originan el fenómeno de la cosificación

de las relaciones sociales, y por ello fue también el primero en extender el análisis del fetichismo de la mercancía de Marx hacia esferas no económicas de la sociedad. Sin embargo al mismo tiempo Simmel no puede trascender las contradicciones que él mismo reconoce produce el dinero como símbolo universal de las relaciones de intercambio en la sociedad moderna. Vale la pena hacer una breve digresión sobre este punto. Ha sido Habermas quien a través de su esquema diferenciado entre sistema y mundo-de-vida ha tratado el tema de las distintas lógicas de acción social que producen la integración de la sociedad moderna. Bajo la perspectiva del sistema y por ende del observador, la sociedad aparece bajo la forma de la institucionalización de las formas de acción social o bien en relación a fines o instrumentales o bien estratégicas. Desde la perspectiva del mundo-de-vida o del actor,



Frances Jetter

la sociedad aparece bajo la forma de las interacciones que cotidianamente se tejen, en las que actúan procesos de reconocimiento intersubjetivos y de formación de la identidad no funcionales, fundados en normas con pretensiones de validez universal. Pues bien, Habermas al igual que Simmel reconoce que la historia de la formación de las sociedades modernas ha caminado, hasta ahora, en el sentido de la destrucción de las formas de vida tradicionales por el sistema (a través de medios como el poder y el dinero). Sin embargo, también asume Habermas que los mundos de vida generados por las sociedades modernas (y que en parte son una reconstitución de formas de vida tradicionales), en los que se han constituido las relaciones que se resisten a ser guiadas por fines utilitarios o estratégicos, se encuentran a merced de la expansión de los sistemas, es decir, de ser colonizados por medio del dinero y el poder. O dicho de otro modo, Habermas al igual que Simmel reconoce el poder del dinero como medio simbólico generalizado y por ende los efectos que conlleva su penetración en ámbitos constituidos por una lógica de acción no instrumental ni estratégica. Pero a diferencia de Simmel no acepta que la resistencia a esta forma de dominio que produce la expansión del dinero tenga que venir del mismo dinero sino del medio que constituye el sentido de las acciones sociales colectivas del mundo de vida y al que identifica con el concepto de *solidaridad*. En conclusión, a la cosificación generada por el dinero no se puede responder con el mismo medio que es el responsable de la desintegración de la sociedad sino con el fortalecimiento del sentido de la acción social que hace posible la constitución



Fotografía: Bobbi Carrey

factible pensar, como lo propone Habermas, un esquema de interacción distinto entre sistema y mundo-de-vida bajo el cual se puede trazar un rumbo distinto a los procesos de modernización seguidos hasta ahora por los países occidentales. Concluyendo el balance del legado de Simmel, su diagnóstico de época logró penetrar en uno de los fenómenos en los que hoy se condensan parte de las grandes contradicciones de la sociedad moderna. Es decir, la transmutación que provoca el dinero cuando penetra en los más diversos ámbitos de la existencia humana, empezando por el espíritu del hombre. Desde ahí, Simmel aparece como un consumado psicólogo del alma del hombre moderno cuando con detalle y paciencia describe ante nosotros las pasiones y rencores que provoca el dinero al posesionarse de nosotros. Como si fuera un escritor costumbrista recrea ante el lector cuadros de miserias humanas en los que el dinero finca su dominio y somete a sus dictados a los hombres, convirtiéndolos en tristes marionetas suyos. Nada escapa a su poder y dominio, extendiéndose como un silencioso invasor. Pero al mismo tiempo Simmel

fue incapaz de identificar o intuir el camino que nos puede ayudar a superar las patologías que produce la expansión y penetración del dinero, y en este sentido aparece como un hijo natural del siglo XIX. Con esto me refiero a lo siguiente. A pesar de la agudeza que muestra tener su diagnóstico de época, Simmel está del lado en el que se sitúan todos aquellos intelectuales alemanes decimonónicos que vivieron su impotencia política bajo la forma de una sobrevaloración de las potencialidades del intelecto que los condujo o bien a depositar en el concepto o en el arte las fuerzas del cambio social. O como lo dice Habermas, una alienación del espíritu tan honda como la que Simmel reconoce priva a su diagnóstico de cualquier tipo de conclusión práctica, encerrándolo en los límites de la frustración intelectual. Para superar tanto el pesimismo de Simmel como las contradicciones en las que navega su diagnóstico de época es necesario cambiar de visión y de perspectiva. Pero esto es ya otra historia, que desde hace tiempo se viene escribiendo a través de nombres como el de Habermas.

NOTAS

1 Como testimonio de la imborrable experiencia urbana que vivió, Benjamin escribió *Infancia en Berlín hacia 1900* (1982), que es al mismo tiempo un texto de carácter autobiográfico.

2 La fecha oficial de fundación de Berlín es la de 1237 y tendrán que pasar muchos años antes de que se convierta en una ciudad moderna. Es bajo el dominio del Gran Elector, Federico Guillermo, de Prusia, que Berlín inicia su proceso de formación como gran ciudad. Bajo su reinado es que se pavimentan las calles y se introduce el alumbrado. Así es como en 1697 Berlín alcanza los 22 000 habitantes. Más tarde, de Federico II a Guillermo II, la ciudad va tomando cuerpo en población, edificios y monumentos. En el lapso de siglo y medio Berlín entra en la era industrial. A finales del siglo XIX la ciudad cobija a más de un

millón de personas de las que una cuarta parte son de origen eslavo (Richard, 1993; pp. 17-18).

3 Toda esta información la he tomado del excelente ensayo de Lionel Richard, "Berlín: Una identidad contradictoria" (1993), que es el prólogo a la magnífica obra colectiva, *Berlín, 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad* (1993).

4 La Universidad de Berlín se fundó en 1810 bajo el reinado de Federico Guillermo III, que le dió su nombre y con quien se convertirá en un modelo para el resto de las universidades europeas. Sin embargo, de la misma forma que se reúnen ahí el talento y la investigación también se concentra el racismo y el conservadurismo, al extremo de que bajo la República de Weimar la Universidad de Berlín concentra la mayor oposición intelectual a la república democrática. Para más detalles consúltese de Dominique Bourel, "Los mandarines contra la democracia" en la obra colectiva, *Berlín 1919-1933* (1993).

5 Max Weber dejó un escrito inconcluso dedicado al examen crítico de la sociología de Simmel, "Georg Simmel como sociólogo", publicado en *Sociológica* no. 1.

6 Se trata de ensayos en los que aborda temas como la moda, el viajero, el extranjero o bien la ciudad, la comida, el puente, la puerta y por supuesto el dinero.

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter (1982). *Infancia en Berlín hacia 1900*, Madrid, Alfaguara.

Bourel, Dominique (1993). "Los mandarines contra la democracia" en, *Berlín, 1919-1993*, Madrid, Alianza.

Frisby, David (1990). *Georg Simmel*, México, FCE.

-(1988) "Georg Simmel: Primer sociólogo de la modernidad" en, *Modernidad y Postmodernidad*, Madrid, Alianza.

-(1992) *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel*, Kracauer y Benjamin, Madrid, Visior.

Habermas, Jürgen (1988). "Simmel como intérprete de la época", epílogo a, G. Simmel, *Sobre la aventura*. Ensayos filosóficos, Barcelona, Península, 1988.

Lohmann, Georg (1991). "La confrontación de Georg Simmel con una metropoli: Berlín" en, *Critique*, agosto-septiembre 1991.

Rochlitz, Rainer (1991). "El Berlín de Benjamin" en, *Critique*, agosto-septiembre 1991.

Richard, Lionel (1993). "Berlín: una identidad contradictoria" en, *Berlín 1919-1933*, Madrid, Alianza.

Simmel, Georg (1986). *El individuo y la libertad*. Ensayos de Crítica de la cultura, Barcelona, Península.

-(1988). *Sobre la aventura*. Ensayo filosófico. Barcelona, Península.

(1986). *Sociología*. Madrid, Alianza.

-(1977). *Filosofía del dinero*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

Weber, Max (1986). "Georg Simmel como sociólogo" en, *Sociológica* no.1, 1986.



Imágenes tomadas de la Enciclopedia *Historia del Arte*, Salvat Editores de México, S.A.

LA VISIÓN DE LA REBELIÓN DE ESPARTACO EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

Joerg Mueller

Primera de dos partes

El hecho sorprendente de que haya pocos estudios sobre la rebelión de Espartaco realizados por investigadores de Alemania occidental permite, en cambio, analizar con mayor precisión cómo este acontecimiento histórico es tratado. En este artículo, la crítica no se limita al marco estrecho de la problemática del desarrollo de la rebelión; se plantean también problemas sobre los alcances de las interpretaciones e incluso sobre sus intereses subyacentes. Por lo general, en otros escritos historiográficos se encuentran clasificaciones rápidas; la etiqueta "historiografía marxista" aplicada apresuradamente, por ejemplo, a las investigaciones de la RDA. Pero, así como en la historiografía de la RDA la rebelión de Espartaco pudo conquistar un lugar destacado, en la RFA sigue estando, con mucho, fuera de consideración. También a propósito de la historiografía de la República Federal se puede definir un punto de vista general: la historia se escribe desde una perspectiva burguesa, y aunque ella usa el término de "marxista", éste no es el apropiado para designar la historiografía de la RDA y no tiene correspondencia con el de "burgués".

Donde, con demasiada premura, se utiliza la palabra "marxista" para poder catalogar las obras de países enteros, hay un interés determinado. Con gusto se cita lo siguiente:

Con la gran rebelión dirigida por él, Espartaco dejó un signo que tuvo efectos hasta remotos tiempos históricos. Fue retomado en nuestro siglo por los mejores y más audaces luchadores por la causa del pueblo y la construcción de una sociedad sin clases, y transmitido a nosotros, la generación presente.¹

Se debe desacreditar algo que aparece tan evidentemente cargado de juicios de valor e ideológico. En cambio, parece erigirse la objetividad propia, sólo que

el interés que guía el conocimiento determina las condiciones de la posible objetividad de ese conocimiento.²

Los conocimientos, aun los adquiridos en el ámbito científico, no están exentos de juicios de valor, sino que se desarrollan sobre la base de determinados intereses. La investigación adquiere sentido únicamente en la interpretación ligada a juicios de valor. Si en el desarrollo de una ciencia el juicio y los intereses intervienen necesariamente, una verdadera científicidad sólo puede generarse cuando se reflexiona sobre estos elementos.³

Entre los intereses directores de este trabajo está demostrar que también a la investigación en la RFA subyacen intereses, que se adoptan puntos de vista y que, por consiguiente,



ellos adquieren sólo una función de coartada para juzgar los estudios de la RDA. A partir de ellos, se podrá aclarar dónde se forma un canon, dónde se confirma la perspectiva única o sólo se le modifica ligeramente, ya que

en toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla.⁴

En este sentido, no se seguirá aquí el método de exposición más usual mediante el cual una "fachada arreglada con datos clasificados" determina la estructura, sino que el propósito es entrar "en la experiencia específica del asunto, desprenderse de la convención prejuzgada" y colocar "la relación con el objeto en lugar del acuerdo mayoritario de aquéllos [...] que ni siquiera lo contemplan, y mucho menos piensan" (lo que es "lo objetivo").⁵

Para comprobar un canon sancionado y elaborado, hay que ocuparse de

todas las formas de difusión de la investigación. Al analizar historias universales (y similares), así como tratados generales sobre la historia romana y, finalmente, obras que se refieren a la esclavitud en la Antigüedad o a Espartaco mismo, es posible trazar un corte transversal a través de la producción historiográfica de la RFA. Pero también en relación con ello debe ser válido que el "pensamiento dialéctico se opone a la cosificación también en el sentido de que se niega a confirmar cada ser único en su aislamiento y separación".⁶ Los vínculos y las relaciones, así como los paralelos entre los distintos tipos de investigación, se presentan en primer plano. Hay que mostrar una tradición, por lo que es necesario dar una imagen precisa de la investigación en Alemania antes del surgimiento de la RFA. Algunas indicaciones sobre la historiografía en la RDA pueden poner de relieve la diferencia y especificidad respecto a la de la RFA.⁷ Más allá de la diferencia, ella se comprende por su propia perspecti-

va, aunque las divergencias existentes en cada una no deben perderse de vista. En todo caso, primero se hace un examen de las fuentes, pues ellas aportan los criterios decisivos para juzgar la figura de Espartaco y para una crítica de sus representaciones.

2. Las fuentes principales sobre Espartaco son la *Vida de Craso* (Crass.) de Plutarco (Plu.) (8.1-11.11) y la *Guerra civil* (b.c.) de Apiano (App) (I.539-59). Además, se pueden encontrar referencias en Floro (Flor.), Eutropio (Eutr.), Orosio (Oros.) y Frontino (Front.). *Las Historias* (Hist.) de Salustio (III y IV), obra considerable, sólo subsiste en fragmentos cortos.⁸

Ya en la *Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft* (Enciclopedia de la ciencia de la Antigüedad clásica: RE) se puede encontrar la advertencia de que Plutarco y Apiano "difieren entre sí y de otros", y se agrega:

los autores que aún se conservan, precisamente a propósito de la gue-

rra de Espartaco, se han ocupado poco del tiempo y del lugar de los acontecimientos individuales, así que nuestro conocimiento al respecto deja mucho que desear.⁹

Cuando Espartaco fue supuestamente retenido en Italia meridional por Craso, que usó una zanja, Plutarco, por ejemplo, dice en relación a la ruptura de este sitio:

[Espartaco] hizo llenar una pequeña parte de la zanja con tierra, madera y ramas de árboles de modo que pudo llevar al otro lado a una tercera parte de su ejército.¹⁰

En cambio, Apiano reporta:

Reforzando por la caballería recién llegada, rompió las trincheras y huyó hacia Bríndisi.¹¹

A su vez, Frontino dice al respecto que las zanjas fueron emparejadas rellenándolas con cadáveres humanos y animales.¹² Hoben ha hecho hincapié en que las diferencias en las fuentes incluyen la designación misma de la rebelión de Espartaco.¹³

Además de las diferencias en fechas y sucesos de tipo similar, se puede comprobar que otra posible fuente de error en las descripciones de Espartaco, es la falta de crítica de las fuentes. Las valoraciones explícitas de las personas y de la rebelión se encuentran en gran medida aunadas a las descripciones ya en las fuentes. Sobre Craso, dice Plutarco:

Por su fama y por su amistad muchos hombres distinguidos se fueron en campaña con él.¹⁴

Los compañeros de lucha de Espartaco son descritos de otro modo:

Pero la gente, cuyo número ya había crecido hasta convertirse en una enorme masa y se había vuelto temeraria, no lo escuchó, sino que recorrió Italia y la saqueó.¹⁵

Al elogio del romano se contraponen la discriminación de sus enemigos. Sin embargo, a Espartaco se le excluye y se le destaca:

un tracio de la tribu de los maidos, que no sólo poseía un sentido del orgullo y gran poder corporal, sino que además, por su intelecto y la bondad de su corazón, era mejor que su destino y más griego que su nacimiento.

y luego se declara:

Se dice que, cuando acababa de llevarse a Roma para su venta como esclavo, mientras dormía se le enredó una serpiente en torno al rostro, y que la mujer de Espartaco, de la misma tribu, pero dotada de capacidad profética y participante del culto de Diónisos, explicó el fenómeno como altamente significativo, como el augurio de un poder grande y temible que le tocaría en suerte, pero que llevaría a un final desafortunado.¹⁶

La intención de Plutarco es elevar a Espartaco sobre los otros esclavos para caracterizarlo como un caso excepcional,¹⁷ procedimiento que se encuentra una y otra vez en la historiografía. Al promotor de la rebelión se le priva de la posibilidad de ser comparado, así que cada intento de imitación queda descalificado de antemano. El rebelde es mistificado. Entre más elogiado, más inofensivo se vuelve para la situación real. Este método se puede observar en diverso grado en todas las

fuentes conservadas sobre Espartaco. Para completar la información, se recurrirá extensamente a la segunda fuente más importante: Apiano. Ahí, Craso es presentado de la siguiente manera:

En la elección de los nuevos pretores que se ordenó celebrar entonces, todos vacilaban y ningún candidato se quería presentar, hasta que, por fin, Licinio Craso, un hombre que se distinguía entre los romanos por su linaje y su riqueza, asumió la pretura.¹⁸

Es claro que aquí también se sitúa a Espartaco por encima de la masa de los rebeldes –muy negativamente juzgada– mediante la descripción de su lucha heroica:

Se dio una batalla larga e intensa como era de esperarse por la desesperación de tantas decenas de miles. En ella, Espartaco mismo, herido por una lanza en la cadera, se hincó sobre una rodilla, puso delan-



te el escudo y contuvo a sus atacantes hasta que él, junto con una gran multitud que había formado un círculo en su alrededor, cayó.¹⁹

Sobre todo Floro y Orosio, entre los demás, se pronuncian decididamente contra la rebelión de Espartaco y a favor de Roma.²⁰ La parcialidad de los historiadores puede explicarse por el trasfondo de sus intereses específicos. Ya Salustio había sido político romano y provenía de una familia de la nobleza municipal. No estuvo "desprovisto de ambición política"²¹ y, entre otras cosas, ocupó por un tiempo la magistratura de cuestor y por lo tanto pertenecía al senado romano. Apiano fue ciudadano romano, caballero y funcionario imperial.²² Plutarco provenía de

una "familia acomodada y distinguida"²³ y estuvo en contacto con el emperador Trajano, de quien recibió las insignias consulares. De Eutropio se sabe que dedicó su obra histórica al emperador Valente, noticia que no

nos da derecho alguno a hacernos de una opinión particularmente alta de los conocimientos históricos y geográficos de Eutropio.²⁴

[Orosio es] un testigo importante del vínculo entre el amor propio de los cristianos y el orgullo en la grandeza del Imperio Romano,²⁵

como también la obra de Floro es "una alabanza a la grandeza de Roma".²⁶ Es claro que el origen y la perte-

nencia a la capa superior de la sociedad, en cuanto pueden comprobarse, determinan la perspectiva de los historiadores.²⁷

En cuanto a las rebeliones en contra del dominio romano, ellos podían ver sólo obstáculos a un concepto mayor de orden y eficiencia.²⁸

No es lícito recurrir a las fuentes como a un material de prueba objetivo, lo que claramente se ha comprobado en este caso, cosa que debe reflejarse en una exposición acerca de la rebelión de Espartaco.

Hay que considerar cuán profundas son las consecuencias. Es necesario indicar, en primer lugar, la representación de los objetivos de Espartaco. Los historiadores que argumentan desde

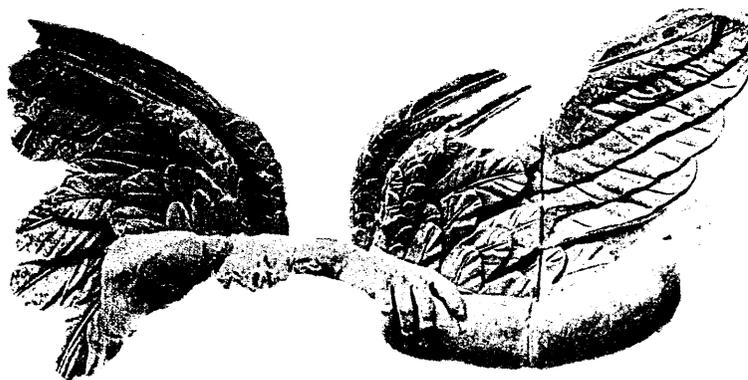


la perspectiva romana tienen que tratar de confirmar siempre el *status* de los esclavos. De Apiano, por ejemplo, se insiste siempre en el desprecio hacia los rebeldes.²⁹ También en este sentido hay que entender la discusión de la terminología relacionada con la rebelión de Espartaco.³⁰ En la medida de lo posible, se debe evitar designar a los rebeldes como enemigos autónomos y de valor íntegro, se evitará una "declaración formal de guerra" para no reconocer la "existencia de la soberanía del enemigo según el derecho internacional".³¹ Conforme a ello, en las fuentes, la exposición de los objetivos a largo plazo de Espartaco, aunque ellos hayan sido conocidos, ha de ser más bien suprimida.

3. En el análisis de la visión dominante sobre Espartaco en Alemania antes de la fundación de la RFA y de la antigua RDA, es indispensable recurrir a una obra clásica:³² la historia de Roma de Theodor Mommsen. La valoración explícita de la rebelión, que se manifiesta en las fuentes, se presenta en Mommsen de forma más acentuada:

incluso ciudades connotadas ... sufrieron todo tipo de abominaciones que pudieron infligir unos bárbaros victoriosos a civilizados indefensos, unos esclavos desencadenados, a sus antiguos amos. Por desgracia, el que una lucha como ésta fuera totalmente ilegítima, y más bien una matanza que una guerra, es evidente: legítimamente, los amos clavaron a cada uno de los esclavos prisioneros en una cruz.³³

No sólo se acentúa negativamente la descripción de los rebeldes, sino que incluso la discusión sobre la terminología, efectuada en interés del



dominio romano y del de los historiadores que lo legitimaban, fue tomada de las fuentes. Se desencadenó una "matanza", no una "guerra" que hubiera otorgado a los rebeldes por lo menos el *status* de adversarios auténticos y ellos son "bandidos"³⁴, "bandas de esclavos"³⁵, la "propiedad viva rebelde".³⁶ En cambio, Espartaco es

un hijo de nobles en la patria tracia, como el linaje de los espartócidas en Panticapeo, que ha llegado a la posición de rey,³⁷

una especulación que no se puede corroborar en las fuentes.

En efecto, la intención es semejante a la de los historiadores arriba mencionados. Al presentar a Espartaco como héroe, su posible función de modelo se neutraliza. Tal procedimiento es afirmativo en relación a lo existente. Para la realidad contemporánea de aquel autor, la representación de la historia romana, de una rebelión entre 73 y 71 aproximadamente, adquiere actualidad. Es un intento por ganar influencia, cuando Mommsen, en su exposición, intercala de paso observaciones generales:

Sin embargo, si un gobierno no funciona, deja de ser legítimo y cual-

quiera que tenga el poder, tiene también el derecho de derrocarlo.³⁸

En otra obra, se hace hincapié, entre otras cosas, en las causas de las disputas entre los rebeldes: sobre todo, en las "diferencias nacionales".³⁹

Esto no se deduce con base en las fuentes. Plutarco, por ejemplo, escribe en los pasajes correspondientes:

uno de los cónsules, Gelio, atacó de repente a las tropas germánicas que, por petulancia y temeridad, se habían apartado de la gente de Espartaco, y las destruyó por completo...⁴⁰ pero [Craso] recuperó su valor cuando muchos, por sus diferencias con Espartaco, se rebelaron y acamparon aparte en un lago lucanio.⁴¹

Por lo tanto, la así llamada historiografía marxista pudo llegar a resultados completamente distintos, con un procedimiento similarmente especulativo; el que

el historiador soviético [Michulin] explica la falta de unidad en el ejército de Espartaco por razones sociales, debe apreciarse sin duda positivamente: muestra cuán insostenible es la teoría de las diferencias nacionales.⁴²



En cualquier caso, semejante punto de vista, como el de Mommsen y Most, ha de tomarse en serio, tan sólo por las obras historiográficas basadas en tales expresiones. Hay un procedimiento similar en historias universales escritas con anterioridad a la fundación de la RFA. Historias en las que se habla de las "turbas" de Espartaco⁴³ y se adopta la perspectiva de los romanos,⁴⁴ según la cual la rebelión es tratada, sin más marginalmente, como parte de la descripción de la gestión gubernamental de Pompeyo.

4. En comparación con la historiografía de la RFA, la rebelión de Espartaco es representada de modo aparentemente distinto en la de la RDA.

Algunas indicaciones sobre ésta pueden contribuir a destacar el punto de vista específicamente burgués de aquélla. En contraste con Mommsen, se puede encontrar, por ejemplo, en la monografía de Rigobert Günther

sobre Espartaco, una perspectiva totalmente distinta. Así, por ejemplo, subraya Günther:

Al contrario de los objetivos de las rebeliones anteriores, Espartaco no quería fundar un estado de esclavos en el que las relaciones sociales estuvieran sólo invertidas.⁴⁵

En consecuencia, se propone escribir la historia, no desde el punto de vista de los gobernantes, sino desde el de los oprimidos. Los objetivos y las posibilidades del fracaso pasan al primer plano. Ya no se acentúa la amenaza contra Roma, sino las posibilidades de los rebeldes. Se discute qué condiciones había para que madurara esa rebelión y qué tan desarrolladas estaban las fuerzas productivas de la sociedad dominante en relación con ella. La pretensión de trazar la rebelión de Espartaco se basa en una perspectiva totalmente distinta.

Las investigaciones se vuelven erróneas e infundadamente partidarias donde los papeles simplemente se trastocan. En relación con el intento de allanar las trincheras cavadas por el ejército de Craso, Bruno Doer piensa:

Pero, a pesar de que se logró perforar una brecha, el ejército de Espartaco ya no tenía otra alternativa que perecer en una lucha heroica.⁴⁶

En Apiano se encuentra lo contrario.⁴⁷ En lugar de héroes romanos, en la obra de Doer se habla sólo de los rebeldes como héroes.

Abandonada la base de las fuentes, apenas se las refleja de manera crítica y la exposición adquiere un carácter ideológico, dando paralelos sorprendentes con trabajos de investigación ya mencionados y por mencionar. En relación con Espartaco, se observa:

Sólo en el momento en que se liberó, su enorme talento salió a la luz clara de la historia;⁴⁸ como maestro de esgrima [...] Espartaco, que sobresalía con mucho entre sus camaradas y compañeros de infortunio –no sólo corporal, sino también espiritualmente– adquirió una influencia determinante;⁴⁹ entonces se mostró la aptitud brillante de Espartaco para reconocer las debilidades del adversario en situaciones difíciles, aprovecharlas y llevar a sus fuerzas a la victoria.⁵⁰

Correspondientemente, falta la descripción de otros rebeldes:

El que no se podía romper un *Imperium Romanum* con tales medidas, no parecía evidente al miope de Crixoni a Enomao, Casto o Gánico.⁵¹

El contenido ideológico de las fuentes es recogido enfáticamente por Doer precisamente como Mommsen ya lo había hecho, para imponer sus propios intereses ocultos mediante la promoción de una visión específica de la historia. Al exponer el tema de manera que los intereses, tanto de esclavos y amos como de la RFA y la RDA, tienden a presentar la rebelión de una forma depurada en una polaridad, se igualan las estrategias dentro de las exposiciones.

En relación con ello, hay que mencionar también la historiografía soviética. Por ejemplo, explica Korzeva:

La rebelión de los esclavos bajo la dirección de Espartaco, su lucha abnegada por la libertad, fue particularmente característica de la época revolucionaria cuya primera piedra colocó la Gran Revolución Socialista de Octubre y encontró un eco vital en la historiografía de los primeros años después de los sucesos de octubre.⁵²

Sin embargo, en el

sistema soviético, la organización del proceso de la producción separa claramente a los "productores inmediatos" (los trabajadores) del control sobre los medios de producción, propiciando así diferencias de clase precisamente en la base del sistema⁵³

Lo que alguna vez fue promesa y desde hace mucho ha pervertido un desarrollo, cosa también válida para la historia de la burguesía,⁵⁴ debe legitimarse mediante una historiografía que propicie el desarrollo de una falsa conciencia.⁵⁵ Así como con la invención de una tradición, Korzeva defiende los intereses del sistema dominante de la Unión Soviética y refuerza históricamente la supuesta realización del socialismo y la versión oficial de igualdad y libertad, esto tiene su correspondencia en lo que toca a la historiografía de la RFA, precisamente al menospreciar

la rebelión de Espartaco en su significado y en su valor como tema de discusión y al reprochar su parcialidad a los científicos de la RDA y de la Unión Soviética.

Donde el campo se vuelve de igual modo peligroso para las diferentes ideologías, no sólo la estrategia, sino también las opiniones empiezan a asemejarse. Korzeva hace hincapié, de la misma manera en que siempre se ha hecho en la historiografía soviética, en

el brillante talento organizativo de Espartaco, su fidelidad a la causa de la liberación de los esclavos, su pronunciada valentía⁵⁶

y todo lo demás que se le atribuye.⁵⁷

Cuando el hecho histórico se resiste a la simplificación, la selección y el registro esquemático y que, sin embargo, no puede producir asombro ni defensa, estilizándolo o condenándolo al olvido, es despojado completamente





te de contradicciones. Con ello se ha creado un horizonte de sentido artificial para la representación de la rebelión de Espartaco al que, en última instancia, se le ha privado de verdadero sentido. Este sólo puede producirse cuando lo contrario no es aplanado y la discrepancia permanece, en lo posible, notoria; en una situación que parecía no ofrecer solución, de todos modos se exigió el derecho propio que debía ser dispuesto.

El material se aplanaba tanto para que lo siempre subversivo no salga a la superficie.

Pero sólo entonces podrá articularse la "contradicción" y cumplirse la "oposición", si no se derrama la conciencia histórica en donde se conservan los

restos no desparramados del pasado como crítica del presente.⁵⁸

Tampoco en las investigaciones de la RDA, como las de Doer y Diesner por ejemplo, se encuentra una conciencia histórica en este sentido amplio. La perspectiva a primera vista distinta, pero también parcialmente fundada, permite develar características propias y definitivas de algunas posiciones de la investigación de Alemania Occidental.

5. Precisamente las historias universales y las obras de recopilación pueden, con base en su pretensión, proporcionar una imagen representativa y colectiva de la historia y suministrar indicios claros sobre la importancia que se atri-

buye a un hecho en la investigación. Aquí se busca en vano discusiones aclaradoras o exposiciones largas que relacionen a Espartaco con otros hechos históricos. Un ejemplo de ello es el volumen correspondiente de la *Historia universal de los Propileos (Propyläen Weltgeschichte)*.⁵⁹ A la rebelión de Espartaco se le trata como a un episodio corto o un fenómeno marginal vinculado con la exposición sobre Pompeyo. Los aspectos técnicos militares aparecen en el primer plano de la concisa descripción y sirven además, en su propia lógica, como explicación del triunfo y del fracaso:

los cónsules del año 72 fallaron a conciencia; los gladiadores enten-

dían de la técnica de lucha por lo menos tanto como los soldados; después de algunas maniobras estratégicas, [Craso] ... acabó, pues, también con los esclavos.⁶⁰

No sólo se omiten divergencias en las fuentes,⁶¹ sino que la selección de datos y la información proporcionada y retenida llegan a distorsionar lo que ellos en todo caso expusieron. No se habla ni de los objetivos de Espartaco⁶² ni de las causas de su fracaso,⁶³ como se expone ahí. A la rebelión de Espartaco se le atribuye así el *status* de una revuelta considerable a la que, sin embargo, no hay que tomar en serio en su intención o en su fondo. Con todo, las fuentes no son interpretadas correctamente a pesar de su tendencia obvia. En relación con esto, ha enfatizado W. Hoben:

Lo que se aprecia con mayor claridad, fue el cambio en la valoración de la lucha contra Espartaco: de una acción punitiva contra bandidos comunes, pasó a considerarse un conflicto militar neto, y llegó a verse como una guerra en toda regla.⁶⁴

En todo caso, así hace Orosio (y otros) la comparación con Aníbal.⁶⁵

Con un procedimiento semejante al de la *Propyläen Weltgeschichte*, se argumenta en la *Historia universal Siglo XXI (Fischer Weltgeschichte)*. A pesar de que aparentemente le presta atención, se desprecia la importancia de la guerra contra Espartaco, reconocida finalmente, casi por obligación, en las fuentes. Lo aducido bajo el título de "Espartaco" resulta ser más una descripción de los sucesos en torno a Craso y Pompeyo, sobre todo porque en el mismo lugar se tratan también las consecuencias de su consulado. Se intenta caracterizar a Craso, no a Es-

partaco, y esto con criterios psicológicos, en parte dudosos, y sin pruebas:

Craso era el romano más rico y pertenecía a aquéllos que envidiaban a Pompeyo por sus éxitos, pero que no poseían su talento ni sus cualidades personales; Craso, quien empezó a dudar de sus propias aptitudes militares (que no eran sobresalientes) llamó a Pompeyo en su auxilio.⁶⁶

Supuesta objetividad que se espera sobre todo de tales obras colectivas resulta frágil. Donde en todo caso es necesario adoptar un punto de vista ya condicionado por la elección, la admisión y la exclusión de fuentes, este procedimiento, las más de las veces, no se explica. Se encuentran fallas incluso en el manejo de las fuentes y sospechosos juicioso de valor infundados y lapidarios, mientras que a Espartaco se le dedican apenas unas cuantas oraciones. Bajo la voz "Spartacus" se lee en el *Kleine Pauly*:

Entonces, los rebeldes decidieron permanecer en Italia. Espartaco volvió a vencer a ambos cónsules en Piceno y avanzó saqueando y masacrando, como Aníbal, hacia el sur.⁶⁷

Frívolamente, se omiten los objetivos de Espartaco y para ello se retoma el tono negativo de las fuentes con un énfasis aún más fuerte.

Sólo pueden deslindarse positivamente pocos títulos. En el *Compendio de historia de Roma (Grundriß der römischen Geschichte)*, de Bengtson,⁶⁸ por ejemplo, se encuentra una exposición que no sólo no niega las diferencias entre las fuentes, sino que incluso aporta pruebas. Se le dedica un buen espacio tanto a una exposición de los objetivos de Espartaco, como a las medidas, más que nada inusuales, adoptadas durante la guerra.⁶⁹ En la colección "Oldenbourg- Básicos de la Historia", la rebelión de Espartaco se presenta en su contexto a pesar de las pocas explicaciones consagradas a la revuelta, y se hacen tomando en cuenta el trasfondo del desarrollo económico.⁷⁰ Pero en la mayor parte de las obras de esta índole, la rebelión de Espartaco es un episodio aislable, cuyas causas y opciones no se discuten. Con frecuencia, el vínculo se da únicamente a través de la figura dominante de los romanos.

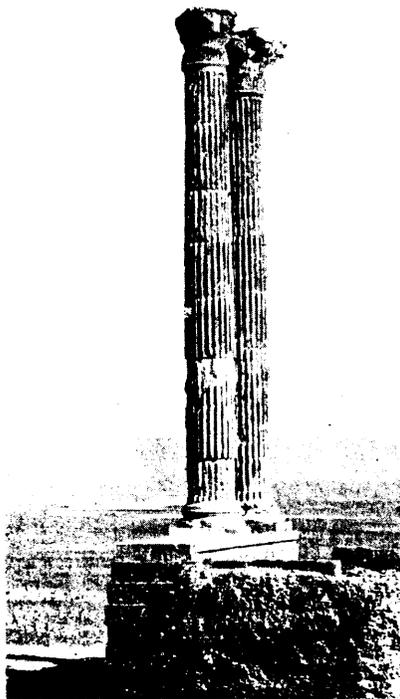
En la totalidad de las numerosas investigaciones sobre la historia romana,



de temas más generales, monográficos o de épocas, se ve un cuadro semejante al ya observado en las historias universales. Es significativo lo que explica Alfred Heuss en relación a la rebelión de Espartaco:

Aunque la guerra trajo consigo ciertas incomodidades y produjo una gran devastación en Italia, fue sólo un fenómeno al margen de los grandes acontecimientos.⁷¹

Además de acentuar explícitamente el papel subordinado de la rebelión, se distinguen los momentos, analizados en otros lugares, de la mistificación del caudillo y la estigmatización de la gran masa de los rebeldes.⁷² Aquí dejó sus huellas la tradición de Mommsen.



NOTAS

- 1 Rigobert Günther, *Der Aufstand des Spartakus. Die grossen sozialen Bewegungen der Sklaven und Freien am Ende der römischen Republik (La rebelión de Espartaco. Los grandes movimientos sociales de los esclavos y los hombres libres al final de la república romana)*, Berlín, Dietz Verlag, 1979, p. 123.
- 2 Jürgen Habermas, *Erkenntnis und Interesse (Conocimiento e interés)*, 9a. ed., Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1988. Véanse ahí los argumentos ulteriores.
- 3 Esto ha sucedido, por ejemplo, en la descripción del Imperio Alemán de 1871 a 1918 por Hans-Ulrich Wehler (*Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918*, 6a. ed. [con bibliografía puesta al día], Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1988). Véase, p. ej., p. 11 ss. Ahí se dice, entre otras cosas: "La elección del problema y los elementos estructurales que pasan con ello al centro, es desde luego determinado por los intereses que guían el desarrollo del conocimiento".
- 4 Walter Benjamin, "Ueber den Begriff der Geschichte" en *Gesammelte Schriften*, v.I (editado por R. Tiedemann y H. Schweppenhäuser), Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1974, p. 695 (hay traducción al español: "Tesis de filosofía de la historia", *La batalla*, 24, agosto-septiembre 1990, p. 37. n de los TT.).
- 5 Theodoro W. Adorno, *Minima moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1951, p.84. En el resto de este escrito se seguirá la concepción

de Adorno —ahora de uso corriente— sobre lo subjetivo y lo objetivo.

6 *Ibidem*, p. 87.

7 Debido a las numerosas afinidades, se harán las observaciones pertinentes sobre la historiografía soviética. Así mismo, se incluirán consideraciones sobre investigaciones hechas en otros países cuando ello contribuya a la comprensión de la investigación alemana occidental.

8 Sobre las fuentes más importantes, lo más compacto es F. Münzer, "Spartacus", *RE*, II A 3 (1929), col. 1529.

9 *Ibidem*. sobre los datos aritméticos que difieren ampliamente entre sí, cf. R. Kamienik, "Die Zahlenangaben über den Spartakus-Aufstand und ihre Glaubwürdigkeit" ("Los datos aritméticos sobre la rebelión de Espartaco y su credibilidad"), *Alternum*, XVI, 1970, p. 96-105.

10 *Plu.Crass.*10.10.

11 *App. b.c. Y.* 120. En el *Kleine Pauli*, se dice sobre la fiabilidad de Apiano: "Un juicio sobre el valor de lo transmitido por Apiano depende en alto grado de la cuestión de las fuentes, lo cual es difícil porque precisamente Apiano es la fuente principal sobre las épocas importantes, debido a que él raramente menciona las suyas y también porque pocas veces transmite variantes... Así que es difícil decir si reproduce su fuente correctamente y qué valor tiene esa fuente" (J. Werner, "Apianos", *Kl.-P.*, I (1964), co. 464).

12 *Cf. Front. Str. Y.*520.

13 *Cf. W. Hoben, Terminologische Studien über*

die Sklavenerhebungen der Römischen Republik (Estudios lexicográficos sobre las rebeliones serviles de la república romana), Wiesbaden, Steiner, 1978, p. 72ss. Por ejemplo, en la p. 74 se dice: "Floro expresa su rechazo a la designación usual de la rebelión de Herdonio como *bellum* con la propuesta alternativa *tumulutus*, en cuanto a la rebelión de Espartaco, lo expresa reconociendo su embarazo y condenando moralmente al enemigo, después de haber excluido claramente la expresión usual *bellum Spartacum*".

14 *Plu., crass.* 101.1. Véase también *Crass.* 11.10: "Aunque Craso había aprovechado la fortuna, dirigido óptimamente la guerra y puesto en peligro su vida, de todos modos su éxito acrecentó la gloria de Pompeyo".

15 *Plu. Crass.* 9.8.

16 *Plu. Crass.* 8.3-4.

17 El mismo fin tiene la descripción de Espartaco antes y durante la última lucha con Craso: cf. *Plu. Crass.* 11.

18 *App. b.c. I.*118.

19 *App. b.c. I.*120.

20 Véase sobre eso a Hoben en particular, *op. cit.*, p. 128ss.

21 P.L. Schmidt, "Sallustius", *Kl.-P.*, IV (1972), col. 1513.

22 *Cf. Werner. op. cit.*, col. 463.

23 K. Ziegler, "Plutarchos", *RE*, XXI 1(1951), col. 641.

24 P. Gensel, "Eutopius", *RE*, VI 1(1907), col.1522.

25 B.R. Voss, "Orosius", *Kl.-P.*, IV (1972), col. 582.

26 P.L. Schmidt, "Florus", *Kl.-P.*, II (1967), col. 582.

27 Véase también sobre eso Hoben, *op. cit.*, p. 123.

28 D. Metzler, "Widerstand von Nomaden gegen zentralistische Staaten im Altertum", en T. Yuge y M. Doi (eds.), *Forms of control and subordination in antiquity*, Tokyo, The Society for Studies on Resistance Movements in antiquity, 1988, p. 88.

29 *Loc. cit.*

30 *Vide supra*, n. 13.

31 Hoben, *op. cit.*, p.143.

32 Sobre la historiografía sobre todo de la época entre 1918 y 1945, me parece necesario ver K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft (La historia de Roma y la historiografía alemana)*, München, Beck, 1982. 33. T. Mommsen, *Römische Geschichte (Historia de Roma)*, 14a. ed., Berlin, Weidmann, 1932-1933, III, p.85-6 (aunque hay traducción al español, publicada en 1875, la traducción presente es de los traductores. N de los TT).

34 Mommsen, *op. cit.*, III, p. 84, contra *Plu. crass.* 9.

35 *Ibidem*, p. 86.

36 *Ibidem*, p. 90.

37 *Ibidem*, p. 84. *Cf.* también p. 87: "Por lo poco que sabemos de este hombre excepcional, Espartaco estaba en esto muy por encima de su partido". Además, en la p. 89: "También en la batalla luchaba con el valor de un león: dos centuriones cayeron por su mano; herido y caído de rodillas dirigía aún la lanza contra los enemigos que lo rodeaban".

38 Mommsen, *op. cit.*, p. 93.
 39 J. Most piensa: "La manzana de la discordia fue la cuestión de las nacionalidades" (*Die sozialen Bewegungen im alten Rom und der Cäsarismus*) [La cuestión social en la Roma antigua y el cesarismo], Aalen, Scientia Verlag, 1975 [reimpresión de la edición de Berlín, 1878], p. 93). En la p. 95 se dice "La locura de las nacionalidades trasgrea de nuevo en la cabeza de los infelices hombres. Los germanos y los celtas retiraron a Espartaco la obediencia porque él era de Tracia y formaron su propia turba militar que tenía como cabecillas a Gánico y a Casto. Qué tipo de nacionalistas fanáticos debió haber sido esta gente, lo muestra el episodio siguiente...."
 40 Plu. *Crass.* 9.7.
 41 Plu. *crass.* 11.1.
 42 S.L. Utschenko (Uchenko), "Die historische Bedeutung des Spartacusaufstandes" ("El significado histórico de la rebelión de Espartaco") en A.W. Mischulin (Michulin), *Spartacus. Abriss der Geschichte des grossen Sklavenaufstandes (Espartaco. Bosquejo de la historia de la gran rebelión de esclavos)*, edición e introducción de S.L.U., Berlín, Akademie-Verlag, 1952, p. 9.
 43 *Weltgeschichte in zehn Bänden (Historia universal en diez volúmenes)*, de T. Lindner, Stuttgart, J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger, 1920, Y, p. 441; W. Weber, "Römische Geschichte bis zum Zerfall des Weltreiches" ("Historia de Roma hasta la caída del imperio universal") en *Die neue Propyläen Weltgeschichte*, editada por H. Weinert et al. Berlín, Propyläen Verlag, 1940, (hay traducción al español publicada en Madrid por Espasa Calpe: N. de los TT), I, p. 321.
 44 En la obra *Die Neue Propyläen Weltgeschichte* se lee: "un inmenso ejército servil pasó, por todas partes victorioso, del sur de Italia hasta el valle del Po y de regreso al sur, un terror para Roma y el pueblo italiano" (p. 321).
 45 Günther, *op. cit.*, p. 37.
 46 B: Doer, "Spartacus", *Altertum*, VI, 1960, p. 229.
 47 App. *b.c.* Y.120
 48 Doer, *op. cit.*, p. 231. Más adelante se dice: "y, como destacó tan evidentemente se mantuvo inolvidada en Roma. Pues ahí se tenía gran estima por el oficial genial".
 49 H.-J. Diesner, *Kriege des Altertums. Griechenland und Rom im Kampf um den Mittelmeerraum (Guerras de la Antigüedad. Grecia y Roma en la lucha por la cuenca del Mediterráneo)*, Berlín, Deutsche Militärverlag, 1971, p. 151
 50 Günther, *op. cit.*, p. 16.
 51 Doer *op. cit.*, p. 231.
 52 K.P:Korzeva, "Der Aufstand des Spartakus in der sowjetischen Geschichtsschreibung" ("La rebelión de Espartaco de la historiografía soviética"), *Klio*, LXI, 1979, p.477.
 53 Herbert Marcuse, *Der eindimensionale Mensch. Studien zur Ideologie der fortgeschrittenen Industriegesellschaft*, Darmstadt, Luchterhand, 1967, p. 63. (Hay traducción al español. n. de los TT.).
 54 Sobre los inicios véase en especial R. Koseleck, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt (Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo bur-*

gués) 6a. ed., Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1989.
 55 De todos modos, también aquí como en la histografía burguesa hay resultados valiosos sobre la rebelión de Espartaco, una discusión activa y, contrariamente a otros puntos de vista, una intensa investigación de fuentes. Sobre ello, véase por ejemplo las indicaciones de Korzeza (*op. cit.*), aunque es claro que ella misma trata de reforzar un c: non mediante unificaciones: p. 479; 481-2; sobre la investigación de las fuentes: p. 485ss. W.Z. Robinsohn quisiera, en apariencia mostrando la relación entre la rebelión de Espartaco y la historiografía soviética (ambos, temas de sensación para este historiador liberal), descreditar de antemano la una por la otra (*Der Spartakus Aufstand und die sowjetische Geschichtsschreibung [La rebelión de Espartaco y la historiografía soviética]*, Konstanz, Universitätsverlag, 1983). Entre más distanciado de posiciones de la historiografía soviética, más cerca se estará de la verdad, ha sido el hilo conductor de la valoración, en la cual, criterios fueron también "el modo amable de hombre de mundo" (p.21) o "el tono colegial y festivo" del historiador (p.25). La burla dudosa alterna con simples transposiciones: "Espartaco había fracasado [según Michulin] por la disciplina deficiente y la fragmentación de las fuerzas. Si hubiera desplazado a tiempo a la oposición, hubiera tenido una oportunidad de vencer. De ello se deduce, según el materialismo empírico, que se debe exterminar a la oposición a tiempo y sin contemplaciones para salvar la revolución. Así, Michulin produjo por medio de un ejemplo extraído de la historia antigua de la exterminación de los kulaks y de la oposición al interior del partido" (p.16-7). Ciertamente, con tales observaciones más bien se impide la crítica de hecho necesaria de la historiografía soviética. Algunas observaciones aceptables aisladas se quedan en lo rudimentario.
 56 Korzeva, *op. cit.*, p. 494; cf. también, p. 480, 490 y 493.
 57 A propósito de ello, véanse las observaciones sobre las fuentes y sobre la historiografía de la RFA, por ejemplo, la n. 72 de este escrito.
 58 K.-H. Hucke y H. Korte, *Literaturgeschichte. Ansichten ihrer pädagogischen Provinz (Historia de la literatura. Miradas a su provincia pedagógica)*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1985, p. 36.
 59 A. Heuß, "Das Zeitalter der Revolution" ("La época de la revolución").
 60 *Ibidem*.
 61 En la página citada se afirma que "setenta esclavos gladiadores" lograron escapar. Sin embargo, en Plutarco (*Crass.* 8.2) se habla de setenta y ocho, mientras que Orosio, por ejemplo, escribe (V. 24.1): Anno ab Urbe condita DCLXXVIII Lucullo et Cassio Consulibus gladiatores septuaginta et quattuor Capuae a ludo Cn. Lentuli diffugerunt" ("En el año seiscientos setenta y nueve de la fundación de la ciudad, bajo el consulado de Lúculo y Casio, se fugaron setenta y cuatro gladiadores de la escuela de Cn. Léntulo en Capua").
 62 Vease, por ejemplo, Plu., *Crass.* 9.7-8.
 63 Por ejemplo, véase Plu. *Crass.* 11. Floro

aduce el deseo de venganza para explicar el fracaso: II.8.3 y 5.

64 Hoben *op. cit.*, p. 106., véanse en primer lugar incluidas en la nota 266 (App. *b.c.* I.116;541 y 549; Plu. *Crass.* 8.1; 9.8 y Oros. V.24.19).

65 Cf. Oros. V24.5. Igualmente, Eutropio (VI.7): "et per Italiam vagantes paene non leuius bellum in ea, quam Hannibal mouerat, pauerunt" ("y vagando por Italia, inflingieron en ella una guerra apenas menos leve que la que Aníbal había hecho"). Y en seguida se subraya: "post multas calamitates Italiae tertio anno bello huic finis impositus est" ("después de muchas calamidades para Italia, se impuso este fin a la guerra en su tercer año").

66 Pierre Grimal, *Die letzten Jahre der Republik (Los últimos años de la república)*, traducido por Marcial Sures y otros como *La formación del Imperio Romano*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1973. N. de los TT.) en *Fischer Weltgeschichte*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1966, p. 150-1 (en edición española esta cita se encuentra en la p. 134, pero truncada, por lo que los traductores decidimos volver a traducir del alemán. N. de los TT).

67 H. Volkmann, "Spartacus", *K1.-P.*, V (1975), col. 297.

68 Edición corregida y aumentada, Munchen, 1982.

69 Sobre eso, véase por ejemplo App. *b.c.* I.117: "Prohibió a los mercaderes que introdujeran oro o plata y a sus propios hombres, poseerlos".

70 J. Bleicken, *Geschichte der Römischen Republik (Historia de la república romana)*, 2a. de., München, R. Oldenbourg Verlag, 1982, (Oldenbourg - *Grundriß der Geschichte* [Compendio oldenbourg de la Historia], 2). Sobre todo véase, acerca de ello, p. 76-7: "En esta guerra se hicieron claramente notorios los cambios en el sector agrario, en donde el latifundio laborado por masas de esclavos se había convertido en la forma económica dominante y la miseria inefable que azotaba la baja Italia desde la guerra social".

71 A. Heuss, *Römische Geschichte (Historia de Roma)*, 4a. de., Braunschweig, Westermann, 1976, p. 191.

72 Cf. J. Vogt, *Die römische Republik*, 6a. ed., Freiburg, Alberg, 1973, p. 332: "Bajo la dirección de Espartaco, un esclavo de origen tracio inteligente, audaz y noble, los fugitivos se defendieron en las barrancas del Vesuvio contra los primeros reclutas romanos". En la p. 333, se dice: "Entonces queda abierto el camino de los Alpes y con ello el acceso de los esclavos a los países célticos y germánicos y a la región de los Balcanes, pero la horda exigió ser guiada en contra de Roma".





Fotografías tomadas de los libros *Plutarco Elías Calles*. Correspondencia personal (1919-1945), FCE.; *Diplomático en mangas de camisa*, Josephus Daniels, Talleres Gráficos de la Nación.

REVOLUCIÓN, DIPLOMACIA Y CRISIS

MÉXICO EN MONTEVIDEO, 1933

Marcos Tonaliuh Águila M.

Agradezco a la Dra. Robin King, quien me antecedió en la búsqueda académica sobre la Conferencia de Montevideo y me facilitó parte de su propia investigación. Estoy en deuda, igualmente, con el Dr. Alan Kuigat, por sus comentarios críticos a una versión más extensa de este ensayo.

El impacto de la Gran Depresión de los años treinta sobre la economía mexicana es un tema que ha alcanzado nueva relevancia frente a las semejanzas aparentes entre la crisis económica de aquellos años y la que vivió el país en los ochenta y, de nueva cuenta, a principios de los noventa. No obstante la semejanza en lo económico, entre el México de los treinta y el actual media un abismo. El nacionalismo radical heredado de la Revolución Mexicana era entonces la ideología dominante, mientras hoy día la palabra nacionalismo se empata con un populismo caído en desgracia y en cambio la *modernización* —con su obsesivo adelgazamiento del Estado y la privatización forzada— es la palabra que, se nos promete, nos pone a tono con los tiempos.¹

A la distancia, el hecho de que el gobierno mexicano plantease durante los años treinta una política de renegociación radical de las

deudas externas de los países latinoamericanos, contenido fundamental de una propuesta de moratoria general llevada por la delegación mexicana a la VII Conferencia Panamericana, celebrada entre el 3 y el 26 de diciembre de 1933 en Montevideo, Uruguay, parece sorprendente. En gran medida, las acciones diplomáticas de tono continental ejercidas desde la Secretaría de Relaciones Exteriores con respecto a la Conferencia de Montevideo, bajo la dirección inmediata del Doctor Manuel Puig Casauranc, respondieron a iniciativas directamente sugeridas por el General Plutarco Elías Calles, en la óptica de un fortalecimiento de la posición de negociación mexicana frente a los Estados Unidos. El encanto de una aparente solidaridad latinoamericana incondicional dio paso, por la vía del análisis histórico, al predominio del crudo interés nacional. El poderío caudillista ejercido por Calles en el periodo posrevolucionario inmediato, cuya leyenda se extiende a veces de manera exagerada hacia el conjunto del panorama político de la época, pudo corroborarse en el caso concreto de la política internacional de México en 1933.

Nuestra preocupación en este ensayo es la de mostrar algunas de las características de la negociación bilateral entre México y los EU, así como la manera como esta relación bilateral se reflejaba en el contexto de la política y la economía internacional de ambos países durante 1933. En términos generales, se trata de analizar un caso concreto del momento de transición entre un período caracterizado por una tensión creciente de las relaciones bilaterales como



Embajador Daniels presentando sus credenciales al gobierno de México.

producto directo de la Revolución (años 20), por otro de mayor entendimiento y cooperación (iniciado en los 30 y prolongado durante y más allá de la II Guerra Mundial). El "punto de inflexión" de este ciclo en las relaciones de México y Estados Unidos, se puede indentificar con la designación del embajador Dwight Morrow para México, en 1927.² Sin embargo, en términos de tendencias consolidadas, la *detente* sólo alcanzó su madurez más adelante. Así, el Cardenismo y la era de Roosevelt nacieron juntos, en buena medida como respuestas nacionales correspondientes al reto planteado por la Gran Depresión. Como intentaremos demostrar en este escrito, la práctica interesada en el provecho propio de la delegación mexicana en Montevideo no era una excepción sino más bien la norma de la actuación de las diversas delegaciones a dicha reunión internacional, política que con toda probabilidad se repite en el presente. Revolución, diplomacia y crisis, se entrelazan en el análisis de la Conferencia de Montevideo.

Este ensayo usa dos tipos de fuentes primarias: los archivos personales del embajador norteamericano de la

época, Josephus Daniels, así como del Secretario de Estado y cabeza de la delegación estadounidense a Montevideo, Cordell Hull (ambos en la sección de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso, en Washington, D.C., se citarán como DANPAP y CORPAP, respectivamente); esto a la par que información recabada en archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, el Centro de Estudios de Historia de México (Conдумex) y los papeles personales del General Plutarco Elías Calles (APEC).

Montevideo, 1933

¿Cuál era el clima socio-político que rodeó a la Conferencia Panamericana de Montevideo? Entre las peculiaridades que hacen a la Conferencia Panamericana merecedora de atención especial podemos destacar tres: 1) la profundidad de la crisis económica internacional, que pasaría a la historia como la Gran Depresión; 2) el cambio sustantivo de la política hegemónica en los Estados Unidos que, con el ingreso de Franklin D. Roosevelt a la presidencia y

la llamada política del *New Deal*, recobra los antecedentes liberales de la política wilsoniana, política que en el frente externo condujo a una práctica alternativa al intervencionismo militar y tomó el mote de la política del "Buen Vecino"; finalmente, 3) la en apariencia insólita propuesta de moratoria general a las deudas de la región, encabezada por México.

En 1933, el grado de profundidad de la crisis económica internacional parecía no tener límite. Rebasando con mucho sus modalidades financiero-monetarias, la crisis había alcanzado la producción y el comercio internacionales, con su secuela de desocupación y miseria. La desocupación había afectado ya a más de una cuarta parte de la fuerza de trabajo en los Estados Unidos, mientras que alrededor de 30 millones de hombres sin trabajo deambulaban en las ciudades de los países más industrializados. Al mismo tiempo, la contracción del comercio internacional había reducido en dos tercios las importaciones mundiales de 1933 respecto de 1929, pasando de cerca de 3000 millones de dólares a menos de mil. Kindleberger dibujó una gráfica muy elocuente de este proceso en la forma de una espiral que "teje" una telaraña en círculos cada vez más cerrados con las cifras mensuales de dicho indicador (*ibid*, p. 172). La búsqueda de las causas de la Gran Depresión continúa hasta el presente, y no contamos con una explicación uniforme o única³, mucho menos la había entre los contemporáneos. La depresión había exacerbado la búsqueda de salidas propias, nacionales, a la crisis fiscal, la caída de los precios, la grave cuestión de la desocupación masiva. A

mediados de 1933 el mundo había contemplado el fracaso de la Conferencia Monetaria y Económica de Londres (junio 12-julio 17, 1933). El proteccionismo era la moneda corriente de los Estados, pese a toda la palabrera sobre cooperación.⁴ No era pues sorprendente el escepticismo general ante una nueva Conferencia internacional. La VII Conferencia Panamericana había sido ya pospuesta por un año y hubo presiones de algunos países—Argentina, Brasil, Chile y Colombia, entre ellos— a favor de una nueva posición. El Secretario de Estado estadounidense, Cordell Hull, había sido actor prominente en la Conferencia Económica de Londres, esto es, partícipe del fracaso de Londres, y estaba renuente a repetir la historia en Montevideo. Hull recuerda en sus memorias que la falta de confianza sobre la Conferencia Panamericana era "abismal"⁵. Bajo esta óptica Hull había solicitado a la Casa Blanca una declaración que dejara claro que los Estados Unidos no esperarían grandes resultados en Montevideo.

Los Estados Unidos tenían motivos justificados para temer una recepción fría en el ámbito latinoamericano. No solamente era la cuestión económica un problema nodal, donde la existencia de la ley proteccionista Smoot-Hawley volvía sospechosa cualquier declaración de buena vengidad, sino, sobre todo en el terreno político, la sombra de la amenaza de intervención en la Cuba convulsionada por la caída del dictador Gerardo Machado ponía en entredicho la sinceridad del esfuerzo de cooperación continental.⁶ No es un secreto que el embajador estadounidense en Cuba, Sumner Welles, esco-

gido personalmente por Roosevelt como enviado especial en abril de 1933, había realizado toda clase de presiones para forzar una solución favorable a los intereses de los inversionistas norteamericanos ante las inclinaciones izquierdistas del Presidente provisional Grau San Martín. De hecho, Welles sostuvo conversaciones permanentes y ofreció consejo político decisivo al entonces Sargento Fulgencio Batista, quien se convertiría en el "hombre fuerte" cubano desde 1934, hasta la revolución de 1959.⁷ En su biografía política sobre el embajador Josephus Daniels en México, David Cronon compara a Welles con Daniels como los dos extremos opuestos de la diplomacia del New Deal, Welles vinculado a la tradición prepotente del "Big Stick", Daniels genuinamente interesado en mejorar la imagen del "Big Brother"⁸. Ya en Montevideo, el representante cubano Giraudy, señalaría con razón: "Si la no intervención quiere decir rodear a un isla indefensa por un escuadrón amenazante en un intento por imponer un gobierno que el país no desea, entonces no ha habido ninguna intervención en América".⁹ En los hechos, Roosevelt parece haber jugado con ambas cartas dependiendo de las circunstancias y, de nuevo, el interés nacional. Desde sus comienzos, la contradicción atraviesa el fenómeno de la respuesta norteamericana a la crisis de hegemonía planteado por la Gran Depresión. Para empeorar aún más las cosas en cuanto a la atmósfera política en Montevideo, la conferencia estaba precedida por dieciocho meses de enfrentamiento entre Paraguay y Bolivia en la llamada Guerra del Chaco, con un saldo de más de 100

mil víctimas. Resolver este conflicto era uno de los grandes retos de la reunión panamericana.¹⁰

Finalmente, el tercer elemento especial y motivo de este ensayo, es la propuesta mexicana de moratoria continental a las deudas latinoamericanas. Antecedida por la crisis de pagos de las reparaciones de la I Guerra Mundial, así como el abandono a la disciplina del patrón oro por parte de los países industrializados, la noción de una moratoria concertada (o en su caso forzada) no era una idea del todo nueva. No obstante, los intereses de los países acreedores veían semejantes "soluciones" como un verdadero sacrilegio al principio del reconocimiento de los acuerdos internacionales. Estados Unidos, pero sobre todo Inglaterra, se habían opuesto terminantemente al principio de condonar deudas privadas.

Desde esta perspectiva, la delegación mexicana, la defensora más in-

El Embajador Daniels y Tío Sam





El Embajador Daniels, el Presidente Rodríguez y el Dr. Puig Cassauranc

transigente de la propuesta de moratoria, debía chocar inevitablemente con la delegación norteamericana, opuesta por principio a este tipo de solución. Al menos esta era la impresión dictada por la lógica económica. En el terreno de la propuesta de moratoria, de Montevideo no podía salir victorioso sino un solo grupo de naciones, o el encabezado por México (y secundado por países como Perú, Cuba y otros centroamericanos agobiados por deudas), o el grupo liderado por Estados Unidos, país acreedor y sus seguidores que, o bien como Argentina habían sostenido su crédito mediante un sacrificio insólito y no deseaban exponerlo al "absurdo" al mezclarse con los pagadores morosos, o bien estaban en procesos de negociación bilateral, como Brasil, que prometía concesiones jugosas que no deseaban poner en riesgo. Las suertes insospe-

chadas de la diplomacia, sin embargo, probaron que, contra la apariencia lógica, ambas naciones, México y los Estados Unidos, consideraban haber salido victoriosos de la "contienda" de Montevideo.¹¹ En lo que sigue mostraremos que el eje de la aparente contradicción está en la distancia entre los objetivos proclamados y los reales de la delegación mexicana.

¿Moratoria de dientes para afuera?

Quien hubiese estado presente, el 5 de diciembre de 1933, durante el discurso del Doctor Puig a la Plenaria de la Conferencia, probablemente se hubiera sorprendido ante el radicalismo de sus palabras. Puig comenzó declarando que estaba provocando abierta-

mente a los "superbanqueros internacionales", cuya actuación no respetaba leyes ni naciones. Puig solicitaba, como medida inmediata contra el abuso económico, la moratoria por 6 a 10 años en el pago de intereses de la deuda externa, lapso mínimo necesario para una reordenación de las economías nacionales. Asimismo, planteaba la reducción del 6 al 3 por ciento en las tasas de interés prevalentes y una reducción sustantiva del principal de la deuda considerada ilegítima. El discurso de Puig iba incluso más allá de la moratoria, al cuestionar las bases del sistema de crédito imperante y pugnar por un nuevo sistema de finanzas internacionales más equitativo.¹² Cuestionaba, en realidad, la filosofía misma del capitalismo competitivo:

"No parece correcto que los países con mayor independencia económica o fuerza política hayan tomado o tomen decisiones a su elección respecto a la moratoria, en tanto que los países débiles, temerosos de los 'Comités de Banqueros' tengan que seguir exprimiendo sus raquíticos presupuestos, sumergiendo así a sus propios pueblos en la miseria y sembrando la semilla del descontento y de la disolución social."¹³

La referencia a "los países con mayor independencia económica", abarcaba desde luego a los europeos, quienes en grado diverso habían entrado en moratoria a raíz del impacto combinado de la I Guerra y la Gran Depresión.¹⁴ Al mismo tiempo, como observa Marilyn E. Skiles en un artículo comparativo sobre las deudas latinoamericanas de los años treinta, la

magnitud del capital invertido en América Latina cuyos intereses dejaron de pagarse en aquellos años era relativamente pequeña (1.5 mil millones de dólares) si se compara con la deuda interna estadounidense en dificultades (cerca a los 8 mil millones de dólares)¹⁵. Ello no minimizaba, desde luego, el celo de los tenedores de bonos (ligado en su mayoría a los intereses bancarios) por obtener la tasa de retorno más elevada posible para sus inversiones.

Como era de esperar, la proposición de Puig no fue muy lejos, ante la oposición velada, de los Estados Unidos, y abierta, de la Argentina, por boca de su representante, el Doctor Carlos Saavedra Lamas, Ministro de Relaciones y responsable principal en la derrota de la propuesta mexicana. Puede acreditarse la habilidad diplomática del Secretario de Estado estadounidense alrededor de este asunto. Hull refiere en sus memorias su táctica de acercamiento a la delegación argentina para formar un frente común contra la iniciativa mexicana (y en general el juicio de legitimidad hacia la política del *New Deal*), a cambio de la firma por parte de los Estados Unidos del Tratado de Conciliación, No-agresión y Anti-Guerra, propuesto por Saavedra Lamas en Río de Janeiro en octubre de 1933. Este compromiso había sido cuidadosamente evitado por el anterior secretario de Estado, Henry Stimson, bajo el pretexto de no provocar conflictos con el Tratado de París de 1928, asociado al ex-Secretario Kellogg.¹⁶ Cordell Hull, en cambio, planteó la necesidad de la firma colectiva de 5 distintos instrumentos de paz existentes entonces, vinculándolos

con la necesidad de detener las hostilidades en El Chaco (ni Paraguay ni Bolivia eran signatarios de ninguno de estos pactos), procurando que el autor de la propuesta –y acreedor del aplauso general– fuese el propio Saavedra Lamas, cuyo "magnífico" ego era visible a cualquier observador atento.¹⁷ ¿El precio? Bastante modesto: detener la propuesta de moratoria de México y apoyar la resolución estadounidense sobre comercio (una simple declaración de buenas intenciones para la reducción de las tarifas arancelarias, postura que con terquedad había sustentado Hull en Londres).

El Secretario Hull inició su discurso de respuesta a la moción presentada por México con la sabia fórmula diplomática de halagar al contrincante político. "El hecho de que el Ministro de México y el que habla sean excelentes amigos personales acentúa la consideración, por mi parte, de cualquier proposición, que él haga." Inmediatamente después, no obstante, Hull pasó a liquidar el sentido práctico de una discusión sobre el tema de las deudas internacionales al señalar que



ni él ni su gobierno tenían autoridad para representar en la Conferencia ni a los acreedores ni a los deudores. Los Estados Unidos, entonces, se abstendrían de votar sobre el particular. Para suavizar el golpe que esto representaba a las aspiraciones del grupo de deudores encabezado por México, Hull se refirió a la simpatía del gobierno de Roosevelt hacia sus propios deudores internos en dificultades (simpatía que aparejaba el rechazo de los intereses bancarios), a quienes el gobierno procuraría asistir prontamente.¹⁸ Entonces pasó Hull a describir la única iniciativa que su gobierno consideraba pertinente frente al fenómeno en curso de incapacidad de pagos: la creación de una comisión de tenedores de bonos extranjeros, independiente, e integrada por "los hombres más honestos y más desinteresados que se ha podido encontrar en el país."¹⁹ Este es el origen del *Foreign Bondholder's Protective Council*, cuyo carácter independiente del gobierno norteamericano y de los financieros prominentes de dicho país es, cuando menos, sospechoso.²⁰ Esta respuesta, en verdad, era una manera simple de evadir toda responsabilidad gubernamental estadounidense, reduciendo el gigantesco problema del servicio de la deuda externa a un gesto de amistad hacia los deudores. Estados Unidos actuaba como un moderno Pilatos. El principio de "independencia" del Comité propuesto debe ser puesto en duda no solamente a la luz de su actuación práctica a partir de su constitución formal en 1934, sino desde el momento en que "los tenedores" no eran una parte desinteresada o aislada de los intereses bancarios.

La imagen de los pequeños tenedores diseminados entre un "público" neutral compuesto por miembros de las clases medias o incluso bajas es tan romántica como equivocada. En realidad, como años más tarde argumentaría el ministro de Hacienda de México Eduardo Suárez (en el arreglo definitivo alcanzado por México en la cuestión de su deuda con los Estados Unidos, hacia 1942), la mayoría de los tenedores de bonos que se mantuvieron en posesión de cantidades significativas de éstos hacia su liquidación o reorganización, fueron especuladores financieros, muchos de ellos bancarios, con intereses equivalentes a los de los comités de banqueros como el encabezado por Gran Bretaña en el siglo XIX. En general, la idea de grandes pérdidas de los tenedores de bonos latinoamericanos en los años treinta ha sido exagerada. En un estudio posterior de la CEPAL se señala:

...los bonos gubernamentales flotados por los países latinoamericanos entre 1920 y 1931, cuyo valor nominal fue de 1,935 millones de dólares en el momento de la emisión, valían solamente 491 millones a precios de mercado al final de 1935, sin embargo, los propietarios de dichos bonos habían recibido ya, para esa fecha, 1,386 millones de dólares en pagos de intereses y parte del capital, de modo que la pérdida neta era de alrededor de 58 millones únicamente.²¹

Es discutible el que este nivel de pérdidas fuese mayor al de otras inversiones alternativas para dichos capitales.

La idea de este Comité o Comisión "independiente" no era una improvi-



El Embajador Josephus Daniels dando un discurso

sación en el discurso de Hull. El secretario estadounidense la había discutido con varios grupos interesados, incluidas las autoridades británicas en Washington, el embajador Daniels y el propio Puig. En una conversación telefónica, el 4 de octubre de 1933, tras una explicación detallada de los planes del Departamento de Estado respecto de dicha Comisión, Daniels sugirió a Hull la posibilidad de la incorporación de personajes de las naciones deudoras en la organización propuesta, o por lo menos de llamar a algunos de los deudores para discutir la iniciativa, pero Hull se opuso a esa opción, y en especial a la sugerencia de incluir a alguien como Puig en el Comité. De hecho, en esa misma conversación Hull se quejaba "de nuestro amigo aquí", esto es, Puig. "No lo entendemos —señalaba Hull— él habla de ir brazo con brazo unido con nosotros y de pronto se sale del camino hablando de la Doctrina Monroe y añadiendo temas a la agenda (económica)."²² Por obra y arte —el arte sucio— de la diplomacia, Hull se convertía en "exce-

lente amigo" de Puig un par de meses más tarde.

Sin embargo, a estas alturas de la Conferencia y en parte a raíz del discurso "incendiario" de Puig el ambiente era claramente favorable a la posición mexicana de expandir el temario de la reunión y eventualmente formar un frente unido de los países deudores. Fue entonces cuando, en palabras de Hull, el Canciller argentino "salió al rescate".²³ Saavedra Lamas, cuya habilidad oratoria no desmerecía ante la de Puig, se opuso al tratamiento en bloque de una iniciativa de moratoria a la deuda externa, argumentando el carácter individual de la situación económica de cada país, e insistiendo, en un terreno puramente técnico-legal, en que los temas económicos estaban fuera de la agenda aprobada de la Conferencia. El tono mesurado de la intervención de Hull era apenas un anticipo de lo que Saavedra Lamas tenía que decir. El delegado argentino atacó lo que a su juicio era un intento de uniformización de las naciones deudoras, implicando que no todas —y mu-

cho menos México— habían defendido su crédito con toda "su capacidad de trabajo" y su "energía", pues "como todos sabemos" el crédito "se cuida y se resguarda", "como algo íntimo, como algo propio."²⁴ Con estas palabras, que parecen más propias de un padre preocupado por el resguardo de la virginidad de una hija adolescente antes del matrimonio en pleno siglo XIX, Saavedra Lamas rechazaba "proclamar una especie de quiebra continental" mediante una moratoria uniforme, y concluía la pertinencia de transferir la discusión a una subcomisión para que tratara más a fondo el asunto.

Así lo entendió en principio Puig, quien al responder a Saavedra Lamas dijo: "El señor Ministro de Argentina, que es un parlamentario tan viejo como sabio, debe estar convencido de que hace un discurso en lo particular"... no obstante, el... "no admitir siquiera la discusión de las deudas en una convención de veintiún países entre los cuáles sólo uno es acreedor sería... excesivo". Puig destacaba, pues, las características comunes entre los deudores, que probaban el carácter general del problema. El ministro mexicano se refirió también a la similitud de los debates de la Conferencia de Londres, donde por lo menos se había llegado al acuerdo de sustentar el principio de la "capacidad de pago" en la negociación de las deudas y criticó, bajo estas bases, la noción defendida por Saavedra Lamas de "la exquisita sensibilidad moral del crédito."²⁵

Por su parte, el delegado argentino no se inmutó e insistió en la "infinita variedad de circunstancias y condiciones" en cada país, y de condiciones, insistía Saavedra Lamas, "que sería...

un poco atrevido que pretendiera entrar a investigar, porque son cuestiones que se mueven en la órbita propia de cada soberanía"... y seguía incansable: "ninguna nación entrega a arbitraje sus intereses vitales"... "en estas Conferencias no se debaten cuestiones de política superior de los Estados, como son las finanzas, los empréstitos internos, etcétera". No faltaban fórmulas verbales para oponerse a la discusión de la viabilidad de una moratoria común y concertada. El golpe de gracia lo consiguió Saavedra Lamas al remarcar su proposición con estas palabras de retórica:

el homenaje que le queremos tributar —a la delegación mexicana— sería no aceptar esa proposición..., sino proponer que una subcomisión designada en este cuerpo...se avocara a la discusión del asunto, y para que no obedeciera en ningún sentido a propósitos de obstrucción, ni nada que no pueda ser generoso y caballeresco [sic], en una próxima reunión nos traería esa subcomisión un informe sobre las modificaciones a introducir en las propuestas hechas por el señor delegado de México.²⁶

Más adelante se pronunciaron otros delegados. Franco de Mello, de Brasil, reiteró sin mayores florituras, los argumentos de Saavedra Lamas. No por casualidad, Brasil se encontraba en proceso de alcanzar un acuerdo con sus acreedores en negociaciones bilaterales. En cambio, Giraudy, el delegado cubano, apoyó a México con la autoridad de un país que iba "al corriente" en sus pagos internacionales. Giraudy usaba palabras fuertes: "se trastoca el crédito cuando los pueblos no pueden

pagar, tienen que arrancarse las entrañas y entregárselas a los acreedores."²⁷

El tono recogía el ambiente revolucionario cubano y el sabor de rechazo al intervencionismo extranjero, que más adelante habría de discutirse. Ello no impidió que la mayoría de los delegados resolviera transferir la discusión sobre las deudas, primero a una subcomisión y finalmente a una nueva conferencia panamericana convocada con motivos económicos por una "Alta Comisión Financiera Panamericana", a celebrarse en Santiago a la brevedad posible. La mancuerna Saavedra-Hull cumplió su cometido. La conferencia propuesta nunca llegaría a realizarse. El diario *Noticias Gráficas*, de Montevideo, recogió atinadamente la situación: "Las esperanzas de México de tratar en la Conferencia los asuntos de las deudas fueron detenidas."

Frente a este resultado en apariencia indiscutible sobre el fracaso de la iniciativa mexicana, la pregunta que continuaba pendiente era el triunfalismo mutuo de los dos proponentes principales del debate, México y los Estados Unidos. En realidad el lado estadounidense estaba claro, no en bal-

El Dr. Puig Cassauranc



de Cordell Hull telegrafiaba al presidente Roosevelt, el día de Navidad, en vísperas del fin de la Conferencia, "que la delegación norteamericana había triunfado en todos sus planes y había trabajado como un equipo en todo momento".²⁸

A su llegada a los Estados Unidos, en un desayuno ofrecido en su honor por *The National Press Club*, Hull reiteró su triunfalismo. Según él, la Conferencia marcaba "el inicio de una nueva era en este hemisferio." Montevideo había generado "un sabio ejemplo de iniciativa, con un programa genuinamente constructivo", frente a las desorganizadas y pobres en espíritu fuerzas de la paz, y el orden económico y social del otro lado del océano. "Un nuevo espíritu inspirado en la política del buen vecino había nacido en Montevideo", entre las 21 delegaciones "patrióticas", "cristianas" y "humanitarias".²⁹

El triunfalismo en el lado mexicano, en cambio, parecía del todo fuera de lugar. No obstante, Puig se mostraba muy conforme con el plan de una conferencia sobre temas económicos allá en un futuro incierto y parecía conformarse con los aplausos y los reconocimientos platónicos, del tipo del

proveniente del señor Pastor Benítez, de Paraguay: "La Conferencia Panamericana, dijo, tiene un vigoroso apóstol en un hombre moderno, de expansivo espíritu, de inteligencia brillante, de fecundidad extraordinaria, como el doctor Puig ..."³⁰ ¿Era entonces Puig un derrotado con guirnalda sobre la frente? ¿Cuál era el gato encerrado?

El telegrama o los motivos nacionales de México

Una explicación puede deducirse a partir de un telegrama enviado por el presidente Abelardo L. Rodríguez al General Calles, el 15 de diciembre, cuyo contenido básico es el siguiente:

Puig señala que Hull se ha inspirado francamente en la actitud de México en la materia (las relaciones económicas internacionales) ... Felicito a usted (Calles) y ruegole hágalo Secretario de Hacienda por su amplia visión... [Luego se lee] Aunque no llegase resolución más concreta general, que aún esperamos, créolo por declaración constituye verdadero éxito México.³¹

En este telegrama se plantean sintéticamente tres problemas que pueden ayudar a entender la aprobación de los resultados de Montevideo por parte de la delegación mexicana:

El punto más evidente es que México no aspiraba a una solución concreta sobre los problemas económicos de los países de América Latina, y mucho menos el de las deudas externas. El manejo de la amenaza de moratoria general tenía una función propagandística o acaso pedagógica, pero no se pensaba seriamente en su instrumentación. Saavedra Lamas tenía razón al plantear la falta de autoridad de la que padecía México al llamar a la suspensión de pagos cuando en realidad México había dejado de hacerlo entre 1914 y 1922, debido a la Revolución, lo que matiza toda la política posterior; y de nuevo en las diferentes ocasiones en que se llegó a acuerdos entre los acreedores extranjeros y los gobiernos de la élite sonoreense. Las gestiones del Comité Internacional de Banqueros sobre México, muy activo durante estos años, no habían llegado a concretarse debido al desencadenamiento de la crisis del comercio exterior mexicano de 1930 a 1933.³² El sentimiento nacionalista puesto en alto por todas las facciones de la Revolución, hacía muy difícil el tratamiento de las deudas en el plano "estrictamente económico", como hubiesen querido los acreedores. La economía se había politizado al extremo, y el manejo de la diplomacia mexicana —la diplomacia de la deuda— era una expresión de ello.

El segundo elemento a destacar es la interpretación de los gestos diplomáticos, más allá del protocolo tradi-

Plutarco Elías Calles



cional, de Hull (quien sistemáticamente hacía referencia en tono laudatorio a los juicios de Puig, mientras este hacía lo propio con los de Hull cuando llegaba el turno de contestar a las observaciones) como un resultado positivo, casi tangible, de la Conferencia. Charles A. Thompson, escribiendo seis meses más tarde para la revista oficialista *Foreign Policy Reports* en un artículo de balance sobre Montevideo concluía:

No es uno de los logros menores de la conferencia el grado sorprendente de genuinos buenos sentimientos que caracterizó a las sesiones. La actitud cordial de los representantes latinoamericanos hacia los Estados Unidos ofreció un marcado contraste a la hostilidad desplegada en las dos conferencias previas en Santiago de Chile y la Habana. Particularmente notables fueron los francos y no obstante amistosos juicios del Dr. Puig Casauranc de México...³³

Esto nos lleva a insistir en que la verdadera intención de la iniciativa mexicana en Montevideo no era otra que el acercamiento con los Estados Unidos para la mejor negociación bilateral de los asuntos económicos de ambos países, política que, por lo demás, había sido iniciada varios años atrás en un esfuerzo por lograr mayor estabilidad en el desarrollo económico de México.³⁴

Es curioso que la evaluación realizada por el suplemento de la Enciclopedia Ilustrada Espasa-Calpe, citado por Puig en sus *Memorias*, contraríe casi exactamente nuestra interpretación al señalar: "México asistió a la 7a. Conferencia (Panamericana) con el propósi-



to firmístico [sic] de señalar rumbos y contribuir con su esfuerzo a la consecución de realidades palpables, *no sólo para él, sino para todos los países que acudieron a Montevideo*".³⁵ Nuestra hipótesis procura ir más allá de la apariencia de las relaciones diplomáticas y se sustenta en la tendencia de las relaciones económicas entre México y Estados Unidos, que fueron violentadas profundamente por la Revolución del 10, que ahuyentó capitales, por una parte, y la orientación hacia una mayor diversificación y crecimiento en la inversión extranjera por parte de los Estados Unidos hacia el resto de América Latina, por la otra parte. Pero este había sido un divorcio forzado. La recuperación de la estabilidad económica mexicana, después de la etapa armada de la Revolución, estaba en el interés de ambas partes, la mexicana y la estadounidense, en el largo plazo.

Los intereses económicos de norteamericanos en México en la primera

década del siglo veinte no eran de una magnitud despreciable, y no se redujeron drásticamente ni siquiera bajo la influencia negativa de la Revolución. Max Winkler calcula en 800 millones de dólares la inversión directa de los Estados Unidos en México hacia 1913. Esta cantidad representaba el 64 por ciento del total de la inversión estadounidense en toda América Latina. Cuba, que aparece en segundo lugar en aquel año, atrajo apenas el 17.7 por ciento de dicha inversión. No obstante, hacia 1929 el panorama había cambiado sustancialmente, México, a pesar de haber atraído una inversión mayor en términos absolutos, de 1550 millones de dólares, cerca del doble de la de 1913, en términos relativos sólo representó el 27.7 por ciento de la inversión regional, casi exactamente al mismo nivel que Cuba, que registró un 27.3 por ciento del monto total según esta fuente.³⁶

Entre tanto, los países del cono sur considerados como subregión, pasaron de atraer el 14 por ciento de la inversión estadounidense, al 41 por ciento del periodo considerado, encabezados por Argentina, Chile y Brasil. Sin duda había ocurrido un cambio extraordinario en la estructura e importancia de la inversión de los Estados Unidos en América Latina. En este cambio México dejó de representar al principal socio comercial en la región y, hasta cierto punto, se invirtieron los términos: ya no solamente los capitales extranjeros necesitaban a México, sino que México necesitaba vitalmente a los capitales extranjeros.

Este era el tono de las declaraciones públicas de Calles previas a la llegada de Morrow al país, al final de 1929:

En México existe la tendencia pronunciada de favorecer el individualismo, y este individualismo podrá satisfacerse solamente permaneciendo dentro de los límites marcados por el llamado sistema capitalista de hoy. Y por eso el gobierno pondrá todo de su parte para proteger los intereses de los capitalistas extranjeros que inviertan en México.³⁷

De acuerdo a su oportunismo tradicional, el líder sindical Morones, al frente de la CROM y del Ministerio del Trabajo, repetía en la navidad de 1927, el mismo mensaje: "No somos enemigos del capital, sino sus colaboradores."³⁸ Cualquier concesión ideológica era permisible con tal de asegurar al menos la neutralidad benevolente de los EU.

Cabe precisar que la reducción relativa de la importancia de la inversión norteamericana en México hacia 1929 (cuyo flujo siguió decayendo hasta mediados de los años cuarenta) era una cuestión gradual, y no estamos ante la presencia de una fuga masiva de capitales, como sugeriría una visión superficial de los hechos.³⁹ Lo que sí se nota es un crecimiento menos veloz que el del resto de América Latina y en ello intervienen tanto factores de índole política, como las propias condiciones económicas del país. Es interesante observar que una parte considerable de la correspondencia de los puestos consulares estadounidenses en ciudades mexicanas durante los años veinte y principios de los treinta (ciudades donde, naturalmente, existían intereses económicos establecidos, como Tampico, Saltillo, Veracruz, Guadalajara), consiste en buena medida en la aclaración de las opciones de

mercado para una diversidad de productos estadounidenses, desde automóviles y radios, hasta maquinaria agrícola y copias al carbón.

En medio de la crisis, los manufactureros norteamericanos, procuraban ansiosos información de sus consulados en ciudades del interior de México —más parecidos a oficinas comerciales—, para expandir sus mercados, aunque no siempre con mucha suerte, como el caso del jefe del Departamento de Ventas de Willys Export Corporation, con base en Toledo, Ohio, el Sr. D.A. Le Blanc, quien ante una información más bien negativa de las condiciones del mercado de automóviles en Tampico, en enero de 1933, contestó al cónsul C.E. Macy: "Nosotros creemos que con tener al menos un coche nuestro en su territorio, ello crearía inmediatamente otros prospectos que podrían venderse al contado", y luego ofrecía los precios de barata de 475 dólares por un "Willys 77 Custom Sedán", que podría embarcarse desde Nueva York hasta Tampico.⁴⁰ De estos asuntos se encuentran carpetas enteras en los archivos. A México

le interesaba que el clima de los negocios se restableciera. Y a los empresarios estadounidenses también.

Otro apoyo, si bien indirecto, a esta interpretación, es el estado de acercamiento incluso personal entre el embajador Daniels y el Doctor Puig en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores. Desde la llegada de Daniels al país, en abril de 1933, las relaciones entre los dos funcionarios habían sido en extremo cordiales. El 24 de junio del mismo año, Daniels contestaba una carta de amistad del secretario mexicano en los siguientes términos:

Desde nuestro primer encuentro he sentido que éramos camaradas en la guerra común por la igualdad y por los derechos del hombre. Su carta confirma mi primera impresión de unidad en espíritu y en los esfuerzos de una vida entera [...].

¿Cree usted en la telepatía? Eso me parecía cuando daba usted consejo a los jóvenes del Colegio Marshall....⁴¹

La prueba más contundente de los avances logrados en el tratamiento de

Plutarco Elías Calles y el Dr. Puig Cassauranc



los problemas comunes (más allá de la atracción "telepática" de los dos gobiernos o la frustración formal de la agenda mexicana en Montevideo), fue la firma en abril de 1934, precisamente con el primer aniversario de la llegada de Daniels a México y apenas unos meses después del final de la Conferencia Panamericana, de un Convenio que daba solución negociada a los reclamos de ambos países bajo un esquema de reordenación en bloque de las deudas contraídas por diferentes grupos privados antes, durante y después de la Revolución Mexicana. Daniels había presionado para que las autoridades del Departamento de Estado de Estados Unidos aprobaran un acuerdo en principio elaborado penosamente por comisiones de los dos gobiernos. Las reclamaciones de los Estados Unidos eran, desde luego, más cuantiosas, aproximadamente el doble que las de México, pero en ambos casos se encontraba una buena dosis de exageración.

Por ejemplo, en una conversación con el Director del Consejo de Relaciones del Senado de EU, Key Pittman, Daniels insistía en el absurdo de algunas reclamaciones. Pittman recordaba el caso de un norteamericano que solicitaba 300 mil dólares en reparaciones, pero que en privado señalaba que se conformaría con 30 mil. Con razón, Daniels sugería a Pittman si no creía que dicho individuo aceptaría 3 mil en efectivo. Riendo, Pittman admitió que creía que sí.⁴² Adoptando el principio puesto en práctica en Europa con las reclamaciones de índole semejante, se aplicó una tasa del 2.65 por ciento de las exigencias globales norteamericanas, con lo que el 24 de



abril de 1934, Puig y Daniels pudieron congratularse mutuamente del triunfo alcanzado con la firma del Convenio de Reclamaciones Especiales y el protocolo que cubría el resto de las reclamaciones generales entre los dos países.⁴³

Finalmente, la felicitación explícita hacia Calles por parte del Presidente Rodríguez, contenida en el telegrama citado, indica sin lugar a dudas la autoría del conjunto de la iniciativa mexicana: el "Jefe Máximo". De hecho, las buenas relaciones establecidas entre Puig y Daniels eran, hasta cierto punto, una extensión de los gestos de acercamiento entre Daniels (y con anterioridad Morrow, quién "rompió el hielo") y el propio Calles. El proyecto político de la "dinastía sonorenses" desde los tiempos del General Obregón como estrategia del carrancismo y luego desde la presidencia, habían ubicado el problema del reconocimiento diplomático estadounidense como un paso fundamental hacia la consolidación del Estado mexicano posrevolucionario. El olfato político de Calles había contribuido grandemen-

te en este proceso.⁴⁴ Su contacto personal con el embajador Morrow (y la solución mediada del alzamiento cristero, así como el aplastamiento de la rebelión del General Escobar con el apoyo implícito de los estadounidenses) parecía haber allanado el camino hacia unas mejores relaciones entre los dos países.⁴⁵ No era pues sorprendente que Calles mantuviera una relación cordial con el afable nuevo embajador. Bajo esta perspectiva, la de la conveniencia mutua hacia el acercamiento económico y político de los dos gobiernos, el balance positivo de la delegación mexicana en Montevideo pierde mucho de su misterio.

Las dos cuartillas y media de puño y letra del general Calles, que dan origen a la iniciativa mexicana en Montevideo, se pueden encontrar en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores en la ciudad de México, y fueron recogidas a la cabeza de la extensa Memoria preparada por Puig antes de su salida de dicha Secretaría.⁴⁶ Una demostración de la influencia de la estrategia planeada por Calles es la abundancia e incluso la profundidad técnica de los estudios encargados para dar soporte a la iniciativa. Esta capacidad de trabajo de la diplomacia mexicana era uno de los frutos del proceso de consolidación de una nueva generación de intelectuales revolucionarios en el aparato estatal, que había ocupado ya, efectivamente, los huecos de los "científicos" porfiristas en ramas como educación, agricultura o finanzas. Se trataba de intelectuales-políticos, como Daniel Cosío Villegas, Gonzalo N. Robles, Eduardo Villaseñor o Marte R. Gómez que, como Puig, procuraban ofrecer una cobertura

ideológica a los cambios prácticos planteados por la Revolución.

Es particularmente impresionante, en Montevideo, el número de estudios relacionados con la cuestión de la plata, que sustentaban técnicamente la propuesta mexicana de un sistema monetario internacional basado en el bimetalismo. La racionalidad de semejante propuesta era, simple y llanamente, el carácter de México como uno de los grandes productores internacionales del metal blanco, que habían sido duramente golpeados con la baja del precio internacional de dicho metal. Con ello, el sistema monetario nacional sufría de un efecto dual. Un efecto benéfico, al reducir el valor del contenido unitario de la moneda de plata, lo que elevaba indirectamente las ganancias de mayorazgo del emisor, en este caso el gobierno mexicano, y un efecto negativo, al reducir los ingresos de los exportadores de plata. La recuperación de los precios del metal precioso, en parte debida a la decisión de los Estados Unidos de sostener el precio de la plata con compras masivas para su reserva monetaria en 1934, fue bienvenida por dichos productores, mientras que el posible efecto monetario negativo derivado de esta situación, se mantuvo controlado gracias a la creciente aceptación de los billetes de banco emitidos por el flamante Banco de México.⁴⁷ La cuestión del bimetalismo era, por supuesto, una iniciativa con menos posibilidades de consenso aún que la de la moratoria a las deudas de la región, pero su presentación por parte de la delegación mexicana tenía una motivación semejante: fijar un principio colectivo y tratar de aprovechar el efecto gene-



Embajador Daniels en México

ral en privado, en este caso, la compra del metal blanco por los estadounidenses, lo que en efecto ocurrió.

Dado el carácter político del conjunto de la iniciativa callista, el caudillo tenía razones para sentirse satisfecho, y en un discurso relativo a las gestiones para proseguir con la construcción de lo que ahora conocemos como el "Monumento a la Revolución" (y donde se enterrarían sus restos, por cierto), Calles hizo una amplia exposición sobre la situación económica internacional y la de México, en la que señaló que se encontraba "rebosante de optimismo".⁴⁸ Sobre la Conferencia de Montevideo, Calles dijo, eludiendo el punto específico de la moratoria a las deudas:

La delegación que representa a los Estados Unidos ha trabajado en estrecha armonía con las demás repúblicas americanas [...] Espero que hayamos dado a entender claramente a nuestros vecinos que deseamos, juntamente con ellos, evitar en lo futuro la expansión territorial y la intervención de un país, a expensas de los saldos pasivos mercantiles de los otros países.

Te lo digo Juan, para que lo entiendas Pedro. México quería la paz con EU.

Nada parecía imposible, en todo caso, para el General Calles, el hombre fuerte, sobre quien el habla popular hizo el siguiente verso: "En el hablar eres parco, Plutarco; al hablar va con los guías, Elías; la borra donde la rayes, Calles; en los montes y en los valles, a la reacción atornilla, es muy hombre 'el cabecilla'".⁴⁹

El telegrama de Puig ha dejado de ser un enigma. Ahora bien, ¿existía una buena razón para el enfrentamiento entre Argentina y México?

México y Argentina: ¿La oveja negra y la oveja blanca?

No es difícil perderse en el mar de palabras propio de las relaciones diplomáticas entre Estados. Es verdad que los motivos personales y las habilidades específicas de ciertos individuos tienen un peso significativo en la determinación de las políticas estatales, pero lo cierto es que las condiciones económicas estructurales ofrecen comúnmente las mejores explicaciones a paradojas y comportamientos que de otra manera parecerían absurdos. El caso de la oposición entre México y Argentina en Montevideo, a través de los discursos encontrados de un Puig y un Saavedra Lamas, es ilustrativo de una divergencia con raíces económicas, oposición más sencilla de entender que la sólo aparente entre México y los Estados Unidos. La diferencia más notable entre México y Argentina, y su actitud hacia la deuda, se encuentra principalmente en sus divergentes

antecedentes económicos y financieros, y no en la personalidad de los dos diplomáticos.

Con referencia a la deuda externa, México era probablemente la "oveja negra" con peores antecedentes como deudor moroso en el subcontinente. La deuda externa mexicana se transformó en un problema económico y político prácticamente desde su nacimiento, tras la conquista de la independencia de España y el contrato de deuda con nuestros primeros acreedores, los ingleses. La insolvencia fue una característica permanente de los gobiernos, conservadores o liberales, indistintamente, durante la primera mitad del siglo XIX. Basados en sus ambiciones anexionistas, los Estados Unidos, antes de la Guerra de 1847, idearon mecanismos de deuda pública como posible alternativa para la compra forzada de territorio mexicano. La primera moratoria masiva, implementada por Juárez, condujo a la intervención extranjera y constituyó el pretexto para la imposición del imperio espurio de Maximiliano de Habsburgo. La rehabilitación del crédito externo alcanzada con el Porfiriato duró poco tiempo, siendo interrumpida violentamente con la Revolución de 1910-20, el antecedente político fundamental para México en Montevideo. Finalmente, los esfuerzos por recuperar la confianza de los acreedores externos durante los años veinte, tropezaron con el rápido deterioro de las cuentas con el exterior, en que cayó México, como producto de la reorientación de las inversiones norteamericanas en petróleo, que redujeron radicalmente la disposición de impuestos de exportación en manos del go-

bierno, primero, y la Gran Depresión, después. Salvo depósitos menores, que sólo llegaron a cobrarse parcialmente por los acreedores, México permaneció en cesantía de pagos desde 1913.⁵⁰

La historia crediticia de la Argentina, aunque no dejaba de tener varios espacios oscuros, sobre todo a fines del siglo XIX⁵¹, iniciada a fines de los veinte, se había distinguido como la "oveja blanca" de Latinoamérica. En una conversación con el presidente Roosevelt en la que intentaba promover las relaciones comerciales con Argentina, el banquero neoyorquino James H. Drumm insistía, el 15 de agosto de 1933, como un argumento principal a favor de Argentina, el hecho de que a pesar de grandes sacrificios había continuado el pago puntual del servicio de la deuda externa. "El presidente Justo está muy deseoso de seguir cumpliendo cabalmente con los compromisos externos para así preservar el prestigio del crédito argentino", señaló Drumm.⁵² Bajo esta noción de asociar prestigio crediticio e independencia, en julio de 1947, ayudado por el auge del comercio exterior argentino inmediatamente posterior a la Segunda Guerra, Perón liquidó la deuda

externa argentina en su totalidad e hizo un discurso sobre la "Declaración de Independencia Económica"⁵³, cuyos principios pueden calificarse de dudosos.

Peter Alhadeff ha mostrado una de las razones "escondidas" del comportamiento argentino respecto a la deuda externa en los treinta: la participación del crédito doméstico en la deuda pública. Usando cifras de las Naciones Unidas, Alhadeff calculó que la participación del crédito doméstico en el total de la deuda pública pasó del 52 por ciento en 1929 al 60 por ciento hacia 1937, un porcentaje que volvía al gobierno argentino altamente dependiente de las decisiones de este sector.⁵⁴

En contraste, en México los acreedores internos no representaban más de una quinta parte de la deuda pública y, no obstante, el gobierno tendía a privilegiar estos pagos frente a rubros de urgencia inmediata, como salarios vencidos o pago a proveedores. Es difícil exagerar la importancia de ganar la "confianza empresarial para la estabilidad económica de un país".⁵⁴ De hecho —escribe Alhadeff— el servicio continuado de la deuda pública en los



treinta parece haber sido más un asunto de defensa del interés nacional en la economía que una recompensa a los tenedores de bonos extranjeros.⁵⁵

En el caso argentino no parece haber habido gran oposición entre los acreedores, independientemente de la nacionalidad. Los tenedores de bonos extranjeros en Argentina recibieron 615.54 millones de dólares en el periodo 1920-31, frente a sólo 240.27 recolectados en Brasil y 45.03 en Perú. Si se consideran las cantidades invertidas por los acreedores en dichos países durante el periodo, Brasil y Perú enfrentaron balances negativos, en cambio, sólo fueron positivos (por 178.78 millones) en Argentina.⁵⁶ Así, la motivación interna estaba íntimamente ligada a la necesidad de mantener los vínculos externos de Argentina con Inglaterra, crucial para sus exportaciones, y los Estados Unidos, cuya participación en las importaciones era creciente. El carácter "abierto" de la economía argentina (y sus problemas, cuando la mayoría de los socios comerciales tienden a "cerrarse") ha sido enfatizado convincentemente por O'Connell.⁵⁷

Los lazos económicos con el exterior eran, pues, un punto de oposición entre México y Argentina.

México, por razones históricas y geográficas, tenía en los Estados Unidos a su inevitable socio comercial mayoritario. El gigante económico del norte había crecido junto a y en buena medida, también, a expensas de México. México y el Caribe fueron el espacio "natural" de expansión del capital estadounidense. La inversión directa norteamericana en México había crecido de 200 a 709 millones de dólares anuales entre 1897 y 1929.⁵⁸ Sólo después de la Primera Guerra Mundial, la inversión de capitales norteamericanos se expandió rápidamente hacia Europa y otros espacios nacionales en Sudamérica. Históricamente, la participación de los Estados Unidos en el comercio exterior mexicano ha sido abrumadora, inclusive hasta el presente (76 por ciento de las exportaciones en 1910, 51 por ciento en 1934, 89 por ciento en 1940, 65 por ciento en 1980).⁵⁹ La Depresión contrajo radicalmente el volumen de las exportaciones (293.7 millones de pesos en 1910,

855 millones en 1920, 390.9 en 1925 180.9 en 1932, su punto más bajo, y 669 millones en 1940.).⁶⁰

Estas cifras ilustran dos aspectos específicos de la historia económica del periodo para México. Primero, la Revolución había mantenido al país relativamente aislado del exterior, excepción hecha de las economías de enclave, en manos de extranjeros, que experimentaron un gran *boom* el inicio de los años veinte.⁶¹ Segundo, la brusca contracción del comercio exterior afectaba entonces en forma sesgada a este sector exportador, y ello estuvo presente desde, por lo menos, 1926, esto es, la Depresión en México "comenzó temprano". Es notable que aún en 1940 no se hubiese alcanzado el nivel de las exportaciones de 1925. El "corazón" agrícola del país, la producción maicera, no comercial, se veía envuelto en sus propios problemas, pero no inmediatamente afectado por la Depresión.⁶² Ello no quiere decir que debamos coincidir con la visión tradicional de un impacto moderado y superficial de la Gran Depresión en el país. Un análisis que se centre en las ramas industriales y regiones más afectadas (como los puertos y la frontera norte) revelaría la imagen opuesta. Más aún, los cambios estructurales en la orientación económica y en la organización del Estado serían probablemente incomprensibles si se abstrae el impacto de la Depresión en México. No obstante, el punto a destacar aquí es que el peso del sector externo en la economía mexicana, aunque importante, no era crucial, como en Argentina. La diferencia estructural —insistimos— estaba asociada a las secuelas de la Revolución Mexicana. Esta produjo un efecto

Pintura de Diego Rivera



de invernadero involuntario, mismo que reforzaría, por cierto, la ideología de la industrialización basada en el mercado interno.

Por otra parte, las modalidades de la dependencia en el sector externo –su conexión asimétrica con Inglaterra y los Estados Unidos, los dos poderes hegemónicos en la región– eran también diferentes en los dos países latinoamericanos. Aquí el caso especial es el de Argentina, donde se constituyó a principios del siglo XX una curiosa combinación triangular entre Argentina, por una parte, y los Estados Unidos y Gran Bretaña, por la otra, en la que vale la pena detenerse. Mario Rapoport, entre otros, ha estudiado con detalle esta relación triangular, insistiendo en que no únicamente se trataba de una vía de compensación de los déficits mutuos, sino la expresión de "un cambio de esferas de influencia" de los dos participantes imperiales.⁶³ Desde el punto de vista contable, Argentina, que tenía un superávit comercial con Inglaterra, lo compensaba con déficit en su balanza comercial con los Estados Unidos. Las proporciones correspondían casi exactamente. En 1929, el superávit con Inglaterra fue de 352 millones de pesos oro y el déficit con los Estados Unidos de 367 millones.⁶⁴ Inglaterra, por su parte, compensaba su déficit con Argentina mediante pagos de intereses y otros cobros de capitales ingleses en el país sudamericano.⁶⁵ En el caso de los Estados Unidos, éstos compensaban su superávit, reinvirtiéndolo en proporciones crecientes, en Argentina y otros países.

Hasta aquí la historia no parecía ofrecer mayores dificultades. Los desequilibrios se compensaban mutua-

mente. Sin embargo, hacia finales de los veinte los balances del comercio exterior globales y entre sí, de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, no tendían a corregirse sino a aumentar su desequilibrio, los británicos sufriendo de déficits crónicos y los Estados Unidos de superávits. Las estadísticas del Departamento de Comercio de los Estados Unidos muestran esto con bastante claridad. En 1929 los Estados Unidos exportaron a Inglaterra 848.0 millones de dólares en mercancías e importaron sólo 329.7 millones. Si se toma el promedio de las exportaciones norteamericanas a Inglaterra antes de la Primera Guerra (1910-14) y se



General Lázaro Cárdenas y Tío Sam

comparan con 1929, éstas habían crecido en un 50 por ciento, mientras que las exportaciones inglesas a Estados Unidos durante ese lapso sólo habían crecido un 20 por ciento.⁶⁶ La aplicación de una política mutuamente proteccionista entre los dos países centrales durante la Gran Depresión redujo drásticamente su comercio bilateral hasta la Segunda Guerra cuando, de nueva cuenta, las exportacio-

nes (y los préstamos) estadounidenses fluyeron hacia Gran Bretaña, pero no así las exportaciones de retorno de los ingleses, que en 1940 representaron apenas un 15 por ciento de las estadounidenses.⁶⁷ Se estaba produciendo pues, durante los veinte y treinta, un cambio estructural en la hegemonía del comercio internacional en favor de los Estados Unidos.⁶⁸

Este es el aspecto estructural que destaca Rapoport, quien abunda en cómo este proceso de desplazamiento del capital inglés por el norteamericano quedaba expresado en la nueva forma física de los capitales (las nuevas industrias y en general la estructura productiva adopta los moldes tecnológicos traídos por la inversión, incluso la forma financiera, al colocarse cada vez más títulos en "el área del dólar" (por oposición a Londres).⁶⁹ Esto no implicaba de manera inmediata la rendición de los británicos, quienes tenían particular interés en conservar su influencia en Argentina, como lo indica la firma del célebre tratado Roca-Runciman (mayo de 1933)⁷⁰ y la presión para el pago puntual de la deuda externa de la Argentina.⁷¹ No obstante, sí indica una tendencia de largo alcance. Esta situación forzaría un desajuste a futuro, pues mientras que históricamente el comercio entre Argentina e Inglaterra era complementario; la relación con los Estados Unidos (exportador agrícola, además de industrial) era entre economías competitivas entre sí.⁷² De ahí el lema de los ganaderos y agricultores argentinos: "comprar a quien nos compre". Keynes había apuntado el desequilibrio implícito en la estrategia de exportaciones e inversión extranjera de los Estados Unidos a

diferencia de la experiencia inglesa en el siglo XIX.⁷³ Ningún país puede ser exportador neto *ad infinitum*. Este tipo de diferencias estructurales de la composición de las materias de exportación se opondría, en el largo plazo, a una alianza duradera entre Argentina y los Estados Unidos. Montevideo fue para ambos una coyuntura. El verdadero aliado estratégico de los Estados Unidos era México, no Argentina; era Puig y no Saavedra Lamas.

Pasemos ahora a una revisión somera de la situación prevaleciente en el sector externo de México y Argentina. En su clásica colección de ensayos sobre la historia económica argentina⁷⁴, Díaz Alejandro ha insistido en el carácter crucial del sector externo para comprender a Argentina en el período previo a 1930, así como la transformación estructural que dicho sector sufrió como consecuencia de la Gran Depresión. Sólo como vía de comparación, el sector externo en Argentina representaba en 1929 alrededor de una tercera parte del producto nacional, mientras que en México se situaba —por las razones apuntadas— debajo de un 20 por ciento. Pero más allá del peso meramente cuantitativo, la extensión de vínculos hacia la economía interna era mucho más extendida en Argentina, donde la élite terrateniente oligárquica controlaba lo fundamental de la producción agrícola, la producción de carne para exportación y, en general, la política económica del país. En cambio en México, la mayor parte del sector externo era controlado por inversiones extranjeras. Como producto de la Revolución, el gobierno mexicano, por su parte, guardaba un grado considerable de independencia frente a ambos, el ca-



General Lázaro Cárdenas y el Embajador Daniels

pital extranjero y la clase terrateniente (ésta última duramente golpeada en lo político y en ciertas regiones también en lo económico), autonomía que ejercía, entre otros, precisamente en el terreno de la diplomacia.

En cuanto a la composición de las exportaciones del país, ambos estaban sujetos a la "ruleta" de las materias primas y, en cierto modo, ambos habían salido bien librados. En el caso de México, en 1930, el comercio exterior generaba el cuarenta por ciento de los ingresos fiscales, y tres cuartas partes de las exportaciones totales estaban constituidas por petróleo (13.1%), cobre (15.1%), plata (15%), plomo (14%), zinc (10.3%), y café (6.6%)⁷⁵. Hay que hacer notar el bajo peso de las exportaciones petroleras de aquel año (las mismas habían llegado a representar el 54% del total de exportaciones en 1922) y, por otro lado, el predominio abrumador —aunque diversificado— de las exportaciones de minerales. El peso de la agricultura, en

cambio, es predominante en Argentina, la cual entre 1925-29 exportaba trigo (22%), maíz (18.5%), lino (12.2%) y, solamente después, productos ligados a la ganadería: carne vacuna (7.5%), cueros y pieles (8.1%), y lana (8.2%). Es notable que independientemente de su bajo peso en las exportaciones totales, los intereses económicos de los ganaderos exportadores, los "barones de la carne", prevaleciesen en el espectro político argentino, como factor definitorio de la política económica nacional.

En lo que toca a la "buena suerte" aplicada a los precios de las diferentes mercancías de exportación, la evolución de los términos de intercambio (la razón precios de exportación a precios de importación) en ambos países muestra una recuperación relativamente rápida de la capacidad de importar (el producto del volumen de exportaciones multiplicado por los términos de intercambio), que en ambos países describen una "u" entre 1929 y

1937, cuando una nueva caída en el comercio internacional corta por unos años la recuperación en curso. Esta evolución favorable es producto de una elevación más rápida de los precios de las exportaciones en relación al de las importaciones (durante los años señalados). Un caso especialmente favorable para la Argentina fue el del trigo, cuyos precios en el año 1936-37 fueron en promedio 80 por ciento más altos que los del año 1933-34, y alcanzaron el mismo nivel de 1928-29, todo ello como producto de una prolongada sequía mundial que abarcó cuatro cosechas.⁷⁶ Sin embargo, la mayor dependencia de Argentina respecto de su comercio exterior, se expresó en una recuperación más lenta de la Gran Depresión. Si hacemos que el nivel del PIB de 1929 sea igual a 100 para Argentina y México, hacia 1940 dicho índice era de 114 para Argentina y 142 para México, en el final del exitoso sexenio cardenista.⁷⁷

Una comparación pormenorizada de la historia política de México y Argentina entre los años de entreguerras y el presente está fuera de lugar para las intenciones de este ensayo. Baste señalar que los términos "oveja negra" y "oveja blanca", desde el punto de vista de los intereses nacionales, probablemente se invertirían (aunque seguirían conservando las comillas). México, tras su Revolución, aparecía como el adalid de la defensa de los intereses nacionales frente al imperialismo y ciertamente, en la práctica, había implementado algunas de las medidas más radicales contra la propiedad de extranjeros, sobre todo en las grandes extensiones agrícolas y en el caso especial del petróleo. Ideológicamente

se profesaba un "nacionalismo revolucionario" (cuyas manifestaciones están plasmadas típicamente en los discursos de Puig) y la Constitución de 1917 establecía sin lugar a dudas la primacía del "interés público" sobre el privado, mientras que Argentina atravesó en los treinta por un período de indudable predominio conservador, al punto que se le ha llegado a denominar "la década infame".

En tanto México recuerda los años treinta como el período de emergencia de la administración del General Lázaro Cárdenas (1934-40), que coincide con la recuperación económica y los albores de la industrialización sustitutiva de importaciones, Argentina hace memoria del desplazamiento del partido radical (y su figura principal Hipólito Yrigoyen), por un golpe de estado militar en septiembre de 1930, dirigido por el General José F. Uriburu y más tarde hegemonizado por otro militar, el General Agustín P. Justo, a través de la coalición partidaria "Concordancia", hasta 1937, pacto cuyas contradicciones internas comenzaron a aflorar desde entonces y eventualmente alla-

Dr. Puig Cassauranc



narían el paso para la llegada del peronismo al poder.⁷⁸ Decimos que de cualquier manera se debe hacer uso de las comillas al caracterizar el aspecto político de ambos gobiernos pues en el terreno de la política económica ambos ensayaron (con éxito) las nuevas técnicas de la política del déficit presupuestal y confiaron, en última instancia, en los mecanismos del mercado y la inversión privada de capitales. En ambos países se impuso la idea de la industrialización interna como el camino a tomar para "salvar el país de la crisis".⁷⁹ En los ochenta, en cambio, México siguió el dudoso rumbo de la defensa a ultranza de la "exquisita sensibilidad moral del crédito" nacional, como quería Saavedra Lamas en Montevideo.

A modo de conclusión

Antes de poner punto final a este ensayo podemos recapitular brevemente su contenido: iniciamos con una presentación que enfatizaba el aspecto nacional en la respuesta de México y los Estados Unidos a la Gran Depresión de los años treinta. Hicimos mención del contraste entre la postura "nacionalista revolucionaria" de México entonces y la imagen de un "deudor modelo" que emana de la política económica contemporánea. Seguimos con el análisis de las peculiaridades históricas de la Conferencia Panamericana de Montevideo en 1933 (la crisis económica mundial, la política del *New Deal* y la propuesta de moratoria continental) y establecimos la hipótesis del comportamiento diplomático

tes, Princeton, 1963, donde ambos autores reclaman sobre todo a las autoridades monetarias como las responsables de la prolongación de la crisis) y las de orden "keynesiano", que recurren a la interpretación de otras variables económicas, como por ejemplo Paul Samuelson o el propio Kindleberger, quien insiste en la ausencia de un liderazgo económico definido (Gran Bretaña ya no podía ejercer dicha función y los Estados Unidos aún no estaban preparados para serlo, además que otras naciones, como Francia o Japón, podían "estorbar" un acuerdo en favor del dólar, ver pp. 291-308).

4 En su discurso inaugural como Presidente de Estados Unidos, el 4 de marzo de 1933, Roosevelt dijo: "Nuestras relaciones internacionales, aunque de vasta importancia, son en este momento del tiempo y necesidad, secundarias al establecimiento de una economía nacional saludable. Yo estoy a favor de una política práctica que pone en primer lugar las cosas que van primero" (Kindleberger: 1973 *The world...*, p. 200). He aquí la racionalización más sencilla del nacionalismo como política dominante. Se trata de salvar al Estado primero, y a los capitalistas después.

5 Hull, Cordell. *The Memoirs of Cordell Hull*, volume 1, New York, 1948, p. 317.

6 Una huelga general en agosto de 1933 había conducido a la huida de Machado del país y el acceso al poder del Doctor Ramón Grau San Martín. Tras bambalinas, como se sabe, el Sargento Fulgencio Batista preparaba la caída de Grau y su paso hacia el control efectivo del poder mediante el apoyo del ejército y el gobierno norteamericano. En Montevideo, sin embargo, las simpatías izquierdistas de Grau daban el tono a la representación cubana (US Department of State, *Foreign Relations of the United States*, vol IV, 1933 Washington, 1950. USDS en adelante).

7 Por ejemplo, telegrama de Welles del 4 de octubre 1933 al Departamento de Estado: Batista me pidió consejo a lo que respondí: "Le dije que a mi juicio él (Batista) era el único individuo hoy en Cuba que representaba autoridad. Agregué que ello se debía en parte al hecho de que él parecía contar con el apoyo leal de una gran parte de sus tropas y en parte a la acción muy determinada y efectivas tomada por las tropas en La Habana así como, en menor grado, en otras ciudades, en contra de comunistas y elementos extremistas radicales". (USDS, vol. V p. 469, 837.00/4131).

8 Cronon, David. *Josephus Daniels in Mexico*, Madison, 1960, ver pp. 67-75. Al contrario de las urgencias por el envío de marines a Cuba, reclamado por Welles en sus despachos a Hull y Roosevelt, Daniels hacía esfuerzos en sentido inverso. En una conversación telefónica del 7 de septiembre de 1933, Hull respondía a la preocupación de Daniels señalando que "preferiría caminar de aquí al Polo Norte que verme obligado a intervenir". (DANPAP, memo, Library of Congress, Washington).

9 Thompson, Charles A. "The Seventh PanAmerican Conference. Montevideo", *Foreign*

Policy Reports, vol. X, no. 7, june 1934, New York, p. 94.

10 Thompson. Charles. *op. cit.*, p. 91. Aunque la Conferencia logró un cese al fuego temporal, lo que elevó los ánimos de todos los participantes, semanas después de concluida la reunión continuaron las hostilidades.

11 Esta contradicción puede incluso documentarse con titulares opuestas de periódicos contemporáneos, mientras los recortes acumulados por la delegación norteamericana insisten en el apoyo general a Hull (a la vista en los papeles de Cordell Hull en Washington, Library of Congress), en el lado mexicano, entre los periódicos conservados en la Secretaría de Relaciones Exteriores predominan los aplausos a la actuación de México y del Doctor Puig en particular, ¿A quién creer?

12 Cabe mencionar que como parte del equipo de asesores económico, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Daniel Cosío Villegas introdujo un proyecto de creación de un Banco Interamericano para facilitar el comercio entre países de la región, mientras otro miembro de la comitiva, Constantino Pérez Duarte, escribió una ponencia para crear un sistema monetario común panamericano (SRE, *Memoria...*, vol. 2, pp. 149-230).

13 Tomado del Memorándum de septiembre de 1933 dirigido a las naciones latinoamericanas participantes en Montevideo.

14 El nacionalismo fascista alemán difícilmente es explicable prescindiendo de la experiencia de las reparaciones forzadas, el impacto social de la hiperinflación de los 20 y la fuerza moral de la industrialización para el rearme, iniciada en los 30 y prevista con claridad por Keynes. Inglaterra, pero sobre todo Francia, contribuyeron mayormente a estos sucesos, al insistir en reparaciones por encima de la capacidad económica alemana y pisotear el orgullo nacional alemán.

15 Skiles, Marilyn E. "Latin American international loan defaults in the 1930s: Lessons for the 1980's?", Federal Reserve Bank of New York, Research paper No. 8812, April 1988. Los incumplimientos de pagos en Latinoamérica fueron resueltos, en general, hacia los años 50, mientras que una buena parte de las quiebras europeas permanecieron sin solución hasta casi dos décadas más tarde (por ejemplo las deudas de Europa del Este) (*ibid.* p. 17).

16 Comunicado del Secretario de Estado al embajador argentino del 3 de marzo de 1933, USDS, vol. V, p. 228-30.

17 Hull, C. *Memorias...* pp. 328-331. Una más franca apreciación sobre el carácter de Saavedra Lamas, en CORPAP, rollos 82-83.

18 La simpatía hacia los deudores internos poco favorecía a los externos. Por ejemplo, el intento por restituir a los agricultores estadounidenses sus ingresos y una postura solvente (una meta nodal del *New Deal* y por lo demás totalmente justificable implicaba elevar los precios internos de los productos agrícolas a través de la limitación en la producción, al mismo tiempo que se colocaban los excedentes a precio de dumping en el mercado interna-

cional, afectando a las demás naciones productoras. No deja de ser curioso que cuando Hull viajaba hacia Montevideo, al hacer escala en Brasil, comentase en sus *Memorias* que llevó una gran impresión al notar la quema masiva de miles de toneladas de café. Era la misma lógica de defender el precio a como diera lugar, pese a su apariencia de absurdo. Colombia, por ejemplo, pudo beneficiarse indirectamente de esta decisión de Brasil (Díaz Alejandro: 1986).

19 SRE. *Memoria...*, p. 88.

20 USDS, 1933, vol. Y, donde aparecen las gestiones para la formación de dicho Comité.

21 ECLA, *External financing in Latin America*, New York, 1965, p. 30. Una gráfica de conjunto sobre la rentabilidad de las inversiones estadounidenses en América Latina, en: Stallings, Barbara. *Banker to the Third World. US portfolio investments in Latin America*, Berkeley, 1987.

22 CORPAP, Memos, conversaciones telefónicas de: 4,8 octubre de 1933.

23 Hull, C. *Memorias...*

24 SRE. *Memoria...*, vol.2, p. 96.

25 *Ibid.*, p. 100, 101, 103.

26 *Ibid.*, p. 118.

27 *Ibid.*, p. 113.

28 Hull, C. *Memorias...*, p. 338.

29 Hull, Cordell, "Some of the results of the Montevideo Conference", *The Department of State Conference Series*, no. 18, p. 3.

30 SRE. *Memoria...* vol. 2, p. 119.

31 Archivo personal del general Plutarco Elías Calles (APEC), Carpeta Abelardo L. Rodríguez, telegrama del 15 dic. 1933.

32 El estudio de Sterret & Davis, encomendado por el Comité de Banqueros debido a las dificultades de México para cumplir los compromisos contraídos en el acuerdo PanLamont es un testimonio contemporáneo (con el punto de vista norteamericano) de dichas dificultades. Para una revisión de la historia de la deuda externa hasta 1930: Turlington, Edgar. *México and her foreign creditors*, New York, 1930. Otro texto descriptivo es el de Bazant, Jan. *Historia de la deuda exterior de México, 1823-1946*, México, 1968. En su introducción a este libro, Antonio Ortíz Mena escribió: "La historia de su deuda exterior es la historia de la vida misma de México" (p.VII) dejando de lado su porcentaje de exageración —que dice mucho de las inclinaciones de su autor—, esta frase sumaria indica la indudable importancia de las obligaciones monetarias con el exterior, y su imbricación con los problemas de índole política y social.

33 Thompson, Charles A. "The Seventh PanAmerican Conference Montevideo", *Foreign Policy Reports*, vol. X, no. 7, june 6, 1934. p. 87.

34 En particular estaríamos pensando en la solución de los problemas de reclamaciones bilaterales mutuas, cuya falta de solución (y la existencia de Comisiones binacionales que no habían podido avanzar mucho en la firma de un acuerdo en bloque), contribuía a impedir el desarrollo de proyectos de inver-

sión extranjera en el país y de un incremento sustancial en las relaciones comerciales directas, incluyendo la posibilidad de nuevos empréstitos. En un texto contemporáneo que parece reflejar el sentir mayoritario de los intereses financieros norteamericanos (Winkler, Max. *Investments of United States Capital in Latin America*, Boston, 1929), se plantea un vínculo entre la inestabilidad política de México y su tránsito del primer lugar como socio comercial de EU en Latinoamericana todavía en 1921, al segundo en 1924 y el tercero en 1929 (*ibid.*, p. 223).

35 Citado en Puig Casauranc. J.M. *Galatea rebeldes y varios pigmaliones*, inserción 2, México, pp. 649-50, (subrayado nuestro).

36 Las cifras absolutas recién citadas se encuentran en el apéndice estadístico, en Winkler, Max: 1929, pp. 278 y ss. Dichas cifras parecen un tanto infladas si se comparan con los totales registrados en ECLA, *External financing in Latin America*, New York, 1965, p. 32 y ss. Según esta fuente, los porcentajes adjudicados a Cuba y México con relación a la inversión estadounidense total en América Latina, son del 26.5 y 19.7, respectivamente, lo cual acentúa la tendencia discutida en el texto.

37 Calles al *New York Times*, 27 de noviembre de 1927, citado en Wilkie, James. *La Revolución Mexicana (1910-1976)*. Gasto federal y cambio social, FCE, México, p. 95.

38 Citado en Carr, Barry. *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, ERA, México, 1981 [1976], p. 187.

39 Para acentuar el carácter relativo de esta retracción basta constatar la lista confeccionada por Winkler de empresas estadounidenses establecidas en México en diferentes áreas (fundamentalmente petroleras y mineras). ¡Dicha lista rebasa en extensión las 25 páginas!

40 866.16 D.A. Le Blanc al cónsul C.E. Macy, Tampico, carta del 9 de febrero de 1933. Departamento de Estado de EU, Record Group 84, National Archives, Washington (WANAR).

41 DANPAP, Daniels a Puig, carta del 24 de junio de 1933. Ambos funcionarios repetían apariciones frente a audiencias académicas para refrendar la política de buena vecindad. Otra carta contestada por el embajador decía: "Deseo agradecerle desde el fondo de mi corazón sus cordiales palabras con referencia al discurso que presenté ante la Escuela Americana..." (DANPAP, Daniels a Puig, 6 de julio de 1933). Hubo también un intercambio amplio de publicaciones de los dos hombres (Daniels periodista de trayectoria, Puig que coqueteaba con la literatura), en fin, la amistad continuó por lo menos hasta el término de la estancia de Puig en la Secretaría de Relaciones Exteriores (Puig continuaría en el servicio exterior mexicano en la administración de Lázaro Cárdenas, lo que provocó su ruptura tardía con Calles, una vez que Cárdenas también lo hizo).

42 D. Cronon: 1960, pp. 76-7 y ss. El lado mexicano pecaba en ocasiones del mismo mal. Así, un grupo de residentes reclamaba la propiedad de una considerable porción de ... la ciudad de los Angeles (!).

43 *Ibid.*, p.181 El texto del protocolo completo puede consultarse en USDS, *Foreign Relations...*, 1934, vol V, pp. 470-76.

44 En los tiempos del racista embajador James Sheffield, cuando los clarines de intervención sonaban frecuentemente, se ha especulado sobre la influencia decisiva que para evitar las hostilidades de los estadounidenses, empujados por los intereses petroleros, tuvo la táctica de contraespionaje de Calles, quien logró confiscar 350 páginas, copias de documentos comprometedores de la actitud golpista de la embajada y de las compañías estadounidenses, mismas que, según se ha escrito, fueron presentadas como prueba de la actitud hostil al Departamento de Estado y al presidente Coolidge, bajo la amenaza de volverlas públicas. Según esta versión, Coolidge se habría inclinado entonces hacia una *detente* con México. También Carr, Barry: 1976, hace mención del incidente, vinculándolo ante todo con el conflicto entre el gobierno mexicano y los intereses petroleros, como "uno de los misterios más fascinantes, hasta ahora sin solución", *op. cit.*, p. 189)

45 J.F. Dulles: 1989 [1961], pp. 404-21 y ss. Con referencia a la rebelión escobarista de marzo de 1929, el cónsul norteamericano en Saltillo enviaba informes detallados de la situación en su radio de acción, mismas que indican el rápido deterioro de las fuerzas al mando de Escobar y la determinación del embajador Morrow y el Secretario de Estado Kellogg de apoyar a las fuerzas del gobierno central mediante (entre otros medios), la venta de pertrechos militares (al mismo tiempo que se les negaban al bando rebelde). ver: Archivos Nacionales en Washington; Reportes Consulares de Saltillo y Veracruz (plazas que concentraron las fuerzas rebeldes).

46 SRE, mimeo, y *Memoria...* vol. 1, Introducción.

47 Una discusión acabada del fenómeno de las ganancias de mayorazgo obtenidas por el gobierno mexicano en E. Cárdenas: *La industrialización mexicana durante la Gran Depresión*, COIMEX, 1987. Un caso extremo del efecto negativo del sistema monetario basado en la plata durante los treinta es el de China (Maddison: 1985, pp. 33- 5).

48 *Excelsior*, 4 de enero de 1933.

49 Tomado de J. de D. Bojórquez, "Calles", en: *Nuestro México*, tomo II, no. 8 nov. 1932.

50 El mejor tratamiento histórico de la deuda hasta 1929 se encuentra en el libro ya citado de Turlington Edgar. *México and her foreign creditors*, Columbia, Nueva York, 1930. Jean Bazan: *Historia de la deuda*. 1968, *op. cit.*, pasa revista en forma sucinta sobre este período, que culminó con el acuerdo definitivo de 1942 entre el Ministro Eduardo Suárez y Lamont (quien fuera el signatario de otros tres acuerdos previos, con de la Huerta (1922), Pani (1925) y Montes de Oca (1930)).

51 En un estudio contemporáneo, Harold Edwin Peters, *The Foreign Debt of the Argentine Republic*, John Hopkins, 1934 señala: "En 1824, antes del establecimiento del Estado Ar-

gentino, la provincia de Buenos Aires contrató un préstamo en Londres, pero dejó de pagar cuatro años después, arreglando un compromiso en 1857. Durante los veinte años posteriores a 1861, cuando se constituyó una unión nacional permanente, los préstamos provinciales fueron superiores que los obtenidos por el gobierno nacional, el cual jugó con mucho el papel principal después de 1880. Durante la década de 1880 a 1889 el endeudamiento creció a una tasa tremenda, culminando en un desastre [la llamada crisis Baring, MTAM] tanto para Argentina como para sus acreedores. Tal vez el episodio más relevante en la historia financiera del país sea la rápida recuperación del punto más bajo de aquella era." (*ibid.*, p. vii) Por otra parte, en un artículo de Eliana Cardoso y Rudiger Dornbusch ("Brazilian Debt Crises: Past and present", dentro del libro editado por Eichengreen & Lindert *The International debit crisis in historical perspective*, Cambridge & London, 1989), se presentan elementos interesantes de comparación entre el tratamiento de las deudas de finales del siglo XIX entre Brasil y Argentina. Los brasileños de entonces rechazaban ser colocados en la misma camada de deudores morosos con Argentina, a la que acusaban de descuidar su crédito y de falta de honestidad en los manejos públicos. Un señor Gibson envió el 13 de diciembre de 1890 al editor de *The Economist* el siguiente texto:

Permítame decir que una comparación de las finanzas de Brazil con las de la República Argentina es tan absurdo como comparar los recursos naturales o el comercio de los dos países. Los brasileños son una raza diferente de personas, y la administración de los asuntos públicos ha sido siempre razonablemente honesta. El crédito de este país ha sido mantenido siempre a un alto nivel. Existe, sin duda especulación de oficiales en Brasil pero nunca ha habido tal deshonestidad como en la República Argentina, donde un oficial honesto de alto o bajo grado era y es ahora, la excepción a la regla general. La prosperidad de Argentina en los pasados 15 años ha sido casi totalmente ficticia. (*ibid.*, p. 110) ¡Los argumentos de Saavedra Lamas sobre el crédito como algo íntimo y ligado al honor nacional, tienen antecedentes dudosos!

52 USDS *Foreign Relations*. vol IV, 1933, Resumen de entrevista entre James H. Drumm, Manager del City Bank de Nueva York, con el presidente Roosevelt agosto 15, 1933, p. 657. Las gestiones de Drumm, no obstante, mostraban la falta de complementariedad de las dos economías (todos los productos discutidos eran agrícolas) y las limitaciones que ello implicaba para balancear el comercio mutuo.

53 En Skidmore & Smith *Modern Latin America*, Oxford, 1989 (la edición 1984) p.88.

54 Ver discusión en E. Krauze. *Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928, La reconstrucción económica*. 1977, pp.65-68, con base en cifras de Sterret & Davis, *op. cit.*, 1928, p. 7

55 Alhadeff. Peter "The economic formulae of

the 1930's: a Reassessment", en di Tella & Platt, eds. *The political economy of Argentina, 1880-1946*, Macmillan, Oxford, 1986, p. 101.

56 Feuerlein & Hannan. *Dollars in Latin America. An old problem in a new sting*. Council of Foreign Relations, New York, 1941, p. 16.

57 A. O'Connell. "Free trade in One (Primary Producing) Country: the case of Argentina in the 1920s", en di Tella & Platt: 1986, *op. cit.*, p.74-94. Ver también Díaz Alejandro, 1970, *Ensayos...* p.24.

58 ECLA: 1965 *External financing..* p. 15 (en el período 1919-1929, seguían en orden de importancia en Latinoamérica Cuba y Chile. Sin embargo, en ese período se inicia también la competencia por colocar créditos en Canadá otro espacio "natural", y Europa, donde el mercado "magnetiza" capitales. En 1930, la distribución geográfica por orden de importancia de las inversiones norteamericanas en el exterior era así: 25.2% Canadá, 9.1% Alemania, 6.8% Cuba 5.2% Argentina, 4.5% Chile y 4.4% México, (CEPAL y Depto. de Comercio de EU, citado en M.Rapoport. "El triángulo argentino...", *op. cit.* 1988 p. 256).

59 SPP, *Estadísticas Históricas vol. II*, 11, México, 1985, p.665. 60. *ibid.*, p. 663 y 664.

60 *Ibid.*, p. 663 y 664.

61 Una discusión sobre este tema se encuentra en Cárdenas, E.:1987, *op.cit.*, cuadro 2.3, p. 25, donde se estima que el 85 por ciento de las industrias exportadoras de enclave estaba en manos de extranjeros en 1926 y se discute un valor llamado "de retorno de las exportaciones" (parte del valor de las exportaciones que se mantiene dentro del país vía impuestos, salarios, insumos, etc.), fluctuando entre un 40 y un 85 por ciento dependiendo de la industria que se trate.

62 Lorenzo Meyer lo ha puesto en estos términos, acaso un tanto simplés: "Como la economía de subsistencia en la que vivía la mayor parte de la población rural mexicana nunca se había beneficiado notablemente de los buenos tiempos, tampoco se vio muy afectada por los malos" (Meyer L: 1978. *Los conflictos sociales...*, p.11).

63 Rapoport, Mario. "El triángulo argentino: las relaciones de EE. UU. con Gran Bretaña, 1914-1943" en: Rapoport, M., compilador. *Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina*, Buenos Aires, 1988.

64 *Ibid.*, p. 259.

65 Ver: Rippey, Fred J. *British investments in Latin America, 1822-1949. A case study in the operations of private enterprise in retarded regions*, Minneapolis, 1959, pp. 159-67. Los británicos participaron mayoritariamente en la construcción de los ferrocarriles y en los servicios públicos, además de otras áreas como la ganadería, la agricultura y las finanzas, donde por lo general sus ganancias fueron mayores (p. 167).

66 US Department of Commerce. *Statistical Abstract of the United States*, vol. 52nd., 1930, Washington, 1930, p. 494.

67 US Department of Commerce, *op. cit.*, 1941, p. 547. Las cifras correspondientes a

1940 son: 1,010 millones de dólares en exportaciones de EU a Inglaterra y 155 en sentido inverso.

68 El caso más notable con relación al poderío industrial estadounidense era la industria automotriz. En 1929 los Estados Unidos produjeron 5.3 millones de vehículos (y contaba con más de 20 millones de coches registrados), contra 239 mil de los ingleses (1.5 millones registrados). Los 4 países europeos más grandes alcanzaron apenas 702 mil vehículos de producción anual en 1929, según Steven Nilson, *Growth and Stagnation in the European Economy*. Esta situación, como muchas otras manifestaciones económicas, guardan semejanzas con la relación asimétrica del comercio exterior entre Japón y los Estados Unidos en los ochenta (aunque, claro está, también las diferencias abundan, como la dotación de recursos y el poderío militar, potencialmente mucho mayores en el caso de los Estados Unidos en los treinta).

69 Rapoport, M., *op. cit.*, p. 255.

70 Con referencia al Tratado Roca-Runciman existe una abundante literatura al respecto (O'Connell, Arturo. "La Argentina durante la depresión..." *op.cit.*, Díaz Alejandro, *Ensayos... op.cit.*, 1970 y "América Latina en los años treinta", *op. cit.*, 1984, así como Rapoport, M., 1988, etc), pero la tendencia general es a destacar las concesiones excesivas del lado argentino, a cambio de un solo punto importante, la garantía en las compras de carne de exportación, demanda casi exclusiva del sector terrateniente-ganadero oligárquico de Argentina. En especial en lo que toca al comercio exterior Arturo O'Connell ha cuantificado una caída de las importaciones de los Estados Unidos por Argentina del 25% que representaban entre 1925-29, al 15% entre 1934-38: mientras tanto las importaciones de Gran Bretaña se incrementaron en el mismo período del 20 al 23% del total. (*ibid.*, p. 249).

71 La política británica en relación a la deuda externa de los países bajo su esfera de influencia inmediata (como Argentina) y del *Common wealth* en especial se caracterizó en los treinta por una "ortodoxia" financiera y fiscal, que se expresaba en la exigencia de fidelidad en el pago de la deuda externa por encima de los sacrificios internos. Angus Maddison ha puesto esto de relieve al analizar la experiencia de la India (Maddison, A.: 1985, *op. cit.*, pp. 36-8). Canadá y Australia —que tenían adeudos mucho mayores— también sufrieron esta política.

72 Al justificar la apreciación sobre el carácter unilateral del Tratado Roca-Runciman, M. Rapoport aporta las siguientes cifras de la relación económica entre Argentina e Inglaterra: "en 1929 se exportaba a Inglaterra el 99 por ciento de la carne enfiada, el 54 por ciento de la congelada, el 76 por ciento de todas las exportaciones de carne, el 34 por ciento de las de trigo y el 10 por ciento de las del maíz, pero *al mismo tiempo*, (MTM), para Gran Bretaña esas exportaciones representaban el 40 por ciento del consumo inglés de carne, el 85 por

ciento del lino, el 24 por ciento del trigo y el 75 por ciento del maíz." (tomado de Díaz Alejandro, *Ensayos ...*, pp.20-21). Con respecto a Estados Unidos, en cambio, Argentina enfrentó el cierre total a sus exportaciones de carne en 1927, y un proteccionismo mutuo empezó a desarrollarse, con reclamaciones demagógicas sobre dicho proteccionismo.

73 Los Estados Unidos no parecían preocuparse demasiado por garantizar los medios del futuro pago a sus exportaciones (ya que no favorecían las importaciones extranjeras) y los intereses de sus colocaciones de capital en el exterior. Así, para pagar a los estadounidenses, sus socios comerciales se verían obligados a comerciar entre sí para obtener las divisas necesarias para ese efecto, o terminarían por caer detrás en sus obligaciones financieras. Esto se reveló especialmente severo en el caso de Alemania. Ver: Keynes, John Maynard. "War debts and the United States", en *Essays in persuasion*, Norton, New York, 1963 (1921 y otras fechas posteriores).

74 Díaz Alejandro, Carlos F. *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973 (Yale 1970).

75 Dirección General de Estadística. *Anuario de los Estados Unidos Mexicanos*. 1938, citado en Lerman, Aída "Comercio exterior en México: 1920-1935" en *Investigación Económica*, no. 192, 1990, pp. 141-154, ver también Cardero, María E. "Estructura monetaria y financiera de México: 1932-1940", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol 41, no. 3, septiembre 1979, p. 729.

76 Tomado de A. O'Connell. "La Argentina durante la depresión...", en Thorp: 1984, *op. cit.*, p. 236.

77 Rosemary Thorp, editor. *Latin America in the Thirties...*, p. 335.

78 Halperin Dongui, T. *Historia moderna...*, *op. cit.*, 1981; Skidmore & Smith, *Modern Latin America*, *op. cit.*, 1989, especialmente pp. 82-86.

79 El estudio más acabado de la política económica de México en el periodo es probablemente el de E. Cárdenas: 1987, *op. cit.* pp. 47-109, mientras para Argentina se puede consultar C. Díaz Alejandro: 1970, *op. cit.*, y la obra más reciente recopilada por di Tella & Platt: 1986, *op. cit.*, especialmente el capítulo de Peter Alhadeff., pp. 95-119. E. Cárdenas y Díaz Alejandro coinciden en darle a la década de los treinta una importancia fundamental para la industrialización en cada país, explícitamente reduciendo el peso que comúnmente se otorgaba y se pone énfasis en el papel positivo jugado por las autoridades económicas de los dos países, al margen de sus diferencias políticas. Así como en este ensayo hemos intentado comparar las figuras políticas de los ministros Puig Casauranc y Saavedra Lamas, sería interesante hacer lo propio con los ministros de Hacienda más connotados de ambos países, Alberto J. Pani, en México, y Federico Pinedo, en Argentina.



Fotografía: Marion Patterson

AMANECER II

Miguel Ángel Flores

Atrapados por las sombras, se agita entre los muros...

"Escucha, son los pasos de la historia".

Ayer tenía un rostro, ahora era un fantasma,

O quizá una ausencia con sueños de derrota,

O quizá una presencia vacía

Que los espejos revelaban estremecidos.

Nuestra imagen incorpórea nunca sin descanso...

Huéspedes de la angustia

Atados al trirreme

Hacia las regiones del olvido.

Pensábamos que era una quimera

Dejábamos de admirar los tilos.

Y de repente mi pecho se inundó de luz.

PARA DESPEJAR LAS INCÓGNITAS DE "LOS CEROS"

Leticia Algaba

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina.

Un enigma de los Ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza. México, UNAM, 1994. (Ida y Regreso al Siglo XIX), 367 pp.

Uno de los recursos más frecuentados por los escritores del siglo XIX es el seudónimo; entre los mexicanos resulta difícil encontrar a los que no se sirvieron del embozo que permitía varios efectos: desde el mero juego entre el autor y el lector hasta el despliegue de posturas ideológicas. La abundancia de tal recurso armonizaba con la proliferación de publicaciones periódicas, cuyas páginas albergaron toda una gama textual que ahora nos permite conocer el meollo de las letras y la función social de los autores. Pero el escritor decimonónico no escindía su yo al usar el seudónimo, rasgo esperable en la perspectiva romántica que privilegia al sujeto creador. Sin embargo, la identificación del autor exige a veces el tránsito por veri-

cuetos que no siempre logran el cometido. Por estos caminos y animada de una acuciosidad insuperable, Clementina Díaz y de Ovando, se dio a la tarea de aclarar el enigma de los "Ceros", artículos escritos por Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza.

Aunque varios escritores se escudaron en el seudónimo de *Cero*, éste resulta un arma cargada de humor, ironía y erudición en la pluma de Vicente Riva Palacio el año de 1862. Anteriormente había incursionado en casi todos los registros de la escritura: periodismo, dramas y comedias (al alimón con Juan A. Mateos), siete novelas históricas, y se había divertido engañando a los lectores con el seudónimo de Rosa Espino, con el que escribió poemas finos y delicados, en opinión de la crítica, y que merecieron un diploma del Liceo Hidalgo, una de las instituciones de cultura más respetables del siglo pasado.

En 1881 Ignacio Manuel Altamirano dejaba la dirección de *La República*, periódico que tuvo como mira el fomento de la paz del país. Pedro Castera e Hilario Gabilondo tomaron la dirección, y Juan de Dios Peza, Francisco de Asís Lerdo e Ignacio Herrera León, se encargaron de la redacción. El nuevo equipo se propuso introducir novedades en el periódico, como la inserción en el folletín de las obras completas de Julio Verne, así como de otras novelas europeas de reciente aparición. Las innovaciones se vieron potenciadas con los artículos firmados por *Cero*, que gustaron mucho a los lectores, intrigados por la identidad del autor, en tanto que otras publicaciones como *El Diario del Hogar* aprobaba

el éxito de los artículos con frases francamente propagandísticas: "¿En qué se parece *La República* al coñac? En que se acredita por sus *Ceros*" (p. 57). Los artículos aparecieron durante cuatro meses, de enero a abril de 1882, cuando más acalorado estaba el debate entre las ideas de los que ya comenzaban a ser la vieja guardia y los jóvenes positivistas, cuya tribuna era el periódico *La Libertad*. Es decir, *Cero* escribe tales artículos en pleno giro ideológico y estético, cuando Gutiérrez Nájera, el *Duque Job*, comenzaba a trazar los caminos del Modernismo sin poder escapar del seudónimo, recurso que llegó a extremar hasta el grado de usar más de una veintena. La distancia de edades entre Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio no fue obstáculo para la cercanía intelectual y afectiva, de modo tal que juntos escribieron los *Ceros* de *La República* y también leyendas y tradiciones que más tarde formaron un volumen. Antes de finalizar el año de 1882, Riva Palacio, según se supo más tarde, seleccionó artículos, hizo algunas enmiendas, agregó nuevos, para el libro *Los Ceros. Galería de Contemporáneos*, por *Cero*. Esta obra llevó a Clementina Díaz y de Ovando a despejar incógnitas: ¿Cuáles son los artículos de Peza? ¿Cuáles los de Riva Palacio? ¿Cuáles fueron escritos al alimón? ¿Por qué desechó Riva Palacio algunos artículos? Interrogantes que la condujeron a descubrir y verificar rasgos de estilo de los dos escritores, elementos que, por otra parte, cuadran en el proyecto literario que llegaba a su fin.

La lectura de *Un enigma de los Ceros* permite notar un desdoblamiento: es una edición crítica y también un ensayo iluminador sobre la crítica literaria de Riva Palacio; ambas vertientes están

delimitadas, pero a medida que avanzamos en la lectura se confunden o, más bien, se armoniza la vena ensayística con las anotaciones que dan muestra de una investigación exhaustiva. La autora comienza con un recuento de las señales de la modernidad en la Ciudad de México de 1882; en seguida emprende los caminos que la conducirán a despejar el problema "0=X ¿Quién es la incógnita de la ecuación?" La resolución arroja un saldo cuantioso a favor de Riva Palacio gracias al despliegue de ciertos rasgos estilísticos localizables en su haber periodístico y en sus posturas ideológicas, y un número menor de artículos corresponderán a Peza.

La presencia de algunos procedimientos e intenciones en los *Ceros* han llevado a algunos críticos a ver sólo una galería de contemporáneos —el subtítulo que Riva Palacio dio al volumen—, en la que los trazos del autor retratado se adereza con la imitación del estilo de éste, rasgo humorístico que diluye un tono fuerte mas no lacerante, capaz de poner a salvo honras y, sobre todo, méritos. No obstante y además de lo anterior, en algunos "Ceros" es posible advertir una ingeniosa reflexión sobre la literatura frecuentemente embozada en recursos que delatan un conocimiento profundo de la retórica clásica. Tal es el caso de la digresión que envuelve disertaciones sobre autores clásicos y se dirigen a un fin inteligentemente captado por Clementina Díaz y de Ovando:

En virtud de ese incontenible afán por hacer citas clásicas, o de autores y obras extranjeras, de ese aluvión de lecturas, nuestros escritores alternan con los grandes y reconocidos literatos o historiadores. Y, a la ma-

nera de un volantín, en el rápido alegre y festivo movimiento que la mano diestra de Riva Palacio imprime a sus semblanzas, los escritores mexicanos pasan ante nuestros ojos confundidos con los más destacados literatos, inmiscuidos así en el arte literario universal (p. 87).

Como puede apreciarse, la autora nos lleva a recalcar que la eficacia del estilo de los "Ceros" revela un autor que conoce —y crea— un público lector al cual muestra que la literatura nacional no debe asfixiarse en lo mexicano, sino que debe mirar los modelos, los clásicos, a los que acudieron los románticos europeos para fundar una nueva estética. Los "Ceros" discurren entre ideas ilustradas y románticas, de ahí que constituyan una buena fuente para comprender a nuestros escritores decimonónicos.

Si la lectura de los *Ceros* —tanto los reunidos en el volumen que Riva Palacio preparó, como los de "fuera de la escena" que Díaz y de Ovando incluye en su estudio— permite disfrutar la gracia, el gozo, la sutil ironía, el continuo juego de engaños con los lectores que caracterizan a Riva Palacio, en la prosa impecable de Díaz y de Ovando, saboreamos la frescura, la amenidad, el sentido del humor, en paralelo con la escritura y la personalidad de Riva Palacio. A Clementina Díaz y de Ovando le debemos muchos juicios finos y pertinentes sobre la obra del prolijo escritor; a otra inteligencia y generosidad le reconocemos la hermosa edición de *Un enigma de los Ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza: la Dirección de Publicaciones, dependencia de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, que creó la colección "Ida y Regreso al Siglo XIX"*, a la cual se suma el libro que hemos comentado.

POESÍA DE MÉXICO Y EL MUNDO

DE JUAN CERVERA

Arturo Trejo Villafuerte

CERVERA SANCHIS, Juan. *Poesía de México y del mundo*. Ed. Instituto Politécnico Nacional-SEP, México, 1994. 226 pp.

Juan Cervera Sanchís nació en Lora del Río, Sevilla, el 24 de octubre de 1933. Llegó a México en 1968 y casi inmediatamente comenzó a colaborar en revistas y suplementos culturales, sobre todo en las que hacían los trasterrados españoles. Tiene en su haber cerca de 25 libros de poesía publicados, pero también ha incursionado en la narrativa, el ensayo y la crónica urbana. Lo conocí a principio de los años 70 pero parecería que lo conozco de toda la vida: siempre inquieto, nervioso, juguetón, dicharachero. En esos mismos años, con su propio dinero financió una serie de plaquettes de poesía, tituladas "Cuadernos de Asunción Sanchís", donde tuvieron cabida varios poe-

tas jóvenes, pero en especial los de la corriente "Infrarrealista", quienes publicaron su antología titulada *Pájaro de calor*. Ese tipo de volúmenes señala la generosidad y desprendimiento del maestro Cervera, quien de todo corazón ha apoyado a muchos autores entrevistándolos, haciéndoles notas y volviéndose un amigo fiel.

Por eso ahora al encontrarnos con su volumen de ensayos titulado *Poesía de México y el mundo*, desde el mismo título notamos la forma en que el poeta Juan Cervera reconoce y agradece la hospitalidad, el cobijo, la fraternidad, que le ha otorgado México y algunos de sus habitantes. Aunque por el título del libro a nuestro país le concede ser el centro del mundo poético, la parte nacional no es la más abundante ni la más importante, incluso las notas ahí reunidas sobre Efraín Huerta, Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño, Eduardo Lizalde, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Don Ermilo Abreu Gómez y Octavio Paz, en su gran mayoría son notas periodísticas o sendas introducciones "Para acercarse a la obra de", lo que se explica siendo éste un libro idóneo para los talleres de redacción, sobre todo del IPN. Sin embargo, dentro de esos mismos textos hay algunos llenos de

cariño y añoranza, que trascienden lo periodístico y se vuelven una semblanza de personaje, como sucede con el dedicado a Don Ermilo Abreu Gómez, el escritor yucateco que es toda una leyenda dentro de la literatura y el periodismo mexicano.

Pero esta antología de poetas de una buena parte del mundo ("El Modernismo", "Poetas españoles", "Poetas mexicanos", "Poetas judíos que escriben en Yidish", "Poetas persas" y "Poetas afganos"), tiene como primer mérito, aunque no el más importante, que no se sigue por el lado de lo erudito, solemne o pretencioso, por el contrario: es un manual para reconocer la calidad de la cantidad, la paja del grano, una especie de prontuario de autores que, necesariamente, debemos de conocer, leer y valorar.

En cada una de las secciones que forman el libro, el maestro Cervera, con pleno conocimiento de causa pero sin la pedantería ni la prepotente erudición de muchos que dicen saber mucho y no saben nada, analiza, desgaja y nos da probaditas de autores sumamente interesantes. En cada texto de manera sencilla, amena, didáctica, nos va explicando algunos de los porqués que siempre quisimos saber de los clásicos españoles: nos presenta un cuadro muy vivo y lleno de color de Juan Rejano, por ejemplo, esto en la sección de "Poetas españoles".

En cuanto a "El Modernismo" como escuela literaria, Cervera nos muestra los lineamientos y las constantes que siguieron estos maestros de la palabra, para conseguir su prestigio y su gloria en este mundo Salvador Díaz Mirón, Rubén Darío, León y Román, Emilio Carrere y Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, quienes cantaron a la vida y

al amor, al portento que nos brinda lo mejor de sí misma: la mujer; y a ese acto generoso que nos hace humanos y alienta las ganas de hacer magia cotidiana: el amor.

Luego vienen las secciones de sorpresas: los poetas que escriben en Yidish, los dos persas: Omar Khayyán y Mohamed-Ed-Din-Chams-Hafiz y luego nos presenta a tres poetas afganos que son una verdadera novedad, un hallazgo y un gusto porque nos muestran un rostro diferente y seductor de la poesía de ese lado del mundo. Pese al título del libro, *Poesía de México y el mundo*, que como ya dijimos alude al cariño que siente por nuestro país el autor, los ensayos y notas más esclarecedoras, profundas, y nutrientes son las dedicadas a estos poetas de lengua Yidish, a los persas y los afganos. Y estos adjetivos empleados en su raíz esencial no son gratuitos, ni califico porque sí, sino que de verdad este libro del maestro Juan Cervera nos enseña mucho sobre los poetas de esas latitudes, con excepción de Omar Khayyán, al cual sí conocemos en varias versiones, todos los otros –hasta donde sé– son inéditos en nuestras letras.

Como una prueba y muestra de todo lo que afirmamos líneas arriba y para que sepan lo que nos entrega el maestro Cervera, cedo la voz al poeta Leivbik, seudónimo de Leivik Halpern, nacido en Bielorrusia en 1888 y fallecido en Estados Unidos en 1962, quien escribe en lengua Yidish y de quien tomamos el poema titulado "NO DIGO...":

"No digo que mi vida haya sido un fracaso:/ solamente digo que la tormenta quiebra al manzano más recio, y sus frutos los va recogiendo el guardián en su cesta./ No digo

que mi vida haya estado errada:/ solamente digo que un trapeceista sobre su hilo/ cruza profundos abismos cantando/ como si bajo sus pies tuviera un puente tendido./ No digo que mi vida haya sido un sueño; solamente digo que un jinete, sobre su cabalgadura/ atraviesa todo un mundo al galope/ y retorna al rincón donde descansa su cuna./ No digo que mi vida esté terminada; solamente digo que el sol se hunde en las aguas/ hecho una esfera inflamada de ocasos, que incendia el occidente con la llamarada".

Aquí debemos reconocer una de las vertientes más afortunadas del maestro Cervera: el enseñar lo que sabe, el no guardarse los conocimientos en forma egoísta o como algo que sólo él puede poseer. Si bien es cierto que el conocimiento es poder, también está la otra posibilidad de ese conocimiento: enseñar y generar agradecimiento. Hay un proverbio chino que señala que no le des un pescado al pordiosero porque se volverá flojo y apático, es mejor enseñarlo a pescar y entonces habrá cómo resolver su problema alimenticio.

Así pues, con este libro, el maestro Cervera no nos da completamente el pescado, sino que nos entrega los elementos para que sintamos nuestra ignorancia, busquemos más información y detalles sobre estos autores portentosos y poco conocidos. Cada día se aprende algo nuevo y con este libro del maestro Juan Cervera Sanchís, nuestro conocimiento sobre poetas y poesía se amplía, sobre todo con esta presencia de autores novedosos y dignos de una paciente y concienzuda lectura.

COLABORADORES

Marcos Tonatiuh Águila Medina

Profesor-Investigador de la UAM-Azcapotzalco, adscrito al Departamento de Economía. Maestría en Economía en la UNAM. Candidato a Dr. en Historia por la Universidad de Texas en Austin. Autor del libro *El liberalismo mexicano y la sucesión presidencial de 1880* (M. A. Porrúa, 1995). Ha publicado artículos periodísticos en los diarios *Uno más Uno* y *El Financiero*, así como numerosos artículos especializados. Su tema de investigación doctoral es "La gran depresión y los orígenes del Cardenismo. El impacto laboral, 1927-1934".

Leticia Algaba

Profesora Titular del Departamento de Humanidades; se dedica a estudiar la Literatura Mexicana del XIX. Ha publicado artículos sobre Riva Palacio, Sierra O'Really, Roa Barcena y González Obregón. En 1994 apareció su "Prólogo" al Tomo X: *Crónicas de Teatro y Variedades Literarias*, de Guillermo Prieto. (Edit. CONACULTA).

José Francisco Conde Ortega

(Atlixco, Pue., 1951) Poeta y ensayista. Ha publicado, en poesía: *Vocación de Silencio* (1985), *La sed del marinero que regresa* (1988), *Para perder tus ojos* (1990), *Los lobos viven del viento* (1992), *Imagen de la sombra* (1994) e *Intruso corazón* (1994); en ensayo: *Diálogo de octubre* (1993); en crónica urbana: *Amor de la Calle* (colectivo, 1990), y el estudio, introducción, selección, notas y bibliografía a *El drama romántico del siglo XIX* (1993). Es profesor Titular de la UAM-A.

Alejandro de la Mora Ochoa

Es profesor e investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana, y en la Universidad Nacional Autónoma

de México imparte desde hace años la materia: "Lingüística General". Es consultor y terapeuta del lenguaje, especialmente en los problemas de afasia.

Rafael Farfán Hernández

Es licenciado y maestro en Filosofía por la UNAM. Realizó estudios de doctorado en Sociología Política en la Universidad Complutense de Madrid. Es profesor e investigador en el Departamento de Sociología en UAM-A. Ha publicado diversos ensayos especializados en filosofía política y teoría sociológica.

Miguel Ángel Flores

(Cd. de México, 1948) Es profesor e investigador en el Departamento de Humanidades de la UAM-A. Ha publicado seis volúmenes de poesía. Sus libros más recientes son *Del tiempo que pasa* (Ensayos, UAM-A, 1993) y la antología de poesía brasileña *Más que carnaval* (Aldus, 1994).

Alejandra Herrera

Es profesora del Área de Literatura del Departamento de Humanidades. Estudió la licenciatura en Filosofía en la UNAM y actualmente prepara su tesis para obtener el grado de maestra en Letras Mexicanas. Ha publicado artículos y ensayos en revistas especializadas.

Frédéric-Yves Jeannet

Frédéric-Yves Jeannet (1959) es mexicano por naturalización, profesor titular del Departamento de Hu-

manidades de la UAM-A y ha publicado, entre otros títulos: *Si loin de nulle part* (Ed. du Lieu, 1985; Ed. Ubacs, 1989; trad. esp. *Lejos de ninguna parte*, UAM-A, 1990) *De la distance* (Ubacs, 1990), *Degustación*, de Michel Butor (UNAM, 1993) y *Abajo del ecuador* (Cuadernos de Malinalco, 1995). Tradujo las Obras completas de Arthur Rimbaud.

Alvar Joel

Alvar Joel es pseudónimo de Carlos Gómez Carro, profesor del Departamento de Humanidades de la UAM-A. Ha publicado, en pequeñas dosis, artículos de divulgación, ensayo y obra de creación en distintos medios impresos: *La Jornada Semanal*, *Fuentes*, *Casa del Tiempo*, *Utopías*, *Estudios Políticos*, *Nexos* y otros.

Enrique López Aguilar

(Ciudad de México, 1955) Es profesor titular "C" del área de Literatura, en el Departamento de Humanidades. Cuentista, Poeta y Ensayista, ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Amor eterno* (1987), *Margarita en la rueda* (1988), *La piel y su memoria* (1991, 1993) y *La mirada en la voz* (1991). Su obra ha sido antologada y traducida al alemán y al francés.

Jorge López Medel

(1945-1995) Nació en Córdoba, Veracruz. Estudió en Xalapa, Vermont, Lancaster y Columbia University en Nueva York. Fue profesor en la UAM-A desde 1980 hasta su muerte. Publicó sus textos literarios en revistas de la UAM y de otras instituciones. "Tréboles" es su relato póstumo. En breve aparecerá una recopilación de sus cuentos.

Antonio Marquet

Profesor Titular del Departamento de Humanidades, UAM-A. Realizó estudios de Maestría en el CIEP y asistió a los seminarios de Didier Anzieu y Julia Kristeva en las Universidades de Paris VII y X. Traductor y ensayista, forma parte de los Consejos Editoriales de la revista *Plural*, *Fuentes Humanísticas* y *Tema y variaciones de Literatura*. Ha traducido a Michel Butor y Didier Anzieu. Actualmente aborda la obra de Agustín Yañez desde una perspectiva analítica.

Humberto Martínez

(1942) Estudió Filosofía en la UNAM. Es profesor investigador de la UAM-Azcapotzalco desde 1974 en el Departamento de Humanidades. Ha publicado, entre otros libros: *Alfonso Reyes: Abecedario* (UAM, 1989); *Cartas y otras lecturas* (Nuevo León, 1992) y *Ensayos en literatura mexicana: Reyes, López Velarde, Gorostiza* (Fondo Editorial de Nuevo León, 1991).

Joaquina Rodríguez

La señora Joaquina Rodríguez Plaza tiene veinte años de trabajar en la UAM-A como profesor-investigador de tiempo completo. Lo que quiere decir que, además de cumplir con las tareas docentes que el Departamento de Humanidades le asigna, investiga lo que otros hacen en *Literatura para difundirla* mediante sus ensayos críticos y ella misma contribuye al Corpus Literario con sus relatos y cuentos.

Arturo Trejo Villafuerte

(Ixmiquilpan, Hgo., 1953) Estudió Periodismo y Comunicación Colectiva en la FCP y S de la UNAM. Ha colaborado en los principales diarios, suplementos y

revistas culturales de México. Ex-asesor editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-A. Coordinador de Enlace de la Frontera Norte del Programa Cultural de Descentralización del CONACULTA.

Vida Valero Borrás

Estudió la carrera de Letras Modernas Inglesas en la UNAM, hizo los estudios de Maestría en Aprendizaje Humano en la Universidad de Brunel, Inglaterra y está por terminar la Especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX en la UAM-A. Ha publicado 2 plaquettes de poesía, traducciones, reseñas y ensayos en diferentes revistas universitarias.

Ángeles Vallejo Valle

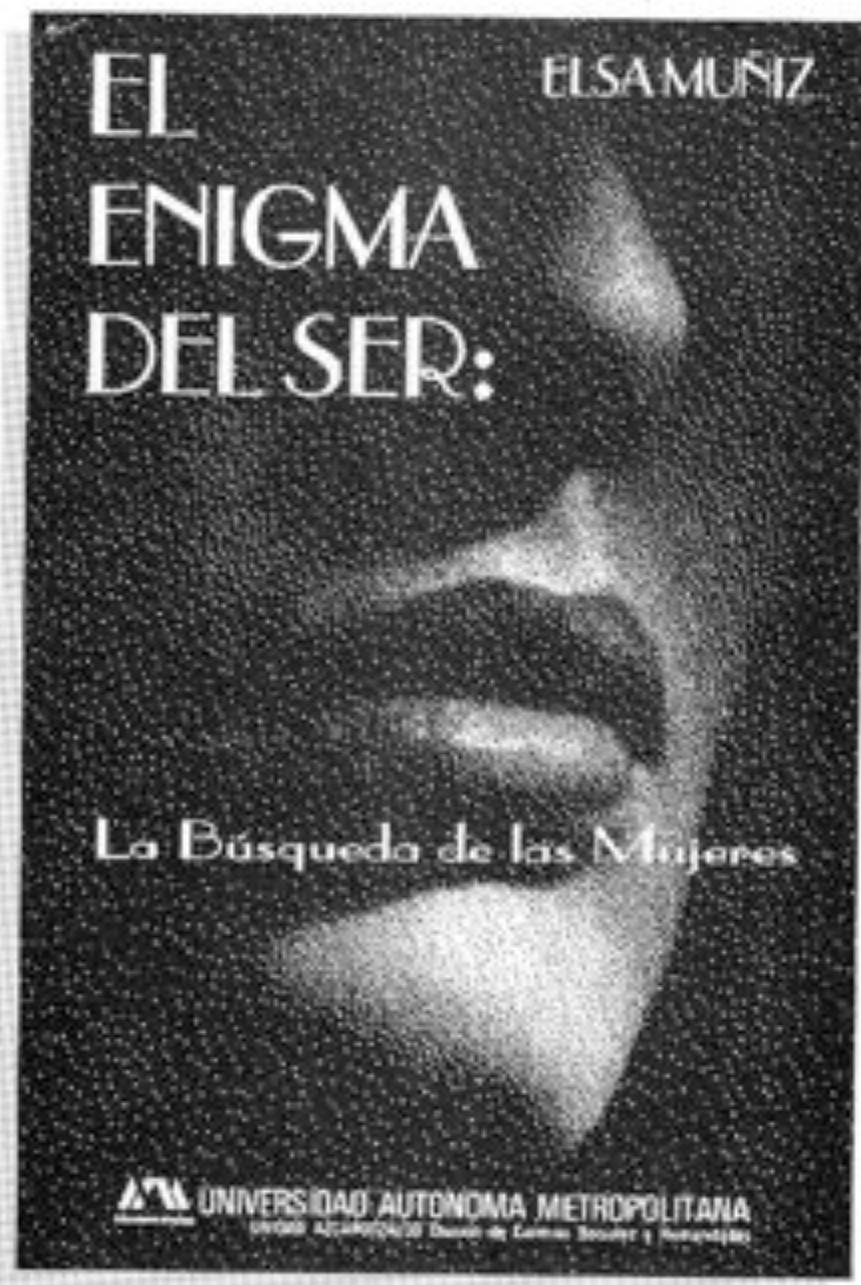
Pasante de la licenciatura de Neurolingüística.

Margarita Villaseñor

Poeta, ha publicado *Poemas* en 1956, *Tierra hermana* en 1958, *Poemas Cardinales* en 1964 (Rosa Oro en los Premios Florales de Guanajuato). *La Ciudad de Cristal* en 1965, *El Rito Cotidiano* en 1981 (Premio Villaurrutia) y *De muerte natural* en 1984. Ha escrito también obras de teatro y colaborado en distintos periódicos y suplementos culturales. Su obra poética toca siempre la temática amorosa contemplada desde diversas perspectivas.

Fotografía de Portada: Bernardo Arcos
Mujer con vasija de Ricardo Martínez
Reproducción tomada del libro:
© Ricardo Martínez.
Editorial Joaquín Mortiz, S.A.

NUEVAS PUBLICACIONES



De la División de Ciencias Sociales y Humanidades

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

Azcapotzalco